DOMINGO LUIS BORDOLI

ANTOLOGIA DE LA POESIA URUGUAYA CONTEMPORANEA

TOMO I

9

ANTOLOGIA DE LA POESIA URUGUAYA CONTEMPORANEA - TOMO I

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA - MONTEVIDEO - URUGUAY

Nº 373

COMISION DEL PAPEL
EDICION AMPARADA EN EL ART. 79 DE LA LEY 13349

Universidad de la República
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

Letras Nacionales 9

DOMINGO LUIS BORDOLI

ANTOLOGIA DE LA POESIA URUGUAYA CONTEMPORANEA

TOMO I

Departamento de Publicaciones
Universidad de la República
Montevideo - Uruguay - 1966

Propósitos

1. — Es más fácil ser un gran poeta que un gran lector de poesía. Esto que parece mentira, es verdad —poco pública y grande verdad— por lo menos desde los tiempos de Montaigne: (...) "es más fácil hacerla que conocerla"— decía. Ya en su tiempo, el número de poetas superaba el de los jueces e intérpretes del verso. ¿Pero cómo debemos pensar para que dicha sentencia nos resulte segura? Es el mismo señor de Montaigne quien nos la explica: "Una medida baja, se puede juzgar por los preceptos y por arte; mas la buena, la suprema, la divina, está por encima de las reglas y de la razón". ¿Qué quiere decirnos Montaigne cuando nos habla de una medida baja? La medida, la "mesure" es, en métrica, la cantidad de sílabas exigida por el ritmo. Y por extensión, todo lo que cabe en la técnica, en los preceptos y en los procedimientos, cuando éstos pueden pasar de un poeta a otro, sirviendo entonces como unidad de medida. "Juzgar por arte" significa, para Montaigne, etimológicamente, juzgar por técnica.

Nada menos que Ruben Darío se ha enamorado de estas viejas frases. Nos las presenta en "Dilucidaciones". Y las re-citamos para que el lector se ayude, y nos ayude— abdicando su reconocida beligerancia tan sin necesidad puesta de manifiesto en cualquier punto y hora, cuando de estas gestas de pluma se trata.

2. — Una frase de Colerdige, muchas veces citada, define la fe poética como una "tregua voluntaria y momentánea de la incredulidad". Si no hay desde el comienzo una confianza del lector en el autor, no hay comunicación poética posible. Se trata de una confianza que uno mismo se digna conceder, y que concede no de manera lisa y llana, enteriza y global, sino por momentos, con intermitencias, dentro de las cuales el espíritu se reasume a fin de enfrentarse al autor y juzgarlo.

Sin esta confianza inicial y provisoria, el lector no podrá hacerse capaz de ese gusto proteico que lo capacita para pasar de un poeta a otro de una antología, sabiendo que debe cambiar los anteojos.

3. — Escribía Jorge Luis Borges en 1941 de dos antologías teóricamente posibles: una primera, rigurosamente objetiva, científica, "estaría gobernada por el propósito de cierta enciclopedia china que pobló oncemil cien volúmenes: comprendía todas las obras de todos los autores". La segunda, sería estrictamente hedónica, subjetiva, hasta llegar incluso a recoger no composiciones enteras, sino fragmentos. Pero cabe asimismo —pensamos— una tercera: en esta cuestión de gustos bien puede suceder que cuando ponemos el nuestro al margen —porque, por ejemplo, no nos sirve delante de determinado poema— logremos hacernos puntos de vista nuevos que den por resultado la autenticidad de ese determinado poema y el enriquecimiento, en consecuencia, de nuestro propio gusto.

4. — No se hace esta antología pensando que los lectores conocen la mayoría de las obras de los autores. En nuestras noticias particulares sobre cada uno, la tendencia al ámbito literario y la semblanza priva sobre la disquisición valorativa. Y como toda antología concebida con

alma coadyuvante quiere ser excitadora de más amplias lecturas, nuestras presentaciones intentan orientar en las dificultades, por el mismo camino donde hemos creído encontrar nuestras personales vías de acceso.

5. — Con procedimiento análogo al seguido por Arturo Segio Vica en la "Antología del Cuento Uruguayo Contemporáneo" y de Carlos Real de Azúa en la "Antología del Ensayo Uruguayo Contemporáneo" encerraremos los límites de la nuestra dentro de, más o menos, las mismas fechas: desde la generación que apareciendo por 1915 tiende a separarse de la poesía del "900" hasta la que da señales de madurez en 1945, o unos años más tarde.

6. — No aparecen en esta antología los que, iniciados en el verso, lograron más cumplidamente su vocación en otros géneros. Por ejemplo: Morosoli, Juan Mario Magallanes, Enrique Amorim, Francisco Espínola, Montiel Ballesteros.

7. — Tampoco aparecen los que no han perseverado en la producción poética cuando, más que una segura calidad, lo publicado revelaba el ensayo, el tanteo, la promesa.

8. — Asimismo —excepto un solo caso— son excluidos los autores que no han recogido sus poemas en libro.

9. — La tendencia a una mayor difusión de nuestra poesía que la Universidad de la República procura mediante este libro, mal se vería secundada si hubiéramos espigado en ella con el criterio de las minorías. Cuando en ciertos casos la incorporación de la poesía hermética se ha hecho ineludible, nuestra tendencia de fondo ha buscado los ejemplos capaces de ser aprobados por lo que llamaríamos un lector "medio", sensible al verso, culto, y de varios gustos. En realidad, nosotros mismos no somos más que ese lector.

10. — No nos rige un criterio polémico. No hemos despreciado la estimativa crítica ya más o menos estabilizada sobre cada autor. Pero sí nos hemos apoyado sobre ella, hemos también revisado todo según nuestras fuerzas.

11. — Nuestra atención se ha fijado sobre los poemas y no sobre las "poéticas".

12. — No siempre es un reconocimiento de más alta calidad, el número de composiciones con que representamos a cada autor. Hay poetas fácilmente antologizables, y los hay difusos, con puntería y yerro alternos, o de larga trayectoria y cambios formales y temáticos. Exigían, por ello, una ejemplificación más abundante.

13. — Las veces que nos fue posible consultamos a los autores y les pedimos una selección de sus poemas para esta antología. La hemos tenido en cuenta sólo en la medida en que ampliaba o se acordaba con la nuestra. Obvio es declarar entonces nuestra total responsabilidad.

14. — Como se verá, nuestra antología consta de dos partes: antología de poetas y antología de poemas. Los motivos que nos llevaron a esta división son explicados en nuestras palabras de presentación a esta parte final.

José Alonso Y Trelles (1857-1924)

Cuando en el año 1915 "El Viejo Pancho" prologaba en el Tala su "Paja Brava", era apenas consciente de la formidable difusión que, a poco, y en ambas márgenes del Plata, alcanzaría su obra. "Los renglones desiguales (¡cualquier día les llamo yo versos!) que te brinda este volumen", así decía el prólogo. Y en versos dedicados a los redactores de "El Fogón":

Tengo no más de una cuerda
(...)
Y no hay más... pura zoncera
Pura espina, puro abrojo.
Charamuscas e mataojo
que no son más que humadera.

Al paso de los años, el éxito creciente mantenía en verdor su "Paja Brava", y nuevos poemas fueron engrosando hasta 1922 la primitiva colección. Con Alcides de María y Elías Regules, el Viejo Pancho compuso el trío que dio mayor relieve al cenáculo congregado en torno a la revista "El Fogón". Esta revista agrupó, pese a su nombre, no a la gente del campo sino a personas ilustradas y urbanas. Eran, por ejemplo, hombres de negocio, abogados, médicos y hasta magistrados; personas todas de carácter apacible y costumbres morigeradas, capaces de padecer, sin embargo, irresistibles acometidas que les hacían calzar espuelas, echar poncho al hombro, y largarse a la calle los domingos de mañana diciendo ¡canejo!

Indefectiblemente, las cosas no pasaban de ahí; y los versos que escribieron, tampoco.

Gran parte de la poesía del Viejo Pancho —sin duda la peor—, se ha dado un abrazo mortal con esta tranquila sociedad declamatoria y bien alimentada, completamente irresponsable en cuanto a cualquier cosa de arte se refiere.

Incluso el mismo Alonso y Trelles al hablar de sus penas en el citado prólogo, nos dice: "*Imaginarias o reales, que da lo mismo*". Nada extraña entonces que, ayuno de desventuras ciertas, se ponga a vivir las más crueles e imaginarias, y ajustando a su testa cuernos tan visibles como los de la luna, vaya de aquí para allá haciendo el toro. Este español oriundo de Ribadeo, Galicia, había —según dicen— de identificarse como ninguno con el alma gaucha (Casimiro Monegal), haciendo convincentes, de modo inexplicable, en la región más suave y chacarera del país los destellos guapos de la puñalada.

El público quería un jarabe de pico forajido, y el Viejo Pancho no se lo escamoteó jamás en su puro afán de dar espectáculo: "Mujeres y perras - tuitas son lo mesmo". A esto quedaba reducida, ahora, el alma de las patriadas. Incluso llegábase al horror moral con una desenvoltura que asombra, si no fuese más propio de una absoluta inconciencia:

Porque, amigo, a la mujer,
Que es la imagen del olvido,
Es mejor patearle el nido
Que no ayudárselo a hacer.

No estrellemos el grito, no hay por qué. Esto no era más que una perfecta convención social en la que todos mentían con la seguridad de que nadie se engañaba.

¿Cómo fue posible tamaña mistificación? ¿Pero cómo no iba a ser posible, si todos querían hacerla? No se muere así como así al verdadero coraje, que, después de todo —como ha dicho Yamandú Rodríguez— no ha sido nunca "cosa pareja". Y en esta ocasión, por lo menos había que mentirlo. ¿Y qué más? Ahora sí nos toca hablar a favor del Viejo Pancho. Y con ganas.

Es que este fracasado becqueriano era persuasivo, sensible, y congregador como una guitarra. Haciéndose viejo, puso el encanto de los muchos años en su media voz. La guitarra es para ser oída por corrillos, no por multitudes. ¿Y qué era el campo y el Montevideo de entonces sino una multiplicación de fogones, boliches,

barberías y cenáculos? ¡Y aquel aire lloroso del Viejo Pancho, tan de Galicia, y tan de quejumbre de viento en rancho viejo! Además, su melancolía era de campo, y era de carne.

Redamando gracia
Por todito el cuerpo
Que tenía la blanda
suavidá del tiento.

Por donde concluíase que el Viejo estaba ebrio de juventud perdida y de nostalgia. A propósito de esta última como fuente de toda su obra lírica ha escrito Serafín García frases muy penetrantes en el prólogo a la última edición de "Paja Brava" (Clásicos Uruguayos, volumen XIII, Biblioteca Artigas): "Por eso, repetimos, sitúa su alma en el ayer, donde la muerte no existe. Y por eso también su tema es siempre el del amor hecho recuerdo, sentimiento sin transcurso ya, y por lo tanto sin término. Además, ese recuerdo entraña siempre una esperanza no por inconfesada menos perceptible. Añorar es desear de nuevo, y el deseo, cualquiera sea su índole, actúa indefectiblemente sobre nosotros en función de porvenir."

Obras: Paja Brava (1916).

Del Pasao

Horas Negras

¿Ve aquellas paredes
De adobe, sin techo,
Que al lao de un ombudo
Lucen allá a lo lejos?
¿Las vido? Pues sepa
Que aquello jué un tiempo
Nidito de amores
De este gaucho viejo.
Pasaron los años
Surcándome el cuero
Como a tierra e chacra
El arao de acero.
Sobre mi cabeza
Más de tráinta inviernos
Dejaron en hebras
La escarcha e sus hielos
Y aquellas paredes
Cuasi sin cimientos,
Ni horcón, ni cumbrera,
Ni marcos, ni techo,
Entuavía empacadas
Se ráin del pampero...
Ansinita e firmes
Y como ellas negros,
También del olvido
Se ráin mis recuerdos!
Prendida en la nuca
La mata e su pelo
Como un manojito
De flores de ceibo;
Cáido hasta las corvas
Y encrespáo el resto
Como crin de potro
Que alborota el viento!

Redamando gracia
Por todito el cuerpo
Que tenía la blanda
Suavidá del tiento,
Cuando me miraron
Sus ojazos negros
—Por los que aún de luto
Se visten mis sueños—
Creí que por mi espalda
Subía un hormiguero,
Y que tuito el aire
Se me iba del pecho...
Por qué jue conmigo
Tan ingrato el cielo
Cuando con un rayo
podía haberme muerto!...
Horas que volaron,
Dichas que murieron,
Amor del que agatas
Quedó otro recuerdo
Que el galope loco
De un caballo overo
Y el grito e venganza
Que auyaban mis celos;
Aquellas paredes
Tuito eso sintieron
Al cáer de una tarde
Que olvidar no puedo.
Ellas y la virgen
Que está arriba el cerro
Vieron a mi china
Cuando iba juyendo
Encancada a un indio
De vincha y culero
Que de su cariño
De juro era dueño...
También yo la vide
Y, de rabia ciego,
Tantié la cintura,

Me ajusté el sombrero,
Corrí ande pastaba
Mi caballo overo,
Lo enfrené volando,
Salté en él en pelos,
Le apreté los lomos
Con muslos de acero,
Y salió aquel pingo
Bebiendo los vientos
Como si en sus carnes
Se hincasen mis celos...

Sintiéndome cerca,
Largó el indio al suelo
La prienda robada,
De juro creyendo
Que pa mi venganza
Me bastaba aquello,
Y que más liviano
Su flete azulejo
Sacaría ventajas
A mi pobre overo,
Que corriendo siempre,
Corriendo, corriendo
Como si en sus carnes
Mordiesen mis celos,
Diba ya tan cerca
Del indio matrero,
Que viendo era al ñudo
Regatiar el cuero,
Pronto pa peliarme
Se dió contra el suelo.
Y ahí, nomás, toparon
Mi fierro y su fierro,
Y ahí, nomás el taita,
Mas zonzo o más lerdo,
Se ligó un "barbijo",
que andaba sin dueño,
Y aflojó los brazos

Y se vino al suelo.
Yo al mirarlo cáido,
Y viéndolo muerto,
Pa que no se juese
Manié su azulejo,
Y po'el alma el indio
Recé un padrenuestro
A esa hora en que el mundo
Se queda en silencio,

. . . .

—¿Y eya? — De rodiyas,
Pálida de miedo,
Junta las manitos
Como un gesto e ruego,
Cuando cerca suyo
Sofrené mi overo,
Y echando pie a tierra
La cacé del pelo,
Dió un grito tan hondo
Que aún lo estoy oyendo...

. . . .

Sin decir palabra
Suspendí su cuerpo,
Le escupí la boca
—Nido en que sus besos
Habían puesto un "toldo"
Del amor matrero—
Y fijo mis ojos
En sus ojos negros—
Que nunca en la vida
Golvería ya a verlos—
Ahugáo con la baba
Dije: "Te los dejo,
Te los dejo, china,
Te los dejo abiertos,
Aunque más no sea
Pa que un poco e tiempo,
Si no sós muy yegua,
Lo yorés al muerto".

... "No hay bicho como el peludo"

(fragmento)

P'al dolor no hay melecina
Como un peludo de vino;
Bien háiga el gringo ladino
Que inventó la chupandina;
Dejuro que alguna china,
Lo había como aporriáo,
Y al encontrarse burláo
Se le acomodó al fermento,
Y probó que no hay contento
Como el del hombre mamáo.

Tú eres la sola

(fragmento)

Tú eres la sola que no me engañas,
Vieja y humilde guitarra mía,
Ni a la tristeza de mis canciones
Les juegas risa.
Tú eres la sola que no le juyes
A mis desdichas,
Y eres la mesma cuando amanecen
Que cuando mueren, pa mí, los días.

¡Qué diréis!

Clavel del aire que alegras
El mojinete del rancho,
Trébol de olor que perfumas
El tarro ande escuendo el naco;
Calandria que me despiertas
Dende el ombú con tu canto;

Solcito que desentumes
Los güesos del viejo Pancho...
Que diréis cuando una aurora
No me sintáis carraspiando,
Ni a través del techo e paja,
Veáis salir l'humito blanco
Del jogón en que hirve el agua
Con que cebo el mate amargo!

De muy adentro

Dicen los que cruzan
Po'al láo de tu choza
Cuando en la ventana, pensativa y triste,
Los brazos apoyas,

Que tus ojos lindos
S'enyenan de sombra
Lo que ven de lejos, al caer la tarde,
Mi rancho e totora.

Si es remordimiento,
Dios bendiga su obra,
Porque siento a veces cuando muere el día,
Que algo en mí retoza.

Cosas de viejo

Que por qué ando yo ansina como enojáo y triste!
¿Pa qué querés saberlo mi linda flor de céibo?
Los días de verano, que son pal mozo auroras,
Son tardes melancólicas pa los que van pa viejos.

Pa yo poder contarte la historia de mis penas
Tendría que ir dispacio pialando mis recuerdos...
Dejálos que el olvido los ate a su palenque,
Que yo pa dir guapiando, ya no preciso de eyos.

Mas bien cebá un amargo de los que tu acostumbras
Pa despuntar el vicio... pa dir haciendo tiempo...
Quien sabe si algún día, sin oirlo de mis labios,
¡No sabés por qué peno!

Pero hoy tuavía es temprano pa que esa cabecita
Que pide pa adornarse la roja flor del céibo,
Comprienda que se pueden hayar sobre la almohada
Tristezas que nos áhugan en vez de lindos sueños.

Cebá, cebáme un mate, que yo para entretenerte,
Te viá contar un cuento
Que, aunque es todo él mentira,
Talvez se te haga cierto.

Era como vos moza y era como vos linda
Y como vos tenía por ojos dos luceros,
Ande se achicharraban de un corazón las alas,
Del corazón de un gáucho que se miraba en eyos.

Era un cantor y pueta de esos que en la guitarra,
Ponen en voz de cuerdas sus delicados nervios,
Y cantan en sus "décimas" bravuras de los héroes,
Y penas en sus "tristes", y amores en sus "cielos".

Eya tuvo al principio p'al payador amante
En los ojos ternuras y en la boquita besos...
¡Eran como palomas que van buscando el monte
P'hacer entre los sáuces el nido de sus sueños!

Dispués... ¿sabés mi china que está lindo tu mate?
Más lindo que mi cuento;
No dés güelta a la yerba, seguí, seguí cebando,
Pa ver si se me apaga la sé que estoy sintiendo...

Dispués... Oígale el duro!
¿Sabés que no me acuerdo?
Mirá, sacá esa astiya que está haciendo humadera...
Me yoran ya los ojos... prestáme tu pañuelo...

Insomnio

I

Es de noche; pasa
Rezongando el viento
Que duebla los sauces
Cuasi contra el suelo.
En el fondo escuro
De mi rancho viejo
Tiráo sobre el catre
De lecho de tientos,
Aguáito las horas
Que han de tráerme el sueño,
Y las horas pasan
Y ni yo me duermo,
Ni duerme en la costa
Del bañao el tero,
Que ocasiones grita
No sé qué lamento
Que el chajá repite
Dende ayá muy lejos...
. . . .
¡Pucha que son largas
Las noches de invierno!

II

A través del turbio
Cristal del recuerdo
Van mis años mozos
Pasando muy lentos.
Y dispués qué gozo
Si a vivirlos güelvo,
Pensando en los de áhura
No sé lo que siento...

Noviyos sin guampas,
Yeguas sin cencerro,
Potros que se doman
A juerza e cabresto;
Bretes que mataron
Los lujos camperos,
Gáuchos que no saben
De vincha y culero,
Patrones que en auto
Van a los rodeos...

. . . .

¡Pucha que son largas
Las noches de invierno!

III

La puerta del rancho
Tiembla porque el perro
Tirita contra eya
De frío y de miedo...
Tuito es hielo ajuera,
Tuito es frío adentro,
Y las horas pasan,
Y yo no me duermo;
Y, pa pior, en lo hondo
De mi pensamiento
Briyan encendidos
Dos ojos matreros
Que persigo al ñudo
Pa quedarme en eyos...
Son los ojos brujos
Que olvidar no puedo,
Porque ya pa siempre
Robáronme el sueño.

. . . .

¡Pucha que son largas
Las noches de invierno!

Tristezas

¿En qué cismo, decís? Dejame un rato
Pensar en lo que pienso,
Porque, a veces, pa juirlès a mis penas,
Les ando matreriando a mis recuerdos.
Pensaba... Pero, amigo, esto sí es lindo;
Se me jué el santo al cielo...
De juro una zoncera; ¿en qué otra cosa
Puede pensar un pobre gaucho viejo?
Yo nunca di trabajo a la cabeza;
¿Pa qué, si mi vivir siempre jué el mesmo?
¡Si entre el hoy y el ayer la diferencia
Jué no más que de tiempo!
En la sobada trenza de mis penas
No se ruempe ni un tiento,
Y va el dolor siguiéndome cerquita
Como atao a la cincha po'el cabresto...
Cuando se cruzan pagos nunca vistos,
Pa no perder el rumbo hay que ir dispierto;
¿Pero en la cancha propia? Hasta el más zonzo
Hace el viaje durmiendo.
¡Pensar!... En las miserias de la vida
Nunca supe poner el pensamiento;
Puse mi corazón confiao y zonzo,
Y a traición me lo hirieron.
De áhi vienen mis tristezas misteriosas,
Mis horas de silencio...
¡Tal vez mi corazón es ya fináito,
Y cuando estoy ansina es que lo velo!

Lamentos

(fragmento)

El amor recompensáo,
Dura lo que dura un lirio,
Que amor que no da martirio
Es como mate laváo.

Al ñudo

No vengás a contarme que ha envejecido,
Y que ya no es ni sombra de lo que ha sido;
Porque, como hace mucho que no la veo,
Tal como era hace añares la ve el deseo.
Dende el día en que empezaron nuestros desvíos,
Sólo han ido al galope los años míos;
Jueron los d'eya al trote como la luna
Po'entre el'agua mansita de la laguna.
Pa que el aráo del tiempo no la tocara,
Bajo el filo e su reja puse mi cara,
Y los surcos que en eya labró el acero
Le dirán áura y siempre lo que la quiero.
Ese cuento e que es vieja, no me entristece,
Que en el fondo'el recuerdo náide envejece!

¡Pobre alma mía!
(fragmento)

Cuentan que de tu rancho
Por la ventana
Dentra tuitas las noches
Una luz mala,
Y hay quien porfía
Que es de juro alma en pena...
¡Pobre alma mía!
Quien pudiera vicharla
Dispués que dentra
Pa saber si la miman
O la disprecian;
Pobre alma loca
Que a aumentar vas tu pena
Viendo su boca!

Alvaro Armando Vasseur (1878)

Debe figurar en nuestra antología, aunque para muchos es ya una figura de otra época. Y aunque él guste llamarse a sí mismo más un pensador que un poeta. Conviene decir que antes de ser ambas cosas fue polemista. He aquí una muestra de su estilo en "Folleto de ultratumba para hombres solos". Expresa "su derecho a no ser ensuciado por la diatriba, por el despecho fecalizado". Y su enemigo se le aparece como un "Pedancio eterno" (...) "uno de los tantos hijos de la Casualidad, mancebo de la impotencia, hermano del escándalo, adlátere de la prostitución, carroña de presidio, protoplasma de Burdel."

Cuando frisaba en los veinte años, a causa de un choque sentimental con su padre abandona Santa Lucía y empieza a escribir en Buenos Aires con el seudónimo de Américo Llanos. Comparte allí sus tertulias literarias con Rubén Darío y Leopoldo Lugones. Pero su admiración mayor es Almafuerte. Sus primeros libros poéticos pueden ser hoy leídos en "Todos los Cantos", que ha publicado Colección de Clásicos Uruguayos con un amable e interesante prólogo de Emilio Frugoni. En ellos campea el "romanticismo profético de Almafuerte, y "tendencias avanzadas de revolución social y anticlericalismo y ateísmo". Pero el drama de Vasseur ha sido —según el mismo Frugoni— haber soñado con quedar como un apóstol de rebeldías y palingenesias sociales y espirituales, así como Almafuerte quedó como un apóstol de rebeldías cívicas y morales (...)"

En esos primeros libros puede el lector vivir una psicología juvenil del 900. Superhombres, mesianismos, Nietzsche, Marx, gigantomaquias, erotismos, sarcasmos,

egolatrías, énfasis de visionario y de barricada, todo muy a lo vivo, en incandescencia tan sincera como hueca. Porque era una sinceridad polémica, de postura, a punto siempre de degradar en "pose". "Vasseur —dice Zum Felde—, fue quien padeció más agudamente esa forma del "mal del siglo", que cundía como una peste en el ambiente intelectual y en el campo de toda la cultura hacia 1900". Lo que hay de poesía en esos libros ha sido siempre discutido. Hay vigor, sinceridad y coraje. Pero bien puede ser que todo eso no alcance. Nosotros hemos tenido que compartir, casi invariablemente, en nuestra lectura de este autor, el juicio siguiente de R. Brughetti: "El temperamento de poeta que había en Vasseur, raras veces llegó a la línea del poema logrado".

A nuestro ver los principales impedimentos son: Vasseur parece no pesar suficientemente la palabra en sí en la balanza de la emoción, para saber si ella es poética o no. Y entonces resulta que el término científico o filosófico, o el vocablo raro que nunca fue ciudadano del mundo de los versos, entran y salen en sus poemas con una facilidad que pasma, ignorantes de todos los encontronazos que producen. La segunda deficiencia la hallamos en el ritmo. Vaseur cíñese inicialmente a uno, pero luego lo pierde, lo quiebra, en cambios que parecen siempre frutos de impericia. Si agregamos la frecuencia de rimas y versos demasiado viejos o fáciles, casi podemos asegurar que Vasseur no parece haber concedido gran importancia a su labor poética. Y de que posee facultades, hay ejemplos de momentos sueltos que disipan toda duda. En resumen: faltó elaboración, o mejor aún, reelaboración.

Como pensador, hombre de vastísima cultura, es siempre importante. Pero nos parece que le falta calma. Atropella sus ideas, sus frases, haciendo que su lectura no sea sólo densa sino dura. El lector no es atrapado. Debe hacer esfuerzos y volver atrás para reencontrar el hilo.

Vasseur ha evolucionado, con los años, desde la poesía social a otra más intimista. Más que el amor, el misterio cósmico ha sido la fuente de sus mejores versos. Como pensador transitó asimismo desde el cientificismo hacia un intuicionismo teosófico. De su larga actividad de traductor, a Vasseur le place —según N. Fusco Sansone— su versión de Wal Whitman. Quiso con ella "airear la atmósfera literaria hispanoamericana, tan recargada de emanaciones gallináceas".

Años y penas han suavizado la hurañez y agresividad de carácter de este solitario. La muerte le arrebató a su único hijo en plena juventud. Y es tal vez la pobreza quien le impide estar con sus dos nietecitos en Francia.

El público ha casi enteramente desconocido su obra, que ha tenido sin embargo admiradores de calidad: Vaz Ferreira, y su hermana María Eugenia, Emilio Oribe, Paco Espínola, Gil Salguero, etc.

Con "Todos los Cantos" se ha dado comienzo a la publicación oficial de sus versos. Integran ese volumen los siguientes libros: (de 1898 a 1912) Cantos Augurales, Cantos del Nuevo Mundo, A Flor de Alma, Cantos del otro Yo, Cantos del Penitente. Un segundo volumen a publicarse, incluirá: (desde 1912) El Vino de la Sombra, Hacia el gran Silencio, y sus tres libros inéditos: Trois petit tours, Vesperales y Aquella Santa Lucía, con la obra poética posterior a 1952.

¡Pts!

Yo tenía una "villa"
y la perdí
¡Pts! me la estafaron
así...

No era la casa
donde nací
allá en la antigua Cámaras
esquina Sarandí

Era en Santa Lucía
pueblo en que viví
interminables años;
Santa Lucía
desolación
cara a mi
corazón
Y donde os conocí.

¡Oh Elena! ¡Oh Clotilde!
¡Oh Marí!

Dorados asadores
en quienes vivo
ardí...

Yo tenía una "villa"
y la perdí.
¡Pts! Me la estafaron
así...

Muerta en ella, mi madre
yace cerca de allí;
de la última ventana
más de una vez la ví.

La ví blanca en el blanco
refugio zahorí,
alzarse de la tumba
y orar, orar por mí.

Oraba tanto en mi vida
que siempre así
la veo,
siempre así.

Murió una tarde, a solas conmigo;
si
callar para siempre sonriendo
es morir, murió así.

Yo estaba en otra estancia haciendo versos
a Elena: cuando volví
la dije, mirándola: "Oye mamá".

¿Me oyó? ¿Estaba aún allí?
Su mirada dormida ya no pasaba
en mí;
a gritos: ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!
entonces repetí.
Pero Ella enmudecida,
¡ay! ya no estaba allí.

Yo tenía una "villa"
y la perdí.
¡Pts! Me la estafaron
así...

Revivo la famosa mañana
en que partí;
el sol, en cada lágrima
de los rociados campos
brillaba, como la Fe en mí.

(Me veo solo en marcha a la Estación;
solo no, me seguía Bibí
¡"Pobre Bibí, no te puedo llevar"!
le dije:acariciándolo.
Y él se quedó mirándome, mirándome
hasta que desaparecí.)

El tren: Montevideo
El mar: los Buenos Aires
donde fuí.

Mi pasaje era hasta la Asunción.
Pasaje de primera. Si
bajé, fué por la guitarra:

¡Oh serenatas de la adolescencia,
"tristes" de la Pampa, "estilos" orientales,
décimas de Ricardo Gutiérrez y
"nocturno" de Acuña! ¡Oh serenatas!
Bajé y quedé allí.

Tenía quince años, jaquet, anteojos verdes,
quimeras de argonauta y
un billete de a mil (el oro a 400)
y la flor de Leví...

¡La flor entre las flores! En esos días
la perdí...
"Apurate, che" decía en el horrendo trance
la inconmovible Hurí...

Dieu! Quelle chute d'un Angel
Et c'est tout? Pour ca on vit?
¿Sollocé? Y el mundo me nauseó.
Y
toda la tarde pensé en matarme
Horror! Días después, reincidí.

Una rubia del Bósforo doró mi desencanto
hasta que, pobre de mí,
viendo como la mía disminuía,
a La Plata partí.

Yo tenía una "villa"
y la perdí
¡Pts! Me la estafaron,
así...

Al llegar me instalé en El Tortoni
En él conocí
amigos de corazón de oro, argentino,
cuyo recuerdo aún me sabe a benjuí...

¡Amigos! ¡Fraternales amigos!
Con ellos viví
extraños años de afán benedictino,
y el desierto floreció en mí.

¡La Plata! Juan Carlos, Ricardo, Delia,
Alberto, Adolfo, Manrique, El Rabbí
Pero fué en La Plata donde comí en su mesa,
donde su amigo fuí.

Su amigo! Más de una vez me dijo, en cólera
contra mí:
"Usted será un Rubén Darío". Y era tal su desdén
que me ofendí.

¡Un saltimbanqui errante!
¡Un cantor porque sí!
(¡El que era un misionero "terrible" como Dante!
"puro" como el Rabbí!)

"Pero, qué bien guisa el condenao! ¡Qué tortillas
frie!, pensaba para mí;
hasta que un día me escribió implacable:
"¡No venga más aquí!"

Yo tenía una "villa"
y la perdí.
¡Pts! Me la estafaron
así.

Entonces fue el crujir de dientes; me dió
una especie de berí-berí;
caí enfermo afiebrado, mascando noche
y día el "no venga más aquí".

Una que no se nombra —siempre hay una
que interviene así—
cristiana madre de una bella amiga
tuvo piedad de mí.

Me curé. Y dejando en rehenes
una cama de bronce, un "mundo" de poemas
—eran todos mis bienes—
a Buenos Aires fuí.

Con el alma curada a fuego lento
como una buena pipa, volví;
con la pipa curada, a prueba de humos,
dentro del pobre maniquí!..
Era cuando "La Siringa" iniciaba
su "do-re-mi".
Cuando Rubén —noctámbulo divino— rimaba
entre las copas de "Anes"— fresas en crema Chantilly.
Y Leopoldo, buscador de oro, soñaba
un Sinaí...
y D. Francisco en su jardín de Flores
cantaba el laboreo de las Razas
en la gran mina argentina; y
Grandmontagne, de vuelta de las Pampas
con "Teodoro Foronda" filtraba en "La Varsovia"
sidra espumante y "chacolí"
y Ghiraldo, ya inquieto de utopía
plañía: "Felices de vosotros los imbéciles",
etcétera (ahora su peluca se ha vuelto carmesí);
y Belisario, calvo ya del fuego patrio,
con su voz como el cuerno de Roldán
sentía chica la prisión de "El Aguila"—
(Aún no acechaba en la Opera los estragos
del lloro de "Mimí").

Y los grillos en coro
crí, crí, crí.
Era cuando Groussac, harto de tantas Vísperas
lanzaba su ¡halalí!
clamando:
"Aquí
hace falta genio;
Y los ecos de América
y España repetían:
"Aquí"
"Aquí"
Era cuando el abate Ojeda ponía en música:
"Ludovico si sigue así..."
y el brujo Ingenieros, Pardo cordial,

el cárdeno Mauricio Soussens —"sans le sou"
y "sans souci"—
hasta el grave "azafranado" Eugenio
al volver por las noches del Cenáculo...
tarareaban la canción
de la ingrata digestión:
"Ludovico si sigue ansí"
sufrirá mucho en su transmigración.

. . . .

Yo tenía una villa
y la perdí
¡Pts! Me la estafaron
así.

(*El Vino de la Sombra*)

Así retorno

Volver de algunos sueños
por pozos de conciencias sumergidas
más allá de los sueños habituales,
como buzo que cruza las corrientes
de hundidos archipiélagos,
buscando, con su antorcha,
entre floras y faunas de otros reinos,
las huellas o el tesoro de una nave,
y emerge al fin, exhausto, a flor de agua,
sin haber descubierto lo que anhela,
y le quitan el casco, y bebe el aire,
libre de las presiones submarinas,
y mira el cielo, el sol, el mar, los compañeros,
mirándolos sin ver, mientras respira
la ansiedad de vivir en su elemento;
y se aísla en la proa, como absorto
en algo que le cala y ensimisma;
así retorno yo de algunos sueños
por pozos de conciencias sumergidas
más allá de los charcos habituales.

Anochecer de Abril

Es el celeste trance vespertino
de ignota pena, de nostalgia santa;
mas ya en nosotros el divino
ruiseñor no canta.

Ah!, las voces de bronce del Destino,
voces que el alma escucha como una infanta!;
mas ya en nosotros el divino
ruiseñor no canta.

Mensajes del "eterno femenino"
desde las torres que la Fe levanta;
mas ya en nosotros el divino
ruiseñor no canta.

He ahí la noche, pantalla de Aladino,
el vino de la sombra, el oro que agiganta;
mas ya en nosotros el divino
ruiseñor no canta.

Los surtidores plañen entre los pinos,
bajo la Luna el golfo se abrillanta;
mas ya en nosotros el divino
ruiseñor no canta.

Suben de los jardines, con el rumor
efluvios de mariscos y de plantas;
mas ya en nosotros, ¡oh divino
ruiseñor, no cantas!

O cantas de tal suerte,
con tan arcana entonación,
que te oiremos cuando en el gran silencio
de la muerte
se detenga a escuchar el corazón.

(El vino de la Sombra)

En la Torre Nocturna

Todos los horizontes parecen iguales. Sólo
la inmensidad del soñar riela su desconsuelo.
Huir de sí siquiera por no sentirse solo,
y la fuga congela las alas de su anhelo.

Harto de la Quimera, sin ella el propio cielo
de Mahoma resultaríale un Polo,
Acodado en la torre nocturna del desvelo
mira, sin ver, los astros y mugir las trompetas de Eolo.

Ciñe sus sienes la fúnebre corona del fracaso,
corona de sol de eclipse, grave como ninguna;
alguien tras él recubre las huellas de su paso,
de las sagradas sombras no le acompaña una.

Su reino de entusiasmo se hundió bajo las olas,
ya no estalla en guerreras fanfarrias su pasión;
quédale el tedio mágico, de recordar, a solas
el mundo submarino de aquella inspiración...

¿Siente el tesoro hundido en los férreos galeones?
¿Las rimas cabrilleantes en sus juegos de luz?
¿El vértigos hecho verbo? ¿Las constelaciones
de imágenes, sangrientas como los clavos de la cruz?...

(La Cruz, no la del Hombre, la eterna del linaje
cuyos mástiles cósmicos de billonarios brazos
giran al par del Orbe sus molinos salvajes...;
La Cruz que sangra auroras cada noche del viaje...
la cruz de cada día que cuaja en los ocasos...)

Todos los horizantes le parecen iguales. Vierte
en todos la misma melancolía su corazón.
Antaño aún guardaba sorpresas de la muerte,
mas la vida es monótona y también la ilusión.

(El vino de la Sombra)

Emilio Frugoni (1880)

"Tengo ahora ante mí los originales de un nuevo libro de poesía, casi exclusivamente personal, ensimismada, *dulcemente egoísta* (...). "No sé si habrá quien, después de conocida la obra, aconseje al autor que atienda a lo que pasa en torno suyo". Aunque parezca mentira, estas son frases escritas por Rodó al prologar "De lo más hondo" (1902), segundo libro de versos de Frugoni.

Así era entonces el alma de quien ha pasado a ser —según la frase de Real de Azúa— "todo el pensamiento socialista uruguayo, por lo menos tal como éste se perfila hasta 1950". Y recientemente, al escribir para el periódico "Marcha" unas reflexiones que tituló "Mis primeros 85 años", Frugoni señalaba: "Ahora estoy de nuevo solo, en una soledad a la que nunca tuve miedo tratándose de mi vida de batalla, y que, en cierta ocasión, me permitió decir a algún adversario que es preferible ser un gran derrotado antes que un pequeño vencedor."

De esta manera se ha desarrollado un drama en la historia poética del autor que no ha podido nunca resolver, porque quizá no tiene solución. El poeta no ha podido habitar en el fondo de sí mismo porque reclamos exteriores urgieron su conciencia moral hacia la acción política. Cuando realiza entonces poesía social, ésta no puede —por su naturaleza misma— permitir el afloramiento de esas singularidades íntimas propias de quien se había formado románticamente.

Personalismo lírico y cantos civiles; intimismos cotidianos y elocuencia tribunicia; dolores personales y urbanismo poético; "exaltación del heroísmo unánime, vigilia profética de la lucha, mitin de corazones"; pero, al mismo tiempo, singular delectación con menudencias idiomáticas tales como la errata, los puntos suspensivos, la letra i.

Bien puede verse cuán difícil es reunir en una profunda unidad poética estas solicitaciones temáticas que parecen excluirse. Pero el ejemplar esfuerzo de Frugoni reside en que todo lo que ha escrito acerca del mundo íntimo en nada se contradice con su tenacísima fe socialista. Es casi seguro que ha sentido como un egoísmo esa tentación tan propia del poeta subjetivo —por ejemplo, Supervielle— de mantenerse tan a solas consigo mismo y con ferocidad de indagación tan grande, que la identidad se pierde y el yo absoluto es comparable —según Valery— "al cero de la escritura matemática".

Este orador de gran prestigio popular no podía permitirse tales "nadificaciones", aunque no careciese de facultades para ello. Pero, al mismo tiempo, tenemos la impresión que la poesía de Emilio Frugoni ha vivido errante, ambulando de un sitio a otro, buscando temas, carente de un sostenido centro interior. Empezó en la retórica; pasó luego a la elocuencia; hasta llegar a "La Canción Humana", "el más representativo y polifónico de sus libros" según Roberto Ibáñez. Intentó realizar una obra hasta entonces inédita —se ha dicho— en nuestra lírica: la poesía de la ciudad. Lo que no le ha impedido una poesía de la naturaleza e incursiones en temas propios de la tendencia "nativista". Por ejemplo, el del caballo, "muy reiterado en su poesía y en su oratoria", y juzgado por alguno como "muestra forzada de uruguayismo".

Es que si Emilio Frugoni, por razones propias de su credo social, no podía admitir ni "torre de marfil", ni "el Arte por el Arte", ni subjetivismo insular alguno, también por las mismas razones se creyó obligado a prevenirse de la tradición. Ella fue vista como una "costra" que impedía las tan ansiadas transformaciones políticas.

La poesía personal de Frugoni es la que a nosotros más nos llega. Ella alternará, al mismo tiempo, con la social. Esto hace que sus libros sean ambivalentes. En la poesía que podemos llamar "intimista" la comunicación es rápida y llena de simpatía. Los temas humildes y un prosaísmo —que a nosotros nos parece, casi siempre, de buen gusto— hacen pensar en Copée. A lo largo de su obra encontraremos siempre buenos poemas, aunque la aplicación del espíritu sobre los mismos, no nos parezca central o total.

En nuestra conciencia pública es, por supuesto, el político quien se ha impuesto sobre el poeta. Y por su admirable dignidad de ciudadano, por la lealtad, limpidez y coraje de sus testimonios ha logrado ser —si no de todos querido— por lo menos, de todos respetado.

Obras: Bajo tu Ventana (1900); De lo más hondo (1902); El Eterno Cantar (1907); Los Himnos (1916); Poemas Montevideanos (1923); Bichitos de Luz (1925) La Epopeya de la Ciudad (1927); La Canción Humana (1933); La Elegía Unánime (1942); Sonetos Míos (1957); Los Caballos (1960).

Fémina actual

Con el cabello corto, con algo de muchacho
en la desenvoltura de sus gestos audaces,
con un mirar impávido y un rostro vivaracho,
con el relampagueo de sus dientes voraces.

Con un cuerpo flexible, de espada cimbradora,
sin esquivar al aire las piernas y los brazos,
y como acostumbrada, osada y retadora,
a abrirse por la vida su camino a codazos,

se me plantó delante con varonil franqueza
y advertí en su apostura y en su gracia felina
que era el símbolo vivo de una nueva belleza
y exclamé: "Salve Fémina, por siempre femenina!"

Ríóse de mis lentos modales comedidos
y rió con su risa de chorro de agua pura,
y vi que si tenía briosos los sentidos
ella bien los regía con su mano segura.

Se sentó ante mi mesa de trabajo y me dijo
lo que de mí pensaba, sin amaneramiento:
yo tan sólo atinaba a mirarla muy fijo
con algo de amargura y de deslumbramiento.

Luego me dió la mano, enérgica y sencilla.
Yo seguía mirándola y sin decirle nada.
Se acercó y estampóme un beso en la mejilla
rotundo y resonante como una bofetada.

La otra mejilla al punto ofrecí a su albedrío,
mas la chica blandiendo su clara risa abierta,
echó a correr delante de mi ademán tardío
y cerró tras su paso de un golpazo la puerta.

Fémina inactual

Ante el vértigo extraño que en tus ojos me llama
mi razón se extravía y a decir no se atreve
si el fuego de tu espíritu a tu carne conmueve
o el ardor de tu carne a tu espíritu inflama.

Conjunción y dualismo de energías centrales
que en ti luchan y ponen su vibración profunda,
hay en ti ese contraste de ciertas catedrales
que el misticismo habita y el claro sol inunda.

Seráfica en el dulce brillo de tu sonrisa
y sensual de tus ojos en la luz que traspasa,
tus palabras nos rozan, suaves como una brisa,
y tus labios nos queman, ígneos como una brasa.

La unción que se desprende de tu voz y tu mano
desconcierta como una imprevista asonancia.
Entrecierro los ojos y oigo un coro lejano
de ángeles; pero quedo ebrio de tu fragancia.

Absorto e indeciso, te escucho y te contemplo
Cielo y tierra trasciende al aroma que exhalas.
Cállome temeroso de profanar el templo,
y no te beso un hombro por no manchar tus alas.

Pero clavo en tus hondas pupilas mi deseo
y me parece, a veces, que algo en ellas responde
no con la voz celeste del ángel que en ti veo,
sino con el rugido de un lobo que se esconde.

El punto aquel

Cantemos con modestia esa cosita humilde
tan insignificante, tan diminuta y
sin embargo...
El tilde
de la I.

No es nada, un punto apenas...
En el inmenso estuario
de las noches serenas
la luna sobre un campanario.

La motita de sombra de una nube en la altura
que en la quietud del aire abstraída no corre,
y se diría que es una paloma oscura
que vigila su torre.

El suspiro de humo que va y se inmoviliza
sobre la chimenea que el tejado enarbola.
El proyectil suspenso que un mago paraliza
a dos dedos del rígido caño de la pistola.

La i es una letra de cadalso, la pobre.
Está decapitada, y su mayor tristeza
no es que le falte ahora la cabeza
sino por el contrario, que allá arriba le sobre.

Y acaso alguien de pronto podría suponer,
al verla tan erguida, tiesa como un puntero,
que va a echar a correr
porque un soplo de viento le arrebata el sombrero.

Abside de la I! Ingrávido corpúsculo
que entera la persona moral del signo abarca.
Eres ese detalle, ese toque minúsculo
que da al ser un acento y entre todos lo marca.

Por ti, sólo por ti,
se vuelve letra —¡verbo!— ese lingote
que contigo es la I
y sin ti es un palote.

Los puntos suspensivos

Salpicaduras de intención
tras de la frase en el papel.
La estela forman que el bajel
de la palabra deja en el
agua clara de la oración.

La muerte humilde

Yo he visto que la muerte
más tétrica y sombría
es en la casa de los pobres
que en las moradas ricas.
La enfermedad en medio
de la miseria abría
un abismo de sombra
en el abismo de la noche misma.
Un enfermo, si es pobre,
es dos veces enfermo con sus cuitas,
pues la pobreza añade en su organismo
enfermedad a la miseria física.
En una casa pobre
la enfermedad es lastimera y mísera
como un dolor desamparado, humilde,
que nos conmueve más porque no grita.
La muerte en esa casa se nos muestra
tremendamente lóbrega y sencilla:
un ataúd de pino, un par de cirios,
en una alcoba estrecha, húmeda y fría.
De ahí sale entre pocos
casi como a escondidas.
Avergonzada de no llevar flores
sobre el modesto carro, en la partida.
Y la despiden lágrimas calladas,
desgarradoramente tímidas.

La visita

Hoy estuve aguardando a mis amigos
en la penumbra de un rincón de casa,
a la hora en que acostumbran a traerme
el regalo de sol de su presencia
y a tenderme cordial puente flotante
de gestos y palabras
por donde llegan hasta mí los ecos
de regiones del mundo que se tornan
para mí cada día más lejanas.
No vinieron los vivos, que son pocos
y ya les cuesta demorarse en pláticas.
Mas comenzaron a llegar aquéllos
que se han ido de la tierra y vagan
por los espacios íntimos en dónde
arde mi corazón como una brasa
que se defiende del avance lento
pero continuo de la sombra helada,
soplo de muerte que la misma vida
nos arroja al pasar, inquieta y áspera.
Uno a uno llegaron silenciosos
clavándome en los ojos sus miradas
que han adquirido suavidad de estrellas
y luz de eternidad en el misterio
hacia donde volviéronse sus plantas.
Conforme iban llegando, en torno mío
con aire de tristeza se sentaban
formando un semicírculo de sombras
en un abrazo tembloroso de alas
para mi corazón, cuyo latido
era la única voz que se escuchaba.
En el silencio de cada uno de ellos

yo oía sin oírlas sus palabras.
Eran sólo un reflejo de sonidos
que por los ojos en la sombra entraba.
Me tendían sus manos invisibles
que yo con mis suspiros estrechaba
y decir parecieron: "aquí estamos
porque sabemos que te hacemos falta".
En cada uno de nosotros vive
una faceta de tu misma alma.
Aquí te la traemos"...
Y yo les dije sollozando: ¡gracias!

El flete de la partida

Ya está a mi puerta el caballo
ensillado que me espera.
No ignoro que está impaciente
sacudiendo la cabeza
y pegando con los cascos
golpes de aldaba en la acera.
Dentro de poco saldré
a cogerlo de la rienda
y a montarlo de un impulso
afirmado en la estribera,
y me alejaré en silencio
para siempre y sin tristeza
al galope del caballo
que está aguardando a mi puerta.

(Los Caballos)

El relincho

Vino rodando en el silencio oscuro
de la noche invernal desde muy lejos.
De restregarse en la distancia ardía
hasta trocarse en ráfaga de fuego.
Lo vió venir el bosque entre las sombras
y se puso a temblar de rabia y miedo.
Mas él siguió su viaje de centella
y se perdió en la infinidad del cielo,
donde encontrar el sol de la mañana
para colgarse de su ardiente cuello
y retornar con él hacia los campos
que en la alta noche resonar lo vieron.
El relincho volvía a su caballo
que lo estaba aguardando en su potrero.

(Los Caballos)

El asomarse de su alma

Qué sortilegio y qué gozoso encanto
en la iluminación de su sonrisa!
Verla reír era escuchar un canto:
sentirse acariciar por una brisa
de exaltación y olvido el alma entera:
era
que su alma se nos daba en su sonrisa.
También en la inefable transparencia
de los ojos el alma se imponía
con el mágico don de su presencia.
Y la sonrisa y la mirada fueron
—cuando ya lentamente se moría—
tan del alma expresión, que no murieron.

Elegía filial

Padre:
Por encima del tiempo y de la vida,
beso tus manos fértiles
que levantaron nuestra casa
y encendieron en ella
sobre la mesa convivial —
eje de la familia—
la lámpara de los recogimientos.
Beso tu frente devastada
de tanto pensar en nosotros
que se cubrió de surcos
y por nosotros.
Déjame reclinar en tu pecho
la cabeza afiebrada
y pedirte perdón.
Perdón mil veces
en silencio,
en muda congoja,
que tú sin duda oyes
desde la eternidad.
Porque los muertos oyen
las palabras que no decimos
y las voces que parten de nuestro corazón
sin llegar hasta la garganta.
Déjame pedirte perdón
por todo el mal
que sólo supe darte
en cambio de tanto bien.

La vida te había tallado
a golpes de adversidad.

Joven saliste por los caminos del mundo,
a luchar con el dragón de la suerte
y a desafiar al genio del Monte Encantado.
A tu espalda quedaron, más allá de los mares
dos brazos de madre tendidos hacia tí.
Tu corazón se trajo para todo
el resto de tu vida la tristeza
de aquella despedida.
Tuviste tu heroísmo
callado y sin alardes.
Hoy que los años me doblegan
sobre el misterio de la vida,
te comprendo y te amo
como nunca te amé...
Y me quemo hasta consumirme
en el remordimiento
de no haber sido una alegría
ni un consuelo para tí,
como lo fue mi madre
y lo fueron tus hijos, menos yo.
No está lejano el día
en que yo me tienda
para siempre a tu lado.
Y yo sé que ese día
tus brazos se abrirán para acogerme
sobre tu pecho.
Y yo te diré:
—Aquí estoy,
castígame!
Pero tú me estrecharás
dulcemente contra tu corazón
y me dirás:
—Descansa!

(La Canción Humana)

Romildo Risso (1882-1946)

Tenemos que presentar, ahora, al indudablemente más grande poeta gauchesco. Hizo su aparición en el momento mismo en que este género parecía completamente agotado, pues sus cultores no hacían otra cosa que girar desmayadamente en torno a los temas del Viejo Pancho o de las décimas y vidalitas tradicionales. Fue en el año 1931 cuando Risso publicó su primera y más sólida obra "Ñandubay", de la que se agotaron seis ediciones en los cinco años siguientes.

El "Ñandubay" de Risso aplastó con toda la fuerza de su peso la "Paja Brava" del Viejo Pancho. Desde ese libro, la poesía gauchesca se vio obligada a ser otra cosa. Inicia una nueva época que hace imposible a todo artista del género un regreso exitoso a la anterior. ¿Qué era lo que traía de novedad ese libro? Frente a la mentira y la retórica frecuentes impuso el culto de la verdadera realidad y de una sensibilidad moral hecha cumplidamente poesía. Quedaron aventados para siempre: tanto gaucho "mamao" que se pasaba hablando de la "indina"; un vasto plantel de mujeres "juidas"; y un denso repertorio de "compadradas" a situarse en bailongos, boliches, pencas, timbas y tabas con sus finalizaciones en tajos, marcas y puñaladas.

En su propia patria, Risso no fue alentado sino más bien desalentado, cuando se proponía acometer su empresa. "Uno de la otra banda, (Uruguay) me hizo un tirito, como quien dice, de revés; como haciéndome comprender que era medio pavada lo que yo venía cantando. Suavecito, pero me lo largó ansina: «se comienza a volver de esas cosas»..." — esta es una confesión del autor en el prólogo de "Aromo".

Cosa rara: juicios como éstos afectaban su espíritu de tal manera, que teniendo preparado su segundo libro

había decidido publicarlo sólo después de su muerte. Más aún si se tiene en cuenta su carácter notablemente varonil y el género de vida, casi siempre muscular, al que se entregó.

En 1909 se destacaba como matador en el club taurino "Motevideo". Dióse luego con ahinco al deporte de la navegación. Establecido con comercio de maderas en Buenos Aires, hace frecuentes viajes a los bosques del Paraguay y del Norte Argentino para compra de las mismas. Trabaja también por su cuenta en la venta de lubricantes. En una villa cercana a Rosario (Rep. Argentina) fue hombre capaz de criar 20 razas de perros y cultivar 360 clases distintas de rosas. Era asimismo diestro en carpintería, buen dibujante "del natural", tocaba música, y hasta inventó una máquina para clasificar la yerba, pues entre tantas cosas casi olvidamos su actividad de yerbatero. "Era hombre que no podía estarse quieto" —nos decía, afable y triste su hermana Irene, último sobreviviente —ya muy anciano— de la familia.

Risso había comenzado a escribir versos a los 14 años, pero sólo se animó a publicar cuando frisaba en los 50. Aprovechó sus correrías en el campo para leer sus versos, en intimidades de fogón, a peones y puesteros.

En cuanto a su poesía, es el poeta gauchesco más profundo y más sano. Es varonil y tierno como nadie. Su sensibilidad puede ser igualada; contadas veces, superada. Pero en la reflexión, a tiempo y honda, es único en su género. (Habría que pensar en el argentino Atahualpa Yupanqui). Que sus versos no se enseñen en nuestras escuelas y aún en nuestros liceos, asombra.

Temas particularmente frecuentes en Risso son los de la carreta y el carretero; y la humanización que hace de los árboles más prestigiosos de nuestro suelo. Otro aspecto en que manifiesta mayormente su garra de poeta es la elaboración del poema largo, exclusivamente lírico.

Un dato curioso: los libros de Risso no se vendían en librerías, sino por excepción. Eran solventados por una Asociación Tradicionalista que reunía colaboradores de todas partes. De aquí la paradoja de ser extraordinariamente popular y poco conocido entre las gentes de letras.

Atacado por una parálisis progresiva, vivió el último año de su vida sin poder articular palabra. Pedro Lean-

dro Ipuche nos ha referido una visita patética que el poeta le hizo en ese estado. De ello puede dar cuenta esta frase que Risso escribe a sus amigos tradicionalistas: "Iba con mi ideal en ascuas... me apagué."

Obras: Ñandubay (1931); Aromo (1934); Huaco (1936); Fernando Máximo (1939); Hombres (1944); Vida Juerte (1944); Joven Amigo (1944); Luz y Distancias (1946); Tierra Viva (1948); Humo de Patria (1949); Con las riendas sueltas (1955); Raimundo (1964); Leña Caída (inédita); Charamuscas (inédita).

¡Que no te pase lo mesmo

En la cumbrera 'e mi rancho
anidaron dos horneros:
y yo parezco un extraño!
y el rancho parece de ellos!...

Dentro solo y salgo solo,
siempre solo, voy y vengo,
los hallo juntos po' el campo
y el campo parece de ellos!...

Juntos trabajan y cantan,
y tuito lo hacen contentos...
Yo no sé si a mí me miran
con lástima o con disprecio!...

Ni se apartan cuando paso,
como si yo juera un perro
que no estorbo ni hago daño
y me dejan que ande suelto...

. . . .

Ansina vivo en mi rancho
dende que solo me veo!...
En antes, era otro nido...
y el mundo parecía nuestro!...

Rogale a Dios, hornerito,
que no te pase lo mesmo!...

Aromo

Hay un aromo nacido
En la grieta de una piedra;
Figura que la rompió
Pa salir de adentro de ella!

Está en un alto pelao—
No tiene, ni un yuyo cerca—
viéndolo solo y florido,
Tuito el monte lo envidéa!

Lo miran a la distancia
Arboles y enriedaderas
Diciéndose, con rencor:
"Pa uno solo, cuánta tierra!"

Uno mesmo, como alarde
Ve su copa amarillenta,
Que pa lucirla mejor
Solo y en alto la muestra!...

En oro le ofrece al Sol
Pagar la luz que le empriesta,
Y como tiene demás,
Puñaos por el suelo siembra!...

Salú, plata y alegría,
Tuito al Aromo le suebra!...
Asegún ven los demás
Dende el lugar que lo oservan...!

Pero, hay que dir y fijarse
Cómo lo estruja la piedra;
Fijarse, que es un martirio
La vida que le envidean!

En ese rajón el árbol
Nació por su mala estrella
Y en vez de morirse triste,
Hace flores de sus penas!...

Muertas de hambre las raicitas
Se salen buscando tierra,
Como manitos que piden
Limosna, que se les niega.

Otras, güelven a meterse,
Luchando con la miseria;
Retorcidas de dolor
Rempujan contra la piedra!...

Como no tiene ventajas,
Tuitos los vientos le pegan
Las heladas lo castigan,
L'agua pasa y no se queda!...

Ansina vive el Aromo
Sin que denguno lo sepa!...
Con su poquito de orgullo,
Porque es justo que lo tenga!

Pero, con l'alma tan linda,
Que no le brota una queja;
Que no teniendo alegrías
Se hace flores de sus penas!...

¡Eso habrían de envidiarle
Los otros... si lo supieran!

El rancho voltiao

L'agua sola, no podía:
En su ayuda, vino el viento—
No era de piedra mi rancho,—

Y entre los dos lo han deshecho!
Se ablandaron los terrones
Y, al dir aflojando el cuerpo,
Con un golpazo del aire
Quedó tendido en el suelo!...

Como en el pecho de un hombre
Sonó 'la queja: por dentro!
Y ansí como a un corazón
Apretó al fogón, el techo...

Vide, mesmo en su agonía,
De mientras que duró el fuego!...
Era el dírsele la vida,
L'humito que iba saliendo...

. . . .

¿Por qué me habré estao mirándolo!
Pa tener estos ricuerdos...

Distraído

Por dir pensando en la Luna,
se me tumbó la carreta,
quedó una rueda en el aire
dando güeltas!...

Me hizo ráir el ademán:
vide como que la rueda
seguía, con 'la ilusión
de dir corriendo, en la güeya...

Y, vine a ver más dispués
que, yo andaba por las mesmas!...
como la rueda en el aire,
me daba güeltas la idea!...

Si mi mujer me había dicho:
—Varón, y para tal fecha!...
Y yo, claváo en el sitio,
por culpa de una zoncera!...

En un día tan lindo

Abra también la puerta... Más entuavía!...
Si a mí la luz y el aire, no me hacen mella!...
Cuando más escaseando, le anda la vida,
No han de privarlo, a uno, de la de ajuera!...

Usté se ha creído, m'hijo, que no repunto,
y anda viendo visiones y sombras negras...
Aunque es medio botija, viá prevenirle
que un suponer, mis tiros por áhi se afluejan,
es a usté que le toca seguir cuarteando...
Si se para en lo blando, se hunden las ruedas!...

Va a dentrar en un paso que no conoce:
es cuando necesita calma y prudencia;
no es cuestión de asustarse ni de afligirse
ande pasaron otros, ha de hallar güeya...
Y si el baquiano sabe po' ande se cruza,
el que busca con tino, siempre la encuentra!...
Tirándose-a lo loco, cualisquier paso
con un dijusto grande, quizás 'lo alvierta...

. . . .

¿Ha visto? Con el aire y ese solcito
me ha dentráo algo'e juerza...
Pa no desperdiciarla, dejuramente,
He largao la sin güeso, como en carrera!...
¡Cómo entona, el fresquito de la mañana!...
Es la salú, que pasa sobre la Tierra...
Caridá, viene haciendo!... Siempre halla pobres
y una limosna'e vida, siempre nos deja...
Se nos viene temprano porque carcula
Que el Sol, en ocasiones, anda en las mesmas...

. . . .

¡Está de lindo el día!... Vea ese campo!...
Parece que los pastos se desperezan,
dispertáo a silbidos por las perdices
que van pa los rastrojos, a sus tareas...
Se enderezan despacio, con desimulo,
pa que no le conozcan que se dispiertan
Sospechando que es tarde, miran la hora
en el Sol, porque tiene siempre hora güena...
Han de llevar los ojos en las puntitas
porque miran con ellas!...
. . . .

Hay algunos pastitos, medio amarillos;
por causa de las ráices, que están sin juerza!
Del pisarlo, morderlos, sin darles alce...
Del escarbar los bichos, haciendo cuevas...
A lo mejor, se secan, por sobra de años...
Amarillean, tuitas las cosas viejas!...

Es un día, pa que uno monte a caballo
y se olvide que hay algo más, en la tierra,
que uno mesmo, y las cosas que va mirando
y el aire que lo hincha, cuando se dentra,
como si uno cargase, por avaricia,
tuita la vida suelta, que al paso encuentra!...
Precaviendo miserias en ese viaje
que al parirnos comienza!...

Uno siempre carcula, que ha'e ser muy largo
porque de cada loma que se repecha,
siempre se ve la senda, que baja y sube
y van al mismo rumbo, tuitas las güellas!...
Se cortan las de algunos que se quedaron,
y al echarse, movieron, algo, la tierra;
uno sigue mirando, siempre adelante...
¡Naides, viene de güelta!...
. . . .

Estos días tan lindos, son siempre alegres!
Se siente, la alegría que anda de juera!
Como que hasta las cosas llenas de vida,
con la salú que gozan, están contentas!...
Uno las ve de hermosas, limpias y sanas...
Parece que lo mesmo, se sienten ellas...
El charquito barroso, que áhura relumbra,
ni a la mar, envidea!...
Va un hombre sin tabaco, y hasta se olvida
que no fuma, de pobre; canta y se alegra...
Porque, hasta el alma de uno, se le hace suave;
se conforma con nada; va de serena,
como si se juntasen en nuestros ojos,
el alma, con la mesma naturaleza...
. . . .

Si parece mentira que, luz y aire,
hagan sentir la vida de esta manera!...
Tuito se aclara!...
Es la bondá, que luce sobre la tierra...
Es, el vivir tranquilo, como de balde...
Sin importarle nada, de lo que venga...
. . . .

Me he fatigáo un algo, con esta charla...
Tenía pensáo, decirle tantas zonceras...
Ahura, siento un sueñito... —de la fatiga—...
Mejor, que duerma...
. . . .

(Y se durmió el viejito!... Y aquel muchacho—
Como si juese un hombre, de fortaleza—
se le arrima, lo toca... pega un respiro,
y apretáos, bien los labios en una mueca,—
aunque el ruido no importa— va y despacito...
cierra la puerta...)
. . . .

Alguna vez

La luna "se hizo" con agua,
No hay ni miras de que pare!...
. . . .

No ataja nada, ese toldo!...
. . . .

Va a seguir lloviendo a mares!...
Por mí,... que venga el diluvio!
A mí, ni la cola... me hace!...
Los güeyes son muy sufridos,
Y por mí... yo no he de ahugarme!...
Yo no vi'á perder el rumbo
Ni aunque las güeyas se tapen,
No ha de atajarme, el arroyo,
Ni lo vi'á esperar que baje!...
. . . .

Los güeyes, yo nos los debo...
La carreta, poco vale...
. . . .

L'agua tiene mucha juerza!...
Con suerte... quizá que pase...
. . . .

Pucha, que el paso está feo!...
Me luzco si llego a errarle!...
¡Vamos, güey!... Alguna vez
Se ha de hacer l'último viaje!...
. . . .

Me ha cansao aquella güelta

Juí reventando caballos—
Una vez — pa mi querencia!...
Naides, se vino conmigo...
Naides, cerró la tranquera...
. . . .

En antes, juí domador;
Ahura, voy con la carreta...
No me rindieron los potros...
Me ha cansáo, aquella güelta!...

Sereno... calmosamente,
sin sentir hago las leguas...
Los güeyes van muy dispacio...
A mí me sobra pacencia...
. . . .

Muchos, pasan al galope...
Algunos, a media rienda...
Yo, no envidéo a denguno...
¡Quién sabe cómo es la güelta!...
. . . .

Güena, la vida'e carrero...
Pa quien no tiene querencia...

Silbando

Silbando cantan los pájaros
Yo canto ansina, también;
Naides sabe lo que dicen;
Ellos lo deben saber.

¿Pa qué preciso palabras!
Nada tengo que decir...
Se piensa mejor silbando
Las aves piensan ansí.

Se me hace que las ideas,
Con las palabras, se van;
En el silbido, parece
Que se alargan, nada más.

Mesmo sin pensar en nada,
Las horas... puedo silbar.

Serenidá

Difícil de valorar
La juerza que no se ostenta;
Más poder que los baguales,
Tienen con poca apariencia,

Ese palenque de palma
Que, cuando es planta, se duebla;
Un ñudo que no se corre;
Sobeo que no revienta.

Más juerza que el ventarrón,
El ave que va serena
Y contra el viento adelanta
Con sus dos alas abiertas.

Y va, como si tal cosa...
Suavito... se balancea;
Que ni precisa las alas
Parece, al verla tan quieta!...
....
Cuando con rigor la vida
Sacude, corta, golpea,
L'alma que no dá señales
Es la que tiene más juerza!...

Senda del rancho a la cruz

No queda más que la senda...
cortita, y apenas de ancho,
como pa que no se toquen
las dos orillas del pasto,
y quepan, justo, mis pieses,
de uno en uno y a lo largo...

Como si por compasión,
la tierra me diera paso
viéndomé que ando perdido,
no quiere borrarme el rastro...
y contiene la gramilla
que está impaciente, aguardando
el momento que no güelva...
pa pintar verde el pedazo...
Color alegre, de vida,
sobre polvo color pardo...
Vida, mesmo,
sobre lo muerto del campo!...
....
Senda del rancho a la cruz;
¡cómo te vas angostando!...
Apenas caben mis pieses,
de uno en uno... y a lo largo...

Cuando sea que se toquen
las dos orillas del pasto,
náides hará este camino:
dende la cruz a mi rancho...
....
Tené pacencia, gramilla:
no es mi gusto el dir dispacio!...

El perro

Como el sueño intranquilo, fatigoso;
Como en la noche que se pasa en vela;
Como el golpear de un pensamiento en l'hondo;
Como el arder la brasa de una pena,

Tuito lo que nos toca un poco juerte,
Nos pinta en la expresión alguna seña.
Hasta la mesma duda —que no es nada—
En lo perdido del mirar se muestra.

Se engañarán los hombres con los hombres
Cuando en silencio la verdá se encierra;
Cuando las vistas el encuentro esquivan

Cuando el semblante, el sentimiento niega.
Pero el güen perro no confunde nunca,
Por más que el hombre su sentir escuenda
Y parece que sabe, hasta los sueños
Que un rastro'e sombras, ocasiones dejan...

Uno sale alunáo, y ni lo mira
El no le hace ni fiestas,
Y lo deja pasar como sin verlo;
Pero muy fijo dende atrás lo oserva.

Y sigue dispacito, a la distancia
Porque nos vido arrugas en las cejas
O la neblina del mirar confuso
Que hay en las vistas del que sufre o piensa.

Y dende lejos, siempre
Nos mira, nos compriende y no se acerca,
Enfrenando sus propias alegrías
Pa no venirnos a estorbar con ellas.

Y de mientras el hombre, va calmoso,
Repriesentando que el pensar le pesa,
El contiene sus ímpetus y marchan
Como llevando entre los dos, la idea.

Cuando la voluntá, guapeando en l'alma,
L'último chirlo al corazón, le pega
Y la tristeza se arrincona o juye
Y al hombre güelve la expresión serena,

El perro ya sin miramientos corre,
Pecha y pasa rozándole las piernas,
Y ladrando y riyéndose a su modo,
Ni caso le hace aunque le grite: "juera"

Porque la voz y el ademán, se ablandan;
Le descubren que el hombre, no lo echa,
Y él se finge peleando y lo acomete
Y lo abraza y le gruñe y forcejea.

Y compriende que el hombre también finge
Cuando castiga con la mano suelta;
Y él le muerde la mano y es caricia
De aquella boca que mordiendo tiembla...

Uno güelve a gritarle, lo amenaza;
El hace que nos teme y nos cuerpea;
De pronto se nos viene con juria,
Pero áhi no más se clava y asujeta

En ademán de provocar, se agacha
Con las manos abiertas;
Con la mirada llena'epicardía
Y haciendo amagos, un instante queda

Como buscando claro pa dentrarnos;
Hasta que salta y llega
Y repriesenta que le hicieran gracia
Las señales que deja.

Y la pelea sigue hasta que el hombre
Vencido se le entrega,
Y se deja abrazar sin resistirse,
Mientras los costillares le palmea,

Cuando el perro se larga
En el sosiego con que va, demuestra,
Ese descanso del que quiere y logra,
Con mucho esjuerzo, alguna cosa güena...

Dispués siguen los dos. El se adelanta
Y se para y espera;
A cada rato nos oserva un poco
Como temiendo que las sombras güelvan

Por áhi se aburre el hombre y en un tronco
Al descuido se sienta;
Echa mano al tabaco y sin buscarlas
Con las vistas del perro se trompieza

Y el animal, con su mirada fija
Y güenaza y serena,
Nos ve sacar la chupa, las hojillas,
y liar... encender... guardar la yesca...

A las primeras bocanadas de humo
Sobre un muslo nos pone la cabeza
Y su ademán parece que nos dice:
... "Ya lo sé compañero... No se escuenda"...

Y nuestra mano se nos va, sólita
Y al perro acaricea....
Y el cigarro olvidáo, se nos apaga...
Y el brazo quieto, sobre el perro queda!...

En su ley

Se apretó el corazón de la viejita
Cuando, al mirar con más fijeza, el campo,
vido aquel hombre que avanzaba solo,
con dirección al rancho.

Y se pintó en sus ojos
l'ansia que sienten los que esperan algo,
y por su juerza'e voluntá, se quedan
al parecer, tranquilos, sosegaos;
de mientras todo en la expresión descubre
de la violencia el interior estrago.

Como si el mirar fijo,
la quietú de los párpados,
el agrandarse la pupila nuestra
protegida en la sombra de la mano,
juesen recursos pa saber aquello
que se piensa con miedo y sobresalto,
figura que la idea
en un esfuerzo para ganar espacio,
se nos viene a los ojos, y en la vista
pretende dir ligero a preguntarlo.

Siempre parecen lerdos los que vienen
cuando malas noticias aguardamos.
No se sabe qué hacer pa que se apuren,
y ocurre, sin embargo,
que a veces, cuando están ya medio cerca
y se carcula cierto lo pensao,
se quisiera que vengan dispacito,
y hasta mesmo pararlos,
pa rejuntar un poco más de juerzaz
conque aguantar el cortador sogazo;
o dir largando la esperanza a puchos,
a dir bebiendo el sinsabor de a tragos!...

Con impaciencia, la viejita oserva
que al galopito corto viene el gáucho,
y hasta le dá por reparar, que tiene
güeltas la senda, como ser de encargo
pa causarle demora, en el momento,
aunque siempre la vido sin reparo
Y su inquietú se aviva
al ver que pone su caballo al tranco,
en un dejarse dir, como si naides
lo estuviese esperando;

como viniendo a un rancho del camino
ande se allega por estarse un rato,
mientras el pingo se refresca un poco
y el jinete se toma unos amargos;

ande no se ha de cáer como quien juye;
ni sofrenar cuando se está en el patio;
ni levantando polvadera al ñudo;
sinó con miramientos y cuidaos
pa no chocar la gente
con groserías que no son de gáuchos.

Pero ansí no se viene a la querencia,
dispués de un tiempo largo
aunque se tenga destroncao el cuerpo,
o pese la fatiga 'e los trabajos.
La ausencia pone juerza en los deseos,
y siempre algún afán nos tiempla el ánimo,
o nos apura el solo pensamiento
de llegar a un descanso.
Unicamente, cuando va el espíritu
en sus propios quehaceres preocupáo,
suele olvidarse del que ansioso espera
la dicha o el dolor, de nuestros labios:
Aunque, mesmo el saber lo que se lleva
es lo que suele retardar el paso!...

Al encuentro 'el marido
jué la viejita; se abajó Nicasio,
y sin decirse más que: "Viejo y Vieja"
se quedaron trenzáos en un abrazo!...

Con las riendas arriba quedó el pingo;
se le acercó un mastín pa vigilarlo
por tener aprendida la tarea
de cuidar el caballo
cuando compriende que pudiera dirse
y lo ve que está suelto y ensilláo

Se vinieron los viejos sin largarse
y cuando en la cocina se dentraron
él recostó su lanza, mientras ella
cerca del fuego acomodó dos bancos

Se le abajó de pronto la cabeza,
que no pudieron sostener sus manos,

y con ellas tapándose los ojos,
en sus rodillas encontró descanso.

El hombre mira fijo;
más hondo tiene su entrecejo el tajo;
más firme tiene su quijada el músculo;
más lindo gesto de varón, sus labios;
y aunque le brillan de humedá los ojos;
aunque se agacha su cabeza un algo—
como su barba contra el pecho aprieta
en un empaque contenido y bravo—
ansina, tiene la figura'el viejo
esa grandeza en que se pinta el macho!:
dolor projundo en la expresión serena;
esjuerzo rudo en la quietú marcado,
y ese desprecio, en el mirar la vida,
como un punto lejano,
por entre el velo que el mirar enturbia
cuando en los ojos no se cuaja el llanto,
porque se van como en vapor las lágrimas,
igual que gotas que en la brasa echamos.

Se remueve el tizón, cae la ceniza;
comienza a arder la leña;
entre el humo y la llama, se levantan
algunos pedacitos que blanquean,
y se quedan un rato por los aires,
como plumitas que de un nido vuelan
cuando al salir precipitada, el ave
demasiáo juerte el aletazo pega.
Por causa mesmo, que el fogón alumbra,
hay más negrura en las paredes negras;
más juerte sombra en la expresión del viejo
y más escuridá en los ojos de ella.

Hasta el propio silencio
repriesenta que juera
cuasi una sombra que el espacio agranda;
que sin mover las cosas, las aleja!...
Y ansina sienten los que están pensando,

como estar solos aunque al láo se vean.
Habla con voz pausada, la viejita:
—Qué maldición!... Qué maldición, la guerra!...
L'último hijo se me jué... pa siempre!
(No dice más, y en un temblor se queda,
apretándose mano contra mano,
pareciendo que reza)
. . . .
En un momento, consumió la llama
el poco'e leña seca.
Unos restos de ramas delgaditas,
retorciéndose quedan,
como ser cosas vivas
que quieren juir de aquello que las quema.
Parece que alentaran, mesmamente,
y el color las cambea
repriesentando la emoción visible,
de miedo, rabia, indinación y pena.
Algunos pedacitos
de otras ramas más duras o más gruesas,
cortáos en la mordida de la llama,
por las puntas humean,
y también repriesentan que están vivos,
que ven y sufren y el dolor no muestran,

A las ramas finitas
parecen dir los ojos de la vieja,
y en su semblante la emoción se pinta
con la mesma expresión que tienen ellas.
El hombre se defiende del silencio,
mordiendo la bombilla, echando yerba;
dándole güelta la pisada al mate
—aunque le ve la cebadura güena—
desagerando las chupadas largas
al tiempo que menea la galleta,
aparentando estar con los sentidos
puestos en la tarea...
Es fácil descubrir que anda en las nubes...
Si hasta al revés agarra la caldera!...

La brasa del tizón se pone blanca
en su ceniza envuelta,
sigue quemando sin mostrar su brillo,
con lentitud como pa hacerse eterna!...

Se olvida el viejo de cebar y fijo
queda mirando un punto cualisquiera.
Bien se compriende que es mirar de balde,
porque el semblante la expresión cambea,
del mudar pensamientos y visiones,
al pasar los ricuerdos de la guerra...
Tiene hasta movimientos
como si alguna cosa que lo alegra,
juese como la luz de los relámpagos
que con el golpe de su brillo ciegan,
y al apagarse mesmo,
un resplandor en las pupilas dejan!...
—Me daba el corazón que no volvía!...
(Mermura la viejita con tristeza.
El gaucho, estira dispacioso el brazo,
y en sus hombros lo asienta.
El ademán de alivianarlo, dice
que va con miedo de su propia juerza).
—No te aflijas mujer... (dice, y al rato):
Hay que tener pacencia...
Estaba'e Dios...
—Pero, se jué a buscarla!...
Si me hubiese atendido!...
—Nunca, vieja!...
Si pa deshonra han de servir los hijos,
vale más, que al nacer mesmo, se mueran!...
Tristeza grande es el tenerlos vivos,
y sepultáos en la memoria nuestra!...

El pellejo y el hombre, no se cuidan
saliéndose'e la senda.

Dar cara a los peligros, y no juirles,
es la ley del varón en esta tierra!...
Perder la vida, por salvar el nombre!...
Más hondo nos entierra la vergüenza!...

Lindo es llenarse el corazón de gloria
cuando por ahí, al hijo se lo nuembran,
y naides dices "pobre"... ni otras lástimas
con que a los infelices se ricuerda...
Parece, mesmo que ni está dijunto,
cuando se oye en la rueda,
como el sonido'e la emoción profunda,
del hombre que comenta,
y en la boca de tuitos los que escuchan,
hasta el silencio almiración demuestra!

La pupila se agranda
como si allí mirándolo estuviera,
y ni se sabe que de un muerto se habla—
porque al hombre se ve, según lo mentan—
y aunque se diga que, "cayó" no importa:
sólo sus hechos en visión nos quedan!...

Si es lo mesmito que mirarlo vivo!
Y es una vida que ni Dios la lleva!...

Hasta uno mesmo, lagrimeando cuasi,
se siente levantar por una juerza
que parece que juese una alegría
que con la sangre, al corazión le dentra!...

—Y ¿como jué? Nicasio...
Decime ¿en cuál pelea?...
—Ahura no estoy con ánimo pa cuentos...
Viiá largar el caballo... Vamos, vieja...

Al tranco

Es muy linda la vida
cuando de moso sin pensar, la vemos!
El mundo en esa edá no tiene orillas
porque se tiende la mirada lejos!...

Ni el horizonte mesmo nos ataja!
Lo que está más allá también es nuestro!
Porque hasta el mundo agranda
nuestra ilusión, con rempujar el cielo!

Y se repite la gramilla, el monte,
los ríos, las cuchillas, y los cerros...
y en la conciencia'el hombre
se agranda el hombre con el mundo mesmo!
. . . .
Parece que el vivir no jüese nada;
y como vamos sin sentir esjüerzo,
nos repriesenta que la vida pasa
de mientras uno, la contempla, quieto...

Templaos por la ilusión, vamos ansina,
a tranco'e corazón... de poncho vuelto!...
como si juese un viento la alegría,
y pura risa el chicotear los flecos!...

Y sin contar las horas ni los años;
sin pensar que uno más es uno menos,
quizá que nos preocupe, al acostarnos,
"Si mañana es día güeno"...

Por ahí se cansa de volar la vista,
o la asujeta el propio pensamiento:
Vemos que tuito, alrededor, se achica,
como si el mundo se ganase adentro!...

y la idea se olvida'el horizonte
y de tuitas las cosas que están lejos!...
Al sentir a la juerza, que uno es hombre,
se comienza a vivir, en uno mesmo.

Sin ansias, ni ilusión, ansina vamos;
a tranco'e corazón; pero más lento!...
Como escarcha, sentimos cáer los años!
y un poncho e frío se nos pega al cuerpo!

Y contamos las horas, los minutos...
por vicio, nada más, sin jundamento...
Lo más, ocurre cavilar, al ñudo:
"Si mañana es día güeno"...

Pero ¿pa qué?... pa que al llegar el día
nos tiremos al suelo
y agarremos p'al 'láo de la cocina,
sin más motivo que matar el tiempo...

Y estar las horas... sin pensar en nada...
pa no aburrirnos, revolviendo el fuego...
y mirando figuras en las brasas,
que ocasiones nos tráin algún ricuerdo...

O dibujar un rato en la tierrita...
O quebrar un palito entre los dedos...
Y allí... por un casual, mirar pa arriba
y no ver más que la humadera'el techo.

....

Es ansina no más... Cuando muchachos,
siempre la vista se nos va muy lejos!...
Un repente nos entra este cansancio,
que hace mirar p'al suelo.

Guillermo Cuadri (1884-1933)

Un propósito didáctico ha dirigido la composición de "El Agregao", presentado también bajo el seudónimo de "Santos Garrido" al cabo de un buen número de composiciones. Según Cuadri, los versos que se cantaban en el Interior eran muy viejos y conocidos. Menester era entonces renovar ese caudal y él lo intenta con un doble propósito: el de hacer pensar y el de hacer reír. Y logra ambas cosas.

Se inició en Minas con "Madreselvas", libro de versos que, agregándose a otros de Morosoli y Valeriano Magri dio lugar a un volumen con este hermoso título: "Bajo la misma Sombra". Después de su muerte se publicaron sus "Leyendas Minuanas" que prologó su amigo Juan José Morosoli. Allí se menciona a Cuadri en sus días de vagacampo, pescador, o simplemente, hombre que está bien en el campo. Y agrega que el autor llevaba en sí: infinito, planta y ave, esos tres elementos —dice— "que son los grandes líricos del campo".

¡Qué libro simpático! es este, "El Agregao", de Guillermo Cuadri. En su mayor parte está dividido en dos secciones: "Riyendo" y "Serio". Y casi con toda seguridad podemos decir que si no es original en los temas, lo es profundamente en el tono. Si alguien quiere gustar la risa criolla, o más aún la relinchante y gruesa risotada paisana, busque estos versos de Santos Garrido. Porque el viejo tenía, sin duda alguna, gracia. Pocos libros apuntan tan certeramente, no a un lector, sino a un auditorio: es la rueda de los peones y la del boliche de campaña o pueblo. Son versos, en su mayoría, para hombres solos, porque el viejo no refrena su lengua y se desmanda con alusiones soeces en algunos casos, o con refranes de "franqueza bruta" en otros.

En su parte seria es límpido pero menos original: melancolías de un tiempo ido que fue mejor, recuerdos amorosos, consejos, experiencia triste, hombres y paisajes.

Ahora bien: no sabemos qué quiere decir Hugo E. Pedemonte cuando comentando "El Agregao" —el mejor libro de Cuadri— escribe que es "la más auténtica revelación del arte popular no ciudadano". Y agrega citando a Wundt, que el libro cumple la triple expresión que éste señalaba a la conciencia colectiva: el lenguaje, el mito, y las costumbres". Esto es una exageración y una equivocación. En primer lugar, hay otros libros gauchescos que son tan "arte popular" como el de Cuadri. Y en cuanto a "mito", nosotros no vemos ninguno en el libro de este autor, sino humor, reflexión refranesca y buen sabor de vida vivida. También, recuerdos. ¿Dónde está lo místico? A no ser que por hacernos los modernos llamemos "mito" a cualquier cosa, hasta lo que es verdad. En cuanto a la selección de poesías Pedemonte elige, entre varios, "La primera novia" y dice que es "el más hermoso poema de amor que tiene nuestra poesía gauchesca". Nueva exageración; con el agravante que no hay ningún poema de "El Agregao" que lleve ese título. Existe uno que se llama "De la manguera vieja" y que tiene por tema el primer noviazgo. Creemos que a él se refiere el crítico. No carece, bien es cierto, de emoción y hasta de algo más, embeleso lejano; pero tamaño elogio puede despistar a más de un lector que busque enterarse de nuestra poesía gauchesca. Por ejemplo, cuando en dicho poema leemos esto:

"Y pensando, ansina, al cuete,
paresé que dise: ¡Amor!
el A, que forma el altor
del rancho en el mojinete.

Ello estará dicho, sí, muy en gaucho, pero a nadie se le oculta que se trata de una cursilería redonda.

En estas puntualizaciones estamos muy lejos de regatear nuestro cariño por la obra. Unicamente, no queremos ser injustos. "El Agregao" es un libro que ha sabido irse haciéndose solo su camino. En el tiempo en que por nuestros pueblos no había ni radio casi, nosotros hemos oído, niños, de boca de algún peoncito que entraba al almacén, desprenderse en nota compadre uno que otro jirón de décima de "El Agregao".

Lo que bien puede decirse, sin equivocaciones, es que este libro de Cuadri ha llevado siempre una vida absolutamente popular. Y nosotros creemos que su humor e ingenio le hacen acreedor a más variado público.

Obras: Madreselvas (1925); El Agregao (2ª edic. ampliada, 1928); Leyendas Minuanas (1938).

Mirada e' biejo

¿Que ti haga, china un bersito?
¡Si ando, de viejo, lusero,
como matungo aguatero;
sin salir del trotecito!
A bos ¡dejuro! angelito,
tuito se ti hase sonsera.
Pero, ¡ahijuna! en mi moyera
el Inbierno ya dentró...
¡Y qué te bi!ä'cantar yo,
si tu sos la Primabera!

Un consejo, y crémeló:
Miráte, china, al espejo,
que te bá desir, ¡canejo!
munchas más cosas que yo.
Le tendrás que dar ¡pues no!
la rasón a este "bichoco";
bas a gosar ¡y no poco!
biendo tu aire de potranca,
y tu cara, qu'es más blanca
qu'espuma e'jabón de coco.

El cristal te b'a desir,
con su sinsero reflejo,
lo qu'este paisano biejo
ya se olvidó de sentir.
¡Pucha! y te bas a engreir,
mirando con claridá,
el ritrato que te dá
de tu boquita de miel,
que tiene en lugar de piel
semiya e'burucuyá.

Entre las nubes del pelo
bas a ber la media luna
de tu frente, linda ¡ahijuna!
más que la qu'está en el sielo.
Se agrandará tu consuelo
hasta causarte sonrojos
y ¡si supieras! d'hinojos!,
como en santo cautiberio,
t'hincabas ant'el misterio
de la noche de tus ojos.

Ojos que miran ¡canejo!
siempre como enamoraos
y que al mirar entornaos
hasen desiar hast!a un biejo.
Cuando mirás medio al sejo,
¡ahí si que robás la calma!
Parese que uno s'ensalma...
Y hasta yo, cuando te beo,
siento ansí com'un chispeo
en el rescoldo del alma.

¡Tu boquita es sin ribal!
Si siempre, mesmo, parese,
que risiensito comiese
fruta e'pitanga o chalchal.
¡Quien será el felís mortal
que tenga la suerte loca,
—suerte de gloria, que toca
los dominios selestiales—
de agotar esos panales
del camuatí de tu boca!

Tamién, ¡qu'el diablo lo halague
al paisano disgrasiao
que dispués d'enamorao

tu lámpara se le apague!
¡Será debalde que bague
por la grandura del suelo!
Nunca más tendrá consuelo,
dispués de perder la calma!
¡Y ha de yebar en el alma
el luto que hay en tu pelo!

Güeno, gurisa; ya planto
mi sotret'arrosinao.
No sé si te habrá gustao,
pero, m'hija, más no aguanto.
Dios te conserb'el encanto
conque ti ha faborecido.
Dispués de habert'escrebido
quedó triste, como en ruegos,
echao sobre los pelegos
el biejo

Santos Garrido.

Hablando solo
Mientras hirbe l'agua

¡Don Andrés me dijo
que mi haya más gordo,
y que áhura paresco
que juera más moso!...
¡Desirme'sas cosas!
¡Pucha biejo sonso!
¡Ni quiero pensarlo!
¡Qué bi'á estar más moso!
¡L'alma ya de bieja,
es purito escombro!
Mi cara y mi cuerpo

no dicen tampoco
los años que tengo...
¡Qué bi'á estar más moso!
¡Ahí'stá mi cabayo!
¡Clabao el cotejo!...
Ya de taloniarlo
me teni'hast'al pelo,
y hase nuebe meses
lo ech'en un potrero!
Hoy, cuánto lo bide,
salté de contento.
¡Tan lindo, tan gordo,
pelechao y yeno!
Me apuré a'garrarlo
y a meterl'el freno;
lo ensiyé, y ganoso
li horqueté mi cuerpo,
p'agarrar pa'l campo
tragando los bientos;
le hundí las espuelas
m'ech'én el pescueso...
¡Y arrancó a un galope
como e'perro biejo!...

¡Pucha!... Con la rabia
lo crusé a lasasos!
Y nada!... Lo mesmo,
que antes de soltarlo,
hase nuebe meses
estragao y flaco!...
Dispués...¡ La tristesa
que me dio el cabayo!
Me abajé, y de frente
me puse a mirarlo...
Ahura estaba gordo,
como pá bañarlo
con un buche di agua,
como disen tantos.

El ju'én otro tiempo
güeno y boluntario.
Pero, es qu'es al ñudo...
¡Los años! ¡Los años!...
No hay güelta que darle...
¡Tuito se b'ál diablo!
¡Pucha con la bida!
¡Pobre mi cabayo!
¡El mesmo sotreta
di antes de 'largarlo!...
Monté, y al tranquito
bolbí pa los ranchos...
Y he pasao el día
sismando... sismando...
Don Andrés me dijo
qu'estoy remosando...

¡Yo pensé lo mesmo
del pobre cabayo!...
Y dispués... ¡La pucha!
¡Que cotejo esato!
Los dos, igualito,
tamos remosando!...
¡China!... La caldera
y'astá resongando;
apuráte, m'hija,
y empesá el amargo.
—¡Baya! Por fin, biejo,
te bas alegrando,
que has pasao el día
como matreriando.
¿Ahura estás contento?
—¡Pucha! No bi'á estarlo!
Don Andrés me dijo
qu'estoy remosando!...

Un truco e' cuatro

—¡Don pulpero! alcánsenós
las cartas y los porotos;
bamo a ganarle a estos chotos
uno "hasta el dos", "de tres dos".
Güeno, tape; las das bos,
y bos las cortás, Mariano;
cuidáme muy bien la mano,
porque, si pierdo y me tomo,
puede que te dej'el lomo
"como galop'e gusano".

¡Qu'eche copa e'muestra quiero
y lig'un truco machaso!
¡Ya estubo el chivo en el laso!
—¿Marcho p'ayá, compañero?
—A yorar, beng'aparsero...
—¡Paisanos!: linda partida,
que de mano me combida
a cantar mi benturanza,
pués, flor... esió mi esperanza
en el jardín de la bida!

—¡Pucha biejo ligador!
¡Ya me partió por el medio!
Yo no tengo ...más rimedio
que también cantarle flor.
—Yo nadita; ni el olor...
—Güeno: entonces, y de mano,
flor y truco, muy libiano...
—Juega solo; a mi me raja!
—¿Bamonós pá la baraja?
—Tiráte cuatro, Mariano.

¡Pa mejor a mi me toca!
—Señores!: Da mano mora,
que cuando no canta, yora,

y agua se me hase la boca!
¡Seguí ansina, suerte loca!
preparesé, com... pañuelo!
Agarr'el dos, pá siñuelo,
y ese siete que'áhi lo asalta,
¡pá que les grite una "falta"
más grande que la e'su agüelo!

—¡Oro e' muestra, compañero!...
¡"Pa' su marca no hay boleto"!
¡Ahura ban a ber que aprieto!
Pásemé señas, ligero!
¡Pucha el pardo, qué "ternero"!
¡Ya se l'estiró el hosico!
Tien'el cuatro, y el "perico"
muy lejos no se ha quedao;
¡juegue su carta, cuñao,
que m'hago pié y gano el chico!

—¿Cayao? —Toque! —Güeno: embido!
—Le falta un bidrio, caray!
—A su hermana... el bacaray
le gusta, tengo entendido.
—Mire que pocas le pido.
—¡La falta embido! —Pues quiero!
—Ensartart'en este ujero:
¡treinta y cuatro! y no matás!
—Treinta y cinco! que son más!
—¡Ya me ca... só el aguacero!

—Ahura es al ñudo la queja:
tienen chico; dé cuñao;
qu'éste b'a ser más ramiao
que lechiguana en carqueja.
¿M'hiso señas con la oreja?
Benga; pinta e' güen color.
¡No te negués por favor!
¡Esta te pid'orejiada!
¡Seguila, que ba chumbiada!
¡Abre lirio y serás... ¡flor!

—Yo también tube un amor
por el que cuasi me pierdo,
y tengo d'él, pá ricuerdo,
una trenza y una flor!
—¡Ah pardo! si es un primor!
—¡Contra flor resto, y apriete!
—¡Con flor quiero; treinta y siete!
—¡Ahura sí no t'escapás;
¡cuarenta y dos! sinco más,
te hosicaron en el brete.

—¡Pucha, pardo querendón!
¡Dar restos con treinta y siete!
—Me gustó; pero, jué al cuete,
y he pasao por chapetón.
Ahura el güeno; es de cajón
robarlo; con ganas mi hayo.
—Puede... que lo parta un rayo:
dé las cartas, sierre'el pico;
bamo a ganar este chico,
y... "a bañarse cusco bayo".

¡Simbra, qu'está di una pata!
¡Pucha, con el "queso ransio"!
¡Haséte bena Benansio!
¡Ahura robamos la plata!
—Juegue nomás esa mata.
¿Cómo si haya pa'l enbite? L
—En la liña —Güeno grite!
—¡Un riál enbido! ¡Peludo!
—¡Su padre... jué macanudo
pa'l "biolín" y pa'l "confite".

—Descúbralós, compañero.
—Güeno: quiero! beintitrés.
—¡Que lo belen... al inglés!
Treinta y dos! mate, aparsero.
Sinó mato algún cordero...!
—Disparen, que los machuco,

Este partido es macuco,
y áhura me toca ser mano.
Tiráte cuatro, Mariano;
tres del rial, y uno del truco.

¡Pinta, y 'los hago chatasca!
¡"Ahura, sí, no es ni carrera"!
¡Que la ban a ber, de fiera,
"como chinch'en catr'e guasca"!
—Usté mate a la que nasca,
es tuito lo que le pido;
boy a la suya, y ¡enbido!
—No quiero —pués mate y grite!
—¡El truco... sigue al embite,
y nos vamos de corrido.

—¡Quiero! retruco! ¡canejo!
—Bale cuatro! palangana!
—¡Quiero... ber con qué me gana.
—Pués con el "dunga", mi biejo.
—Metalé duro y parejo;
despénelós, compañero.
—¿Lo bido al dos, aparsero?
Pués áhi lo tiene, pá "taco";
sáques'ése pasto'el... saco,
y dé las cartas ligero.

—Com... pañuelo, digamé:
Una flor en una tina,
¿Será flor, o Florentina?
—¡Contra flor el resto a usté!
—¡Quiero! cuarenta, y gané.
—¡Me pegó en 'lo dolorido!...
—Pulpero!... Caña le pido;
eche caña de l'Habana,
que al truco náides le gana
al biejo

Santos Garrido.

De la manguera bieja

¡La primera nobia!... ¡Ahijuna!...
Creo que a tuito barón,
le queda en el corazón
com'una espina de tuna!
Por disgrasia o por fortuna,
¡siempr'en el alma la encuentro!
Cuando a mis ricuerdos dentro
ayí sus ojos están!...
¡Cuasi siempre se nos bán!
¡Y siempre quedan adentro!

Disen qu'es "sonso el barón
cuando el amor lo palmea";
pueda ser que ansina sea,
qu'el dicho tenga rasón.
Yo, como biejo y chambón,
pué que biba equibocao,
mas sólo hubiera desiao,
en los años q'he corrido,
siempre sonso haber bibido;
es desirs ¡Enamorao!

¡Si es lo más lindo el amor
que hiso Dios sobre la tierra!
Y si los ojos nos sierra,
¡es pá berlo más mejor!
A tuito le da esplendor
y en tuito pone un arruyo;
Si nos da la prenda un yuyo,
perfume de flor esala,
y ningún palasio iguala
al disgrasiao rancho suyo!

¡Su rancho!... Cuando alcansamos
a coronar una loma,

6

y ayá, a lo lejos, asoma
el rancho de la que amamos...
¡Con qué ganas lo miramos!
¡Cómo apuramos el flete!
Y pensando, ansina, al cuete,
parese que dise: ¡Amor!
el A, que forma el altor
del rancho en el mojinete.

Ya no bemos, ¡es soncera!
más que aquel rancho querido,
y de un galope tendido
yegamos a la tranquera,
Si la prenda sale ajuera,
¡faltan ojos pá mirarla!
Uno se queda sin charla,
—siendo pá prosiar baquiano—
y al estirarle la mano,
¡baja el alm'a calentarla!

Ayí, sentaos en la sala,
sabemos lo que es la gloria.
¡Y esto dentra en la memoria
pá siempre, com'una bala!
Náides a la mosa iguala,
en cuanto a lindura toca;
tuita comparansia es poca
pá nuestros dulces antojos;
¡No hay ojos como sus ojos!
¡No hay boca como su boca!

¡Y qué pronto el tiempo pasa,
ansina, di amor hablando!...
¡La tarde se ba gastando
com'una bela de grasa!
En el pecho se hase brasa
l'aruera de la pasión...
Yega el último apretón
que largamente le damos,

y al dejarla la yebamos
metida en el corazón!

Y mientras bamos rumbiando
entre la sombr'aquietante,
sus ojos ban siempre a'elante...
galopiando!... galopiando!...
Sus palabras ban sonando
adentro de los oídos;
hasta que alegres ladridos
nos bienen a dispertar,
estando cuasi al topar
con otros ranchos queridos...

Y andamos remoliniando
con el apero y el pingo,
pensando que hasta el domingo
trujimos conque ir pasando.
Con eso nomás, soñando,
la bida no nos aplasta,
y el alma en gloria s'embasta,
qu'el amor tien'esto e' güeno:
Aunque nunca se be yeno,
¡con caulquier cosa le basta!

Si esto es ser sonso, ¡canejo!
Ah'malhaya quién pudiera
bolber otra bez, siquiera,
a sonso dispués de biejo!
Yo de mis créensias no sejo.
Y al mirar pá'l tiempo ido,
goso un ricuerdo querido
biendo, como, a media rienda,
diba pá'l rancho e' la prenda
el biejo

SANTOS GARRIDO.

Carlos Sabat Ercasty (1887)

Para quien está próximo a celebrar su medio siglo de actividad poética, nada mejor que encararlo en los tiempos de su mejor poesía y más borbollante plétora. Son los tiempos de sus primeros libros. Y este poeta excesivo, este hombre excesivo, tuvo la suerte de encontrar en esos años a un amigo, a un gran poeta, a un gran admirador que creía llevar, a su vez, un ferrocarril adentro. Era Juan Parra del Riego. En la "Prosa" que de él se ha recogido encontramos los elogios que posiblemente Sabat ha paladeado con mayor fruición, y que son también los que nos parecen más justos. Parra se ha ocupado de él en notas de crítica, en artículos periodísticos y en sus cartas a Bernardo Canal Feijóo desde 1918 a 1922.

Allí Sabat aparece con "fabulosa juventud, salud brillante y enorme de kermesse, y envuelto en su capa de Lord Byron". Contaba entonces 28 años. "Sentidor y pensador, tiene a Walt Whitman y a Nietzche simultáneamente". Su poesía esta hecha de "loco vértigo enumerativo de panoramas y condensaciones bruscas de ideas".

Su estilo es "hímnico, litúrgico". En cuanto a las religiones, "Sabat a todas las comprendió como poesía, y a todas las rechazó como dogma".

Sabat y Parra se iban al puerto, a la estación, a las plazas. Un día vieron bañarse a los 150 caballos del escuadrón. "¿Los hipocampos? ¿Los centauros de Darío". Motores, modernismo, paganismo, panteísmo. "La olimpíada del viento sobre las olas".

Sabat tiene "una sensibilidad de micrófono". Pero un año después, Parra lo ve como "un monje trágico de la poesía". Es cuando escribe "Los poemas del hombre". Elabora "la única épica posible de nuestro tiempo, una épica mental; las ideas se hacen pasiones y tragedias de conciencia".

No sabemos si el gran poeta peruano está alarmado de la extensión kilométrica de los poemas que escribe su amigo. Quizá no. Pero los llama "rascacielos de palabras y de imágenes. O habla "de estos remolcadores «Poemas del hombre» sin dejar de ver en él "uno de los poetas más grandes que tenemos hoy en América". Este verso libre arranca "emociones con velocidades y fuerza de ferrocarriles". O bien Parra atina a ver precisarse en la niebla "tres poemas humeantes y poderosos como tres nocturnos vapores". A poco observa que estos versos sinfónicos: "suben enormes cantidades de palabras como las humaredas de los holocaustos". Agrega que "todo en Sabat es temblor, latido, monumento". Y ya, sin duda, no puede sorprendernos, cuando al fin nos dice que el libro a la manera de un toro clava su estampa maciza y luminosa frente a las puertas de la crítica.

Nosotros no dudamos que se puede sentir poesía y gran poesía en los libros de Sabat. Pero asimismo entendemos fácilmente el desconcierto de más de un lector ante la superabundancia verbal que puede sonarle como hinchazón, inercia, retórica, oratoria. Sabat es un poeta difícil de leer. Pero si dócilmente —sin hacerle preguntas— nos dejamos llevar por la corriente de sus versos, podremos sentir entonces ese modo que Parra llamaba "succionador" y que nosotros sentimos más bien como un efecto excitante, dentro del cual deja ya de amedrentarnos la longitud del poema; y hasta la deseamos, porque nos hace respirar en un aire de grandeza, temblores y suculencia cósmicas. Tal es lo que hemos experimentado al leer "Los Poemas del Hombre" y "Vidas", uno de sus más bellos libros.

Profundamente verdadero nos parece este juicio de Parra: "Más que el desarrollo sintético de una emoción o pensamiento, los poemas de Sabat se caracterizan por la atmósfera Wagneriana de leiv motiv y obsesión. Procesiones de imágenes dan vuelta alrededor de una misma idea, hasta sugerir una extraña embriaguez."

Un itinerario recomendable al lector curioso de esta poesía podría ser, tras la lectura de "Vidas", la del libro de sonetos "Los Adioses". No se encontrará en éste al poeta cosmogónico sino otro más cercano: el de un corazón a quien la muerte arranca sacudidas eléctricas como a la rana de Volta. Después, dicho lector podría pasar a los primeros "Poemas del Hombre".

Con el paso de los años no desapareció en Sabat la prodigalidad de su inspiración. Y aunque, sin duda, estos tiempos no son los suyos, su tentativa de crear una poesía grande, agitada, abierta a todos los torbellinos de la materia, el tiempo y la conciencia, no fue un fracaso.

Obras: 1917, Pantheos (Poemas); 1921, Poemas del Hombre: Libro de la Voluntad, Libro del Corazón, Librro del tiempo; 1922, Eglogas y Poemas Marinos; 1922, Poemas del Hombre: Libro del Mar; 1923, Vidas (poemas); 1925, El Vuelo de la Noche (poemas); 1929, Los Juegos de la Frente; 1929, Los Adioses (Sonetos); 1930, Poemas del Hombre: Libro del Amor; 1933, Lírida (Poemas); 1935, El Demonio de Don Juan (Poema Dramático); 1937, Poemas del Hombre: Sinfonía del Río Uruguay; 1938, Himno a Rodó y Oda a Rubén Darío; 1939, Geografía: En el Río Cebollatí; 1940, Oda a Luis Gil Salguero; 1940, Verbo de América: Discurso a los Jóvenes; 1940, Cántico desde mi Muerte; 1941, Artemisa (Poemas); 1944, Romance de la Soledad; 1945, Himno Universal a Roosevelt; 1946, Himno a Artigas; 1947, "Las Sombras Diáfanas (Sonetos); 1947, Poemas del Hombre: Libro de la Ensoñación.

La joven de la fruta

En las mañanas ágiles y el alto mediodía,
desde los grandes árboles de sombra y los frutales
recogidos de fuerza y endulzados de pomas,
por los campos de trigos la miel del mundo traes.

Virgen de todo hombre, gajo de gracia, ebria
en la salud del aire de los bosques y prados,
como la espiga, esbelta, como el racimo, curva,
toda de la esperanza corrías por los campos.
¡Toda de la esperanza... toda de la esperanza...!

Luz de sol, luz de estrellas, luz de juegos y sangre,
resplandeciente y ágil como una pura ola
de mar bajo los vientos... tú misma no lo sabes!...
¡Toda de la esperanza, toda de la esperanza,
corrías por los campos y abrazabas los árboles!

Quince años de vida, quince años de savia,
quince años de risas, de alegrías, de fuego,
de saludable aroma en carnes sonrosadas,
quince años de virgen, y verte así, corriendo!

Tú, que subes los hijos desde tu vientre oscuro,
¡Creo en ti padre Sol, creo en ti, madre Tierra!
y los dos, que abrazándose, dieron la vida al mundo.
él, que mezcla sus llamas a los antiguos limos,

De toda muda esencia y divinos prodigios,
con los hondos licores terrestres y celestes,
con los maternos néctares y los paternos zumos,
lo mejor de dos astros en tu cuerpo se enciende.

Si tú supieras, joven, lo que son tus mejillas,
el vuelo de tus manos robadoras de frutas,
tu apretada manzana del satinado vientre,
tu boca de naranja y tus pechos de uva...

Si tú supieras, joven, el fulgor de tu danza,
el purísimo canto de tu cuerpo en el mundo,
la misteriosa esencia de tu perfume vivo,
la infinita potencia perfecta de tu júbilo.

Y esa voz, y esa gracia de antiguas primaveras,
y el ir toda corriendo por un mundo maduro,
hervido de veranos, desmayado de otoños,
endulzado de noches, como es ahora el mundo!

Si tú te vieras toda como te ven mis ojos
en la embriaguez celeste del alto mediodía,
y supieras la obra de los astros amantes
en la espléndida fruta dichosa de tu vida!

¡Si tú supieras, virgen, tú, que igual a una llama
nos recuerdas el día primero de las cosas,
la embriaguez de los jugos que recién eran fruta,
la alegría del agua que recién era gota!

Si tú supieras... ¡ah!... pero mejor no sepas...
hija mía, no sepas... no sepas, ¡hija mía!...
¡Sigue el baile ligero de embriagados sentidos
y róbale a los árboles la fruta dulce y fina!

¡Los racimos de oro, los racimos de fuego,
las manzanas de nube y envolventes fragancias.
Las granadas de chispas como una hornalla viva
de sol, te den la dicha de nunca saber nada!

Levántate a la hora de los primeros pájaros.
Acuéstate a la hora de las últimas aves.
Se inclinarán los días, se doblarán los años...
¡Tú cerrados los ojos, date a un hombre, y sé madre!

(Vidas)

(De "Los Adioses")

XIII

Tras el ímpetu ebrio con que mi vida clama
alterna una abandonada melancolía.
Urge el incendio, el huracán va, vuela el día,
o caen los vientos, pesan las horas, muere la llama.

Venenos de pereza y hastío me derrama
en la sangre de rosas la otoñal agonía.
El himno heroico se me desmaya en melodía
lánguida; la pasión apenas sueña y ama.

Balanza sin razón para el vaivén eterno
de las horas distintas, el corazón. Infierno
y paraíso; encantamiento y desesperanza;

deseo loco y desilusión; última altura
y oblicuo ensombramiento... ¡Pobre vida insegura
tornasol infinito de un solo horror que avanza!

XIV

Me llevarán un día sin que yo sienta nada
adentro de una caja sin luz. Un agujero
en la Tierra. Al instante, me habrán bajado. Cero.
La carne tenebrosamente acabada.

Ni la más sorda y más opaca y apagada
sensación. Tras el trabajo horrible, todo entero,
en gris, en vano polvo. El pensamiento austero,
sueño. El corazón, lodo. La voz, ceniza helada.

Descendimiento calladamente lento y mudo
de una cosa desvanecida y de un desnudo
no ser, y de una anonadada y extinguida

forma del amor, y de la sed, y del deseo,
tallada en las tinieblas, ni siquiera sentida
por este mundo triste ¡en donde aún amo y creo!

XVII

Estar en mí las horas enteras y los días
apretando mi yo y sabiéndome mío.
Ser el lago de la corriente que era el río,
y no irme hacia afuera ni por las cuencas mías.

Sólo tener mis concentradas melodías,
el fuego de mi fuerza y el metal de mi frío.
Y sin abrirme al mundo vencer el largo hastío,
y perseguirme siempre con tenaces porfías.

Tapiar las cinco puertas que me llevan al mundo.
Hundirme en un océano cada vez más profundo
entre las soledades de la íntima jornada.

Obstinarme un deseo todavía más hondo,
para encontrar, acaso, escondido en el fondo,
ese extraño vacío donde empieza la nada.

XXXIX

Melancolía, y no dolor, madura fruta
y última que está en el árbol de la ciencia.
Yo no sé qué desolación y qué indolencia,
casi dulces, me esperan al final de la ruta.

Mi corazón está encerrado en una gruta
de musgo, y de silencio, y ternura, y paciencia.
Gris! La mirada huye la falsa transparencia
y una aceptada sombra la suave sien enluta.

Se desvanece el sueño de aquel saber ardiente
que cuajaba diamantes de orgullo en nuestra frente.
Con un dolor deseado hendimos una herida

en nuestro ser. Y la gustamos. Y nos hundimos
en el tembladeral arcano de la vida.
¡Y es curioso, no hay más que horror, y sonreímos!

LIII

Melancolía y tedio de no estar convencido
de nada, y de tener un continuado paso,
y un ir fatal, un no llegar jamás, y un fracaso
seguro, y todo por este extraño haber nacido!

Recorro a veces la fuerza inmensa que me ha traído
y me puso en la forma del encendido vaso
del cuerpo, en cuyo fuego vital y astral me abraso,
y en el miedo de ser me ahogo entristecido.

Me palpo. Toco una mano con la otra mano.
Rozo y oprimo mudo y temblando el humano
fantasma. Con la idea hielo las sensaciones.

Quisiera correr, huir, no encontrarme en mí mismo,
o atravesar las espantosas ilusiones,
o hallar en mí una cosa que no fuera de abismo.

Alegría del mar

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Los vientos resalados danzan, corren, asaltan!
Los vientos anchos muerden las grandes aguas locas!
Ruedan ebrias las olas.
Blancas hileras de espuma señalan
los peñascos negros bajo las olas verdes!

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Las bocinas del viento
hinchen los caracoles de las islas duras
con largos cantos ágiles!
¡Ah, el furor de la música, la salvaje potencia,
los anhelantes gritos, los acordes crispados
de las olas violentas de viento y de sales!

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Es ésta la hora cósmica,
la hora desenfrenada del Océano!
El negro pulmón
sopla los huracanes de colores oscuros!
El sol abre en las nubes grandes grandes puertas azules
con sus manos de fuego.
El viento retuerce los mástiles
y hace gritar las quillas y las proas
con voces resinosas y calientes.

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Entre todo el tumulto palpitante del agua,
entre las olas ebrias, entre los vientos ásperos,
frente a las rocas agrias y las islas amargas,
baila mi corazón sobre la nave,
danza en la inmensa música con sus pasiones libres!

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
La ola golpea contra el límite!
El viento se rompe contra el límite!
El huracán y el mar combaten contra el límite!
Ah!
ebriedad, locura, fiebre, crispación, rabia, delirio!
Las rocas se rajan y saltan!
Los peñascos se doblan rugiendo!
Las islas gritan con su pecho negro!
Los faros silban con su brazo enhiesto
salpicados de sal!

Alegría del mar! Alegría del mar! Alegría del mar!
Mis ojos van a estallar de júbilo!
Todo está empapado y agrio de espumas y de sales,
yo voy sobre la proa profunda de peligros!
Los vientos se castigan ágiles y furiosos.
Las olas se levantan, enloquecidas, ebrias.
Rugen en el océano las entrañas amargas.
Ah, libertad,
maravillosa libertad,
palpitante, delirante, febriciente, trágica,

infinita alegría de la fuerza libre!
Mi corazón! —Mira!—
La ola golpea contra el límite!
El viento golpea contra el límite!
El mar entero y vasto golpea contra el límite!
Corazón mío, danza sobre la nave.
Llora y grita, ríe y canta!

Yo aguardo el instante del prodigioso escollo
donde se estrellarán las viejas tablas.
Ah! cuando mi cuerpo blanco, extenso y luminoso
vaya en las grandes olas a la orilla divina
hacia lo inesperado de un destino más alto!

La ola golpea contra el límite!
Alegría del mar!
Alegría del mar!
Alegría del mar!

(*Libro del Mar*)

La joven del hijo

Ya un mes te vive el hijo en la sangre creadora.
Y ahora estás junto al árbol que va a fraguar la fruta,
las flores se electrizan en el sol de la tarde,
y en millones de besos el pólen vibra y ama.

Ya un mes te vive el hijo que mana de tu arteria
y va del corazón corriéndose hacia el vientre,
y lo abrigan las túnicas de tus sedas vitales
mientras crece el misterio de la forma y del alma.

Como en ti se está uniendo sol y tierra en la carne,
cómo vas con la Tierra y el Sol labrando el hijo,
cómo en ti está la vida tallando su escultura,
qué infinito de abismos trabajas tu misterio!

Qué números te asisten en acordados ritmos,
qué ideas te penetran en primorosas líneas,

qué memorias del tiempo que dibujan al hombre,
qué invisibles columnas para tu templo vivo!

Qué ordenación del Logos creador y supremo,
cómo está en la simiente la imagen que tú brotas,
qué crecimiento exacto, qué expansión en la yema,
cómo el pulso del pecho esculpe tu prodigio!

Ser la madre del ser, darle cuerpo a un destino,
labrar en el silencio la fina criatura,
esculpir una frente, una mano, una boca,
ir delineando arterias, ir acendrando nervios.

Trasmitir el latido al corazón que aún no era,
llevar el flujo elástico a dedos que aún no eran,
dar un contorno vivo a un pecho que aún no era,
mover rojas corrientes en venas que aún no eran.

Ir curvando una bóveda donde habrá un pensamiento,
ir tejiendo una red al tiempo y la memoria,
sembrar el claro impulso y crear en la sombra
los ojos bebedores de una luz no llegada.

Afinar en la piel la levedad de tacto,
en la lengua la líquida sensación de los frutos,
en el oído el roce divino de la música,
y dar al labio densa la inasible palabra.

Ni te pregunto, joven, el abismal enigma,
las cargas de futuro que en ti se están uniendo,
las herméticas claves que trabajan tu brote,
la interior cavidad donde crece tu rama.

Eres la madre, hja de tu madre y sus madres,
el surco del amor donde sueñan las horas,
el eslabón más nuevo de la inmortal cadena,
y la continuidad de los oleajes vivos.

Todo sin ti muriera en la incansable muerte,
toda sin ti la Tierra su vuelo ignoraría,
se perdieran los nombres de los sublimes astros,
no hubiera un ojo ardiente ante la altiva aurora.

Sólo en ti se redime de su roca la Tierra,
en ti se hacen los nombres que la nombran y fijan,
en ti está su dibujo para lejanos siglos,
por tu sangre se saben las no trazadas órbitas.

Viertes amor vital para el amor futuro,
viertes la fe a la proa que va hacia la esperanza,
viertes una piedad que abrazará ciudades,
y viertes un perdón de espirituales mieles.

Todo en tu vientre sacro se escribe y perpetúa,
los cantos no cantados que habrán de ser un día,
las fecundas ideas que aún nos vedan la esfinge,
los tactos más profundos de la callada noche.

Sé madre en inocencia, como es madre del trigo,
de la rosa, del pájaro, del pez, la madre Tierra,
danos ser en el hijo a la par que lo creas,
fluye en eternidad la gracia de la vida.

Sepamos ese viaje seguro que es el Hombre,
sepamos que él emana de tu sangre creadora,
sepamos que hay mil jóvenes que siguen tu cadena,
anillo con anillo, humanizando al astro.

Danos ese milagro de tu vital impulso,
ponnos en una fila que sume arcanos tiempos,
prolonga esta conciencia de insaciables relámpagos,
eterniza la estirpe que piensa el Universo.

Ya un mes te vive el hijo en la sangre creadora,
y ahora estás frente al árbol que va a fraguar la fruta,
las flores se electrizan en el sol de la tarde,
y en millones de besos el pólen vibra y ama.

Vengo a ti en devoción, en plegaria, y en himno.
Te doy toda la música que cabe en mi silencio.
Ruego al Sol y a la Tierra por tu júbilo sacro,
y en una sola espiga todo mi amor te rindo!

Setiembre 9 de 1957.

Fernán Silva Valdés (1887)

Sus versos se leen en las escuelas y liceos. Las letras de sus tangos se han difundido en América. Desde 1920 comenzó su fama popular al mismo tiempo que se le ha mirado siempre con respeto en el seno de la poesía para poetas solamente.

Puede decirse que sus ideales, si no totalmente, se han cumplido en gran parte. Franqueados los 30 años se propuso crear una poesía nueva, y acertó. Silva Valdés no ha de enojarse, seguramente, si colocamos junto a su nombre, como compañero de aventura y éxito, el de uno de sus amigos: Pedro Leandro Ipuche. La nueva escuela se llamó "nativismo". En ella el poeta canta los temas de su tierra, no haciéndose el gaucho, sino en correcto idioma castellano.

En su "Autobiografía" (Revista Nacional Nº 194), cuenta su coincidencia con las revistas de vanguardia —entre ellas, "Cosmópolis"— que empezó a recibir por ese tiempo. "Se habla mucho de *ultraísmo*, escuela a base de imágenes *nuevas, inéditas, creadas*... y me digo: *yo también estoy en esto; pero estas imágenes las estoy aplicando a lo autóctono.*"

En realidad, aunque su género de vida cambió radicalmente, el paso del modernismo al nativismo fue el uso de un instrumento: *la imagen nueva*, ya utilizado en "Humo de Incienso" y aplicado ahora sobre realidades nativas. El mismo poeta lo reconoce y ha ejemplificado al respecto. Así en este caso: "Exóticas torres siempre vigiladas por dos gorros frigios" — había escrito al hablar de unos senos. Pero más tarde, inaugurando el "nativismo" dirá superiormente al sumirse en la contemplación de un caballo alazán: "De las ancas lustrosas —le caía la cola— como una cabellera que se desmorona". La primera imagen desvitaliza lo mentado; la segunda, por el contrario, es un hallazgo suntuoso y vivo.

Media entre ambas la distancia que va de un Silva Valdés entregado a "la influencia de las drogas por curiosidad literaria", a un Silva Valdés nutrido de campo, que ha recuperado "no sólo la salud corporal, sino la poética..."

Bien ha sido dicho por Zum Felde que si los románticos buscaron el americanismo literario a través de la *historia* y la *sociología*, el nativismo del 20 procuró la captación de lo americano mediante una mirada exclusivamente *estética*.

Los aportes principales de Silva Valdés están, para nosotros, en la manera de componer sus poemas y en el graficismo de sus imágenes. La forma es de un cuidadoso desaliño. Su estrofa anárquica parece siempre una prosa que insensiblemente progresa hasta armonizarse con las sonoridades del verso. Es de un singular encanto esta conversación que se hace música. Frases arrítmicas, como nacidas en cualquier parte, y que en vez de fundirse parecen chocar, acaban casi siempre por atarse en un haz en torno de una imagen, para producir tras de sí un efecto unido y melodioso, a modo de una hilacha de viento atada a un poste.

En segundo lugar descuella por la visualidad de sus imágenes. Por ejemplo: "En la copa de un plátano — Hace burbujas la primera estrella". O esta vista del buey: "Es pesado, es tardío; y hasta cuando está suelto — Parece que llevara algo de arrastro". Sólo por placer y no por necesidad probatoria hemos citado estas imágenes —a las que podrían agregarse muchas más— ya que nadie le ha negado al poeta la sagacidad fervorosa de su imaginación que, ejemplarmente, a nuestro ver, enseña a qué distancia es necesario colocarse frente a un objeto, y qué grado de equivalencia conviene requerir a la imagen para que ella no sea solamente justa, sino cargada de una precisa delicia a deducir.

Hay por otra parte en Silva Valdés una manera de traducir lo grande en lo pequeño, que a nosotros nos place.

Si su espíritu no pulsa un instrumento de resonancia universal sino la guitarra criolla y "virtuosa", nos ha sabido dar en ella el tono nuevo y justo con que debemos acercarnos a tantas cosas nuestras que nos imponen más que su grandeza cósmica o vehemencia paté-

tica, su dulzura familiar, su instante típico, su ser de siempre. Hay una realidad que recuerda el poeta y nos parece profundamente significativa: En Montevideo, habitaba en el fondo de una quinta unas piezas — "las cuales quedaban entre árboles (un ombú había metido una rama por la puerta y me pasé más de un año sin cerrarla, con invierno y todo)" — escribe. Y esta mezcla de bohemia artista y campo puro lo definen.

Obras: Anfora de Barro (1913); Humo de Incienso (1917); Agua del Tiempo (1921); Poemas Nativos (1925); Intemperie (1930); Romances Chúcaros (1933); Romancero del Sur" (1939); Antología Poética (1943).

El Rancho

Retobado de barro y paja brava;
Insociable, huyendo del camino.
No se eleva, se agacha sobre la loma
Como un pájaro grande con las alas caídas.

Gozando de estar solo,
Y atado a la tranquera a ras de tierra
Por el tiento torcido de un sendero,
Se defiende del viento con el filo del techo
Su amigo es el chingolo;
Su centinela gaucho el terutero.

Por la boca pequeña de una ventana
Apura el medio día de un solo bostezo;
De mañana despierta con el canto de un gallo
Y de noche se duerme con el llanto de un niño.

Es creyente a la vez que fatalista;
A supersticioso nadie lo iguala;
Se persigna al chistido de la lechuza
O se tapa los ojos por no ver "la luz mala",
Y se encorva de miedo cuando aullan los perros
—Con las cerdas del lomo despeinadas—
Porque pasa la Muerte, chúcara e invisible,
Montada en pelo
En la yegua sin freno de la Leyenda.

Es torvo como el gaucho
Hasta en su mansedumbre;
Como aspira tan poco nunca sale de pobre;
Y guarda con orgullo ocmo único tesoro
—Expuestas en un marco con alardes artísticos—
La estampa de un caudillo
Y una divisa bordada en oro.

Ni altivo ni bizarro, humilde, nada más;
Ignorante a la gracia y al donaire,
Adornan su mal gesto curtido de intemperie
Un nido de hornero y un clavel del aire.

Es viejo ya, sus quinchas han visto tres patriadas;
Agringarse los criollos, acriollarse los gringos;
Si no le salen canas le nacen cicatrices,
Y aceptando el destino de concluir en tapera,
Mira pasar los años y crecer los gurises
Echado boca abajo y con el lomo al sol.

En los atardeceres en que se pone triste
Revisa sus recuerdos de un vistazo hacia adentro
Y encuentra cuatro fechas que lo hicieron vibrar;
Cuatro fechas que son
Los puntos cardinales de su emoción:
Una boda, un velorio, un nacimiento,
Y una revolución.

Cuando se quede solo, sin poder con el viento,
Y caiga de rodillas, será tan poca cosa;
Su historia tan vulgar: un placer, una cuita,
Que cabrá en las seis cuerdas de una guitarra
Y en los seis suspiros de una vidalita.

(Agua del Tiempo)

El Indio

Venía
No se sabe de dónde.
Usaba vincha como el venteveo,
Y penacho como el cardenal.

Si no sabía de patrias sabía de querencias.
Lo encontró el español establecido;
Pescador en los ríos, cazador en los bosques,

Bravío en todas partes y cerrándole el paso
Con arreos de guerra, vivo o muerto;
Siempre como un estorbo, siempre como una cuña
Entre él y el horizonte.

Modelado en barros de rebeldías,
Pasa como una sombra, desnudo y ágil,
Por los senderos ásperos de la Leyenda.
Esbelto musculoso, retobado en hastío,
Entre el cobre y el rojo estaba su color;
Una señal de guerra le hacía punta a su instinto
Y entonces, por sus venas
En vez de correr sangre corría sol.

Estético instintivo,
Se ponía en el rostro los más vivos colores,
Y en la cabeza plumas, como las aves bellas;
Si el exceso de adornos no lo hacía más indio
Cuanto más se adornaba se sentía más hombre.

Señor de la comarca,
Por un pleito de caza con la tribu vecina
Blandía su coraje afilado en el viento;
Como los troncos de la flora indígena
Era duro por fuera y era duro por dentro;
Su única dulzura temblaba en su lenguaje,
Como en las ramas de la flora india
Tiemblan las pitangas.

Vadeaba los arroyos en canoas;
Entraba a las querencias de las fieras,
O ambulaba durante varias lunas
En una aspiración horizontal
—Curtido de intemperie,
Rojo de sol o húmedo de tormentas—
En los días rayados de chicharras
O en las noches tubianas de relámpagos.

La conquista española enderezó sus rumbos:
Y las tribus que erraban por rutas diferentes
Se ataron en un haz, alrededor de un jefe,

Para rodar a un tiempo,
Como las boleadoras.

No sabía reír ni sabía llorar;
Bramaba en la pelea como los pumas
Y moría sin ruido, cuando mucho
Con un temblor de plumas, como mueren los pájaros.

(Agua del Tiempo)

El Buey

Es pesado; es tardío; y hasta cuando anda suelto
Parece que llevara algo de arrastro.
Camina torpemente,
Como si siempre fuera uncido a la carreta;
Como si le estorbara
El pedazo de sexo que le falta.

Camina torpemente pero jamás tropieza,
Y entre sus cuernos en forma de cuna
Parece que al andar acunara al Progreso.

Su pelo, negro o blanco, es opaco y es sucio;
En cualquier estación tiene pelo de invierno.

Su vida está partida en dos mitades,
Como de arriba a abajo;
De ternero a buey;
Por eso
Sin haber sido padre tiene mucho de abuelo.

De mañana, de tarde, se aburre a toda hora;
Pero cuando se aburre más que siempre,
En ausencia del hijo que nunca tuvo
Se acaricia a sí mismo con dos palmos de lengua.

Es tan inofensivo como su sombra;
Y a su sombra buena
Procrean las palomas y los pájaros mansos
Como riéndose de él.

Es bueno más que bueno;
No tiene ni un pecado y sin embargo
Se castiga los lomos con la cola
Como con un cilicio.

El arado es su perro y es el yugo su cruz.
La claridad del día lo sorprende en el campo
Soplando humo de aliento a lo largo del surco:
Es tan madrugador, que todas las mañanas
Por entre sus cuernos se levanta el sol.

(Agua del Tiempo)

Los Montoneros

Al trote violento de sus redomones,
Sobre el trueno de los cascos,
Iban por los campos de la patria
Los montoneros gauchos.
Iban
Mal emparejados por una disciplina
Que mantenían a medias los clarinazos
Dados en las puntas de cada jornada.

Al trote violento de sus redomones
Sobre el trueno de los cascos
Llevando de golilla una nube de polvo a la espalda
Iban por los campos de la patria los montoneros gauchos.

Los ojos abiertos a todos los soles;
Los oídos atentos a todos los ruidos;
Las vidas alertas a todos los peligros,
Iban por los campos
Los montineros gauchos,
Y el atardecer los vestía de punta en blanco

Con la rienda en la izquierda y en la diestra la chuza;
Con el gran poncho al viento y el sombrero quebrado;
Con los crudos maneadores envueltos al pescuezo
De sus caballos;
Con las botas de cuero de potro
De talón estrellado,
Iban por los campos de la patria
Los montoneros gauchos.

Al anochecer,
solía detenerlos un clarinazo;
Entonces se llenaba la tarde de humo y de guitarras;
Como en un contrapunto con el cielo
Los fogones estrellaban los campos;
Las verdes colinas lunancas
Abrían sus flores de cardo
Para el amanecer de los montoneros gauchos;
Y cuando el nuevo día les lavaba la cara,
Reanudaban la marcha llevando de golilla
Una nube de polvo a la espalda.

("Intemperie")

Romance de los hermanos Valiente

(fragmento)

Rodaron hacia la muerte
junto, como boleadoras...
Los tres hermanos Valiente,
los tres a la misma hora.
. . . .
Un negro se "corta solo"
de la gran partida, y echa
a volar las "tres marías"
en redor de su cabeza.
Giran las bolas de a dos;

la chica en la mano diestra;
El negro describe un halo
sobre sí mismo, de piedra;
Las arroja hacia delante,
y las bolas, dando vueltas,
en las patas de un tubiano
desprevenido, se enredan.

Tubianito colorado,
Ya estás acostado en tierra;
El gaucho que te montaba
salió "pisando la oreja";
Mas poco le valió ser
"parador" en la pelea,
Porque pronto entró a la muerte
sin palabra y sin cabeza."

(de Romancero del Sur)

El mate dulce

(fragmento)

"Y en las noches oscuras,
cuando las nazarenas de los gauchos
cantaban en las losas de la calle
como grillo de invierno;
Dentro de la cocina a media luz,
las comadres del pueblo te cambiaban de mano
para hacer la señal de la cruz,
en cuanto la lechuza chistaba en los pretiles,
Y un aliento como una bocanada del diablo
Agachaba la llama sucia de los candiles."

(de Agua del Tiempo)

Timba

Abajo, la carpeta;
arriba, la luz;
en derredor, las caras
color verde luz.

Una mesa de juego verde y redonda
es como una laguna;
y una carta en el medio es como una sirena.

El banquero tiene la vida en las manos
y los jugadores la vida en los ojos;
y los ojos atados por un hilo incoloro
a la carta esperada que ha de saltar del mazo
cual si fuera la tapa de un cofrecillo de oro.

Las manos del que talla son manos de mujer;
con una oprime el mazo y con la otra tira;
no hay un entredicho, no hay una disputa,
todos están solos con sus emociones;
la mano del banquero es como una batuta
dirigiendo una orquesta de corazones.
Una voz dice: "juego", y otra: "un peso más";
—"ahí viene".
—"Está en la boca".
—"Es un cuatro".
—"Es un as".
Y los cuerpos ávidos se van inclinando
como si la ranura por donde entra la coima,
como una boca bruja los fuera succionando.

Alguien que está a mi lado —con palabra dolida
y usando amargos modos—
me dice algo vulgar, más o menos así:
lo mismo que en la vida
la suerte es una hembra que pinta para todos
menos para mí.

Y con el pecho clavado en la tabla
por los martillazos de mi corazón,
yo también espero que pase la suerte,
porque la esperanza
siempre marcha adelante de la desesperanza.

Y esperando, esperando, me despeinan las horas;
la luz ya está en los vidrios hiriendo mi pupila;
cuando no se ha dormido
el sol pesa en los hombros igual que una mochila.

¡Otra noche perdida,
luego de horas inútiles clavado en una silla!
me incorporo y observo que el espejo
—fotógrafo macabro—
obtiene una instantánea de mi mascarilla.

Al salir del garito me cruzo con el día;
y miro con envidia al primer artesano
—de manos rotas pero de rostro sano—
que se sienta a mi lado en el primer tranvía.

(Poemas Nativos)

El Clarín

Viejo clarín de las revoluciones,
cuando dabas tu toque de carga
eras un espolín hincándose en las almas.

Viejo clarín, tu historia no es muy santa;
cuando dabas tu toque de muerte en la pelea,
a unos les corrías fuego por las arterias
y a otros les pasabas frío por la garganta.

Viejo clarín de guerra
atado por el lazo vivo de una divisa
a la historia de estas tierras;

entre nubes de polvo,
al galope y al trote
musical de su potro,
te lucía en la diestra un moreno;
y rodeado de ecuestres figuras
envueltas en ponchos de rítmicos flecos,
cada vez que te daban de filo
los calientes metales del sol
te encendías de chispas lo mismo que un yesquero.

Y después de la lucha
cuando dabas al viento tu toque sonoro
enchufado en los labios desteñidos del negro,
parecías una flor de oro
en un tronco de ébano.

(*Poemas Nativos*)

La Flecha

Esta flecha aborigen a mí me gusta tanto
porque es término y flor de varias cosas bellas;
está hecha con un poco de árbol,
con un poco de pájaro,
con un poco de piedra.

Entre el arco y el brazo del indio
esta flecha fué un pájaro
—con su pico de piedra—
pajarito amaestrado
que el hombre a su capricho lanzaba a volar.

(*Poemas Nativos*)

La Taba

Sobre la cara tiene la S de la suerte:
sobre la cara tiene los labios de la Esfinge;
sobre la cara tiene la S del facón.

El jugador la toma con la palma hacia arriba
y así, sobre la palma, su signo interrogante
es como la línea de la vida.

El jugador la eleva sobre la mano abierta;
la vuelve varias veces antes de tirarla
y por unos segundos pesa sobre la mano
como un tesoro sobre el platillo de una balanza.

La Tierra desde niña supo jugar con ella
cual con una muñeca;
muñequita de hueso, hoy amarilla abuela
con un millón de nietos de ojitos pintados
que ruedan por el mundo con el nombre de dados.

Sobre la cara tiene la S de la suerte;
sobre la cara tiene los labios de la Esfinge;
sobre la cara tiene la S del facón.

(*Poemas Nativos*)

Paisaje al ponerse el sol

El cielo
al poniente oro rojo;
al cenit oro pálido;
al oriente heliotropo;

y el campo, también oro,
—oro de pasto y sol poniente—
aquí y allá manchado
por la sombra de árboles dispersos,

parece que lo hubieran alfombrado
con el cuero de un tigre gigantesco.

Un ombú y varios ranchos
se van adornando de misterio;
y atado bajo el ombú,
relincha y manotea un caballo parejero.

Cerca, canta un chingolo;
lejos, hieren la tarde gritos de teruteros;
y en el horizonte,
bajito, bajito, como a media picana,
el sol antes de irse limpia sus lanzas
en el agua tranquila de las cañadas.

(Poemas Nativos)

Vicente Basso Maglio (1889-1961)

Lo que es preciso buscar es "afinamiento y no refinamiento" — escribía este autor en "La expresión heroica" (1928), libro donde define su concepción del arte y su poética. Un año antes había publicado la obra que hizo más por su fama, convirtiéndole en jefe de cenáculo, promoviendo disputas fecundas en desentendimientos definitivos. Ella creó devociones permanentes; engendró con el tiempo, algunas otras, siempre todas ellas, de calidad. Fue la "Canción de los pequeños círculos y de los grandes horizontes", que sus fieles, aún hoy, llaman abreviadamente "La Canción".

Después de este libro, Basso Maglio no publicó más versos. No sabemos si hizo mella en él la crítica adversa, o prefirió su activo silencio interior a una vanidad publicitaria con discusiones que sólo servían para alejar a su espíritu de lo esencial. Que no se había agotado, y que perseveró siempre en su postura lo prueba la publicación póstuma de "El azahar y la rosa".

Públicamente su situación poética mantúvose incambiada desde 1927. Treinta años después, en un homenaje que la Aude tributó al poeta, aun recuerda Cipriano Vitureira la crítica de Zum Felde y torna otra vez a considerarla injusta. El crítico, había hablado en 1930, de "hipersimbolismo" a propósito de la "Canción", de "lenguaje ininteligible, aun para la mayoría letrada, de mero lenguaje cabalístico, personal del poeta, sólo comprensible para él, "y detrás de su aparentemente oscuro simbolismo no se encuentra más que un ingenioso juego de escamoteo".

Pero en 1962 Esther de Cáceres sigue sintiendo en "La Canción", antes que la música de las palabras, un movimiento profundo, también musical, ese "canto sin sonido" de condición misteriosa y sagrada, de soledad de alta estirpe, donde se vislumbra el "Tú" de los grandes poetas místicos."

No por un afán conciliatorio, sino por nuestra propia experiencia de dichos versos nosotros hemos sentido que ambos juicios son verdadero. Hay veces que pensamos —y hasta con cierta irritación— que el poeta parece ppracticar un incomprensible escamoteo. Es que él le daba a ciertas palabras-símbolos una fuerza de concreción y una irradiación de presencia que nosotros, por su sola mención, no logramos intuir. Hay otros momentos, en que el gran poeta que era Basso Maglio se nos impone con una sugestión profundísima y, entonces, lo inefable "fabla".

Aunque admitamos esto —como lo admite el propio Zum Felde— no es fácil ponerse de acuerdo en los ejemplos. Así, el crítico halla "la preciosidad suma del diamante, carbono de la vida, puro y cristalizado" en estos versos: "Aquel que tiene dentro de su garganta, días, lleva bajo del párpado el grano de las noches".

Si lo que se ha querido comunicar aquí es la plenitud diurna de la vida asociada indisolublemente a las incitaciones de la nocturnidad, la síntesis hecha se nos aparece barroca, híbrida y mental, más que inspirada. En cambio, cuando los símbolos usados por el poeta mantienen una vinculación no prevista, pero real, con la cosa a poetizar, entonces los aciertos de Basso Maglio son finísimos. (Por ejemplo, "Viejo Racimo").

Lo que es notable en la trayectoria de este poeta es su unidad. Desde su primer libro cavó siemppre, en el mismo sentido, su profundidad. Frases como éstas de "La Expresión Heroica": "Perder satisfacción, ganar fe." "Con lo ya dicho no se podrá jamás expresar lo indecible". "Crear la dificultad en el fondo de las heroicas ausencias; ser un averbal". "El potente simboliza —¡crea!— el impotente compara". "Igualar es encerrarse y el espíritu es libertad". "Sencillez semejante a la sencillez que nos dan los senderos". "Estar desnudo no es estar vacío". "Esa claridad difícil es la castidad profunda". "Contra el estilo de vestir, el estilo de desnudar".

Todo lo que se orienta y sugiere en esas frases mueven la mano del poeta al escribir su última obra. El

propio Consejo de Gobierno promovió la publicación de "El Azahar y la Rosa", obra en prosa y verso, dialogada, en dieciséis momentos, y de pequeña extensión. De su fe en este libro habló el poeta hasta pocas horas antes de su muerte.

Esas páginas poseen una esencial virtud: la de hacer sentir a cada lector lo que él tiene de único, de incomparable, de "azahar". Es obra de lectura difícil a causa de su simbolismo y paradojas. Pero aunque el lector sólo comprenda frases sueltas, se dará cuenta que ellas son de las más profundas que se han escrito en nuestra literatura. Es obra de carácter e impulso místico que hace sentir la fe, el vivir y la hermosura, en sus fuentes. Y culmina, tanto o más que la "Canción", la aventura humana y poética de Basso Maglio.

Obras: El Diván y el Espejo (1917); Canción de los Pequeños Círculos y de los Grandes Horizontes (1927); Antología Poética (1958); El Azahar y la Rosa (1962).

Canción de los pequeños círculos y de los grandes horizontes

Tú que avivas esmaltes y levantas dulzura
Labrando, alegremente, la corona del día;
Y te ciñes el casco —la dureza del trigo—
Y corres sobre el musgo que ya es toda mi música...

Y duro lecho quiebras derramando rocío;
Y en estrellas lo afirmas; desenvuelves la abeja
Del dorar por los cielos; cortas mis gritos verdes
Con tu luna y extiendes mi vigor cristalino...

Cada vez que pregunto dónde llegan mis círculos,
En las aguas del pozo —mi confianza—, golpeas,
Y apenas si palpitas en mis curvas ligeras,
Tú, que no te fatigas de horizontes finísimos!

Para el que da gemidos

Qué inmensamente fino es aquel que en la orilla
De nuestros dulces días y al salir las estrellas,
Hace cantar el nácar de las conchas marinas
Y gemir, sin herirlos, a los guijarros viejos!

Qué inmensamente fino es aquel que en sus bordes
Me está dando esta música y se lleva mi arista,
Porque conmigo mueve una playa sin voces
Y un arenal que busca toda su melodía!

Aptitud constante

Morir todas las veces que nos sea posible...
Hasta agotar tus tonos, claridad desenvuelta!
Y madurar como la fruta, hacia una muerte,
Entre esmaltes lejanos, sobre viejos matices.

Acérquense mis días... ¡Sus riberas serenas
Pulirán bordes rudos y guerreros perfiles
Como endulza al guijarro de las playas inmensas
El eterno cantor de las conchas marinas!

Y porque voy perdiendo todo el rudo contorno,
Oh muerte, y ya comprendo a mi estrella finísima
El color de mi sangre es tapiz de los ojos;
Costumbre de esperarte, esta profunda herida.

Y no salto del lecho con la misma viveza
Del que salta del barco a la orilla, de pronto;
Y no saco a través de la vaga pereza,
Los cuernos delicados, caracol de la noche...

Morir todas las veces que nos sea posible...
Hasta agotar tus tonos, claridad desenvuelta!
Hasta hacer de la muerte, una aptitud constante
Y llevarla lo mismo que el hábito tranquilo.

"El corazón salobre y vagabundo"

"El dueño de las nubes descansa y el barquero
siente cómo se dora el mástil del navío;
Cómo se vuelve luna, toda imprudencia viva;
Y todo rudo ardor, ojo lleno de estrellas;

Cómo brotan las finas lenguas de la dulzura;
Cómo la suave noche del caracol abriga
Los gemidos que huyen del arenal henchido;
Cómo la fresca voz hace sombra de música;

Y cómo el corazón salobre y vagabundo
Ya tiene el rumor vago de la concha marina...!

Viejo racimo

Clara noche, te doblan...

Toda la rama inmensa,
Ya se carga de fruta.

El gajo incontenible
Hace el arco profundo
De la estación violenta...

Mi corazón confiando
A las dulces estrellas
Pesa, bajo la sombra,
Como un viejo racimo!

(Canción de los pequeños círculos y de los grandes horizontes)

Fatalismo

A mi hermano Américo
perdido en un pensamiento de Amiel...

Está la primavera desnuda en un naranjo...
Canta el tumulto diáfano y enredado de un río...
Y en la figura efímera de un humo momentáneo
Pone un perro lunático, su fantasma cautivo...

Veo caer el flanco deleznable de un médano...
Oigo el ferranchineo de un vehículo antiguo...
La tarde va endulzando su fatalismo inmenso
Sobre mi corazón verde y enternecido...!

Marcha un tren esporádico, devorando kilómetros
A una aldea nocturna que en el andén, lo espera...
Baja a la soledad de un remanso de oro
La musicalidad mística de una estrella...!

Y está la primavera, desnuda en un naranjo.
Canta el tumulto diáfano y enredado de un río...
La obsesión de mi carne se llena de fragancia
Y mi vida renuncia de su afán infinito...!

(El diván y el espejo)

Los Bienaventurados

(Bastante claro).

(En medio, una tarima; sobre ella, una mesa).

JUEZ. — (Entra; trae un crucifijo en una mano y un libro en la otra; se sienta; coloca el crucifijo a su derecha; y el libro a su izquierda).

PABLO. —

TOMAS. —

JUAN. — (Han seguido al juez; se ponen de frente a él; Pablo en el centro).

JUEZ. — Sabéis por qué estáis aquí?

PABLO. — No.

TOMAS. — Si lo preguntáis es porque lo sabéis.

JUAN. — Queréis que contestemos lo que ya sabéis, preguntando.

JUEZ. — Pablo: te acusan de haber robado un pan.

TOMAS. — Niega, Pablo, niega...

PABLO. — No. Porque negar sería negar que no puedo confesar; que no he robado.

JUAN. — Vas a afirmar, entonces?

PABLO. — No. Porque afirmar sería que puedo confesar, no que he robado. Y no puedo negar ni afirmar. Negar y afirmar es lo mismo; negar y afirmar son una contradicción recíproca. Lo que el Juez quiere es que yo contestes "sí" o "no"; no que confiese, porque no se puede confesar, negando o afirmando.

JUEZ. — Queréis que no haya ninguna posibilidad?

PABLO. — De negar y de afirmar, sí; de confesar, no.

JUAN. — La posibilidad es la misma, en negar y en afirmar.

TOMAS. — Lo posible es su contradicción.

PABLO. — Y es, también, lo que puede creerse al mismo tiempo. El "no" al mismo tiempo, que "sí"; el mal, al mismo tiempo que el bien; la muerte, al mismo tiempo que la vida.

JUAN. — Hay una sola posibilidad: la de creer en el tiempo, que está después de la contradicción; la de no creer en nada.

TOMAS. — Entonces, Señor Juez, pedís una palabra que sea ella misma, y, que aquí no existe?

JUEZ. — La ley no discute. (A Pablo, señalando con el índice) A tí te acusan de haber robado un pan.

PABLO. — Por qué?

JUEZ. — Cómo, por qué? Te acusan de haber robado un pan. Basta!

PABLO. — Cuando el robo es pequeño el ladrón es grande; se le ve; se le condena. Pero, cuando el robo es grande, el ladrón es pequeño; no se le ve; no se le condena. Qué juzgáis? Los robos o los ladrones de nuestra palabra, ya que ni siquiera tendríais que juzgarlos?

JUEZ. — Yo no soy juez del mundo. Soy vuestro juez

PABLO. — Y bien: ¿quién me acusa?

JUEZ. — El dueño.

JUAN. — El dueño de qué?

JUEZ. — El dueño del pan.

TOMAS. — Por qué es el dueño?

JUEZ. — Porque si quiere lo vende y si quiere no lo vende.

PABLO. — Cuando se es dueño de algo, es porque es suyo?

TOMAS. — El que lo vende, no vende lo suyo.

JUAN. — El dueño lo robó.

PABLO. — El es el ladrón.

JUEZ. — Sólo falta que vosotros digáis que tenéis derecho.

JUAN. — No tenemos el derecho de ser ladrones, ni el deber de ser robados.

JUEZ. — De dónde esperáis el pan?

PABLO. — No lo esperamos. Lo tenemos.

JUEZ. — Si lo robáis?

JUAN. — No.

JUEZ. — En dónde?

TOMAS. — En la oración.

JUEZ. — Ah, sí! ... "El pan nuestro de cada día, dánosle hoy..."

PABLO. — Si todos los días son de la oración.

JUAN. — Si todos los días son nuestros.

TOMAS. — Si la palabra es entera.

PABLO. — Si rompéis la palabra entera en tantos eslabones como una cadena...

JUAN. — (Señala el crucifijo) Allí está, allí esta...

JUEZ. — (Mira el crucifijo).

PABLO. — (Señala el crucifijo) "Entonces Jesús fue llevado del espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo, y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. Y llegándose a El, el tentador le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí a estas piedras se hagan pan. Más El respondiendo, dijos "No de sólo pan vivirá el hombre, más de toda palabra que sale de la boca de Dios..."

JUEZ. — Jesús le contestó a Satanás.

TOMAS. — (Al juez) Jesús hizo lo que Satanás le pedía?

JUEZ. — No.

TOMAS. — Entonces no le contestó. Es lo que quiere hacer el mundo. Cuando nos pide que le contestemos es para que hagámos lo que él quiere.

JUEZ. — Vosotros no hacéis lo que el mundo quiere?

PABLO. — No. Aunque el mundo sea el poder. Se dice: "querer es poder" pero si es más lo amado que querido, no hay ningún poder y todo es el amor...

JUAN. — Cuando Satanás le propuso a Jesús probar que era Hijo de Dios le exigió con esta palabra: Dí... Dí... Dí... que estas piedras se hagan pan... Y Jesús no dijo esa palabra.

JUEZ. — Por qué?

PABLO. — Era fácil entregar la palabra? No es cierto?

JUEZ. — Sí; muy fácil.

PABLO. — Pero, lo que es difícil es entregar la fe de la palabra. Porque Satanás era la autoridad de la palabra. Y Jesús la fe de la palabra. Siempre que haya palabra, ella no es autoridad; es fe.

JUEZ. — La fe puede perderse.

TOMAS. — Si se entrega. Pero no se pierde la fe. Se pierde el que la entrega.

JUEZ. — Si Jesús hubiera entregado su fe, todas las piedras se hubieran hecho pan. Hay tantos hambrientos...

PABLO. — Por falta de fe o por falta de justicia?

JUAN. — Pero, así como hay hambrientos de pan, hay hartos de pan. Y, no por Jesús. Por el dueño del pan.

TOMAS. — (Al juez) Estáis equivocado, estáis equivocado. (Señalando el crucifijo) Ved, cómo sangra... Si Jesús hubiera entregado su fe, las piedras no se hubieran hecho pan. No, no, no... Esto es lo que nos dice para que hagamos de las piedras, nuestro pan. Cómo no lo entendéis todavía? Si Jesús hubiera entregado su fe para hacer de las piedras, pan, este pan se hubiera hecho piedra; cada vez más piedra; más piedra dura; más dureza, más dureza de la que puede tener una piedra; la dureza de la palabra, la falta de fe, por la que el hombre come piedras, y, no pan, todos los días. Por eso dijo: "no sólo de pan vivirá el hombre".

PABLO. — No dijo: vive el hombre. Dijo, "vivirá el hombre".

JUAN. — Porque lo vivido es la muerte.

TOMAS. — El sabía —nos lo hizo saber— que ese pan nunca sería la fe de la palabra, sino la palabra dura, la piedra de todos los días.

JUEZ. — Pero, por qué no convirtió la piedra en pan? Acaso no le hubiera sido fácil hacerlo, si era Hijo de Dios?

PABLO. — Porque para él, para él, que habló como hombre, le hubiera sido fácil convertir la piedra en pan. Lo difícil era que se lo creyeran.

JUAN. — Para él, sí, hubiera sido fácil convertir la piedra en pan; lo difícil es convertir a los hombres sin fe en criaturas de amor.

TOMAS. — Y porque nunca le habrían creído, le hubieran exigido, todos los días la misma prueba: "Si eres hijo de Dios, dí, que estas piedras se conviertan en pan".

PABLO. — Se le hubiera dado por trabajo lo que es la oración.

TOMAS. — Se le hubiera dado jornadas de piedra, como prueba, como prueba, no de que era Hijo de Dios, sino de que él era el hombre.

JUEZ. — No habéis dicho que Jesús fue llevado del Espíritu al desierto, ayunó cuarenta días y cuarenta noches; y, después tuvo hambre?

JUAN. — Sí, pero era hambre de cuarenta días y cuarenta noches; y no era hambre de pan. Ayunó esa hambre. Era el hambriento de fe.

TOMAS. — Si hubiera sido solamente hambre, con entregar el hambre; con venderse él, todos los días, bastaba. Pero, era ayuno de toda palabra traidora; él no podía entregar al hambriento de fe; él no podía venderse, y, recibir el salario de los traidores.

PABLO. — El hombre no vive de hambre muerta. El hombre vive del hambriento eterno, no mata el ayuno profundo de ser libre.

JUEZ. — Qué buscáis? La resurrección?

PABLO. — Sí. La resurrección de la vida; nuestro nacimiento mismo; el creador y la creación, la fe que no necesita ninguna prueba de que el hombre es el azahar y no la rosa.

TOMAS. — El hambriento de fe no entrega su cuerpo, sus ojos, su boca, sus manos, su pecho, sus pies, a la prueba,

que, por ser prueba es falsa infinitamente, que le obliga a ser esclavo de Satanás todos los días, o jornalero de su miseria o máscara de su esperanza.

JUEZ. — Somos de carne y hueso.

JUAN. — El cuerpo no es de carne y hueso. La carne, sí, es del hueso, y, en el hueso, se encarna y desencarna la vida para la muerte. El cuerpo, todo él, es su entraña de luz.

JUEZ. — Do modo, Pablo que tú no confiesas hobado un pan.

PABLO. — Cuanto más lo preguntéis, menos se prueba. En qué os fundáis?

JUEz. — Serás, pues, condenado.

PABLO. — Si el que compra al hombre por el pan, si por el pan se compra y se vende al hombre; si existe este ladrón no confeso porque su robo es admitido; y, además es absuelto, cómo podéis castigarme, a mí, que he tomado mi pan, sin dejarme comprar ni vender, como si yo me hubiera robado a mí mismo?

JUAN. — (Señala el crucifijo) Así lo crucificasteis a él.

PABLO. — (Intenta apoderarse del crucifijo) Desclavad al hombre!

JUEZ. — (Le impide llevarse al crucifijo). (Se hace la obscuridad de inmediato; se escuchan pasos precipitados; vuelve la claridad lentamente; se ve el crucifijo en medio de la mesa; y se rehace la obscuridad, mostrando casi en un relámpago, la figura dolorosa).

(El Azahar y la Rosa)

Enrique Casaravilla Lemos (1889)

"Hay que estar para la muerte inocente y pastoril. Si es que hubiera más allá: inocente y pastoril!" (de "Inocencia"). Con este espíritu se inició el poeta en 1912. Había en aquellos versos algo de Julio Herrera y Reissig, algo de Juan Ramón Jiménez, pero mucho más, no de alma propia, sino de naturaleza: de juventud suntuosa y diáfana.

Una ligera crispación, una sombra podía adivinarse con todo debajo de aquel lustre primaveral. Este pagano no era un pagano. Este panteísmo mostraba sus precauciones: sus inocencias no eran eróticas sino infantiles. Se expandían los sentidos, como olores, a todos los ámbitos, pero lo sexual se mantenía perplejo, sin decidirse a intervenir.

Es que el autor pertenecía a una de las familias más católicas del país. Su padre —nos cuenta Zum Felde— había levantado junto a su quinta de Atahualpa, una capilla. El muchacho había sido educado por los Jesuitas en el Seminario.

Pero los sentidos estaban ya desorbitadamente desarrollados y sólo ellos entregaban al poeta las certidumbres más nuevas e indagadoras.

Al mismo tiempo, la nostalgia viva de un "azul" cristiano, que le venía de sí mismo y de Verlaine, y de ese misticismo modernista que ha sido casi siempre más bien mezcla que mística. Ella nace de una sensualidad refinada y sin aplicación precisa. Esta inocencia no viene de la humildad, mortificación o voluntad, sino cual "la dulzura del Angelus" de Darío sobreviene de golpe, casi sin ser buscada, por una cualquiera incitación del lugar o el minuto, desde que hay, por ejemplo, "un aire inocente a fuerza de rosales" en el paisaje.

Es a Zum Felde a quien hay que acudir para hacer la síntesis de este poeta. Su estudio, hecho de comprensión y simpatía, rastrea en Casaravilla la simultánea presencia de un místico, de un dionisíaco y de un filósofo. Para cargar durante años sinceramente y a fondo el peso de esta triple contradicción, se necesitaban otros nervios que los enfermizos del poeta, y nada de esa fragilidad indefensa de niño con la que ha andado, como perdido, siempre, entre amigos y extraños. No estamos bien enterados del número de veces que los asilos de salud han tenido que recoger a quien ya es, hoy, un viejecito que pasea su mirada evadida por senderos y calles de un pueblo cercano a la capital.

Dos observaciones más de Zum Felde: Casaravilla es uno de los poetas más cambiantes en sus fases psicológicas y, en segundo término, se da en él una desigualdad de valores de la que parece no tener el poeta conciencia ninguna. Si se le encarga seleccionar sus composiciones es casi seguro que aparte como óptima la menos feliz.

Después de 1930 ya no encontramos ningún libro publicado por Casaravilla. De tarde en tarde, y cuando parecía haber cesado por completo su actividad poética, en algún periódico, en alguna revista, aparece, a instancia de sus conocidos, un poema de Casaravilla. No sabríamos decir de qué modo le preocupó su prestigio en las letras.

¿Será verdad, como dice Zum Felde, que en el poema "Ruego" alcanza un acento místico tan puro, tan auténtico, que no halla, probablemente, semejante en la poesía americana? De lo que, en cambio, no dudamos, es del particular encanto que aéreamente fluye de los poemas de Casaravilla. Y también esto otro es verdadero: "Casi ninguna influencia literaria podría señalarse en esta definitiva obra poética de Casaravilla". (Se refiere el crítico a "Las Formas Desnudas").

"Es terrible: pero durante toda su vida no hará otra cosa que dejar a Dios para buscar a Dios" —decía escribiendo de Amado Nervo el entonces joven (1921), y tan penetrante cuan desconocido crítico nuestro Dimas Antuña. No sabemos si, a ciencia cierta, es éste hoy exactamente el caso de Casaravilla. Por lo menos, durante sus años más fecundos, lo fue.

Sus poemas brotan desde una religiosidad de fondo, invencible, más para ser sentida, pensada y paladeada

que vivida, desenvolviéndose a través de un tacto finísimo de los sentidos, sin casi experiencia del mundo —excepto un tanto vagamente, el de la mujer. Su gran atención parece, ni respirar, para ser fiel a su ritmo interior. Que el externo sufra algún tropiezo, que se deslice alguna abstracción más o menos adventicia, son cosas que al poeta no parecen preocuparle. Pero el poema sale de un adentro tan certero que Casaravilla resulta —dentro de nuestra poesía— una de las voces más verdaderamente misteriosas. Obras: Celebración de la Primavera (1912); Los Puntos de Apoyo (1919); Las Fuerzas Eternas (1920); Las Formas Desnudas (1930).

Celebración de la Primavera

Estación, flores, risas!; ¿Quién su gozo interpreta?...
¡Limpia Luz!... todo el año te esperó mi alma inquieta,
que la fiesta celeste soñaba!... ¡que quería
abrir al sol divino los cristales, un día!
Como viste la rama, vistes tú la ilusión
humana, ¡que en tus tibias horas de reacción
vuelve a aletear lo mismo que si recién naciera!...
Disipa nuestras sombras, oh clara Primavera,
que activas la sagrada circulación vital,
la sangre de las venas y la sabia inmortal!
Que canten, pues, con júbilo, nuestros labios bermejos
los retoños que estallan en los troncos añejos!
¡Despertar!... ¡lozanía!..., que Roma, en las florestas
celebrara con juegos de amor y locas fiestas!
Asomaos al campo, que ha triunfado la Aurora,
y al mar... ¡miradlo!: ¿acaso parece el mar que llora?
¡Oh, las frescas glicinas de cristal, ondulantes
al aire herido a dulces golpes de alas incesantes,
y las hojas innúmeras que invaden la glorieta,
y el chorro azul que hace musical la pileta,
bajo el sol, y los gajos nacientes de la hiedra
que cuelga, ¡estremecida! de la pared de piedra,
que ofreciéndose al paso, van sucesivamente,
y el pulmón y los ojos reviven dulcemente!
Oh, vida. No hay guadaña que para siempre arrase...
¡Sentid, sentid el goce del campo que renace
al soplo de ese genio fecundo de la tierra
que trabaja en el río, en el valle, en la sierra,
en el oscuro abismo, y en lo que baña Aurora:
el fruto, (elaborando la flor), El ya elabora!...
Con admirable ciencia y orden —marcha el complejo
motor vital...; ¡el prado por eso nunca es viejo!
¡Siempre tiempos propicios reaparecen!
Y hay en los nidos vivos aleteos que crecen;
y suspiran las rachas —antes llenas de ayes!—
...Y esa divina carga de flores de los valles...

¡Octubre!

Al azar tiemblan entreabiertas corolas
como estrellas traídas por invisibles olas...
¿Qué sabia aguja oculta bordará claro encaje
en la audaz trepadora que flota en el paisaje?
Al cielo un himno verde, de vida, alzan las viñas;
y ríen las higueras, como grupos de niñas!...
Como frente sin nubes el palio azul se tiende,
y tu libre y alegre coro eterno, se extiende.
Da de alivio un suspiro de oro, el apagado
camino por las lluvias del invierno abrumado.
Rueda, bajo los rayos, el carro campesino
con un aire liviano que sorprende al camino.
Y hasta aquella ventana tan vieja! allá a lo lejos,
parece que se inunda de jóvenes reflejos...
Y el más aletargado modo de cuanto existe
tiene una ondulación que hace olvidar lo triste.

Al Vino

Tú viertes alegrías del corazón. ¡Qué triste,
sin tí se va la vida, noble vino orgulloso
y radiante de olvidos! Desde que el cielo existe
triunfa tu gozo como
un gozo religioso.
Qué ligeras las copas, cuando juntas palpitan
en tu amor ¡vino! Todas las embriagueces, aman
la sombra de tus ramas...! Los rayos en tí habitan
del Dios de los ejércitos.
¡Los rendidos, te llaman
para andar!
Los serenos campos con sus vendimias,

amparan tus estirpes. Y como el pan, tú tienes la
gracia de la Cena Antigua!...
Tus eximias
virtudes resplandecen sobre los dulces bienes...
¡Carnal dón nos entreabres, y velo ultraterreno!
¡Más eres loco, como la llama y el veneno!

Estremecimiento del Recuerdo

Me tentaba... Mi río de deseos,
rojo,
su cadera blanda de música rodeaba.
Me arrastraba a la Alegría de sus dientes
y de sus más ocultas redondeces
nevadas.
Y mis imperios en llamas, se oscurecían...
y casi ya sobre su sexo suave...
turbado y escondido,
casi ya en el nocturno mar de su sexo
mi corriente de deseos deteníase,
loca...
¡Me hubiera entregado a muerte a su boca
a sus ojos...
a la íntima y perfumada miel
de lujurias lloradas y curvos abandonos
de sus secretos carnales blancos y turbadores
¡Como un olvido entre amantes desórdenes dorados!...
A sus desnudeces de sollozo
blandas de vespertinas
y misteriosas sílabas,
y pálidas y ansiosas de lo nuevo...:
a sus carnes de infinito deleite
y alegrías veleras!
Me hubiera dado a ella todo entero
y como un racimo me hubiera exprimido
Y como dos de esos otoñales racimos nos hubiéramos
[esparcido...

Luna

Esta luna del barrio bajo —luna nublada—
me hace pensar en las cosas que se han perdido!
mientras muere una música sensual en un gemido...
que me despinta la felicidad deseada.
No puedo más... no puedo más, esta noche!... Nada
siento del alma, todo siento del mundo!, hundido
en lo inútil y muerto..., las alas sin sentido
ven en la luna como una tapa cerrada.

Dicha de lo Pequeño

Dulcemente colmada, una planta, las tiene:
flores azules, flores doradas, sonrojadas,
... igual que cual la risa sobre una boca ríe!
Una niña danzando con la aurora... a ella viene.
Ante la simple planta, yo he pensado — ¡acortadas
mis ansias!—: cómo en ella la flor vive, y sonríe!...
y cómo, en pobre polvo, me dan sus seres finos
las flores!, tan acá... tan allá... columpiadas,
que el destino no toca sus pétalos divinos.
Y olvidada sobre ellas, detengo mi alma, al ver
tanta sonrisa y tanta simpleza resignadas.
¡Copia tan nimia dicha, — ya han dicho mis destinos!...
Más ¡ay!, mi loca vida soñaba florecer
la tierra y le fue poco lo pequeño del mundo
que sencillas le daban las cosas, al nacer!
Creíase gran árbol, loco en crear fecundo,
teniendo a los desiertos para reverdecer
vuelto gigante selva... en su espacio profundo
y sin voz. Y ha ignorado a esas flores sin ansias
grandes, que en una taza exigua, al parecer,
ríen como si el mundo llenaran sus fragancias!...

Separación

(Moríase mi Padre; ¡se iba!
Y yo exploraba
sus ya lejanos ojos...
Más hondo: ¡no se ve,
no se siente! Soñaba la verdad. Se juntaba
a la sombra, y mi alma se nublaba, sin fe.
Sus días eran tantos, que lo cubrieron de años.
Su vida? era la vida — con sus ingratitudes
y con sus buenos ángeles!
... Acaso algunos daños
le hicimos con el ruido de nuestras inquietudes
Poco sabremos, nada...
Terminaba, caía
a lo hondo: Yo deseaba ver algo!, más... no vi.
¿Descendía al silencio? ¿A lo alto subía?...
En este suelo el roble se acaba. Y todo calla;
y las fuerzas se van perdida la batalla.
¿Cómo quedar, si en este lugar es todo así...?
(Las Fuerzas Eternas)

Ruego

Señor, apártame de los débiles tesoros!
Dame los fuertes, ¡tuyos!, ¡tus tesoros!
los que no se abren con llave de oro...
No estos ¡tan pobres!
que como sombras en nuestras manos tiemblan,
y ofrecen una forma tan efímera
como el lloro y el gozo de los días...
No los que miro, vanos, me concedas;
no los que envuelven un deleite vano
¡sino los que no miro todavía,
que resplandecen con belleza eterna
en tu amor solitario y soberano
de inextinguible Esfera!;
¡Los de tu dulce Océano lejano!

Miseria de las Quintas

Aquel pasado, enhébrase en los huesos;
lo que era llama y rayos
ahora el ánima hiela.
¡Cuando éramos pequeños y corríamos
juntos con alboroto sin fin delicia loca,
entre las horas tiernas...!
—cuando brillaban fuentes limpias llenas
y de rosales altos, hoy anémicos,
cálido olor en pétalos caía.
¡Donde estarán ay! tantos camaradas
primeros, de estas Quintas
que sólo ahora reflfejan recuerdos!:
¡los más altos de ellos no están, oh árboles!
¡Algo que habla hay aún y algo suspira
hablando de sus juegos, de sus padres!...
—Rumores, tristezas; rota
estatua mira en las quintas,
calma fría que apena...—
¡Han desaparecido
como aquellas
sonoras
horas!

Secreto de Atardecer

Raro fondo de nube y terciopelo.
Estoy solo ¿El amor? perdido anhelo...
Una delicia muerta —Lacio duelo
vago— las cosas tapa con un velo.
Los árboles adorno son del cielo
Estas cosas; ay! mira el desconsuelo.
(Alfar Nº 86)

Grandeza de Dios

Dios produce a la perfección
los santos dentro de la Iglesia.
Más del otro lado
tal como nacen también
las florecillas
hacia la otra ladera lejana y
propicia
de la montaña,
produce otras maravillas
inesperadas;
los santos libres!
(Alfar Nº 86)

Sonata

La violeta, los lirios, la muerte con Elena!
¿Qué deseo, qué busco en el sueño del mundo?
Voy libremente entre cosas tristes, con la pena
de un destino sin vida: o lo aparto o me hundo.

Dulce como la flor, infinita azucena,
en la tristeza de las tardes, errabundo,
grande como la luz, esperanza serena,
la busco en un suspiro solitario y profundo.

La abrazo en un suspiro solitario y piadoso,
la abrazo en un suspiro, sin que hacia mí la llame,
y en un altar la pongo, de la tierra, ruinoso,

mientras las hiedras negras me hablan de que la olvide,
y la primera estrella me dice que la ame
en un sumiso exceso, que el mundo no me impide.
(Rev. Escritura Nº 5)

Figura de Julio Casaravilla

Tanto espacio, sin Cristo. Todo impuro...
Qué, ya de su interés, hallar? —Desdice
las frases animales: contradice
la bestia en siempre acción de labio oscuro.

Náuseas de novelesco mal... Predice
que ser crucificado es lo seguro,
"¡No hay nada!": "el pensamiento frente a un muro
negro, es la dignidad única", dice.

La nada arrastra, vicia... el alma sola...!
—Un toro con la forma de una ola—
Malas horas, las cargas como buenas;

Traga dolores mil: ¡falsa es la rosa!
De Pascal ve el abismo, en cada cosa,
Y un pudor militar llora en sus venas.

(Alfar, 1947 Nº 86)

Julio J. Casal (1889-1954)

Cuando los jóvenes de 1940 atacaban al grupo de "Alfar" o se mantenían frente a él en un alejamiento escéptico, acertaban más o menos en cuanto al juicio de validez sobre el grupo, pero incurrían en injusticia con respecto a Casal. Se le mezclaba sin más ni más con uno cualquiera de aquéllos que fueron arrebañados bajo el rótulo de "soneteros de Aude".

En cambio, los jóvenes de hoy han comenzado a mirar con justicia la obra de Casal. Así en "El Ciudadano" (Agosto, 1958) Heber Rabiolo ha hecho un breve y fino análisis sobre una selección de "Distante Alamo". Y el año pasado, el grupo "Aquí Poesía" publicó una Antología precedida de juicios críticos.

Si es necesario apartar a Casal de un aluvión de poesía innecesaria que él mismo prohijaba en una confusión eufórica, también debe distinguirse lo mejor de su poesía, tanto de la influencia "ultraísta" juvenil —aunque lo liberase, como ha sido dicho, de la sentimentalidad romántica— cuanto de la influencia posterior de Juan Ramón Jiménez y su "poesía desnuda".

A los veinte años Casal trasladóse como cónsul de nuestro país a la Coruña, y vinculándose al joven movimiento literario español empezó la publicación de su Revista "Alfar". Escritores que serían famosos colaboraron en ella: Lorca, Salinas, Jiménez, y fue también uno de sus animadores, Antonio Machado. Agreguemos su estrecha amistad con el pintor compatriota Rafael Barradas. Las cartas de Barradas a Casal en base a dibujos (Alfar Nº 87) dan una idea límpida de su nostalgia montevideana: el trencito de la plaza Cagancha, el paseo de las pasivas cuando llovía, o por la aduana y el parque Rodó; y sobre todo sentir los valses de Metallo que salían por todos los balcones de la calle Lavalleja, de 9 a 11 de la noche.

De regreso al país en 1925, Casal continuó la publicación de su revista con una constancia mantenida hasta sus últimos años. En esta segunda etapa la revista mostróse de una generosidad amplísima. Y permanece como uno de los documentos más preciosos porque refleja todo lo bueno y malo que la literatura nacional ha producido en sus últimas décadas. En medio de este entusiasmo tan escrupulosamente protegido cuanto nada vigilado: infatigable, iba de unos a otros sin darse tregua, con su buena sonrisa de siempre, don Julio J. Casal, sin retacear un apretón de manos admirativo, aquí; y una ligera palmadita de estímulo, allá. Eran los tiempos en que la travesura lo imaginó pidiendo a gritos "un soneto corto" cuando la colaboración del fiel era muy larga; y en que una publicación cómica en su Diccionario del Disparate definía —dada la inalterable tendencia a la égloga que siempre mostró la revista —como "Alfalfar"—: "dos números de la revista "Alfar".

Bromas aparte, bien consciente era Casal del peligro que acarreaba aquella su generosidad sin tasa. Así en el Nº 88, escribe: "Entre nosotros no ha existido la preocupación por la crítica, (...) escapando de la realidad por falta de condiciones o llevados de exceso de lirismo, nuestra misión ha sido no la de analizar dando el ambiente, la justa o discutible calidad de un libro, sino exaltándolo con imágenes que nada tienen que ver con el libro que se juzga. La realidad de la obra se nos escapa, porque no sabemos sumergirnos en su atmósfera o preferimos encontrar un pretexto, para dar lo nuestro en un nuevo poema. Pero si es cierto que el poeta pone en su viaje algo de la pasión que, por lo general, falta al crítico, preocupado en cambio, en despertar su propio mundo, no logra revelarnos el mundo del escritor por el que viaja emocionado, pero a ciegas".

Como vemos, es un testimonio notablemente claro acerca de la crítica lírica, y, sobre todo, de sus limitaciones.

Al margen del "ultraísmo" juvenil y del "nudismo lírico" que cultivó después, se encuentran los versos mejores de Casal. Su patria poética es España y, sobre todo, el alma tierna de Galicia. La edad más propia para su poesía es la infancia. Así nos dice: "Me ha interesado más que el color del paisaje, la libertad del aire, el color del recuerdo. Hemos preferido conversar con las cosas pequeñas, hablar con voz dis-

tante, íntima, de infancia". Y en efecto, nuestra poesía reconoce en la obra de Casal a uno de nuestros más finos poetas de la nostalgia.

Obras: Regrets, 1910; Allá Lejos, 1913; Cielcs y llanuras, 1914; Nuevo Horizontes, 1920; Huerto Maternal, 1921; Humildad, 1922; 56 Poemas, 1923; Arbol, 1925; Poemas, 1926; Colina de la Música, 1933; Cuaderno de Otoño, 1947; Distante Alamo, 1956.

"Luz del Domingo"

Luz de domingo
perdida geografía de mi infancia.
Tienes
no sé que aire de inocencia antigua
y el mismo
color de la memoria de mi madre.

El hombre del farol tendía un oro
de margaritas en la plaza.
Te caía en el hombro
la sombra de una acacia.
La noche iba distante
encendiendo ventanas.

Sin levantar los ojos, una estrella
sola, entre nubes, miro.
Y se nos va la vida,
y aún estás en mi sueño
luz celeste, lejana de domingo.

(Distante Alamo)

"No Mueves ni los Labios"

No mueves ni los labios, porque vienes
solo hablándome en luz. Estoy oyendo
cómo me dices cosas, estoy viendo
cómo llegas del fondo de tus sienes.

En tu sonrisa, entre los ojos tienes
todo lo que en la vida fui perdiendo,
y que, al mirarte ahora, va naciendo
de ti, para rodearme con sus bienes.

Resplandor de tu aliento. La ternura
de tu paloma, como un agua pura
sube de tu silencio a mi latido.

Por tu niebla yo entro a lo callado.
Sé que me hablas sin haber hablado,
sé que eres mía sin haberlo sido.

Viejo Reloj

No te olvido reloj de la casa paterna.
Tus agujas de acero marchaban lentas, frías.
Friso de golondrinas adornaban tu tierna
madera, en la penumbra de tantos largos días.

Tu péndulo dorado, desde su cara eterna
nos miraba callado. Remotas horas mías.
En tu canto gustaba como en una cisterna
todo el sueño del agua de las lejanas rías.

Viejo reloj de España, que nos trajo el abuelo.
Y de aquel mar Cantábrico y el candor de aquel cielo,
nos hablaba la fina y olorosa madera.

Me pareces un barco que llega de tan lejos
y nos trae el aroma de aquellos pinos viejos
anclando en nuestra antigua y familiar ribera.

(Distante Alamo)

Vengo Desde mi Sombra Para Verte

Vengo desde mi sombra para verte
Traigo la niebla de mi llanto puro
Se me hace el día, de tan triste oscuro
Abierta está mi lámpara a la muerte.

Tú, en la colina de secreta suerte
Separada de mí, por verde muro
Yo, con mi paso voy, lento, inseguro,
sabiendo que al hallarte, he de perderte.

En mi pecho tu rostro. Sólo siento
tu solitaria nieve de paloma
Y es todo claridad, lumbre y aroma.

No en el dolor, sino en tu voz me guío
y la lejana lluvia de tu acento
me lleva a un cielo para siempre mío.

(Distante Alamo)

Disfraz

Más de lo que quisiera voy viviendo.
No seré nunca amado de los Dioses.
Pasaron por mis ojos tan veloces
que en mi alta mar, aún sigo sufriendo.

Desde mi soledad, voy aprendiendo
que tal vez al vivir, me nacen goces
de muerte, y disfrazada en luz de voces
me van mentidas sombras sosteniendo.

Me palpo y esta carne no es la mía
Acaso es noche lo que ayer fue un día,
brillando en apariencia y es su suerte,

Arder y no quemar, vivir en río
sin agua, ser de fuego y sentir frío
y en un disfraz de vida, ir con mi muerte.

(Distante Alamo)

Lluvia Perdida

Juncos emocionados de la orilla,
van recogiendo
el verde atardecido de las flautas.

En la escondida nube
el viento abre ventanas.
Y una hiedra de luz, en tiernos ríos
y místicas colinas,
cuelga del cielo su imprevisto mapa.

Sí, estás aquí; temblor de cielo, huído
en abiertos relámpagos de infancia.
Desnuda en tu inocencia, hasta mi sueño
en espuma de sueño, te devanas.
De los barrancos de la noche, sales
lluvia perdida.

(Cuaderno de Otoño)

La Hiedra

Cuando acercas tus ojos a mi vida,
percibes sólo el familiar remanso.
No ves la hiedra oscura, sin descanso,
subir al muro de mi ser, ceñida.

El agua para tí, canta encendida,
en resplandor de cielo, leve y manso.
Yo, dentro, entre las olas, lucho y canso
mi corazón, por ocultar la herida.

Me miras a los días, en espejo
íntimo de dulzura, sobre el viejo
pan del día de ayer, en amor blando.

Y para tí, mi mal no transparenta
esa sangre de hiedra, fría y lenta,
que al muro de mi sien, ya va llegando.

(*Cuaderno de Otoño*)

Ruego

Ni tú me esperarás. Ni yo he de ir.
Estás en lo escondido
de tu hiedra de cielo, tan lejano,
que hasta tu rostro
no podrá la muerte
alzarme en su marea.

Condenado a seguir desde la orillla
a los que ascienden hasta tí. Mi sombra
da su presencia en el movible mundo.
Apenas sube en luz. Otra vez sombra.

Tal vez no quieras que yo llegue. El campo
aguarda en flor de muertos, mi ternura.
Sobre los infinitos lirios echaré
mi corazón de hombre. Déjame ser lluvia.

Déjame como niebla ligera
por los caminos.
Seré danza de estío para la rosa débil,
como labio de arroyo para la orilla oscura.

Estarán junto a ti los que amaron la vida
y los que la encendieron en heroicos espejos,
los que en duro ejercicio moldearon
el umbral en que se echan perros fieles.

Muerto aún amó la tierra. Despertando
del pecho de una muerte está mi infancia.
Intimo, hundirme
en el enjambre eterno.

Renacer en los ojos de los bueyes.
Con el rojo mastín
ladrar antiguamente a los viajeros
que llegan hasta el humo de las chozas.

¿Qué he de hacer yo en tu fiesta de elegidos?
Mi corazón es pájaro de agua
de tus copiosas venas de la tierra.
Piensa en un vuelo más que se ha extraviado.
Ni tú me esperarás. Ni yo he de ir.
Haz de mi muerte lluvia. Echala al campo.

(*Cuaderno de Otoño*)

A una Rosa

Yo te ví levantar sobre los prados
cuando la alondra estaba silenciosa.
Iba ascendiendo en pétalos dorados
la arquitectura alada de la rosa.

Con sus ojos de un verde ceniciento
entre los juncos de la hora, el valle
se extendía por verte, ágil portento,
de pecho rubio y afinado talle.

Los arcos iris de la madrugada
se hacían puente, para que el rocío,
por tu rubor, vertiera su cascada
de cielo en fiesta, desatado en río.

Un aire azul, de luna, aún en la aurora,
jugaba por la orilla de tu frente.
Para mirarte, con su fina prora
cortaba un pez el agua de la fuente.

La alondra no cantaba. En vuelos asombrados
iba ciñendo brisas de arrullo a tu cintura,
mientras tú, en la rosada soledad de los prados,
te alzabas en un sueño de alada arquitectura.

(Cuaderno de Otoño)

Pedro Leandro Ipuche (1890)

Los versos de este poeta podrán gustar mucho o poco. Pero nosotros no dudamos que su obra es la presencia lírica más profundamente nacional. No hay nada más nuestro que Ipuche —nos aventuramos a firmar. Y, por supuesto, no creemos que nos acompañe todo el mundo en una afirmación tan categórica.

Se inició en el "nativismo" más o menos en los mismos años que Silva Valdés. Pero para definir su poesía lo más justo es valerse de dos términos que él mismo nos ha proporcionado: "gauchismo cósmico". Gauchismo, sin pintoresquismo y sin uso del dialecto local. Cósmico, pero al mismo tiempo bien radicado en nuestro suelo. Es nacional —más bien americano— sin ser regional; tiene grandeza, pero ésta no es de cualquier parte: en nuestros campos, halla su raíz. Por su telurismo, las aguas, los vientos y las estrellas son cosas nuestras.

Ya está viejecito, pero sigue una llama. Su salud espiritual y su candor conmueven. Salíamos una mañana del Ministerio donde habíamos actuado como jurados, y notamos que su inquietud llevábale a buscar con sus ojos algo arriba, a golpearse el dorso de una mano con el cuenco de la otra, al mismo tiempo que su pie afirmaba alguno que otro pisotón en la acera: "Pero, qué cosa amigo, que me matrerea, me matrerea..." Don Pedro nos venía hablando de su obra en prosa, y lo que en ese instante le andaba a monte era el verso... y nada menos que después de haber escrito nueve libros de poemas. Felizmente lo recapturó, a poco, con "Aire Fiel".

Cosa curiosa, este poeta tan nuestro ha sido mayoritariamente alentado por críticos extranjeros. Cuando en "La Espiga Voluntaria" Ipuche escribió los dos versos siguientes: "¿La noche ha sido niña alguna vez?)"

"(¿No será ésto un disparate?)", ambos cayeron bajo la mirada de un juvenil crítico de "Asir", quien los escrutó de esta manera: "Hay momentos en que Ipuche no sólo es capaz de preguntarse si está pensando un disparate, sino que, incluso, es capaz de escribirlo." Pero si esta jupiterina afirmación había sido hecha más que nada para no desaprovechar un chiste al paso, no resulta lo mismo en la lucha que los gramáticos entablaron contra Don Pedro. El poeta se defiende magníficamente de este modo: "Califican sistemáticamente como bizarría: la palabra, los nexos, el movimiento de enlace, el aliento cómplice de colocación, la respiración estética, diría con audacia, que yo considero lo naciente, vivo y original, en las operaciones del estilo".

Los defectos que se han creído ver en Ipuche son: tortura del vocablo, metáforas incongruas, horrorosos neologismos y, sustancialmente, que es un poeta siempre desparejo, a tal punto que es difícil retirar de su obra un sólo poema totalmente logrado.

Nosotros, por nuestra parte, respondemos: Son muchos los defectos que una poesía verdadera puede resistir. Cuando la misma Gabriela Mistral le escribía en 1922, de este modo: "Desconcierta Ud. al principio; es tan Ud. mismo...", ¿cómo no hemos de comprender los erizamientos de los relamidos? Poesía potra, por lo muscular; bruta, por sus asperezas de piedra, pero ¿cuál como ella en su olor a campo felino y salvaje? "Traía algo de pájaro y de ternero y de potrillo" —nos dice el poeta, al recordarse. Y cuántas pasmosas voluptuosidades como éstas: "¡Qué olor abierto afelpa los boscajes! —Las flautas pálidas de los maizales— Hacen sonar su miel espigadora."

A menudo sentimos como que nace con él el idioma. Sí, es necesario inventar la palabra porque si no la emoción reventaría por dentro. Es como un fuera de sí muscular lo que nos arrebata en Ipuche. Y por él el campo nuestro se nos echa encima solar y a borbotones en hinchadas oleadas.

"Una voz absoluta de pasión y lirismo —que no fuera contagio del libro de hoja fría"— a nadie mejor aplicables que a él mismo estos dos versos suyos. (No hay en su obra la más ligera traza de imitación literaria o reconocible influencia). Pero, sin duda, para recibir esta impresión no alcanza la lectura de un sólo libro. Si no toda su obra, "Los Caminos del Canto" que abarca treinta años de su producción poética se

hace necesaria lectura para una cabal sensación de esta poesía. En dicha colección figuran los dos libros que autor y público juzgan más valiosos: "Alas Nuevas" y "Júbilo y Miedo".

En obra tan sostenida y abundante no pueden menos de aparecer los motivos más diversos: momentos familiares, divagaciones callejeras, escenas domésticas (los pollitos de una incubadora), y hasta rasgos de humor como el siguiente que nos hacen prorrumpir en una carcajada y decir luego: "este don Pedro... las cosas que se le ocurren". Así, el momento Nº 3 de "Diluciones", que dice:

> "Hay cosas chicas tan grandes,
> Que algún día dejarán
> Pequeñitos a los Andes,
> Tarán y tarán tan tán."

Obras: Engarces (1912-22); Alas Nuevas (192[illegible]); Tierra Honda (1924); Júbilo y Miedo (1926); Rumbo Desnudo (1929); Tierra Celeste (1938); La Llave de la Sombra (1942); Caminos del Canto (1944); La Espiga Voluntaria (1949); Diluciones (1955); Aire Fiel (1964).

El Guitarrero Correntino

(Para el criollo francés Jules Supervielle, gran poeta)

Mi padre tenía
Una pulpería
Con un enrejado sobre el mostrador.
El paisanaje festivo venía
A jugar al truco o a oír un cantor.

Un día
Llegó un correntino, hondo de color,
Con una dulzura sombría
Con un botánico temblor.

Saludó con palabra mojada,
Y como apagada,
Y se acodó en el mostrador.
Pidió una copa chica de caña brasilera,
Y con una tristeza artera,
Se puso a mirar al pulsador
Que en la guitarra entera
Cruzaba los dedos, pálido de amor.

—Yo también toco un poquito—,
Dijo, con una voz de hombría humilde.
Despacito.
Y le pasaron la guitarra
Con ansiedad cordial y misteriosa.
Su mano idílica la agarra,
Y el encordado
—Sortilegiado—
Roza.

Y empezaron los trémolos profundos
De los "estilos" viejos;
Y siguieron rasgueos y tonadas,
Y flequeríos vivos de entre los pulpejos.

Y "zambas" y "gatos" violentos,
"Cielitos" esbeltos y "pericones",
y "medias cañas" y "milongas",
Y "cuecas" y "malambos" cimarrones,
Y el "minué montonero" de las revoluciones.

Y una dolida "vidalita"
Ahondada hasta la muerte y el gemido,
Y una ondulación inaudita
De indígena sonido,
Fresca de un aire nuevo y conocido.

De pronto, tira la guitarra al aire
Con brujesco donaire,
Y la viene a la punta de los dedos
Con las cuerdas corridas de latidos.

Y así, como en un rito de acrobacia melódica,
graniza una pieza episódica.
Y le resbala la guitarra al brazo,
Como una compañera entregadiza,
Y con la punta de los dedos pisa
Un menudo compás de vidrio y raso.

Cosa del diablo y de afán milagrosos
La guitarra se entrega a aquella mano
Como un cuerpo de amor, de hondura y gozo,
Transido de relámpagos arcanos.

Todos lo ven y lo oyen sorprendidos;
Y poderosamente embebecidos,
Los jugadores han parado el "truco",
Con el codo en las puntas de las mesas.

Y el correntino taciturno,
Con su golilla negra y su barba de cruz,
Trasciende una fragancia de yerba misionera.

II

¡Con qué asombro infantil, con qué alegría
Yo lo oía y veía
Sentado en el umbral de aquella pulpería!
¡Ah correntino,
Hondo y cetrino,
Tú fuiste como un día mágico en mi destino

Tú pasabas de Corrientes,
La Provincia tenaz del artiguismo
Y del martirio federal;
Y traías un gran sonambulismo
De matrero de selva, de forma triste del desierto,
Con tu color de árbol y pastizal.

Y allá, en lo más perdido
De mi espíritu oscuro y escondido,
Iniciabas mi vida tan pequeña
Con una música de agua y de leña
De pájaro y de fiera, y un encantado ruido
De la Naturaleza hecha sonido.

III

Y de aquello quedó un recuerdo extraño
Como un hermoso daño.
Nos quedó un cuento herido
De un venido y un desaparecido.
Pues con intensa suavidad,
Paga su caña brasilera.
Con íntima afonía saluda,
(Afuera,
Monta su "gateado" con lenta agilidad).

(Júbilo y Miedo)

Las Noches de "Villa Sauce"
Luna

I

Toda la noche es una
Luna.
Veo
(Entreveo)
Una cosa
Antigua y hermosa:
Las estrellas sobre las higueras.
(La densidad calmosa
Y las joyas ligeras).

Con un orgullo puro y vegetal
Voy y vengo, por una tira, entre el maizal.

¡Ah, los maizales,
Infantilmente marciales
De garzota y bayoneta,
En esta noche blanca y completa!

La luna raya un filo, fino y lúcido,
En las hojas del duraznero traslúcido.

Pero lo extraño de esta noche anda
En que sólo se percibe la luz
Que no se encoge ni se agranda.

Es una luz como eterna y presente:
La eternidad se aclara de repente.

Llama de magia blanca
y de cales
Lactófugas y astrales.
Una tela de sueños, y frotes cósmicos de seda,
Tan fluídica, tan lívida, tan leda.

Todo estaba para imponer
Esta blancura abismal,
¿Y quién, y quién volverá a ver
Esta gran noche fantasmal?

(Júbilo y Miedo)

El Guardapuente

Se jubiló para mudar de vida
Y de lugar y. . . divertirse el resto.
Más de una cincuentena repetida
Sobre las viejas aguas de su puesto.

—Me voy a una ciudad desconocida
Donde pueda vivir con otro gesto.
Ya tengo el alma dura y desabrida
Y el brazo setentón poco dispuesto.

Lo engañó —como suele— la costumbre:
Creyó muy fácil desprender herrumbre
Y separar el corazón ligero.

Un día los atónitos pasantes
Lo vieron con los ojos vigilantes
Pescando bajo el puente compañero.

(La Espiga Voluntaria)

Los Potros

Y van saltando los potros, foscos, trémulos, crinudos,
Desplegando su energía en relinchos estridentes.
Hay un vaivén epiléptico en sus ojazos desnudos,
Y la amenaza siniestra del desgarrón en sus dientes.
Ah, los potros de ancas duras y corvejones nervudos;
Impetuosos, primitivos, de lomos resplandecientes,
Donde el gaucho —ágil y audaz— entre gritos y saludos,
Hace un ángulo de ajuste con sus piernas resistentes!
Los potros abren en mí la curva de los impulsos,
Arrebatan mis potencias y hacen tremolar mis pulsos,
En un afán de banderas, de martillos, y de lazos.
Son la fuerza —rauda y toda— y por eso me seducen,
Cuando siento el tamboreo de sus cascos que relucen
En un tropel aturdido de mordiscos y pechazos.

(Alas Nuevas)

Las Lavanderas (fragmento)

Malhaya la suerte endina,
El indio me traicionó;
Ay, si lo tuviera aquí,
Pa lavarle el corazón!

Es una trigueña dulce que alza los versos plañentes,
Mientras apuña la ropa sobre la tabla en la orilla
Del lavadero selvático de agua familiar, sencilla,
Ampollada por la espuma de los jabones batientes.
Y sigue, entonces, un coro desajustado y doliente
Entre blancas frotaciones y golpes depuradores;
El petizo, cazurrón, rastronea, diente a diente,
Y los chicos por los árboles se enhebran, retozadores.

De golpe, asaltan el agua cinco mujeres desnudas,
Y otra, y otra, y otra, y todas, braceadoras, locas, rudas,
Gritan y nadan, alzando las nalgas, nítidamente;
Y hay un chapoteo pícaro de espumas borbollonadas,
En esa alucinación de plata solar caliente
Del mediodía que arroja sus líquidas llamaradas.

(Alas Nuevas)

El Lazo (fragmento)

Yo siento el entusiasmo de los lazos abiertos
Que hacen fiestas de zumbos en el aire;
Un entusiasmo pronto, seguro, desplegado,
Y bien trenzado
Que salta hacia las cosas con afán de enlazarlas.

Nadie sabe lo sano que es un lazo en un brazo:
Es un impulso suelto que se distiende y baila,
Y se enardece, y alza, y se agita, y estira,
Y se lanza con júbilo a la presión final.

Es una danza al aire, el torbellino en alas,
El juego que prolonga y agiliza los ojos;

Contagio violento que toca piel y músculo,
Y los nervios vivientes,
Y hace del cuerpo que anda sobre el caballo elástico
Un tejedor de lazos vitales y potentes.

Sólo el lazo es humano! Sólo el lazo es hermoso!
Perseguir toros chúcaros en un gozoso vértigo,
Y apretarles los cuernos de un rápido tirón;
Pararlos —brutalmente— con la rabia en las babas,
Y reírnos —triunfantes— con el lazo engarrado
A la asidera dura prendida al argollón,
Eso es sentir el lazo, y el aplauso del viento,
Y el orgullo caliente de la fuerza en la mano.

(Alas Nuevas)

La Higuera (fragmento)

La lastimó Jesús como una réproba
Con su palabra extrañamente crespa.
La higuera maternal, ancha y lechosa,
Retorciéndose, humilde, oyó al Maestro.

Fue un mal momento del Rabí doliente:
La furia lo agitó, cárdena y brava.
Quien sabe si la higuera desde entonces,
No es sufrida, nostálgica, quebrada!

Hay árboles que gritan y se enojan;
Hay árboles que aguzan sus espinas;
Hay árboles que cantan y entusiasman;
Y la higuera es callada, íntima, mística.

Arcana hija de las piedras rotas,
Longeva, cenicienta, contrahecha,
Pezonada de grietas y de mieles,
Guarda una fuerza heroica de raíz.

La higuera es toda brazos, manos, dedos;
Así es de maternal que da sus leches
En una santidad de mano abierta:
Una gran mano que se extiende en manos.

Bien ejemplar su placidez donante:
A veces, conmovido, me parece
Que es una vaca vegetal tranquila
Con sus higos, su anchura, su humedad.

Yo la he visto tapada por sus hojas
Tan frescas y tan ásperas. La he visto
Botonada de higüelos apretados,
Y a su sombra me he puesto antiguo y dulce.

La he visto en madurez, rica de gotas,
Como si un colmenar se hubiera hundido
En sus raíces, y se alzara trémulo
Hasta ser constelado en fruta viva.

Y la he visto huesosa y tan desnuda
Con sus manos heridas y vacías,
Como un santo robado y puesto a escarnio
A la luz más alegre y a los fríos.

Hija de los pedriscos, vieja hermana
Del cardo y las espinas de la cruz,
Blanda y suelta de almíbar en verano,
Cuando es dura la luz.

(Tierra Honda)

Los Yuyos (fragmento)

Los yuyos son cosa de Dios. Ellos vienen
Fáciles y puros, de la tierra herida.
Se dan como en juego. Los pobres no tienen
La mano que el cerco de rosales cuida.

Para ellos la mano furiosa que arranca;
La azada torcida que el tronco les quiebra.
Se les recompensa su belleza franca,
Rayéndoles hasta la última hebra.

Mi hija, que es silvestre, duende y picaresca,
Anda por los yuyos alocadamente;
Entre la fragancia su cara refresca,
Y besa las flores juguetonamente.

Ella, que no sabe más que de crecer,
Es como un gran yuyo de mi corazón,
Lleva de los yuyos lo tierno del ser,
Y el olor ingenuo de la emanación.

Y así gusto verla: descalza y reidora,
Entre la yuyada lozana y sin fin,
Cruzando la angélica chispa sonora
De su cuerpo alegre como un cornetín.

(Tierra Honda)

Diluciones

2) El Tiempo puro, dentro del hombre
No lleva tiempo,
Esconde ausente duración
De tal acecho sentimental,
Que al roce mágico de la memoria
O de la música,
Se hace presente y esencial.

10) Hoy he visto las rosas de pie:
Ejército de caras vigilantes.
Francamente no sé
Cómo cantar las armas elegantes.
¿Caras de se-
da? —Nó, ojos fragantes.

17) Si no llevas adentro poesía
¿De qué sirve escribir?
El verso, como el día,
Con claridad interna ha de venir.
Prepárate, si sientes alegría
Que busca en tí salir;
Provoca la armonía
Que ha de venir con ella, —y resistir.

(Aire Fiel)

Yamandú Rodríguez (1891-1957)

Ganó toda su gran fama popular en Buenos Aires. Y este éxito lo convirtió en populachero muchas veces. Fue conocido sobre todo por sus obras de teatro. Y hasta los circos —entre los años 20 y 30— difundían su poema dramático "1810". Tanto en su labor teatral como en sus poesías gauchescas explotó todo aquello que podía halagar al público fácil: la sentimentalidad, el coraje gaucho, la tradición, la raza, y situaciones melodramáticas. Fue gran amigo del efectismo.

Pero vayamos por partes. No era un cualquiera. Tenía verdaderas facultades para ser un sentimental, para expresar la emoción épica, y tenía sagacidad e inspiración para los efectos. Y si se quiere ver esto en su culminación es necesario abandonar al hombre de teatro y al poeta. Es en sus cuentos donde Yamandú Rodríguez resulta admirable. Tánto que se leyeron y, actualmente, qué poca gente, al parecer, los recuerda. Es que ha pesado mucho el Yamandú del teatro y de la radio.

Como poeta se inicia, poco después de los veinte años, bajo un magisterio dudosísimo: el de Elías Regules. Quizá el discípulo superó —o por lo menos, emparejó— al maestro, ya desde su primer libro. En cualquiera de los dos casos, el fruto que resultó fue deleznable. Retórica pura; aunque Regules que prologó "Aires de Campo" afirmaba exactamente lo contrario. Reconocía en Yamandú "el alma del hornero" y "una sonrisa regalada al bosque". Pero allí se hablaba de "patrióticas deas", "landas desiertas", "Tirteos rurales", "inspirado estro"; podía percibirse alguna que otra cursilonada neta como la que padece un viejo paisano llamado por los otros "el novio de la guitarra"; y abo-

minables desplantes de guapo como los montoneros: "Abofeteando la muerte —con chirlazos de desprecio".

Las cosas tienen su explicación. Yamandú siempre se movió dentro de un público mandado a hacer para deteriorar una real dignidad literaria. Hoy es un poema premiado por un diario; mañana, otro, leído al pie de un monumento; el siguiente es escuchado por la Sociedad Criolla o los "hermanos del Cenáculo"; lo resultante será siempre el vacío de los vagos sentimientos generales que, por ser cosa de todos, casi nadie toma individualmente a pecho. Ni aún el poeta. La tarea consiste en contornear ese hueco con metáforas, que casi siempre se desorbitan, y estruendo final en la décima, a lo demagogo. Yamandú siempre usó esta tambora con general beneplácito: "Se oye sonar en Las Piedras —Todo el bofetón de América".

Sin embargo, en esta otra bellísima imagen: "La pauta del alambrado— Llena de notas un ave" ¿no se observa ya como un anticipo de la imagen que cultivará años más tarde Silva Valdés?

En cuanto a su capacidad para pintar lo épico puede servirnos de ejemplo la lectura de "La Cifra". Pero, sobre todo, —volvemos a insistir— sus cuentos. Admite perfectamente una comparación con Acevedo Díaz. Y si éste tiene más Homero, Yamandú lo sobrepasa en color local y en sabernos dar todo lo que hay siempre —y simplemente— de hombre en el héroe. Ejemplos probatorios serían sus cuentos: "La primera elección", "Heridos", "La Mano Derecha", "Heroísmo"; "La Defensa" y "A Caballo".

Refiriéndonos a su vena sentimental, la ternura de Yamandú Rodríguez —exceptuando algunos excesos— encuadra perfectamente dentro de esa tradición que puede arrancar en el Martín Fierro de La Vuelta al Rancho y pasando por Florencio Sánchez terminar en el Morosoli de "Tierra y Tiempo". Los niños, las mujeres solitarias, los ancianos abandonados, los "infelices" del campo y de los pueblos, los animales, son aureolados por un sentimiento de compasión que ha sido profundamente verdadero en la sensibilidad colectiva del Río de la Plata. El hecho de que en esta materia se hayan cometido excesos deplorables —letras de tango, comedias de radio, cine argentino, etc. —no invalida su legitimidad. Y si un tiempo nos pareció irritante, ahora es cosa que sólo nos mueve a risa los aplausos que se prodiga a sí misma cierta pretendida generación actual por su "notorio prejuicio anti-cursi".

Cursilerías aparte, lo que hay que saber de antemano es que se necesita coraje, capacidad de sufrimiento y simpatía verdadera para poder llegar a ser sentimental. Y sin ese corazón abierto hacia la desventura humana no creemos que pueda hallarse otra cosa que el egoísmo, el arribismo, la nadería, el tedio y la imbecilidad moral.

En cuanto a la inclinación de Yamandú hacia el efectismo, nos parece de influencia española. (Por ejemplo, Marquina). Pese a sus iniciales "Aires de Campo" fueron infelizmente otros vientos los que empujaron la vida de Yamandú Rodríguez hasta hacerle acabar sus días en la noche más cerrada de la demencia.

Obras: Aires de Campo (1913); Romances Gauchos (1945); Poesías Completas (1954).

El Remate

Falta el aire y sobran moscas
este domingo de Enero.

El sol fríe las chicharras...
duerme un matungo azulejo...

Algunos pollos con árganas
están de picos abiertos.

En los charquitos de sombras
hay unas guachas bebiendo.

Por los caminos calientes
pasa la siesta en su lerdo.

Ojos azules de cardo
curiosean desde lejos,
y asoman por las goteras
ojos azules de cielo...
Todo es dulce de tan pobre...!

Frente al rancho de estantéo
que anda con los cuatro codos
deshilachados de tiempo,
subasta un rematador
las pilchas de un criollo viejo.

Hay muchos interesados;
son vecinos todos ellos,
muchachos que hast'ace poco,
le llamaban el agüelo.

Recostao en el palenque,
los mira tristón el viejo:
han ido a comprar barato
cosas que no tienen precio...
Y piensa con amargura:
Ya no da criollos el tiempo...!

"¿Qué vale este par de espuelas?"
Y las rodajas de fierro,
son como dos lagrimones
que llorasen por su dueño.
Con ellas salió a ganar,
Hace ya muchos inviernos,
la novia en un bagual blanco;
la vida en un bagual negro.

Los mozos suben la oferta:
—"Doy diez, quince, veinte pesos"
Disputan como caranchos
el corazón del agüelo.

Al escucharles, se pone
rojo de vergüenza el ceibo.

—"Son las suyas las nazarenas"
Dice a uno el martillero...
Le han vendido las lloronas
hoy, por desgracia! Hoy, tan luego
Que en el palenque, la vida
ató su bagual más negro...
y piensa con amargura:
ya no da criollos el tiempo...!

Sacan a la venta un poncho,
donde garúan los flecos,
para mojarle los ojos
al que se lo lleve puesto.
Tiene la boca surcida
y lo gastó tanto el viento,
que al trasluz del calamaco
se ve la historia del dueño...
Guampas, chuzas y facones
lo cribaron de agujeros...
pero su filosofía
siempre le puso remiendos:
de día con un celeste;
de noche, con un lucero.

—Yo pago por esa pilcha
toda la plata que tengo!
—Suba una onza la oferta!
Si no hay quien dé más, lo quemo.
Entonces cae el martillo
en lo duro del silencio...
Un joven se lleva el poncho.
Y allí cerca, el gaucho viejo
está temblando de frío
en una tarde de Enero...
Y piensa con amargura:
Ya no da criollos el tiempo...!

Así pierde en la bajada,
lo que ganó en el repecho:
una a una las ovejas;
pilcha por pilcha, el apero...

Quisiera salvar del lote
su mancarrón azulejo,
pa que lo agarre la noche
en un caballo estrellero.
No tiene más que uno... Y ese
se lo quema el martillero!

Allí termina el remate;
cobró su cuenta el pulpero.
Aura sí: al verlo de a pie
tan amargo, tan deshecho,
todos los rumbos arrollan
los lazos de los senderos
y son cuatro pialadores
que están esperando al viejo:
en cuanto quiera salir,
lo van a dar contra el suelo!

Entonces, aquellos mozos,
se acercan a defenderlo
y el más ladino le dice
entre temblón y risueño:

—Todos compramos sus pilchas,
pa salvárselas, agüelo.
Aquí tiene sus espuelas...
Aquí tiene su azulejo...
Uno le trae entre los brazos
igual que un niño, el apero,
y otro le entibia las manos
con aquel poncho de flecos...
porque sigue dando criollos,
muy lindos criollos, el tiempo.

La Carga de Arbolito

Toparon en Arbolito,
Los Muniz con los Saravias:
de un lado divisas rojas,
del otro divisas blancas.

Ya las guerrillas peleaban
hace media hora larga,
y como niguno afloja
están dele bala y bala.

En esto, muy bien montado
sobre un moro de la marca,
con unos treinta lanceros
llegó Chiquito Saravia,
de camisa abierta, en pelo,
el pingo se le abalanza
mientras el escapulario
late que es una campana
tocando misa de gloria
en las gestas de la raza.

"Muchachos" —dicen que dijo—
esos tiros valen plata
y vamos a gastar carne
que ya no nos cuesta nada."

No mira cuantos lo siguen,
ni cuenta cuantos le aguardan;

en un milagro de espuelas
al moro le nacen alas,
y allá va, como un arcangel
rubio, Chiquito Saravia!

Dicen que sólo hubo dos
tan golosos por las cargas:
Juan Lavalle en la Argentina
y Don Quijote en la Mancha.

Detrás van treinta lanceros
en un vuelo de rodajas
a ver quien prueba primero
la muerte con gusto a lanza.

Se rompe enfrente un relámpago:
todo el "quinto" desenvaina
y se viene en pelotones
contra el puñado de lanzas.

Y los treinta de Chiquito,
como la carne es barata,
la van hundiendo y hundiendo
en cuatrocientas espadas...

Así mueren dando chuza
junto al coronel Saravia
casi todos los que fueron
a nacer en esa carga...

Donde Chiquito cayó
brota siempre un hilo de agua
a donde van los troveros
a bautizar sus guitarras...
Y es, desde el "noventa y siete"
un manantial de tacuaras;
porque cuando un niño pide
la bendición de sus tatas,
la madre siempre le dice,
esta bienaventuranza:
"Hijo que Dios te haga guapo
como Chiquito Saravia".

Hasta el Domingo Mama

Hoy hace un mes que Luisa encerró el cusco
y con su Ramoncito en alpargatas
fué a entregar el lavao a la patrona
y el hijo a la escuelita de la estancia.
Dejó su corazón a cuatro leguas
y viene a verlo un día por semana.
Se quema pa que el niño en esas luces,
aprienda los deberes de la máitra.
Es domingo. El silencio lo aprovecha
pa ceitar los ferrumbres de las pásulas,
la sombra de un petizo e lavandera
se echó sobre los yuyos y descansa;
porque con los bolsones de la ropa
lleva horquetao un bonbachudo en ancas.
Y en la cicina gris, el nene gaucho
perdido en el colegio de la estancia,
le pregunta a la madre: y mi cachorro,
no llora nunca pa este rumbo, mama...?
Luisa no lo oye, está mirando el cielo
por el ventanillo azul de la pizarra
donde el niño ha soltao unas palomas
que pa los leidos deben ser palabras...
¿Ya escribiste todo eso...? no señora...
dice el gauchito con la voz mojada.
El no ha domao el lápiz entuavía...
Lo que escribió es el sueño de una carta:
Ramoncito nomás puede leerla,
le faltan haches y le sobran lágrimas...
Yo..sabe...? era un bichito cariñoso
emplumao en el pecho de mi mama;
y ella me dio como si fuera un cusco
por un puñao de letras a la máitra...
Cuasi no llega a verme... y cierro tanto
balido en el chiquero e la semana
que dos o tres horas, no me dan tiempo
a mamar en lo tibio de mirarla...

Yo nunca viá prender; sabe? su amor enllena
el gueco de mi alma,
pa que dentre un puntito en mi cabeza
tengo que echar un beso suyo, mama...
Acaricieme un poco... Ella no lo oye,
ya le duelen las manos, si lo agarra
esconde en un bolsón ese tesoro
y juye pa que el niño críe alas,
como juyó sobre un burrito blanco
con el niño Jesús la Virgen Santa...
Y no lo besa. Ramoncito ahora
no es suyo: es de los libros y la máitra.
Ya montó. Ya su pena está a caballo
en la carne sufrida de una gaucha.
A ver, no llore más...!
Y diga en hombre: —Hasta el domingo mama.
El gurí con los puños en los ojos.
Trata de hablar, pero no puede, se auga.
Ya Luisa en su petiso e lavandera
ha repechao unas cuarenta varas,
y siente que el niño llora entuavía
porque no dice hasta el domingo mama...
Cómo lo deja ansí... Tiene ocho años...
Y si el precisa luz cómo la apaga...!
y en la portera gris, el nene gaucho,
se sube a los alambres de la jaula
y pa serle creer que ya no llora,
le grita un largo, hasta el domingo ma...ma...!

La Cifra

El gaucho tranqueó para alcanzar la carreta,
galopó para alcanzar la novia,
sólo corrió para alcanzar la Patria...
Entró en pelea sobre un potro rampante.
Llevaba adelante su media luna,
colmillo de acero junto al coágulo del banderín,
y a la espalda, la guitarra, con la boca abierta,

para que respirase entre el humo
música de heroísmo.
Cuando tras el combate el cantor se apeó del caballo
la "vigüela" jadeaba, la pulsó... y así nació la Cifra
con su latido apresurado por la fatiga de la carga.
Tras el enrejado de las pulperías
asoma, al golope, la Cifra.
Los payadores que escribieron historia
con versos mal medidos,
hacen correr hazañas y limetas,
como un "amargo", pasa de boca en boca, la tradición:
China vestida con un chiripá negro
"aujeriado" por las "moras".
El cantor se asoma a los recuerdos...
rasguea..., su diestra pinta..., describe..., esculpe...,
acaricia las cuerdas
como si fueran las crines del orejano...
resucita la pelea...,
ahora se levanta en la voz y en los estribos,
descubre una guerrilla enemiga que avanza
y da el primer agudo; el alerta...
los rasgueos se agrupan..., galopan...
Por el camino de las cuerdas
llega verso a verso toda la sextina.
Y con el último escalón,
la voz de mando salta de las primas,
trepa por la tacuara haciendo pie en los nudos,
se afila en la medio-tijera y a caballo en el viento
como un tero..., le clava al viento
los espolines rojos de las alas... y.... avanza,
Así describe la Cifra una batalla gaucha;
el entrevero:
un galope..., un zumbido de mangangaes...
una nube de polvo hace toser a los trabucos
y por el entreclaro de las descargas mil devanaderas
de media luna cosiendo pechos...
La Cifra es la canción de las marchas heroicas...,
al oirla, si entornamos los ojos,
vemos pasar los escuadrones:

en las primas tintinean estribos,
óyese un diálogo borroso de vainas y caronas,
por la nota central del trueno de casco en casco...
las moharras desjarretan el viento...
flamean banderolas..., golillas..., ponchos...,
aquí y allá restallan secos los rebencazos...
nadie tiene palabra y todo habla,
a la carrera forman un solo cuerpo que avanza;
los labios apretando los barbijos,
los recados adheridos al costillar,
los potros mordiendo el anca de los potros
para no quedarse atrás..., vuelan tendidos
sobre los pescuezos de las bestias, estirados,
lanzas inclinadas como garúa en el viento,
crines en llama..., en las rodajas, cerdas...
pasto..., sangre... y un clarín resonando adelante,
es el cuarteador en bronce
que se lleva a la cincha de una diana
toda la montonera...

(Poesías Completas)

Toque de Oración

(letra de tango)

I

Entre los adoquines de la calzada
se asoman los yuyitos a respirar;
hay en un balcón alto ropa colgada
que el viento tan chismoso suele enredar.
Rodeada de una nube de chiquilines
pasa la banda lisa del batallón,
y el garabato en bronce de los clarines,
como todas las tardes, toca a oración.

II

Don Batistín en camiseta
va con su pipa y, tras de él
cambia guiñadas su pebeta

con un alférez del cuartel.
Llega un taita y su "camote",
copan la esquina del mojón;
y más seria que perro en bote
cruza una negra de punzó.

(Recitado)

Con sus charlas zurcidas de reja a reja,
y viejitos sentados en el "cordón",
repartiendo codazos va la calleja
a suspirar delante del murallón.

I (bis)

Hoy de tarde pensando no sé qué cosa
he vuelto al barrio amigo donde una vez,
por los ojos azules de otra mocosa
perdí el colegio junto con mi niñez.

Ya no hay cercos mellados por nuestras giras
al baldío propicio de un viejo ombú,
ya no queda una sola reja con liras
para cantar las coplas del rey Mambrú.

II (bis)

Y en el crepúsculo embrujado
vuelve a ser niño el corazón,
para el desfile del pasado
presta su banda el batallón.
Vuelven sus ojos nuevamente,
torna en azul la evocación,
y en la nostalgia del presente
se escucha el toque de oración.

(Recitado)

Y cuando calla el canto de las cornetas,
y el barrio de mi infancia piensa en Jesús...
Se va la tardecita con sus violetas
y las cambia por unos bichos de luz.

Juan Carlos Abellá

(1893-1962)

He aquí un gran poeta sólo conocido de un minúsculo grupo entre nosotros. Hombre silencioso, hombre enigmático. Entrevése en sus versos el amor a una muerta. Pero todo virilmente velado: no hay confidencia de conversaciones, no hay pintura premiosa de un rostro; no hay circunstanca precisable. Muéstrase sólo el hondón lamentable del alma, la impronta allí fijada.

Desde 1925 a 1930 Abellá presidía, secundado por Zarrilli, una rueda bohemia que integraban —aún jóvenes— Roberto Ibáñez, Manuel de Castro, Jesualdo, Ortiz Saralegui, Verdié, Pereda, y Junio Aguirre, a quien Cipriano S. Vitureira —que ha escrito este recuerdo— caracteriza como a "un Francis Jammes de Malvín". Abellá era conocido en esa peña con el sobrenombre de "Monjo". Según nos dijo Roberto Ibáñez, Juan Carlos Abellá cumplía celosamente con su empleo durante toda la semana, y aprovechaba las noches de sábado para zambullirse en libaciones homéricas.

Pero no creemos que fueran, de ningún modo, escandalosas; pues el silencio con que se enfundaba se mantuvo luego, después de su muerte, en torno a su persona.

El mismo Zum Felde —ya en aquellos años el más autorizado crítico— se asombra, al comentar el libro "Tiempo", del casi total anonimato en que había crecido este poeta de calidad dentro de un ambiente como aquél, propicio a la hinchazón de cualquier borrosa medianía.

Zum Felde halla en la obra de Abellá una huella lejana de Baudelaire. Vitureira, en cambio, lo sitúa más próximo de Don Antonio Machado y de Manrique. El mismo dice que aquella rueda fue precursora del movimiento moderno en el Uruguay. Y si basta recordar los hombres de aquel grupo para no desmentirlo, nosotros creemos francamente que Abellá logró de manera inolvidable ser el que era, mostrando más coincidencia que influencia de Machado.

Puestos a intuir —o más módicamente, a adivinar— diremos que estamos en presencia de un espíritu cuyo fondo ha sido habitado por recuerdos que necesitaban el secreto; y que se fue con él. No sólo hay poetas, hay personas así. Era espíritu sin duda obstinado, y muy varonil, como para ser esclavo de ninguna imitación. Nos parece casi seguro, que era alma dominada por un estupor: el de que todo lo humano es máscara.

"Siempre buscando un afuera
el hombre hallándose va,
que el deseo es un olvido
que se quiere recordar."

(El Collar de Mnemosina)

Imposibilidad de insertarse en el mundo, en un ambiente cualesquiera, en otro ser. Mismidad, y nada más que mismidad. Léase "El Reino". Con el agravante que es una identidad de la que uno mismo duda. Véanse a este respecto "El Hermano" y "En la taberna".

Y peregrinando con madura audacia en estos estados, Abellá se ha sentado, finalmente, a la puerta de su desolación. Estamos convencidos que era un hombre a quien la vida se le ha ido haciendo profundamente así; y era capaz de juzgar la desesperación, por estar encima de ella, como aspaviento vano y femenino.

"Ni sonríe ni atrae" —decía de él E. Rodríguez Fabregat.

Por no creer en la resonancia que su vida podía tener en otro ser, y por un abuso en querer hallar certidumbres de sí mismo —tan radicales que nadie las halla en ningún lado— este hombre terminó por suprimir toda vida de relación, incluso la de sus camaradas bohemios, y se dejó seducir por la presencia de la muerte, ya confinándola en su casa, ya sentándose en la orilla para verla venir sobre el mar de Malvín.

Toda su obra ha quedado contenida en unos 90 poemas, breves en su gran mayoría. Tienen ellos —según bien lo ha observado Vitureira— un aire de otra épo-

ca, que resulta sin embargo perfectamente agradable. También Abellá es adicto a desplegar el poema en visión simbólica que condensa al final, en intuición experiente, de hondura y encanto vibradores.

Es poeta fácilmente antologizable; y muchos de sus versos producen la irresistible tentación de aprenderlos de memoria.

Juan Carlos Abellá había nacido en Rivera.

Obras: Vanidad (1923); Tiempo (1925); Andén (1929); El Collar de Mnemosina (1943); Poesías Completas (1948).

A la Muerte

Apágame los ojos,
vierte olvido en mi boca.
En el aire del cielo ya no tiran
las cometas de sueño que el deseo remonta

¿Para qué el sol me envía
el lujo de la aurora,
y en el paño luctuoso de la noche,
titilan las estrellas,
si yo perdí la clave de las cosas?

Coge mi mano y llévame
a la frigente sombra.
Con raudo beso líbrame por siempre
de la humana memoria.

¿O eres tan sólo una mentira más
que mi deseo forja,
un espejismo de reposo eterno
para engañar la ingénita congoja?

Whisky

Mago rubio, mago rubio,
néctar del encantamiento,
cuando azota los cristales
el llanto frío del cielo.

¡Cómo desatan tus manos
la cadena del destino,
taumaturgo de los sueños
sumidero del olvido!

Borras este mundo triste,
y es fiesta la soledad.
Los sueños que ya no sueño
otra vez vuelvo a soñar.

Mago rubio, mago rubio,
cuando tu la llamas viene
la novia que no fué mía
porque la llevó la Muerte.

Y ríen los ojos lágrimas
y arden besos efusivos
Los besos que no se dieron,
lo que nunca fué vivido.

Se anula, el tiempo, se anula
el continuo despedirse,
con la fantasmagoría
de olvidados imposibles.

Mago rubio, mago rubio,
néctar del encantamiento,
cuando azota los cristales
el llanto frío del cielo.

El Hermano

Uno por uno, todos se fueron alejando,
y en la pampa desnuda se borraron sus huellas.
A la fiesta del mundo volvieron todos cuando
les pasmó la distancia que enfría las estrellas.

Ya no existe el apoyo de un báculo fraterno
bajo la rutilante campana sideral;
ni el collar de tus brazos, humanamente tierno,
sobre la infinitud de la pampa glacial!

Corazón desolado que buscas el abismo,
al azar solamente de impenetrable cuita,
y sin agarraderos resbalas en ti mismo,

con la oscura nostalgia de algo grande y lejano:
en la escalofriante vorágine infinita
eres tu propio huésped, eres tu propio hermano.

Promesa

¿Para qué dejó caer,
no sé qué mano invisible,
en la tierra de mi cuerpo
semillas de lo imposible?

¿Esta sementera mía
acaso florecerá
ccuando yo sea en la tumba
semilla del más allá?

Momento

Pajarito que das en mi ventana
el canto principal de la mañana:

Si de floridos árboles viniste
en aromado y luminoso viaje,
¿por qué tu canto matinal es triste?

En tu trino hay tan honda lejanía
que ahí pareces memorial mensaje
de la difunta primavera mía.

Desolación

Cuando llegó la enfermera
con la medicina inútil,
ella dijo dulcemente:
¿Para qué?

Cuando encendieron los cirios
en torno de su cadáver,
él murmuró sordamente:
¿Para qué?

Ante los futuros días,
ante el panorama abierto,
sin alma salió gritando:
¿Para qué?

Y al internarse en la noche,
la noche lloraba estrellas,
y él le preguntó a la noche:
¿Para qué?

La Arquilla

Vino de mis abuelos esta arquilla, historiada
con turbios caracteres en una lengua oscura.
Al nacer me la dieron sin la llave, cerrada.
Mis manos no han podido forzar la cerradura.

Y me paso horas muertas, abierta la mirada,
queriendo descubrir, en audaz conjetura,
el misterio que encierra esta arquilla dejada
como esfinge en la arena del ánima insegura.

Mágicamente va conmigo día y noche.
De su poder oculto soy cálido fantoche,
en el fantasmagórico paseo de la tierra.

Cuando se apaguen todos mis amores humanos,
desconociendo aún el misterio que encierra,
al irme de este mundo la llevaré en las manos.

Llamamiento

Desde una remotísima región,
dormida soledad de estáticos olvidos,
tu voz me llega turbadoramente,
campana de una angustia inmemorial,
y aprieto bien mi corazón con fuerte
cerradura y penetro en la ciudad
y me hago multitud para olvidarte.

En la Taberna

Tabernero, tabernero,
¿qué raro licor es éste,
que sin apurarlo nunca
lo estoy apurando siempre?

¿Qué embrujo tiene mi vaso,
¡oh! tabernero mayor,
que no sé si soy el vino
o si soy el bebedor?

Posdanza

¿Por qué te quedas ahí
con el antifaz de raso,
si el salón está vacío,
si ya todos se marcharon?

Entre los festivos muros,
en un silencio de fin
sólo fulgen los adornos
y mi cabellera gris.

¿Por qué sola en el salón
de mi vida te has quedado,
máscara de ojos alegres,
con una flor en la mano?

Esperanza

En ancha vía pone amor la casa,
por donde en fuga, con igual destino,
a caballo del tiempo todo pasa.

Y porque la fortuna se convierta
y desmonte un viajero en el camino,
la silla del amor está a la puerta.

Pompa

En remota ciudad que pueblan los olvidos,
donde ventanas ciegas dan a calles de ausencia,
en la quietud de sublunares sombras,
caminante vestido con el alma,
por entre aquel silencio
iba yo, grandemente acompañado.

En Sayago

a Crisanto Aguirre

Rumiaba pensamientos en la queda
sombra de una morada complaciente,
cuando en ceñida túnica de seda
cruzó la estancia, silenciosamente,
delgada y virginal adolescente.

Vía del campo atravesó la sombra
donde rumiaba peregrina ciencia,
y al avanzar sobre la verde alfonmbra
bajo un amable resplandor febeo,
en pos de su delgada adolescencia
se me escapó el leopardo del deseo.

En Alta mar

a Pascual Márquez Guichón

Bajo celestes auras, peregrino
de pie sobre un velero secular,
iba con mucho amor y sin destino
por un desierto y arrullante mar.

Del corazón de horrenda lejanía
viniste desolada criatura.
Sobre tus hombros lúcidos caía
la noche, pavorosa vestidura.

Me echaste al cuello brazos eternales,
ancla de angustia que por fin se aferra,
y temblaba en tus brazos virginales
todo el amor que se perdió en la tierra.

Y en esa noche de profunda cuita,
noche recóndita para olvidar,
no se partió la bóveda infinita,
ni una vorágine se abrió en el mar.

La Puerta

a Cipriano S. Vitureira

Por la puerta de mi hogar,
recortada al pie del mundo,
vivo llevando y trayendo
infantes recién nacidos
y amortajados difuntos

Tanto he llevado y traído
que en el umbral me pregunto
de qué lado está mi casa,
de qué lado queda el mundo.

Posfuga

Desierta con el tiempo la morada,
sólo queda una silla arrinconada
en el silencio del salón obscuro,
y en veste negra el alma va a sentarse,
donde ya nada existe de inseguro,
por gustar el misterio de quedarse.

Lontananza

Siendo niños, ambos en una ventana,
olvidando juegos nos acurrucamos,
juntas las mejillas, tu mano en mi mano,
mirando la lluvia romper en diamante
sobre las nacientes hojas de las plantas,
en las lejanías del pueblo natal.

Hoy ¿por qué camino vas, compañerita
de juegos, tan lejos que no sé de ti?
Sólo por mirarte se pierden mis ojos
en las lejanías del pueblo natal.

Tentación

En un salón de luz amortecida
me encuentro en soledad, a la ventura.
Estoy frente a cerrada colgadura,
con el alma en naufragio abstraída.

De pronto viene con extraña vida,
un frufrú de sedosa vestidura,
y ya una mano en el salón fulgura,
cogiendo el cortinaje, distraída.

Mi soledad se pone en pie, resuelta,
y en ángel su demonio transfigura;
pero la mano el cortinaje suelta

y se va la sedosa vestidura
con el murmullo que la vida vierte,
sin dejar el silencio de la muerte.

Infortunio

En el muro fatal de lo imposible topa,
cual por encantamiento. Cuando al vino se apresta
en los ricos manteles de la mundana fiesta,
una mano invisible le arrebata la copa.

La diosa natural, que vestidura presta,
olvida su ilusión, dejándola sin ropa.
Y aunque la fantasía como un corcel galopa,
desensilla el amor sobre la misma cuesta.

Agriétanse los muros, ya, de la fortaleza,
y él es, desconcertado por infernal destino,
en el fondo grandioso de la naturaleza,

un deseo sin piernas contemplando el camino,
mientras en un deshoje mortal las otoñadas
abaten la belleza de frondas ignoradas.

Andanza

Cabalgando por un yermo
de mis remotos estados,
pertinaz fragmento ví
de un ensueño abandonado.

Estaba perdido allá
con la pátina del tiempo,
como pilastra caída
en la ternura del trébol.

El Reino

Flecha que mi amor envía,
doquiera caiga, la encuentro
en remota lejanía
clavada en mi propio centro.

Buscando forasterías
y allendes para el amor,
sombras del alma veía
en la soledad mayor.

Las momias de los olvidos
salen de los hipogeos,
como carbones yacidos
que abrasaran los deseos.

Hay un cinturón de espejos
ciñéndome en lontananza,
porque está mirando lejos
la recóndita esperanza.

Cuando apenas sorprendí
algún fantasma soñado,
en aquel fantasma vi
un recuerdo enmascarado.

Profundamente halagüeños,
mismo por fugacidad,
bajo el sol todos los sueños
invaden la soledad.

Flecha que mi amor envía,
doquiera caiga, la encuentro
en remota lejanía
clavada en mi propio centro.

(Poesías Completas)

Emilio Oribe (1893)

De lo mucho y bien que ha teorizado y experimentado Oribe acerca de la belleza y la poesía sólo podremos acá espigar alguno que otro pensamiento. Cuando él se ha planteado la posibilidad de un gran poeta futuro de América encuentra que podía ser algo así como una reunión de Lucrecio y de Virgilio. Asociar una *vitalidad expansiva* multitudinaria y cosmopolita a una *profundidad suprema.* "Una individualidad que triunfa sobre el hecho inevitable de una cultura impuesta y extraña, contra la cual no hay otro camino que luchar y vencer".

Empecemos por esto último: la criatura pensativa de los campos melenses que es Oribe se ha ido imponiendo paso a paso a lo largo de la poesía, de modo que hay en ésta un americanismo indudable. Logró hacerle un sitio —dentro de su vasta cultura impuesta— a los palos telefónicos, al grano de trigo, a las garzas, a las pequeñas piedras de los ríos, a las manzanas y granadas, al nido de las calandrias, etc... y a este pensamiento escrito en "Poesía e Inteligencia": *"La originalidad de un artista es proporcional a la densidad de cultura que es capaz de resistir".*

¿De qué manera ha visto Emilio Oribe lo nuestro? En "Camino de cipreses" los árboles son "lámparas de la más oscura luz"; en "Música de las Colinas" la niñez "es el trébol atigrado que se acerca a los cipreses". La imagen visual se hace mental, y ésta, separándose progresivamente del objeto, combínase con otras ideas, con mitos antiguos, con recuerdos culturales, y lo que resulta es una alegoría, un símbolo, una parábola o un nuevo mito. Se trata por lo tanto de una interpretación. En ella, nuestro paisaje se ennoblece con altos y universales prestigios. Es, exactamente, una colonización lírica e intelectual de nuestras gramillas. El efecto es, a menudo, muy hermoso. A nuestro pai-

saje —tan de espinillos— le queda algo de griego. Platónicas ideas circulan dentro de él como blancas nubes. El Nous de Plotino deja caer sobre una cualquiera de nuestras rosas su luz de diamante. Esto no es sólo bello sino bueno y sano. Que la ráfaga niña de un río sostenga un temblor de milenios. Y son tantas las alusiones y tánto el encantamiento del poeta delante de los mármoles helénicos que uno —de verdad— cuando no los ve, los presiente; hasta creer que ya habían sido puestos, y luego, quitados, por lo menos en algunos de nuestros paisajes.

Si el poeta hubiera insistido más en lo regional o en el color local, habría desaparecido la equivalente atmósfera universal que propone.

Se reprocha a Oribe (Mario Benedetti, últimamente) hacer de sus poemas planteos intelectuales, a veces eruditos, frecuentemente oscuros y, sobre todo, de una frialdad indeclinable. Poemas que son glosas de verdades célebres. Y en segundo lugar, "cuando el verso anda sólo y en libertad suele padecer una crispación prosaica".

Intelectualismo, frialdad, prosaísmo. ¿Pero qué es lo que ocurre cuando el poeta acierta? Y lo ha hecho, por lo menos, en igual número de veces.

Hay una sensualidad, en Oribe. (Véase "La luz defendida" y "La Granada sin madurar"). Pero ella está mezclada muy sabiamente, con economía, a lo mental. Es evidente que le apasiona sobre todo la belleza del cuerpo juvenil. Pero ha procedido aquí con la misma escrupulosa discreción que ha mostrado en el tratamiento de nuestro paisaje. La presencia del tiempo, del enigma humano, de las significaciones que el Ser pudo haber impreso en las creaturas, hacen que el poema aparezca primero como cuadro o anécdota, y luego, como una pregunta misteriosa. Durante cincuenta años el poeta ha frecuentado estos escalofríos del "¿Quién?" y del "¿Qué es?". Y nosotros creemos que nos lo ha comunicado no sólo en su poesía sino también en su prosa. Por este doble estremecimiento: el de lo sensual y el de lo enigmático es que no nos resultan fríos los poemas de Oribe. En cuanto al prosaísmo, la observación de Benedetti nos parace verdadera: Oribe se mueve mejor cuando acomoda su verso a los acentos y a las rimas. Sin embargo, algunos poemas libremente escritos tienen algo de la media voz, y de ese matiz particular que porta el verso cuando

va, no de la palabra al oído, sino del pensamiento al pensamiento.

Coincidimos con Hugo Emilio Pedemonte que un poema como "La estrella y el grano de trigo" (no recogido aquí a causa de su extensión) es uno de los poemas más grandes de la poesía nacional.

Darío, Lugones, Reissig, y desde 1922 Paul Valery, han sido los maestros del poeta. La poesía, cuya misión última "es darle sentido al tiempo", y que es "la belleza, al fin libertada de la necesidad", oriéntase en Oribe últimamente hacia la mística ("Sonetos Sacros"). Y quizá vuelva a ser verdad para él este pensamiento suyo de 1944: "Un poeta es un hombre que va en la tiniebla e imagina ver; un santo es un hombre que va en la tiniebla y ve."

Obras: El Nardo del Anfora (1915); El Castillo Interior (1917); El Halconero Astral y otros cantos; El Nunca Usado Mar (1922); La Colina del Pájaro Rojo (1925); La Transfiguración de lo Corpóreo (1930); El Canto del Cuadrante (1938); La Lámpara que Anda (1944); La Esfera del Canto (1948); Ars Magna (1959); Antología Poética (1965).

¿Quién?

I

Olvide el corazón milagro o lucha
por la voz que en esferas se levanta.
La vida es como un canto que se escucha
de noche y no se sabe quien lo canta

Nace el cántico en limos más profundos
del Tiempo, y se hace enigma en los umbrales
de la muerte y lo llevan por los mundos
ejércitos con letras de cristales.

Su clave está sepulta en lo presente.
Para oírla, nacemos y sufrimos.
Sin descifrarla, con la boca ardiente,
bebemos las tinieblas y morimos.

II

Habrás de oír el canto que te nombra
frente al Bien o ante el Mal de rostro ciego
antes que arroje en tí fruto de sombra
la serpiente que apaga todo fuego.

Habrás de oír la nota dolorida
o alegre que el misterio alza en nosotros.
Siempre hay que oír el canto de la vida.
Hoy, lo hacemos tú y yo; después los otros.

Los otros que vendrán y oirán la clave
en ellos, al morir las horas bellas.
Más sin saber si es música o es ave,
si es semilla de llanto o es de estrellas.

La clave está sepulta en la serpiente
que es pozo de Pasado sin medida.
¿Quién dio esa clave al agua de la fuente?
¿Quién la hurta en el labio y ya no es vida?

III

La vida es sólo un canto que uno escucha
en sueños y no sabe quien lo canta.
Ni si el canto ha de ser la eterna lucha
del cosmos, o es la paz cumplida y santa.

Si los labios que cantan serán nieve
o ceniza, lo ignoro; son divinos.
Repitiendo el cantar que nos conmueve
cuántos dioses vendrán por los caminos...!

Nace el cántico en limos más profundos
del alma, y se hace enigma en los rosales
del cuerpo, y se lo explican a los mundos
arcángeles con libros de cristales.

IV

El canto que te escucha cuando vienes
a situarte en mi alma antigua y sola.
¿Quién lo escribe en el lino de mis sienes?
¿Quién lo azula en el ala o en la ola?

No sé. Pero en la noche en que existimos
rumor eterno y vago se levanta.
¿La vida? Es sólo un cántico que oímos
como en sueños. ¿Tú sabes Quién lo canta?

(La Lámpara que Anda)

La Luz Defendida

V

Oh hermosa joven,
que hablas con la estrella
de la tarde!
Tu frente
luz derrama como un río.
En tu cuerpo está la llama
que el astro aquel te infunde.

Arde más bella
y firme que en el cielo. O ya es centella
que sumerge en el dédalo
al que ama,
y lo conduce al cristalino drama
de que es teatro
el panal
de la doncella.
Yo los dos astros ví y no sé cual brilla
más,
si él que en lo fijo es maravilla
o el que en tí veo en frágil busto darse.
Si en mí,
con alma y sangre,
he de tenerte,
sé fiel al astro aquel que va a volcarse
con su luz,
todo en ti,
contra tu muerte!

(La Lámpara que Anda)

Llamado Incesante

Desde la tierra,
heraldos llaman.

Por qué eludir los manantiales del ser?
Por qué beberse ahora las apariencias?

Mientras tú dialogas
y envejeces,
Las granadas vuelven a madurar
todos los años.

Se endurecen
y secan luego,
y amarillean como la rodilla del penitente.

En su cáscara escribe el tiempo.
En sus granos de sangre,
la humanidad se reconoce
prisionera en una esfera que la oprime.

Más allá
del círculo y la muralla,
andan flecheros.

Desde la tierra,
los infatigables
heraldos llaman.

Es que es el Otoño.
Las granadas
y las hojas
y las cigarras,
emprenden el retorno hacia los surcos.

Hay allí heraldos
que convocan siempre,
desde las almenas y estanques
de un castillo,
cuyas murallas concéntricas,
se repliegan y hunden.

Oh Tierra infinita!
Oh Tierra prometida!

¿Hacia allí me deslizaré,
como los frutos del granado,
por una grieta
en la abierta sien?

No sé nada.
Desde la tierra
heraldos llaman.

Cae la fruta en el surco.
Cae en la carne el alma.
Cae la carne en la tierra y en el tiempo.

(El Canto del Cuadrante)

Vanidad de lo Variable

El sol
pronto perecerá ahogado por las sombras,
en una fuente de resplandores.

Es el toro
que ahora ultimarán las esclavas,
hundiéndolo
en las aguas.

Naturalmente
se desvanece su concreta piel de oro,
mientras la sangre no cesa de correr
por los últimos ríos
de la tierra.

Yo me abismo en una sombra
que se acrecienta,
mientras un invisible puño
estrecha cosa con cosa,
alma con piedra,
nieve con fuego,
toro con muerte.

Feroz la testa entre olas de arabescos,
el toro sustantivo rumia brasas
antes de morir.
Pero pronto la tiniebla en sus lomos
es presencia,
y amenaza
ser sustancia.

Esta hermandad de sombras que se restablece,
este vínculo que se vuelve a afirmar,
quiere que en el reino de la identidad
se sumerjan las cosas
y los seres.

Un destino,
más allá del capricho
y la gloria de las criaturas,
ensaya en cada anochecer,
la operación grandiosa,
que algún día habrá de realizarse
en nuestra muerte.

Reducir toda la espléndida variedad
de la bestialidad,
en lo absolutamente idéntico y vacío.

(El Canto del Cuadrante)

La Granada sin Madurar

Era anticipo de Otoño
la tarde, en la llanada.

La granada
osciló un momento
y cayó, arrebatada
por el viento.

La tempestad
de furias grises,
huyó con su crueldad
a otros países.

Por la oculta simiente
abovedada,
por el sol poniente
iluminada,
¡qué noble, saliente,
la granada,
como una frente
genial, de adolescente!

Sólo en las llanuras,
el árbol
de pequeñas hojas,
oscuras,
se cubrió de frutas rojas
aún no maduras.

Y ellas, con sus diademas
y mitras
arzobispales,
flechas de agudas yemas
vegetales.

Frutas insignes!
La mejor de ellas
se abrió. Era redonda,
bien moldeada,
la granada,
urna maciza de estrellas...

Rasgué las frutas
y adentro ví
diamante en grutas,
mas no rubí.

Adentro ví
compartimentos
con cargas divinas,
celdas muy llenas...
Sólo las hay en las minas,
en los molinos y las colmenas.
Aposentos
de azúcar a cristal,
y anunciación segura
de arrecifes de coral
en miniatura.

La fruta mansa
por el viento herida,
cayó como una gran esperanza
fallida.

El interior lleno
de granazón bella,
como el duro seno
de una doncella!

Y para siempre!
Cortada,
por invisibles hoces,
la granada,
fué el destino de una Driada
castigada
por los dioses.

Igual que un viejo, cuando
ve a su hijo muerto,
el árbol,
se quedó llorando
frente al desierto.

Guardé para mí
el fruto rasgado a mis pies.
—Yo puedo verme así
hoy, mañana, o después...

Bésala, ahora,
Poeta, y llora!
Y en seguida de eso,
bajo tu beso,
por la oculta simiente
abovedada,
verás qué pura, tierna, saliente
como una frente
malograda
de adolescente
aún, la granada!

(La Colina del Pájaro Rojo)

Canto de las Pequeñas Piedras de los ríos

a Fernán Silva Valdés

Piedras que arrastra el río
y vienen con las aguas transparentes
de las sierras del trópico, entre músicas
de torrentes.

Rodando,
rodando, rodando y cantando,
por las laderas,
al río van bajando.

Tras larga esclavitud,
hijas del padre sol, gotas del fuego,
dormidas en la tierra miles de años,
son despertadas luego.

El agua os ha entregado
la libertad, la danza y la alegría,
y os lleva por caminos
maravillosos a la luz del día.

Corriendo, corriendo, corriendo
de la sierra a los llanos,
os detenéis apenas
para hablar con la flor de los pantanos.

Adorno de las tribus
y arma para vencer al extranjero,
si os manejan los indios dáis la flecha,
lumbre contra el acero.

Luz y luz todo el día,
luz y luz os da el sol,
para que las luciérnagas
allí enciendan de noche su farol.

Mansas como semillas,
frescas como doncellas,
millares y millares
sóis más que las estrellas.

Unas como amatistas
o cuarzos en su centro.
Otras, color de luna.
vienen con agua dentro.

Vasos de sangre inmóvil,
gotas de miel muy dura,
petrificadas hostias
de infinita blancura.

Por la noche en los vados
cantan los payadores.
Y han encendido hogueras junto al agua.
¡Qué lindos resplandores!

O gritan los vaqueros
bajo el sol del estío.
Si queréis escucharlos,
—Vamos!, os dice el río.

Alguien os pastorea
con silbo o dulce voz.
Así váis en la arena que resbala
por los dedos de Dios.

¿Cosas? ¿Almas que emigran?
Obedientes rebaños,
debajo de los puentes
pasáis años tras años.

O alegres y desnudas
corréis por las campiñas,
formando caravanas,
como si fuérais niñas.

Piedrecillas redondas
cual los ojos del buey, que os vino a ver
lleno de asombros,
cuando bajó a beber.

Como el pie de los niños
algunas son rosadas;
las que siempre han de estar por inservibles
olvidadas!

Sandalias, que los astros
para andar por el agua se han ceñido.
Con prisa os abandonan,
porque el sol ha salido.

Y tantas que parecen
estrellas rezagadas.
Estrellas que han caído
estrellas enfriadas...

En el agua hay artífices,
lapidarios pacientes,
que os dan brillos de joyas
relucientes.

Con desvelo, las ásperas aristas
van lavando y limando,
y os dejan si pulidas y perfectas
váis quedando.

Pero el agua, en silencio,
os va arrastrando!

Como en un rito bárbaro,
el río patriarcal
se viste con vosotras
manto sacerdotal.

Vuelca sobre su pecho
de piedras un tesoro.
Os usa todo el día.
De noche, las ha de oro.

Serenos, con sus hábitos
solares y atavíos,
pompas e hirsutas barbas
—Mirad los sacros ríos!

Arenales inmensos,
son telas deslumbrantes.
Allí las piedrecillas
están como diamantes.

Mas, cómo aumenta el agua
y en su seno se esconde!
Y os lleva, poco a poco;
ella sabe hacia dónde!

Mas, cómo aumenta el agua
y ensancha sus caudales!
¡Qué lejos los troperos
los cantos nacionales!

Adiós, ranchos con luces
por la noche. Adiós, luna. Adiós, estrellas!
Piedras que van a hundirse,
mar adentro, son ellas.

Porque de ancho el río
es amargo, y muy hondo;
piedras, sois pobres formas,
que rodáis hacia el fondo.

Ahora, que en tinieblas
prisioneras estáis,
como ojos muy abiertos,
¿a quién interrogáis?

Si sóis ojos que mueren
en noches poderosas,
si sóis frentes sepultas,
¿sabéis todas las cosas?

Después de tanta dicha
dónde váis a parar.
¡Ciegas y dando tumbos,
por el fondo del mar!

(La Colina del Pájaro Rojo)

Los Desconocidos

Caminar, caminar
por los muelles dormidos de los puertos.
Y ver obscuros hombres,
acurrucados como canes viejos,
tomando el sol en la amplitud marina.

Oscuros hombres,
que nunca vimos ni soñamos ver.
Y mirarlos de pronto y soportar
en nuestros ojos,
el doloroso haz de sus miradas...

Caminar, caminar
por los dormidos muelles interiores
y ver acurrucadas,
en lo más hondo del cansado espíritu,
vagas angustias muertas o en olvido,
ideas nuevas nunca sospechadas,
semillas de otras almas o países!

Hallarse con los ojos
de unos desconocidos que se nutren
con lo más vivo de la entraña nuestra...

Han estado tal vez años y años,
sólo por aguardar nuestra visita!
Nosotros, ignorando que existieran
esos hijos ocultos...
Sin embargo,
ellos se elevarán pesadamente
de su quietud, y con los ojos fijos
en el destino nuestro,
nos seguirán como pesados canes...

Ya no nos dejarán nunca, jamás...

(El Nunca Usado Mar)

Leonardo De Vinci

I

Año mil cuatrocientos noventa, más o menos.
Florencia. Media noche. Callaron los serenos
nocturnos y se fueron los últimos soldados.
Alguien llega a la trágica plaza de los ahorcados.

El terrestre demiurgo se arriesga en la aventura
y aprieta con el puño la ilustre empuñadura
de su espada, y camina con paso firme y lento,
mientras su cabellera ondula bajo el viento.

Agitando la capa de terciopelo oscuro
el caminante sigue con ademán seguro.
De pronto, nota un cuerpo que de la horca oscila,
saca un puñal de oro y con mano intranquila
hiere la cuerda mismo donde el nudo se cierra,
y cogiendo el cadáver lo arrastra por la tierra
hasta un portal.
Entonces el hurtador nocturno
contempla su tesoro con gesto taciturno.

II

Ahora el hombre avanza bajo unos ventanales
góticos, entre infolios, poliedros y metales.
Deja el muerto en la mesa, cuidando no hacer ruido,
y abriendo la piel lívida de aquel desconocido,
hace estudios de músculos, bajo una luz escasa
mientras un gran silencio se condensa en la casa.
Descubre así, milagros del hombre.

Ahoga un grito
de asombro en cada instante... Dibuja y deja escrito:
—"Oh cuerpo humano! un libro de infinita belleza...
"Al acaecer la muerte, comprendo la tristeza
del alma, porque es ella la que cambia un divino
mundo de perfecciones por incierto destino".
"¿El dolor de la muerte?
Es para el alma.
Huye
del más hermoso reino y al huir lo destruye".

III

Año mil cuatrocientos noventa. Una campana
se ha oído, anunciando la luz de la mañana.
Florencia. Vuelven cantos. Va a despertar el día.
Aún Leonardo, el brujo, estudia Anatomía.

(El Halconero Austral)

Los Cóndores Ciegos

Los hombres son enigmas;
son enigmas inmensos.
Iba yo por los Andes
y en metálicos vuelos
crucé la cordillera.
Junto a unos riscos negros
ví un grupo de indios
con tres cóndores ciegos.
Nada más que despojos
de mayores imperios.

Yo volé en las montañas
sobre las cumbres de ellos,
todo el día en la máquina,
sólo asido al silencio.

Y en el purpúreo holocausto
pude ver el misterio.
Enceguecían cóndores
los atletas perfectos.
Supe que los cazaban
dando grandes rodeos
y después les hundían
en los ojos los hierros.
Y ya en tierra los ídolos
quedaban en silencio
las sombras, espantadas
de aquel drama tremendo.
Pájaros como enigmas:
en círculos inmensos.
Pude oír con zozobra
su gigante aleteo.
De los Andes bajábanlos
y los lanzaban ciegos
al azul, al gran éter...
Los recogían muertos.

Percibí bien los cóndores;
uno a uno ascendiendo:
al sol un aletazo,
al infinito un beso.
Y a mis pies los relámpagos
de plumones deshechos.
Testas de lunas rotas
con alas de tres metros
y púrpura en las plumas
y en el ojo desprecios.

¿La humillante grandeza
para qué, de esos juegos?
El hombre es cruel enigma;
y no fuerte ni bello.
Llevaré a las estrellas
el dolor de ese encuentro.

Mocetones verdugos
los cóndores trayendo;
les quemaban los ojos
con encendidos hierros.
Daban muerte a sus pájaros,
de dioses mensajeros.
Y todo bajo el humo
de indecisos incendios
y un fondo de montaña,
vago altar ceniciento.

Enigmas son los hombres,
más crueles que bellos.

¿Por qué en cumbres que aguardan
pensamientos eternos,
se apoderan de cóndores
y tras de enceguecerlos,
los arrojan al ámbito
de huracanados vientos,
y se quedan mirándolos
precipitarse al suelo
como si fueran Idolos,
Esperanzas e Imperios?

Si así ha de ser siempre,
Dios se ha olvidado de ellos.

Los indios, con las aves
sobre el hombro se fueron.
Más fuerte que en los cóndores
la tiniebla era en ellos.

Pasé noches enteras
pensando este misterio.

(La Esfera del Canto)

Sonetos Sacros

II

¿Quién aquí me arrojó? ¿Qué extraño instante
me salvó de quedarme entre los muertos?
¿Qué cuentan estos orbes y conciertos
que bajan del monstruoso tiempo errante?

¿No sabré por qué soy? Vivo en constante
afán por ver con ojos bien abiertos,
qué tiempo he de existir. ¿A qué desiertos
me he de ir con mi muerte por delante?

El entrar y el salir en este mundo
en donde estoy ¡qué riesgo más profundo!
¿Qué vago inicio fue mi alumbramiento?

De él poco sé; más cumplo en admitirlo.
¿Mi muerte? Integra el logos de otro cuento.
¡Quién me diera, oh mi Dios, poder oírlo!

III

Los seres comunican su existencia
en el tiempo infinito que los mueve.
¿Y el pensamiento? Su expresión se atreve
en imágenes claves de su esencia.

El misterio del alma es su presencia
propia, que igual habla en fuego o nieve,
Y el acto de existir sólo conmueve
al verbo cuando alumbra en la conciencia.

¿Y los astros, algún lenguaje hablan?
Sus fatigantes símbolos entablan
discursos para el goce de ellos mismos.

¿Y el hombre? Es un enigma para el hombre;
se hace claro en la máscara del nombre.
¿Y Dios? ¡El está allí donde hay abismos!

(1964)

Juan Parra del Riego (1894-1925)

Según informa Pereda Valdés en su Antología (1929), este peruano nacido en Huancayo creía ser un poeta uruguayo y deseaba ser considerado como tal. Vivió sólo 31 años. Recuerda Esther de Cáceres las palabras que dijo al regresar, ya herido de muerte, de Fray Bentos, en donde estaba ganándose el pan por medio de sus versos: "He caído en mi ley". Fue un trotamundos: Lima, Santiago, Tucumán, Buenos Aires, Río de Janeiro, París, Montevideo. Y un inadaptado: "vivió en poeta" —dice de él Manuel de Castro— y recuerda su inquietud y desasosiego que lo hacían andar de un lado para otro sin poder avenirse con ningún orden común. Además de la tisis que acabó con su vida en nuestro Hospital Militar, Parra había contraído la sífilis, según dato que nos comunicó Fusco Sansone, uno de sus postreros amigos, y el más íntimo.

Que se lea la prosa, que se lean los versos de Parra, uno siente su fiebre. Nada más revelador que las cartas que él ha cambiado desde 1918 a 1922 con Bernardo Canal Feijóo. Allí llora, grita, besa, canta, suspira. Si se le toca apenas, sale de él una chispa. Es todo voltaje. "No me quiero olvidar que tengo 23 años, y por eso, mucho derecho al entusiasmo con bulla y a la amistad con fiesta en el espíritu. (...) Yo no creo en la bohemia murgeriana. La bohemia moderna es mental, interior. Es la desorientación de los espíritus actuales. (...) sentimos la palpitación tumultuosa de algo que se aproxima, grande, colosal, fraterno".

Quiere ser el cantor de la América nueva, no sólo aquélla que ya está en las selvas de Chocano, sino la que hay que descubrir en las ciudades. Su amigo le pide que adquiera un "sabor trágico" y él responde que sí, que se lo apropiará de un modo definitivo.

Montevideo no le agrada, le agrada, vuelve a desagradarle: "He sufrido un desencanto en Montevideo. No era la ciudad-nido que me habían dicho. (...) Montevideo es una ciudad que parece un nido; esa vista al mar por todo sitio... parece una obsesión de azul." (...) Santiago del Estero siquiera huele a campo puro. Esto ya tiene Universidad, es insufrible. Apesta a erudito. Uno quisiera hacerse bestia y dar patadas. (...) aburrido de este Uruguay tan pobre. Quisiera irme a cualquier parte. (...) Y si vieras... aún me encuentras aquí tan solo, tan solo que parezco la luna."

Ante la cobardía moral ambiente cree necesario otro Nietzsche. Y por las dudas, se incorpora "la voluntad de potencia" del alemán. Pero lee a Kierkegaard, y queda traspasado. "No sé si hacerme definitivamente místico" — confiesa.

Su salud padece las mismas contradicciones: habla de sus espantosas neurastenias y que duerme a brincos y le tiembla todo el cuerpo y, como Nietzsche, vive robándole momentos a la enfermedad. Pero basta una carta de su amigo Canal para sentirse de este modo: "Por todas partes me crece trigo, trigo vertiginoso y luminoso de la pampa, trigo feliz; trigo radiante; trigo sinfónico y loco."

En cambio, la posición que permanece inmutable es la estética. Ninguna duda en cuanto a lo que tenía que ser y hacer: llamándose poeta maquinista afirma que no puede ser blanda y asimétrica la nueva poesía, desde que la máquina es sólo ritmo y equilibrio; "tiene que ser deslumbrantemente nerviosa y afirmativa, tensa, de un expresionismo más agudo, más vital." No acepta la poética tradicional: "contemplación lírica de la naturaleza, sino esta otra: de transfusión dinámica con la naturaleza. No soy espectador. Actúo. Corro en la gran sinfonía multánime y polirrítmica de todo." Se llama "el más grande despilfarrador de optimismo" y se ve con un corazón funambulesco. "Nuestro arte tiene que ser un comprimido eléctrico de emoción. Algo que tajee y queme. Velocidad, multitud, joyerías."

Meditaba y escribía este folleto: "Estética de la velocidad, el vuelo y la multitud." Ebrio de esas cosas, y de Whitman, de Nietzsche, del "elan vital" de Bergson, y de Chocano, de palabras, de sí mismo y de su fiebre, este poeta arde como una tea y precipítase a su fin en aerolito.

Hay un momento en que la juventud, al alcanzar su punto máximo, y, como el vértigo, para definirse a sí misma, suele decir: "La Vida". Parra del Riego no quiso nunca descender de ese estado. Ni distinguir esa fusión. "Mi alma ya no es mi alma: es toda una vibración", de esa manera se ve en su momento prematrimonial —casó con Blanca Luz Brun—; pero ese minuto puede extenderse a su vida entera.

Idea Vilariño que nos ha gentilmente anticipado su prólogo a una reedición de los "Nocturnos y otros poemas" de Parra, dice en él: "Tiene todo lo que hoy nos escasea: la fuerza, la pasión, la alegría, el lirismo, el ímpetu irreprimible y urgente de cantar, el don del canto. Y todo ello sin que le falten la desolación, la angustia, el dolor íntimo y el vasto dolor humano, el sentimiento religioso y la actitud militante." De los citados aspectos queremos destacar uno que preocupaba, esencial, al autor: "Qué poco son los poetas que hoy cantan! Parece que resuelven problemas de análisis y de crítica."

Obras: "Himno del Cielo y de los Ferrocarriles (1924); Blanca Luz (1925).

Tu voz

Tu voz no es triste y seria. Tu voz es la frescura
de ese aire que viene del puerto al madrugar;
tu voz sabe a colegio, huele a fruta madura
y es la cristalería nerviosa de un juglar.

Porque hablas, y yo siento que es como un agua pura
donde divinamente me vuelvo a refrescar
de todos los dolores que cuesta esa aventura
de querer vivir sólo para el cielo y el mar.

Por eso hoy vibro todo de tu infancia, y te veo
—¡oh, sensación azul de la hora del recreo!—
(...pasaba por allí la Madre-directora...)

ya brincando a la cuerda con tu risa sin fin
o cuando eras alguna feroz locomotora
de un tren de colegialas que iba por el jardín.

Secreto

Ya no te busco afuera con infantil turismo
para sentir tu vida romántica mejor
como los monjes viejos me encierro entre mí mismo
y allí tiemblo a tu cara, y allí te hago el amor.

Y estoy como un avaro feliz de su egoísmo
palpitando a mis vagas sortijas con ardor.
Yo como Pascal tengo dentro de mí un abismo
pero donde hasta el llanto tiene su resplandor.

Por eso es que las gentes que saben que te quiero
ya dicen que se ha roto mi espada de guerrero
por esta vida sola que me miran llevar,

y no saben que mientras ellos hablan conmigo
tú me llenas los ojos y todo lo que digo
como se llena al viento una vela en el mar

Serenata de Zuray Zurita

Tiene párpados de luna mi agonía
De la mar yo vine loco de soñar.
Me perdí en un puerto mudo donde el día
estaba muerto de esperar.

Zuray Zurita
no me oyes llorar?

¿Zuray Zurita no me oyes llorar?
A la mar me fuí con vela de colores...
De la tierra estaba sucio de luchar...
Tercos sueños cazadores
dolorida de caminos y tambores,
yo la quería esperar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Y le dijo a la paloma y a la estrella:
mi corazón la quiere encontrar,
moribundo de canciones voy tras ella
y es más muda que la muerte ¡y es tan bella!
y es más fina que la mar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Me ha manchado la amargura
años arduos y asesinos me han enseñado a olvidar...
Luna azul de mi sombreros la locura,
y mi capa de andaríns todas las olas del mar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Y le dije: vengo extraño,
no me puedes recordar,
gota a gota dí mi sangre todo el año...
estoy ciego de llamar...

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Tiene el cielo una campana
y un jardín tiene la mar.
Volanta de cintas llena de mañana,
la ví... y no la pudo mi alma alcanzar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Yo he visto en almas y en pechos
a un alacrán perforar...
Yo he visto hogares deshechos
y a payasos de colores que a la luna de los techos
daban un brinco estelar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Yo tenía una alegría,
con el arpa de la aurora me ponía a caminar...
Pérfida languidez de la melancolía
me iba una seda lenta matando día a día
y mis ojos se perdieron en las estrellas del mar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Serenata

Venía de muy lejos,
Y ella estaba en el fondo de la vida...
Cazador del país de los espejos,
Yo hice fuego a una rama allá movida.
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Terutero de cristal
Que me hiciste a mí la herida.

Y hallé en sus ojos los caminos,
Que en el mundo perdió mi corazón
Delicados caminos campesinos
Que el espíritu olvida en su pasión.
Colegiala... muñeca... pajarito,
Sombrero fresco de cascabeles
Sobre mi sombra, mi sed y mi grito
Y el mal fantástico de mis papeles...

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Terutero de cristal
Canto en mi vida
Perla en mi mal.

Ella era como son las guitarras
De seda y luna en su corazón.
Cuando en la niebla dan las cigarras
Su sol... ¡Oh, vida, esa es la ilusión!

Juguete extraño de un juguetero
De Francia... Roma... Londres... París...
Yo en ese cuento daba el primero
Mi flor de lunas a un sol de lis.

Dale Dios mío, salud y fuerza
Porque yo creo que se va a morir.
La vida es grave, loca y perversa
Y nunca sube lo que va a subir.

¡Ay! ay! ¡ay!
Terutero de cristal
Rosa lenta de mi vida!

Falda de encaje celeste y blanco.
Como el agua alegre daba su voz
Si la miraba... ese era el banco
Para estar solo con mi alma y Dios.

Blanca Luz era
Su nombre puro.
¡Qué primavera! ¡Qué primavera!
Sobre mi pecho terco y oscuro.

Vino del campo... corría un río
Tras una luna en su delantal...
Vino del campo... y era como el mío
Su verso huraño y sentimental.

Cabrita... pino...
Pálida como una vidalita se me acercó:
Sombrero negro... rojo camino
¡Qué tristes cosas le ofrecí yo!

Adiós al barco dice en el puerto...
Cuatro gaviotas de Cruz del Sur...
Sufre la máquina... y yo estoy muerto...
Y hacen las olas su piano azul...

Malvón,
Retama... alta margarita...
¿De dónde vino su luz fatal...?

¡Ay! ¡ay! ¡ay!
Terutero de cristal
Que saltaba sólo en una pobre pata ya cojita!

Del sol es ella, y es infinita
Como la tarde de luz y amor...

Dale Dios mío salud bendita
Bajo tu cálido resplandor...!

Pálida como la luna espía
Todas mis horas de soledad...
Cigarro... tiempo... melancolía...
¡Es tan callado lo que en mí se va...!

Que si descalzo pasase un niño
Lastimaría mi corazón
Amor de seda... luna... cariño...
Amor que mata con su pasión...
Guitarra fina,
Callada y sola taza de plata;
La serpentina... la serpentina...
Que a mí me mata...

Hondo camino
Loma dorada para cantar...
Blanca Luz era su nombre fino
Y qué eco le daba mi alma, al sonar...

Pero maldita ya mi alma estaba
Y ella ya muerta vino a mi sed.
No la esperaba...
Yo la soñaba...
Y Dios la quiso para mi fe.

Y esta es mi vida ahora en la estrella...
En el sol... la luna... el atardecer...
Vivir por ella...
Morir por ella...
Dar todo en ella mi loco ser...

¡Ay! ¡ay! ¡ay!
Terutero de cristal
Trompo de música dolorida
Bajo mi almohada sentimental...

Nocturno Nº 3

Heme aquí en la gran noche de la pampa, perdido
bajo el grandioso y loco árbol estremecido
de las estrellas, dándoles a las sombras mi paso
con un azul y helado corazón de payaso.

Heme aquí extrañamente perdido y desolado
sin comprender mi alma, con un terror callado
frente a la profundísima noche desconocida,
viendo que sólo absurda y atroz me fué la vida
que ni sé por qué he amado, ni he sufrido, ni espero
aún algo de las cosas como un aventurero.

Heme aquí por primera vez frente a mi destino
fantástica pena y horror en el camino.
Triste de la alegría y triste del pensamiento.
Seguro de que todo se acaba a olvido lento.
Lejano y solitario como una tumba en mi alma
y buscando en la noche no sé qué amor, qué calma
por la delicadeza de los sitios sencillos,
como uno de esos pobres enfermos amarillos
en quienes la esperanza — ¡esperanza espantosa!
es ya sólo una muerte perdida y silenciosa.

Nocturno Nº 8

Dolorida en la luna se va la carretera.
Me voy a sentir más hoy tu alma allí;
dolorido en la luna que me mira y espera
y da su solitaria paloma mensajera
que va como acordándose de ti.

Miro las soledades misteriosas del cielo
y nada es más profundo que tu amor;
bailarín de amargura, zapateador de hielo,
tú eres, ¡oh, Sirio, dulce violinista del cielo!
lo que me ha comprendido aquí mejor.

Pero tú eres la luz que tiembla allá,
Voy sólo. Voy cansado. Voy ciego. Voy perdido.
Y esta noche de luna, que es música sin ruido
me va poniendo tu alma como en un hondo nido
sobre mi sollozante eternidad.

Con mi sombrero negro empapado en la luna
yo te contaré todo mi dolor...
Le pediré a la muerte más pavor que nos una,
le pediré a la vida más caliente fortuna
de besos, de locura y de temblor.

Yo te contaré toda mis historia de hombre errante
que un día al mundo amargo se lanzó.
Era al partir alegre el joven caminante,
más tarde, curvo y triste, pero más anhelante
su corazón sangriento regresó.

Y no se hizo filósofo ni aprendió el humorismo
de los que sólo quieren engañar.
Vió que en la vida sólo el olvido es el abismo
y que su gran secreto es ser siempre uno mismo
y con el alma cálida, esperar...

Y vió que el amor era la única ruta clara
y que por eso sólo hay que existir;
¡oh, amada la más dulce, la que aclara y ampara!
Yo que he partido en tu alma y he llegado en tu cara
ya sé para qué tengo que vivir.

Sé por qué ante la luna tiemblo como un poeta
del tiempo de Musset y Jorge Sand;
y a veces más que el rtimo de mi ciudad inquieta
busco las sombras íntimas de alguna plazoleta
donde otras cosas íntimas están.

Y por qué mi alma vibra cuando miro unas flores
y en el fino y azul atardecer
en mi cabeza zumban palabras de colores
y ante las joyerías, mojado de fulgores,
me quedo fino como una mujer.

Y por qué hago mi paso más lento en los caminos
y en todo enreda mi alma su emoción;
y bajo las guitarras nocturnas de los pinos
en la hora de los grandes crepúsculos marinos
tengo una misteriosa agitación.

Polirrítmico Dinámico a Gradín Jugador de Football

Palpitante y jubiloso
como el grito que se lanza de repente a un aviador
todo así claro y nervioso,
yo te canto, ¡oh jugador maravilloso!
que hoy has puesto el pecho mío como un trémulo tambor.
Agil,
fino,
alado,
eléctrico,
repentino,
delicado,
fulminante,
yo te vi en la tarde olímpica jugar.
Mi alma estaba oscura y torpe de un secreto sollozante,
pero cuando rasgó el pito emocionante
y te ví correr... saltar...

Y fué el ¡hurra! y la explosión de camisetas
tras el loco volatín de la pelota,
y las oes y las zetas,
del primer fugaz encaje
de la aguja de colores de tu cuerpo en el paisaje,
otro nuevo corazón de proa ardiente,
cada vez menos despacio
se me puso a dar mil vueltas en el pecho de repente.

Y te ví Gradín,
bronce vivo de la múltiple actitud,

zigzagueante espedachín
del golkeaper cazador
de ese pájaro violento
que le silba la pelota por el viento
y se va, regresa, y cruza con su eléctrico temblor.

¡Flecha, víbora, campana, banderola!
¡Gradín, bala azul y verde! ¡Gradín, globo que se va!
Billarista de esa súbita y vibrante carambola
que se rompe en las cabezas y se enfila más allá...
y discóbolo volante,
pasas uno...
dos...
tres... cuatro...
siete jugadores...

La pelota hierve en ruido seco y sordo de metralla,
se revuelca una epilepsia de colores
y ya estás frente a la valla
con el pecho... el alma... el pie...
y es el tiro que en la tarde azul estalla
como un cálido balazo que se lleva la pelota hasta la red.
¡Palomares! ¡Palomares!
de los cálidos aplausos populares...

¡Gradín, trompo, émbolo, música, bisturí, tirabuzón!
(Yo ví tres mujeres de esas con caderas como altares
palpitar estremecidas de emoción!)
Gradín! róbale al relámpago de tu cuerpo incandescente
que hoy me ha roto en mil cometas de una loca elevación,
otra azul velocidad para mi frente
y otra mecha de colores que me vuele el corazón.

Tú que cuando vas llevando la pelota
nadie cree que así juegas;
todos creen que patinas,
y en tu baile vas haciendo líneas griegas
que te siguen dando vueltas con sus vagas serpentinas.

¡Pez acróbata que al ímpetu del ataque más violento
se escabulle, arquea, flota,

no lo ve nadie un momento,
pero como un submarino sale allá con la pelota...!

Y es entonces cuando suena la tribuna como el mar:
todos grítanle: ¡Gradín!, ¡Gradín!, ¡Gradín!
Y en el ronco oleaje negro que se quiere desbordar,
saltan pechos, vuelan brazos y hasta el fin
todos se hacen los coheteros
de una salva luminosa de sombreros
que se van hasta la luna a gritarle allá: ¡Gradín! ¡Gradín!
¡Gradín!

Polirrítmico Dinámico de la Motocicleta

Sesgada en el viento la cálida quilla del perfil tajante
y suelto el espíritu al día como una cometa
yo todas las tardes me lanzo al tumulto de las avenidas
sobre un trepidante caballo de hierro
¡mi motocicleta!

Zumban los pedales, palpita la llanta
y en la traquearteria febril del motor
yo siento que hay algo
que es como mi ardiente garganta
con mi explosionante secreto interior.

Y corro... corro... corro...
Estocada de mi ruido que atraviesa la ciudad
y ensarto avenidas... suspiro una rambla... disloco una esquina

y envuelvo en las ruedas
la vertiginosa cinta palpitante de las alamedas...
La fusilería de los focos rompe la iluminación...
Y me lanzo a un tiro de carrera al mar
y otra vez me escapo por los bulevares,

rápidas serpientes de autos y sombreros,
mujeres y bares
y luces y obreros
que pasan y chocan y fugan y vuelven de nuevo a pasar...

Y corro... corro... corro...
hasta que abrio y todo pálido
de peligro y cielo y vértigo en mi audaz velocidad
ya mi alma no es mi alma:
es un émbolo con música,
un salvaje trompo cálido,
todo el sueño de la vida que en mi pecho incendio y lloro
la feliz carrera de oro
de la luz desnuda y libre que jamás nos dejará.

¡Ah, correr locamente convencido
de alcanzar como los pájaros hasta el confín azul,
escuchando, inclinado,
al oído,
el motor,
cual si fuera el nervioso corazón de un amigo
que se quema en un terco secreto de amor!

¡Los ojos se roban la vida a pedazos!
Luces, hombres, árboles, una estrella... el mar,
y ya sólo siento
un deseo loco de ser como el viento
que sólo parece que quiere pasar.

Curva suave,
X patética... embestida
repentino embrague seco... vuelta súbita... explosión!
¿Fué la muerte? ¿Fué la vida?
El motor sufre y trepida
y otra vez me empapa el viento con su vino el corazón.

¡Camaradas! ¡Camaradas!
dénme una camiseta
de violentas pintas verdes y oros como resplandores
para hundirme a puñaladas

de motocicleta
por el campo estremecido de esta tarde de colores

En el fulminante
caballo que suena su sangre encendida
para abrir todas las tardes de la vida
a un romántico momento de partida.
Partir... llegar... llegar... partir...
Correr...
volar...
morir...
soñar...
partir... partir... partir...

El Capitán Slukin

¿Por qué te has apoderado de mi alma, Capitán
mientras miro estos barcos de vela que se van
y en el puerto estoy solo con mi cabeza ardiente,
junto a las altas proas visionarias
y dichosas,
y fraternizo con los hombres agudos y callados
de la descarga terca y amorosa
y amo ver la llegada de esas lanchas de carbón
que vienen como dulces madres embarazadas
y esas maderas de árboles de América
y las harapientas músicas
del acordeón?

¿Por qué hoy te has apoderado de mi alma, Capitán?
Y de golpe en mis sueños tan grande te he sentido
y he amado
tu vida de salvaje y delicado
héroe desconocido
del mar...

Voluntad y Alegra. Triunfos y Sufrimientos
que todos los niños deberían amar
en estampas sonoras, coloristas y arcanas
de libros de cuentos
abiertos por las puras manos de las mañanas.
Porque la mar fue tuya más allá de la vida
¡Capitán, Capitán...!
Y más allá de donde la muerte para su árbol
amarillo de pájaros que nunca cantarán.

Tuya sobre la espalda de la sirena loca
y el adiós de la pobre mujer abandonada
y esa luna que toca
la cara pensativa y delicada
del ahogado perdido...! tuya en la marejada
de mares de un salvaje fósforo azul sonoro
donde el tiburón baila su cola de alquitrán...

Tuya en el arpa límpida con su sonido de oro
que hace cantar las islas que no se encontrarán
en esas soledades dramáticas del Polo
donde la muerte tiene su ciudad de cristal,
y sobre la Esperanza y el Olvido,
se abre el blanco abanico de la Aurora Boreal!

Islas Baleares
Islas Azores
mi alma ha perdido ya sus cantares
y sus amores.

Madagascar...
Un día, solo, con una Biblia y mi carabina
me haré a la mar.

Capitán loco y aventurero,
cómo tu vida se desfigura
bajo la sombra del ala negra de mi sombrero.

Se van las olas dulces y rotas
ya cae la lágrima de Aldebarán
sobre las últimas gaviotas.

Polirrítmico de la Mujer Vegetal

Guitarras bajo las higueras! Trompos azules del día!
Aquí está la fresca amada vegetal;
la que ví y el alma mía
se me abrió como una fruta musical.
Ojos como pájaros, caderas de ágil tazón de soles
a carreras de naranjas, margaritas y manzanas
por mi sangre la sentía atravesar...
La que ví y me dió el amor de las mañanas
(¿Soñaba nidos? ¿Colgaba frutas? ¿Olía a rosas?)
Y unas súbitas nostalgias misteriosas
de montar caballos blancos, trepar árboles, nadar...
madrugar todos los días
e irme solo por los campos,
loco andarín, verde andarín
con mi campana de lejanías
y el pecho alegre como un clarín.

(Rey Salomón: ¿Donde está tu arpa para cantar?
Rey Salomón: ¡Pandero y vivo para bailar!
Rey Salomón: ¡Qué Sulamita para besar!...)

Parada un árbol...
Echada un río...
Sentada un alba sentimental...
¡Corazón mío,
corazón mío,
nos curaremos de todo mal!

La que sólo parecía alimentada de frutas...
La que ví, y en una gruta
de albaricoques, palomas, racimos de uva y olores
se quedó como un barquero solitario con la luna
a temblar mi corazón.

¡Oh querida fresca, fresca
ágil y alegre querida!
¡Qué vergüenza
de haberme dejado hacer tan triste por la vida!
Maquinista silencioso de las noches estrelladas

la que ví, y sobre mis penas solas, hondas y calladas
—Oh segadora fina que amó mi alma!—
pasó cantando sus cantos de mediodía y pasión,
con su risa vendedora de naranjas,
con la música crecida de sus senos
y las cerezas alegres de su joven corazón!

Oh! Partir con ella un día!
oír la estrella de las guitarras de las lagunas,
ver los caminos...
La metafísica angustia sorda con que los pinos
miran las lunas...
Andar... soñar...
besarla súbitamente loco bajo las parras y las higueras...
cantar! gritar!

Zumban abejas, rocío... flores... nidos... los nidos:
(¡qué cuchicheo de cuentos de hadas en los oídos!)
Correr... reír...
Sentarnos solos junto a los árboles a comer guindas
con dedos finos de amor y de cristal!
—¿De dónde sube esa serenata de violetas?
Y hasta algún sapo que a nuestro lado llega tirando sus [volteretas
de payaso de la luz ¡cubista acróbata matinal!

Oh ¡vivir juntos!
llorar unidos la misma lágrima
y ver unidos la misma estrella!
Partir con ella,
en un auto que tira su sangre panorámica
a noventa kilómetros por hora.
Locos de alegría, de claridad,
(la luna nos sigue corriendo hermanita!...)
Ya miro la aurora...
Adiós nube!...
Adiós árbol!...
Adiós pobre luz de allá sola!...)
Locos de alegría, de intimidad
de libertad
de felicidad!

¡Pañuelos de las estrellas que llaman mi corazón!
Ya no quiero más amores con las de seda y de luna.
Aquí está la que el espejo de la luz trae en la frente;
la que vive, sufre, ríe, ama, canta, engendra, siente:
la del amor natural, claro, fragante, indistinto;
la que ve, y alza el instinto
todo el coro de sus vivos y dramáticos alcoholes...

La que me llenó de rosas y músicas y banderas,
la que me dió más resueltas las ideas generosas,
la que no enerva, disuelve, ni mata de lejanía,
le afirmativa, la vegetal.
¡La que es mía, la que es mía, la que es mía,
marcha de frutas, albas y soles,
marcha triunfal!

Agustín R. Bisio (1894-1952)

Gustaba vivir apartado de la gente, en un rincón del pueblo trabajando un huerto —así se nos dijo—. Pero parece que sólo cultivaba flores. El pueblo de Rivera, empero, pese a este apartamiento lo consideraba su poeta. E incluso, versos al margen, Bisio desempeñó allí por varios años el cargo de concejal. Había ingresado antes en la Facultad de Agronomía, aunque "por motivos ajenos a su voluntad no llegó a titularse" —escribe el brasileño O. M. Bolívar. Sea como sea, no hay dudas que el poeta sintió hasta la médula el desierto intelectual en el que tuvo que moverse. "Por siete bocas le canté a Rivera —este pueblo tan mío y tan ingrato—, que por ingrato tanto más lo quiero." Uno de sus poemas, "Muchacho de tierra adentro", expresa patéticamente la situación de un poeta joven en el "hostil pueblo nativo". ¿Qué hace un poeta —es para preguntarse con angustia— más aún si es joven, en la temperatura lírica bajo cero que no ocultan, sino ostentan, nuestros pueblos y ciudades del Interior? No encontrará otra manera de mantenerse que la que proviene de la sola fuerza de su juventud.

Y la valiosa obra de Agustín R. Bisio se resintió, al fin, en ese aislamiento. Estamos seguros que él no hubiera permitido la publicación de muchos poemas que aparecieron en su obra póstuma. Inexplicablemente, ésta lleva por título el mismo de la primera.

Quizá, por respeto, sus piadosos admiradores no se animaron a titular por su cuenta, pero hacen caer al lector flamante en el peligro de confundir una obra estimable, el primer "Brindis Agreste", con la segunda, de muchos menos valor, e idéntico título.

En la revista "Frontera" (1936), escribía Carlos Zum Felde: "Bisio es «tallista extraordinario», intelecto cultivado y alma de primitivo; creador de un género de poesía: «la poesía fronteriza»: fronterizos los temas, las

descripciones, los sentimitntos y sobre todo el lenguaje mezcla de gaucho y portugués. Este dialecto gaucho-brasileño es una cuerda nueva en nuestra lira".

Pero hay además una gracia, una picardía, que en Bisio es una forma de la simpatía y no de la burla. Si era fácil apropiarse de un lenguaje, no lo era tanto vibrar al unísono con el gemelero, Mae Bemvinda, el tropero viejo, la lavanderita del Cuñapirú y el muchachito aindiado, etc. Bien afirma en prólogo a su obra póstuma Montiel Ballesteros que "es en la pintura de seres, costumbres y paisajes, realizados con extraordinaria belleza y eficacia donde más se distingue". Y también coincidimos cuando señala el impecable tacto que posee Bisio en el uso del grotesco, sin caer en el artificio ni en la caricatura.

Es que el autor era, al mismo tiempo, tan proclive al humor como a la ternura. Era además, un sentimental, aunque no depurado. Cuando se deja ir por esos trillos cae en lo fácil y, aun más, en lo literariamente muy gastado. Hasta llega a hablar repetidas veces de "pensiles" y cosas por el estilo. Pero antes que nada hay que prevenir que tales debilidades aparecen en esa obra póstuma que, sin duda, él no preparó.

Dicha flojera en un observador muy agudo es nota verdaderamente curiosa. Bisio vive entero, sobre todo cuando mira. Hay ahí un rancho: "De tanto dal'iscoba — si hondó el piso de tierra" (...) " si han ladiao los horcones, — y se puso siyona la cumbrera;". El hijo pide al padre un acordeón y sueña ya con sus sones que se le aparecen como "relinchos de potriyo nuevo" y "borboyones de zanj'endía de yuvia". En los preparativos para una fiesta, Sia Bernarda, con la fila de hijos que le siguen, lo menos, media cuadra, y todavía tres cuzcos a la cola, la negra talmente representa, así tan gorda y parda, "una pata picasa haciendo punta a toda la poyada." La orquesta a descollar en dicha fiesta es tío Yuca que se duerme en "la cordiona" y el Murraga, todo un tigre "pra la viola". "(más, si acaso se maman-non si orvidin de trair una vitrola...!)"

Los mejores poemas de Bisio nos producen esta doble necesidad: la de oír este dialecto tan vivo, de una gracia que nos parece toda bisbiseada y siseada; y la de ver a estos personajes tan coloreados, parleros; tan pobres!, pernizambos, pernidesnudos, fanáticamente posesos en el universo de la menudencia.

Este pobrerío de Bisio es nuevo en nuestra literatura. Pobrerío decente y del que, no sabemos la causa,

el autor no nos revela casi nunca una rebelión. Hasta parece alegre, cuando la menor chuchería le basta para colmar su ambición. Contrasta violentamente con el pueblo que —también de una zona del Norte y bastante próxima— presentara diez años antes Serafín García en sus "Tacuruses".

La foto de Bisio que encabeza su obra póstuma muestra un rostro lleno y cuadrado de cincuenta años, con mentón vigoroso pero bien proporcionado y labios finos y como absorbidos. Es una cara que uno cree haber visto en otras partes. No sabemos por qué su mirada, ni viva ni lánguida, nos hace pensar, sin embargo, en un cansancio, en un tedio, sobrellevado con dignidad.

Obras: Brindis Agreste (1947); Brindis Agreste, tomo II (1964); En la Cima del Cerro del Marco (?)

Benceduras

Palabras de ritual (1)
Con agua da fonte
e rama do monte,
pra que non crescas
nem emelecas,
te corto a cola
e a cabeca."

Asin se bence el cobrero (2)
en l'hora del sol dentrar:
moje un ramo de romero,
en agua de manantial;
haga tres cruces seguidas
sobre granazón o heridas
y. . . ¡ya'stá!

Si al cabo del tercer día
non yegase a mejorar,
se cura con "sempatía"
escribiendo sobre el mal
y a l'inversa: "Ave María"
pos, si non cura, alivia,
y. . . ¡ya'stá!

Si el cobrero es de ciempiés,
araña o marandurá, (3)
si agarr'una lapicera
güelta de punta al revés;
con esa parte trasera
mojad'en leche d'higuera,
dispués,

---

(1) Con agua de la fuente, y rama del monte —para que no crezcas— ni envejezcas —te corto la cola— y la cabeza.

(2) Cobrero: Salpullido infeccioso, atribuído al contacto de un animal venenoso. Según la forma que toma se atribuye al animal que lo provocó: así, si es una araña, produce una silueta estrellada; si es una víbora, alargada; si un sapo, más o menos la de una cruz, etc. Creo que en el sur se le llama culebrilla.

(3) Marandurá: Larva de mariposas o gusanos de las plantas.

con fe y pasensia, se va
cerrando n'un redondel,
lo mesmo que n'n corral,
la traza qu'el animal
ha dejao sobre la piel,
y... ya'stá!

Caminito de Tierra Colorada

Caminitos de tierra colorada
no los hay donde quiera;
caminitos de tierra colorada
son propios de Rivera.

En las tibias mañanas luminosas,
refulgen con su brusco cuesta abajo,
hendiendo las cuchillas arenosas
como un sangriento tajo.

Y parece que baja a sus orillas
todo el oro del sol
convertido en las flores amarillas
de la vulgar y humilde "mariamol".

Como el tiempo se cambian sus matices:
de ocre viejo se impregnan, si garúa,
y la tarde de Junio, con sus grises,
su sepia melancólica acentúa.

Y los llenan de baches y de zanjas
el tráfico continuo de los días,
en invierno, camiones de naranjas,
y en verano, carretas de sandías.

En cada madrugada, es cosa cierta,
que el lechero a caballo o en el carro,
chiflando una "modinha", los despierta,
acompasada al chapaleo del carro.

En la modorra de la siesta ardiente,
cuando una serie de carretas pasa
lenta y pesada, se oye el estridente
grito del eje que reclama grasa.

Carreteros y bueyes, ya del viaje
de varias leguas, hartos y mohinos,
ante sus ojos, miran el paisaje
esfumarse de rojo, en los caminos.

Esos caminos rojos, de Rivera,
alfombrados de polvo de ladrillo,
y que la "mariamol" en Primavera
se complace en bordearlos de amarillo.

¡Caminitos, caminos de Rivera...!

La Sandía

En las siestas de Febrero
cosa es de todos los días
que se harten de sandías
los hijos del chacarero.

Protegiéndose del viento
y el sol contra la manguera
bajo de una vieja higuera
suelen formar campamento.

Mientras lo parte a su antojo
el mayor, cuchillo en mano,
va pasando a cada hermano
tajadas del fruto rojo.

Con cierta unción e impaciencia
todos miran el trabajo
y, después del primer tajo,
se admira la concurrencia,

pues es una tentación,
de tan roja la sandía...
"No es como la'el otro día
que tenía el medio pintón".

Entre llorosa y risueña,
Maruca la más chiquita,
de pronto protesta y grita,
"porque su parte es pequeña".

Y se arma gresca al momento
pues ya "se retoba" Antón:
"Ucha que sos isgorriento,
ti agarrast'el corazón".

Surge de una y otra boca:
—"Dame un pedazo pra mí".
—"A mí el corazón me toca..."
—"A mí porque lo elegí..."

—¡Sosieguensén, chamuchina,
quis'ta'sestiando su padre...!
clama la voz de la madre
desde allá de la cocina.

Muerden las sendas tajadas
entre protestas y risas;
chorrean sobre las camisas
las caras "enlambusadas"!

Para tomar el "caldito"
hartos ya, la pulpa exprimen,
y, al tal caldito, suprimen
entre sorbo y "gorgorito"!

"La China", en el delantal,
mientras limpia sus mejillas,
traga enteras, tres semillas,
para "que no li haga mal".

—Cada cual lleve su "casca"
a las aves o al lechón...
(y "el condenado de Antón"
se afloja el cinto de guasca).

En las siestas de Febrero,
cosa es de todos los días,
se hartan comiendo sandías
los hijos del chacarero.

Mae Bemvinda (1)

Mãe Bemvinda está siempre en movimiento:
desde que sale el sol, hasta su puesta,
y hasta en la bochornosa hora de la siesta,
no cesa ni un momento.

Y... la edad de esa negra es un misterio...:
Ella misma no sabe de su infancia;
diz, pero hay dudas, que nació en la estancia
de un "Seu Barón", en tiempo del Imperio.

Señor, cuya nobleza consistía,
como en la mayoría de sus iguales,
en explotar esclavos y animales
en sus leguas sin fin.... "de sismaría".

El fuerte traqueteo de sus 'tamancas" (2)
despierta muy temprano a los patrones,
a quienes lleva, tras los cimarrones,
el tibio "apoyo" en las jarritas blancas.

Bajo la sombra del ombú gigante,
mientras en el pilón pisa los granos, (3)
recuerda esos paisajes africanos
donde hay un boabab y un elefante.

Cuando la mazamorra zarandea,
los pollitos la acosan imprudentes,
y le corean sus gritos estridentes
las pintadas gallinas de Guinea.

---

(1) Mãe Pai: Madre, padre: antepónese familiarmente al nombre de los negros viejos. Así, en los cuentos populares, figuran mucho los personajes de Pai João y Mãe Dominga.

(2) Tamancas: zuecos.

(3) Pilón: mortero.

Saltando en el mortero, mete el pico
el gallo bataraz de plumas suaves,
y, ¡hasta el lechón guachito! entre las aves,
viene a hozarle los zuecos con su hocico.

Lleva siempre a manera de turbante,
un gran pañuelo de colores claros,
y en las orejas, dos enormes aros
de cobre, por el uso, centelleante.

En los días de jolgorio, se acicala
con ropa buena y joyas en exceso,
sin olvidar por eso,
de echarse un trago y de fumar en chala.

La solicitan siempre en los contornos
para que actúe de "Capelão del terco" (4)
pues, nadie como ella entona el verso
ni al "Divino" le presta sus adornos. (5)

Con la "Muringa" baja a la cachimba (6)
y al andar va moviendo las caderas,
añorando candombes, habaneras,
y sones de "aricungo" y de "marimba". (7)

Es perita en las artes de cocina,
siendo maestra en platos especiales,
ciñéndose prolijos delantales
cuando hay trajín de harina.

Sabe estallar "pipoca" almibarada (8)
y también hojaldrar ricos pasteles;

(4) Capelão do terco: Capellán del terco. El que dirige el terco. Rosario cantado a coro con tonada especial, y escrito en cuartetas adecuadas al tema religioso, en torno a la tumba del muerto a quien se dedica.

(5) Divino: Divino Espíritu Santo. Palomita de metal puesta al extremo de un bastón, adornado con cintas, alhajas, chirimbolos, etc. Figura en tercos, procesiones, rogativas, etc.

(6) Muringa: Botijo.

(7) Aricungo: Especie de arpa primitiva.

(8) Pipoca: Pororó.

en las tortas cosecha sus laureles
y se luce en la clásica "feijoada".

Es ducha en artes de curar mil males,
pues, no reviste el mal sus "benceduras",
si le fallan los yuyos en las curas
y los unüentos hechos con rituales.

También es catedrática en limpieza,
ya que en cada semana que se inicia,
equilibrando con sin par pericia
un atado de ropa en la cabeza,

va hacia el arroyo, tras un cuzco viejo,
que, por ser blanco, llámase Palomo,
y, por viejo y por blanco, tiene el lomo
de tan sucio, bermejo.

Mãe Bemvinda está siempre en movimiento!
¡Jamás tiene pereza!
Naciendo el sol empieza
y, hasta que hay sol, no cesa ni un momento!

Todo lo hace, lo ordena, lo acicala...
¡Toda fué así su vida;
pero, es negra perdida,
si no echa un trago y si no fuma en chala!

Piedra Mora

Mesmo como piedra-mora
rodando n'el cuest'abajo
a tumbos por la cañada,
y a gorpes, sab'hasta cuándo,

asín me trujo la vida,
me redondando los cantos;
y, ya'stoy, ¡cuasi redondo,
cuasi parao en el bajo!

Y, asín, como piedra-mora,
hei de quedar ne la varge, (1)
ne la bera del camino,
cravadito, com'un marco.

Com'esas piedras redondas
que las va cubriendo el pasto,
y sôlo sirven, as veces,
pra qui un "prestación" descanse, (2)

o pra que argún carretero
l'utilice como calzo,
o qui trompezando n'eya,
li largue argunos... ¡ca... rambas!

Por qu'inda dispués di muerto, (3)
hai de servir el cristiano,
pra qui ayá, di vez in cuando,
lo arricuerden en el pago

¡mesmo como piedra-mora!
com'asiento, como calzo,
y, ¡até pr'istorvo di argunos, (4)
di los que siguen.... rodando!

---

(1) Varge: Corrupción de Vargea; valle.

(2) Prestación: Mercachifle o vendedor ambulante, que coloca sus mercancías, sobre todo telas, a pagarse por cuotas. Así se dice: el prestación Marcos, el prestación Carlos, etc.

(3) Inda: Todavía, aún.

(4) Até: Hasta.

Juana de Ibarbourou (1899)

"Debió de partir a la escapada, pues alrededor de la gran entrada del Palacio Legislativo formaban filas compactas e imponentes todos los estudiantes de Montevideo; y, en el interior, los asistentes aguardaban, empecinados y delirantes, la posibilidad de verla de más cerca, de tocarla si era posible. Y salió —con su vestido de encaje albo y su casco dorado que recordaba a Minerva— llevando entre los brazos los restos de un inmenso mazo de violetas que le fueron saqueando a la salida, flanqueada por cuatro coraceros de la Guardia Republicana. Ya llegaba al auto, cuando uno de ellos, cohibido, le dijo: "Señora, ¿no querría repartir entre nosotros esas violetas que le quedan?" Y Juana, con una sonrisa que adivino, hizo cuatro ramilletes y los distribuyó entre aquellos soldados que la escoltaban. Y he aquí la anécdota conmovedora: muchos años después, un hombre vestido de civil llamaba a la puerta de su casa. "Dice que es uno de los coraceros que la acompañaron al salir del Palacio Legislativo, le anuncian a Juana. Iba a casarse, y quería que unas líneas de la poetisa dieran autenticidad al regalo de bodas que destinaba a su novia: ¡encerradas en un cofrecito de cristal, estaban las violetas secas de 1929!" Esta página pertenece a Dora Isella Russel que ha prologado las Obras Completas de la poetisa (Ed. Aguilar). Y a nosotros también, igual que a ella, nos emocionan —como cosa de sueño— estos coraceros mendigos de violetas. Según todo el mundo sabe, unos minutos previos a esta escena, en medio de inmensa multitud presidida por Zorrilla de San Martín y Alfonso Reyes, Juana Fernández Morales, Juana de Ibarbourou, había sido coronada "Juana de América".

Todo y todos colaboraron a la difusión de su nombre, el más difundido tal vez en la historia de nuestras letras. Mágico cuento vivido por una sencilla joven oriunda del Interior.

Se casó, adolescente, habitando en Rivera, Tacuarembó, Rocha y Canelones. Antes de los 20 años y de su celebridad se trasladó a Montevideo. "Habiendo pasado entonces por un período de estrechez económica, ayudaba a su hogar con labores manuales. Algunos de sus mejores poemas de "Las Lenguas de Diamante", fueron compuestos —en la humilde casa de la calle Asilo, que habitaba— mientras sus manos primorosas hacían flores artificiales, que había aprendido a confeccionar en el colegio..." —escribe Zum Felde.

No creemos que su primer libro muestre tanto —como dice Sarah Bollo— su admiración por el arte de Reissig; sino que es —tal cual lo afirma H. E. Pedemonte— *precursor de un lirismo naturalmente uruguayo.* Y esto es lo que no se puede vislumbrar en las otras dos poetisas anteriores y famosas: M. E. Vaz Ferreira y D. Agustini. No encontraremos en ellas ni este sabor: "desde el fondo del alma me sube — Un sabor de pitanga a los labios". Ni estos perfumes: "¡Qué nostalgia tan honda me oprime, Cuando siendo el olor a naranjas!" Ni aquella otra fragancia de manzanilla que, en torno de los ranchos, en los meses de sol, salta, por el camino, a su encuentro "como un perro festejador y amigo."

En segundo término podrá ser aventajada esta poesía en profundidad, en intensidad, en tragedia, pero no hay ninguna que le gane en gracia. "No podíamos creer en ese milagro de simplicidad, (...) parecíanos imposible esa franqueza limpia, ese ingenuo inventario de Narciso que fue admirando en las fuentes las sorpresas de su pubertad" — escribe Ventura García Calderón. Nada —o poquísimo— tenían que ver estos versos con el modernismo; y mucho menos con el ultraísmo que empezaba a desencadenarse entonces. Esta gracia "flexible como una enredadera" no era moderna; era pagana, antigua, desnuda, juvenil, directa; para decirlo todo y exagerando apenas: sáfica. (Pensando en la obra de Safo luego de los descubrimientos de Oxirinco).

No creemos mucho en lo de Carlos Reyles cuando en carta de 1923, la define: "sensibilidad primitiva, exquisita al mismo tiempo, dionisíaca y mística a la vez, simple y arcana por igual, recogida y saturnina a una, y por todo ello enigmática." Más exacto nos parece lo de Gabriela Mistral, en 1938: "Su misterio es el peor de todos, el de lo luminoso, y no el de lo sombrío."

Y este otro juicio de Parra del Riego: "La estética de Juana de Ibarbourou está toda en estas tres palabras: instinto, fatalidad y naturaleza." (...) "es el tercer caso de juventud genial que se ha dado en Montevideo." Graciosamente la ha visto como "una turbadora aparición silvestre de los maizales" y "que van a brotar hojas, hojas, hojas de todo su cuerpo".

Al llegar a 1930 con "La Rosa de los Vientos" la poetisa "complicó su espíritu con elaboraciones ingeniosas" (Lauxar) y fue perdiendo aquella su prodigiosa naturalidad. Hay, con todo, quien cree leer en este libro "la hora meridiana de su creación". Las obras que siguen luego —obras todas de soledad, triste espera y rumbo a tientas— muestran, de cuando en cuando, poemas exactos como joyas.

Diremos, finalmente, que es la más accesible de nuestras poetisas y es también —dentro de la subjetividad general de todas ellas— la de mayor latitud temática.

Obras: Las Lenguas de Diamante (1919); El Cántaro Fresco (1920); Raíz Salvaje (1922); La Rosa de los Vientos (1930); Los Loores de Nuestra Señora (1934); Estampas de la Biblia (1934); Perdida (1950); Obras Completas (1960).

Tríptico

II

El Agua Enamorada

Sauce, mírate en mí. Me pondré quieta
Para servir de espejo a tu ramaje.
Sauce, ¿no tienes sed? ¿Te gusta el traje
Que el sol me ha puesto? ¿Qué ansiedad secreta

Te hace inclinar los gajos pensativos?
¡Eres tan claro, sauce, y tan hermoso!
Susúrrame tu pena, Ve: yo vivo
Pendiente de tu angustia o de tu gozo.

Grano por grano roeré la tierra
Que tus raíces avarienta encierra
Impidiendo que te hundas en mis ondas.

Cuando te alces en medio de mi río,
¡Qué suprema embriaguez sentirte mío
Y circular bajo tus verdes frondas!

(Dualismo)

Olvido

Las retamas solares se agachan sobre el cerco
Y arrojan al camino sus pétalos desnudos.
Danzarán con los vientos las hojuelas de oro
Y ha de hallarlas cansadas el silencio del mundo.

Pero el torvo sendero que olvidaron los hombres
Y que no huellan cascos fuertes y resonantes
Sonará en la alta noche con sus jóvenes horas
Y creerá que resurge la alegría de antes.

Diciembre, centuplica la flor de las retamas
Y vence hacia esa tierra los gajos más dorados,
Los que tengan corolas más ligeras al viento
Y que al girar imiten pasos apresurados.

El oído doliente del camino está alerta
A los ruidos más leves, al rumor más oscuro.
¡Camino que ha vencido la carretera nueva
Y que como un mendigo se arrastra junto al muro!

(Dualismo)

Presentimiento

Se ha engalanado el invierno
Con una tarde dorada.
Agosto de brisa tibia.
Nochecita ya enlunada.

Florecieron los canteros
De los junquillos violentos;
El perfume da a la noche
Un aire de encantamiento.

Está mi calle tan sola
Que parece de romance.
Va a pasar algo esta noche.
Algo misterioso y grande.

¿Andará cerca la muerte
O ha de llegar el amor?
¡Nochecita enlucerada,
Protege a mi corazón!

(Dualismo)

Divino Amor

(Fragmento)

Qué gustosa esta paz para mi alma
Y el amén de Fray Luis entre mi casa.
El dislocado mundo se me encalma.
Pieza de cacería el lobo pasa
Y no acecha al querube que me ensalma
En celestial misión que me traspasa.
Y es un feliz amor de alegoría
El que me da la miel de cada día.

(Azor)

Reconquista

Todo llanto se vuelve transparencia.
Todo gemido se hace melodía.
Cuando, siendo ya noche o mediodía,
Tengo el lujo plural de tu presencia.

Es el dolor en mí como una herencia.
Tan dulce y melancólica la pía
Imagen de mi madre. La alegría
Es siempre una nostalgia y una ausencia

Para nosotros. Pero tú has llegado
Con tus flores de miel, con tu sagrado
ímpetu, y la ternura sin medida

Con que iluminas mis sapientes penas
Y vuelven a entibiárseme las venas
Con los más ricos zumos de la vida.

(Mensajes del Escriba)

Siempre

El tigre enamorado,
La mariposa, abierta cruz del viento,
El musgo, de las rocas abrazado,
La espuma, flor de agua en movimiento.

Cuanto vive y se muere en aire y tierra,
O en cielos de galaxias suspendidas,
Saben que en este ensueño se me encierra
El secreto plural de veinte vidas.

Te quise ayer, no sé si cuarzo o fruta;
Y anteayer, tal vez llama diminuta,
Y más allá, pequeña flor nevada.

Te quise, ser anónimo y sufriente,
Y ahora te quiero, piedra de rompiente
Que muerde a sombra y sol la marejada.

(Mensajes del Escriba)

Pax

Esta ardua criatura
Que ahora soy, ¡cómo fue flor y gacela,
Toda hecha de raso y mansedumbre
En la fuente y la lumbre
Donde el ojo de Dios está de vela!

Ahora la mano que sostiene el libro
De horas no provoca más el beso.
Dama Guiomar: tu sabes lo que es eso,
Y cuanto duele que se rompa el lirio.

Velada está la risa
Y el vestido cerrado en la garganta,
El pecho sin anhelos no levanta
El suspiro elevado de la llama.

Esta ardua criatura
Sapiente y tan desierta entre sus albas,
Anclada está en la dócil paz oscura
De su casa.

Ni alas ni bajel en el ensueño.
¡Qué tranquila piedad para las cosas,
Qué solemne quietud entre las rosas
Ya dedicadas sólo para el duelo.
Y qué apacible andar de terciopelo
Hacia la gran muralla misteriosa!

Esta ardua criatura
Ayer hecha de nardos turbulentos,
Mide hoy la voz, y son ángeles lentos
Los que la guían por la selva oscura.

(Perdida)

La Ultima Muerte

Se me acabó la muerte
Que cultivé hasta ahora
La muerte de romance o de leyenda,
Tránsito de cinema en alba y sombra.
Deslumbramiento de película.
Curiosidad gustosa.

Y aquella muerte de quince años
Protegida de túnicas de ángeles,
Con heliotropos ya fuera de moda
Y enamorados gritos sollozantes.

Y la otra más lejos
Viaje al mundo sonriente de la fábula
Rizos al viento, relicario de oro,
Un cisne y una barca.

Ahora tengo la muerte
Sin voz, sin ojos, sin color, ni cara,
La que no es precisamente, ni paisaje,
Ni terrena esperanza.

La muerte indefinible,
Sin infierno ni cielo.
La que lo toma todo y no da nada:
Muralla del misterio.

(Perdida)

Encuentro

Olor de manzanillas curativas.

Manzanillas doradas y nevadas
Que guardan las abuelas campesinas.

En el flanco dulzón de las cuchillas
Y en la húmeda axila de los bajos;
Junto al camino zigzagueador

Y en torno de los ranchos,
La manzanilla da su aroma áspera
En los meses de sol.

Yo la he sentido hoy en el camino
Que bordean podados tamarindos
Y me saltó al encuentro como un perro
Festejador y amigo.

Fragancia amarga y sana
Que araña un poco la garganta,
Pero que tiene una bondad
De agua.

He vuelto a hundir la cara entre las flores
De olor cordial y antiguo.
Rueda rueda de hojuelas cándidas
En torno del redondo corazón amarillo.

Y toda la mentira del mar se me ha hecho clara
De un golpe. Quiero al campo
Como todos los hombres de América lo quieren
No tenemos entrañas de marinos. Un ancho
Amor de labradores en la sangre nos viene.

La montaña y la pampa, la colina y la selva
La altiplanicie brava y los llanos verdeantes
Donde pasta la vaca y galopa el bisonte,
Están más cerca nuestro que el mar innumerable.

Al tornar a mi casa he sentido en el viento
El vaho de mis campos fuertes del Cerro Largo
Me mana una alegría honda de reconquista.
El ramo puro albea en mi mano.

(La Rosa de los Vientos)

Quietud

Calle sombreada de sauces
Y azul de jacarandá.
Todos los ruidos del mundo
En ella se dormirán.

Y el sueño será azul como
la flor del jacarandá.

Quien te diera alma cansada
Y herida por el temor.
Todo un día de silencio
En esta calleja en flor.

(La Rosa e los Vientos)

Los Pinos

Yo digo ¡pinos! y siento
Que se me aclara el alma.
Yo digo ¡pinos! y en mis oídos
Rumorea la selva.
Yo digo ¡pinos! y por mis labios pasa
La frescura de las fuentes salvajes.

¡Pinos, pinos, pinos! Y con los ojos cerrados,
Veo la hilacha verde de los ramajes profundos,
Que recortan el sol en obleas desiguales
Y lo arrojan, como puñados de lentejuelas.
A los caminos que bordean.

Yo digo ¡pinos! y me veo morena,
Quinceabrileña.
Bajo uno que era amplio como una casa,
Donde una tarde alguien puso en mi boca,

Como un fruto extraordinario,
El primer beso amoroso.

¡Y todo mi cuerpo anémico tiembla
Recordando su antiguo perfume a yerbabuena!

Y me duermo con los ojos llenos de lágrimas,
Así como los pinos se duermen con las ramas
llenas de rocío.

(Raíz Salvaje)

La sed

Tu beso fue en mis labios
De un dulzor refrescante.
Sensación de agua viva y moras negras
Me dio tu boca amante.

Cansada me acosté sobre los pastos
Con tu brazo tendido, por apoyo.
Y me cayó tu beso entre los labios,
Como un fruto maduro de la selva
O un lavado guijarro del arroyo.

Tengo sed otra vez, amado mío.
Dame tu beso fresco tal como una
piedrezuela del río!

(Raíz Salvaje)

El Sendero Nuevo

Este sendero verde tan poco hollado,
Este sendero verde ¡qué bien me hace!
Es un sendero niño, nuevo y risueño,
Sin la historia doliente de tantos rastros.

Me acuesto sobre el pasto que lo recubre,
Mis dos manos ardientes abro en su grama.
Este sendero verde, ¡cómo es de alegre!
¡Cómo se ve que ignora las caravanas!

Vengo de otro camino reseco y ocre,
Todo lleno de rastros, cribado en huellas,
Con aspecto triste de hombre piadoso
Que ha cansado sus ojos viendo miserias.

¡Las historias que saben sus piedrezuelas!
¡El llanto que ha sorbido su polvo ocre!
¡Miedo le da a las hierbas ese camino!
¡El pasto lo contempla desde los bordes!

¡Oh senderito niño, sendero verde,
Como una cinta clara sobre los campos!
Dios te conserve siempre tu grama tierna
¡Nunca te vuelvan ocre huellas ni rastros!

(Raíz Salvaje)

La Calle "Asilo"

Este barrio mío solitario y blando
De pasto y silencio...
Por sus cuatro lados se desliza el ruido.
Más no lo penetra.
Es como un viejecito sordo y melancólico.
Algo somnoliento.
Que con las manucas sobre las rodillas
Se ha quedado quieto
Mirando hacia arriba.
Y poquito a poco me ha ido contagiando
Su melancolía.

(Raíz Salvaje)

El Vendedor de Naranjas

Muchachuelo de brazos cetrinos
Que vas con tu cesta.
Rebosando naranjas pulidas
De un caliente color ambarino;

Muchachuelo que fuiste a las chacras
Y a los árboles amplios trepaste
Como yo me trepaba cuando era
Una libre chicuela salvaje;

Ven acá muchachuelo; yo ansío
Que me vuelques tu cesta en la falda.
Pide el precio más alto que quieras.
¡Ah, qué bueno el olor a naranjas!

A mi pueblo distante y tranquilo,
Naranjales tan prietos rodean,
Que en Agosto semeja de oro
Y en Diciembre de azahares blanquea.

Me crié respirando ese aroma
Y aún parece que corre en mi sangre,
Naranjitas pequeñas y verdes,
Siendo niña, enhebraba en collares.

Después, lejos llevóme la vida.
Me he tornado tristona y pausada.
¡Qué nostalgia tan honda me oprime
Cuando siento el olor a naranjas!

Si a otro pago muy lejos del tuyo
Indiecito, algún día te llevan,
Y no eres feliz, y suspiras
Por volver a tu vieja querencia

Y una tarde en un soplo de viento
El sabor a tus montes te asalta,
¡Ya sabrás, indiecito asombrado,
Lo que es la palabra "nostalgia"!

(Raíz Salvaje)

La Hora

Tómame ahora que aún es temprano
Y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aún es sombría
Esta taciturna cabellera mía.

Ahora, que tengo la carne olorosa,
Y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora, que calza mi planta ligera
La sandalia viva de la primavera.

Ahora, que en mis labios repica la risa
Como una campana sacudida a prisa.

Después... ¡ah, yo sé
Que nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo
Como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aún es temprano
Y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
Y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. Oh amante, ¿no ves
Que la enredadera crecerá ciprés?

(Las Lenguas de Diamante)

La Tarde

He bebido del chorro cándido de la fuente.
Traigo los labios frescos y la cara mojada.
Mi boca hoy tiene toda la estupenda dulzura
De una rosa jugosa, nueva y recién cortada.

El cielo ostenta una limpidez de diamante.
Estoy ebria de tarde, de viento y primavera.
¿No sientes en mis trenzas olor a trigo ondeante?
¿No me hallas hoy flexible como una enredadera?

Elástica de gozo cual un gamo he corrido
Por todos los ceñudos senderos de la sierra.
Y el galgo cazador que es mi guía, rendido,
Se ha acostado a mis pies, largo a largo, en la tierra.

¡Ah. qué inmensa fatiga me derriba a la grama
Y abate en tus rodillas mi cabeza morena,
Mientras que de una iglesia campesina y lejana
Nos llega un lento y grave llamado de novena!

(Raíz Salvaje)

Implacable

Y te di el olor
De todas mis dalias y nardos en flor.

Y te di el tesoro
De las hondas minas de mis sueños de oro.

Y te di la miel.
Del panal moreno que finge mi piel.

¡Y todo te di!
Y como una fuente generosa y viva para tu alma fuí.

Y tú, dios de piedra
Entre cuyas manos ni la yedra medra;

Y tú, dios de hierro
Ante cuyas plantas velé como un perro.

Desdeñaste el oro, la miel y el olor.
¡Y ahora retornas mendigo de amor!

A buscar las dalias, a implorar el oro,
A pedir de nuevo todo aquel tesoro!

Oye, pordiosero:
Ahora que tú quieres es que yo no quiero.

Si el rosal florece,
Es ya para otro que en capullos crece.

Vete, dios de piedra.
Sin fuentes, sin dalias, sin mieles, sin yedra.

Igual que una estatua,
A quien Dios bajara del plinto, por fatua.

¡Vete, dios de hierro,
Que junto a otras plantas se ha tendido el perro.

(Las Lenguas de Diamante)

Camino de la Cita

Es alegre el camino bajo las ramas
Flexibles y doradas de las retamas,
De tal modo floridas que es el sendero,
Para los verdes prados, un pebetero.

Las glotonas abejas viven de fiesta
Bajo la joya viva de la floresta.
Qué buen mago en el valle pulió el tesoro
De estas tan opulentas retamas de oro?

Traigo las trenzas llenas de las fragantes
Lluvias de las corolas. Cuando mi amante
Pose en ellas los labios, llevará en ellos
El perfume la retama, de mis cabellos,
Como un alma aromosa, radiante y loca,
Que el sabor de la cita pondrá en su boca.

(Las Lenguas de Diamante)

Carlos Rodríguez Pintos (1895)

Si vosotros —como nosotros— no habéis rozado nunca el mundo de los diplomas, lo que se llama "cortesía diplomática" os parecerá, sin duda alguna, ultra-diplomática.

Pero cuando esta cortesía es la de un hombre que ha vivido diez años en París —desde 1927 a 1937— integrando el grupo de poetas y artistas franceses, españoles y sudamericanos que con Supervielle, Alberti, Max Jacob, Lorca, Salinas, Falla, Altolaguirre, etc.... se reunían en torno a las figuras de Paul Valery y Unamuno; cuando este hombre se ha recibido de "Ancien Élève" en la escuela del Louvre (1935) y Diploma Superior de Arte, en la Sorbona (1936); y, sobre todo, cuando este hombre, que es un poeta —y gran poeta— os pide a vosotros una opinión sobre poesía, y os regala el libro que es todo su arte y su vida, "Camposecreto", (desde 1916 a 1959), y vosotros lo leéis o no, lo entendéis o no, y aquel hombre permanece inalterable, conversando aún con vosotros de poesía, es cuando caemos en la cuenta que lo que habíamos calificado como cortesía diplomática era nada menos que una emocionante, cristiana, cristianísima modestia.

Así es, efectivamente, Don Carlos. Con él charlamos entre clase y clase. Sabe tanto y tantas cosas de Europa, de lo mejor de Europa, que a menudo nos desvanece el miedo de nuestra ignorancia el ánimo para preguntar.

Es que no podemos concebirlo —digámoslo a secas— "uruguayo"; es decir, formado "a la buena de Dios" como uno cualquiera de nosotros. Por lo tanto, si ya por su formación, es Don Carlos difícil de asir; por su poesía, tenía que presentar aspectos a primera vista inaccesibles.

Felizmente no ha sido así. Hay surrealismo, hay gongorismo en esta poesía. Hay, a veces, una gracia "tan en el aire", digamos, que nosotros permanecemos en el ídem, pero por nuestra grandísima culpa, sin duda.

La manera como esta obra se nos reveló gran poesía fue leyendo "Oficio de Tinieblas" y "Canto de Amor". Estos poemas cumbres de Rodríguez Pintos nos abrieron las puertas de acceso para entender de qué manera había que acercarse a los otros. Hablando de los dos primeros, Juana de Ibarbourou, que los ha muy sutilmente explicado, encuentra que el poeta hace en ellos "poesía para el hombre sin tiempo, como lo hicieron los clásicos". Y en efecto, la fuente de emoción es aquí humanísima, original, originante; tanto que no hay ser que no pueda sentirlo: es el demonio y el ángel, la carne y lo celeste, el mundo y el yo; la historia —como en "La Ciudad de los Ahorcados"— de los "yo" sucesivos, a veces, simultáneos, que se suicidan o necesitamos ahorcar en nuestra vida. Y, sobre todo, la obsesión del niño que uno fue.

Pero, en cambio, la técnica es moderna. Y nosotros nos atrevemos a pensar que la poesía de Rodríguez Pintos es una excelente escuela para sentir todo aquello con un "nuevo estremecimiento", el de nuestra modernidad.

Ya utilice, por ejemplo, el contraste violento: "Y está la llamarada de la orina" (...) "y la laguna verde de los ojos". O esa misma violencia aplicada a objetos que nos han parecido siempre propios de serena contemplación: "el escándalo verde de los campos desnudos", seguido por este otro verso: "alza en la lejanía su grito azul, el mar". ("Mañana Sonora").

Al contraste, agrégase la simultaneidad brusca de visiones o sensaciones que solemos oponer polarmente. He aquí América, con: "su enorme olor mestizo de toro y madreselva"... Anteriormente, podían leerse estos más crudos versos: "cuando a la luz mulata se duermen machi-hembrados — flanco de puma en celo y buche de paloma". Entendemos perfectamente cuando nos dice que el cielo de América es "fiesta verde en la espuma"; pero, en cambio, cuando afirma que este mismo cielo es "relámpago en la rosa", ¿cómo tenemos que interpretar? Hay que pensar —creemos— en la perfección, en la belleza de la misma, sentida bajo ese firmamento, en un instante tan breve como el de un relámpago. El poeta antepone el efecto a la causa si,

como pensamos, es una visión natural, y no simbólica, la que él tiene de la espuma y la rosa.

En cuanto al uso de los símbolos, si el lector está más o menos habituado a la poesía contemporánea, no encontrará mayores dificultades. En caso contrario, debe dejarse llevar por lo que, naturalmente, le sugieren los objetos mentados, aunque no esté del todo seguro de la significación allí oculta. Lo que se busca transmitir es una sensación y no una idea. Juana de Ibarbourou ha explicado, entre otros, estos tres de "Canto de Amor": El poeta ha visto como "un trigo de cadáveres" sus ilusiones calcinadas; el ayer, como "un cisne de arena"; las perfecciones de su dama están representadas por la "docta oliva" (el árbol, por excelencia, mediterráneo, civilizado, ático) "y la avellana exacta" (como contorno pulido de una forma, brillante y modelada).

En "Tres sonetos a una lágrima" puede verse un joyante lujo y perfección gongorinos. Y es quizá aquí, en que el refinamiento está a punto de confinar en lo excesivo, cuando más conviene tener presente este juicio de Zum Felde: "esconde y hasta puede decirse que a veces escamotea, una honda humanidad debajo de su apariencia de deshumanización". Es que los más preciosos zumos de la cultura, su lucidez extrema, su fineza que, para nuestro gusto, se aniña algunas veces, no son aquí frenos, sino precipitantes a un torbellino de primitivo dramatismo que llega a crisparnos al mismo tiempo que nos deslumbra. "Mis lobos solitarios suben al aulladero" — Este verso suyo es también una muy suya larga verdad unánime.

Obras: "La casa junto al mar" (1916-1918); "El Sol, el Mar y Yo" (1920-1922); "Columbarium" (1930); "Dos Oraciones a la Virgen" (1931); "Dos Poemas" (1931); "Canciones del Niño de Cristal" (1931); "Suicidio" (1937); "Distancia y un Poema en el Océano" (1937); "Antología Poética" (1940); "Canto a la Gloria de América" (1942); "Doce Poemas" (1943); "Canto de Amor" (1946); "Memoria Funeral del Héroe" (1955); "Camposecreto", Vida Poética (1961).

La Fiesta de los Ojos

a Juana de Ibarbourou

Al abrir mi ventana,
se me ha entrado a los ojos, desnuda, la mañana...!

¡Santa y limpia alegría de mis ojos abiertos!

Verde diáfano y dulce de las aguas dormidas.
Plata azul de la espuma... Mallas de sol, tendidas
sobre el blancor dorado de los muelles desiertos...!

¡Alegría! ¡Alegría! de mis ojos abiertos...!

Como pájaros sueltos escapan mis miradas,
por sobre la maraña de las barcas ancladas

entre mástiles rojos y velámenes lacios

Junto a las grandes islas descubren impacientes
la rubia maravilla de las rocas ardientes
alzadas en las aguas como enormes topacios.

Corren luego en las libres y soleadas arenas,
resbalan en la felpa de las redes morenas,
escalan los pinares... y levantan el vuelo.

Y arrastrando enredadas sombras pardas de monte,
claridades marinas e hilachas de horizonte,
se hunden en el agua luminosa del cielo...!

Hoy, la mañana duerme, pesada y dulcemente,
como un fruto maduro, perfumado y caliente,
colgando frente al arco de luz de mi ventana.

Despliega el mar a gloria de sus pompas nativas,
Y agrandados de asombro, como dos bocas vivas,
mis dos ojos glotones devoran la mañana. . .

Sobre las tejas limpias grita un rojo violento.
Chorrea en los viñedos un morado opulento
y arden en los juncos tiernos un verde exasperado.

Vuelca el sol en la tierra su magnífico riego.
Y ante el milagro vivo de esta lluvia de fuego,
soy un recién nacido, curioso y deslumbrado.

Cerca de mí se encienden las cúpulas agudas.
Luego es la algarabía de las aguas desnudas,
entre el gris de los cerros y el ocre de los pinos

y mientras leves oros me acarician la frente,
castigan mis pupilas, un azul estridente
y un latigazo blanco de pájaros marinos.

Allá en el alto espacio, profundo y extasiado,
de la rosa carísima del cielo inmaculado
cuelgan las anchas nubes, como pétalos flojos.

Y aquí. . . bajo el amparo de mis manos nerviosas,
se ahogan mis retinas de amarillos, de rosas,
de blancos, de violetas, de verdes y de rojos. . .

¡Todo el color del mundo se ha volcado en mis ojos!
¡Oh, esta explosión de luces en las cumbres dormidas!
Me taladran las sienes agujas encendidas
que prenden a mis nervios hebras de sol y miel

y un divino alboroto. salvaje y jubiloso,
inflama el jugo arisco de mi sangre de mozo
bajo la seda elástica y ruda de mi piel.

Sobre el amplio paisaje, sobre el cielo distante,
sobre la Vida ardiente, desnuda y palpitante,
derramo mis miradas en fastuosos derroches.

Que Dios mismo me ha dado estas pupilas mías,
para morder la pulpa rosada de los días
y escarbar en el musgo profundo de las noches.

Frente al claro prodigio, yo me agrando. . . me estiro,
la carne toda ojos y miro. . . miro. . . miro. . .
con las raíces vivas y oscuras de mi ser.

Y bajo el hondo influjo de una emoción intensa
¡todo yo soy el ansia de una pupila inmensa
ávida del supremo regocijo de ver!

("El Sol, el Mar, y Yo)
1920 - 1922

Opera

El violín,
Luna muerta en el jardín.
El corazón y el jazmín.
Y el terciopelo sin fin
para el violín.

Mi suspiro:
— Te miro desde lo hondo.
Desde mi sangre te miro.
Ah, Tenor de mi suspiro!

Cantar de aire y de carne.
El aire se agarra al aire;
Y yo me agarro a mi carne,
con este dolor de ausencia
que se me sale de madre,
por la carne,
por el aire.

Violoncelo y violoncelo.
Pájaros a ras de tierra.
Lágrimas a ras de cielo.

Magnolia de mi pañuelo.
Secreto de mi consuelo.

Qué verdad tan verdadera
la tuya de tierra y cielo,
violoncelo!

Vidalón del Aire

Al aire, al aire, al aire!
Golondrinas al aire!

Blanca y negra la vela,
a la gloria del aire.
Negra y blanca la espuma
del aire, el aire, el aire.

Golondrinas al aire!

Ni amarilla la noche.
ni verde la mañana.
(Vidala y vidalita)
Color de vellorita
la estrella y la manzana.

Va la muerte perdida
por los muros del aire,
que se me fue la vida
al aire, al aire, al aire.

Mujer mía y del aire.
Hijo mío y del aire.
Vidala, Vidalita
y Viladón del aire.

Al aire, al aire, al aire!
Golondrinas al aire!

Espuma

Ligerito me voy,
que espuma soy...
y tan sólo en un beso
toda me doy.

Canción del Acá y del Allá

Acasito hace calor
Ay Amor!
Allasito frío.
Nieve en tu corazón
Ay Amor
Fuego en el mío.

Acasito duerme Dios
Ay Amor!
Allasito el Diablo.
Blanco mi corazón
Ay Amor!
Rojo tu labio.

Canción del Sueño Imposible

Ni para él.
Ni para ella.
La nieve azul de la centella.

Ni para ti.
Ni para mí.
La noche ardiente del rubí.

Que él y que ella.
Que ella y que él.
Estrella
y laurel.

Ebria, la danza
de Amor, murió.

En la esperanza
¿quién se durmió?
Ni tú.
Ni yo.

Canción Bajo la Lámpara

Como arde en silencio,
clara presencia honda,
la almendra dulce y pura
de tu cara en la sombra!

Mujer pequeña y suave,
caminito y alondra;
tu cabello, mis manos,
mi ternura, tu boca...
... qué hervor loco de peces
bajo la luz redonda!

Canción Ronca con una Locomotora Dentro

(Para Max Jacob y la Muerte)
(quello que yo me sé,
tú no lo sabes)
(Aquello que tú te sabes,
yo no lo sé.)

Ay, Max, te me moriste!
Y no me lo dijiste!

Yo estaba en el infierno
cuando te fuiste,
Y andaba triste, triste...
Todo vino a deshora.

¿Y qué hago, Max, ahora
con tu locomotora?

Una sombrilla abierta,
y acostada en su centro,
una ballena muerta
y un hombrecito dentro.

La luna del estiércol
naufraga junto al puerto.
Jonás y Job se abrazan
en el desierto.

Oh, qué pena, qué pena!
Jonás quiere el estiércol,
Job la ballena.

Ay Job!
Ay Job!
Ay Job!
Ay, que ésa es la ballena
de Max Jacob!

De tu nardo y tu sangre,
guardo tu nardo.
Y tu locomotora,
¿dónde la guardo?

Vino lenta la Muerte.
De lejos vino.
Llenó de olvidos blancos
el mal camino.
(Tú estás jugando al Angel
con tu asesino)

Todo a deshora...
¿Y qué hago, Max, ahora
con tu locomotora?

Oficio de Tinieblas

(a Patrice de la Tour Du Pin)

Subiendo el río inmóvil de mi profunda sangre detenida,
un toro, enorme y triste, de belfo azul y testa anochecida,
rompe el tiempo de mis venas, enderezando a muerte el
[pensamiento.

El alma en duermevela clava en los duros cielos su amapola
y en tanto un mar sin peces trasiega madreperla y caracola,
entrega el sueño oscuro sus lentos bueyes de ceniza al viento

¿Por qué anchura de olvidos avanza esta presencia desvelada,
labrando a hierro y sombras en la terrible púrpura cansada?
¿Qué busca entre mis sangres este tremendo toro sin memoria?
Oficio de Tinieblas, Salmo de Penitencia y Penitente.
Un alba de esperanzas bebe su leche fúnebre en mi frente
y en enlutados vinos naufraga al sol su pálida victoria.

De sus veneros altos hasta tus tiernas sangraduras lentas
hambrean por mis huesos enloquecidas hambres macilentas,
urgiendo en rudas mieses los delicados monstruos de la
[ausencia.

Sube un regusto a cielos, y junto a verdes miedos ancestrales,
Tropezando en un aire de profundos fantasmas minerales,
entre fastuosos riesgos mueve su suave andar la Inteligencia.

¿Qué adultas geografías quiebran en mí su curva
[ensombrecida?
En la penumbra virgen el corazón es tierra desasida.
Dura tierra mostrenca llorando al sol perdidos majadales.
Tierra de señorío, con fatigas de muerte reclamando
su arada y su arbolada, y en flor de ciclamor su sed gritando,
mientras la turbia boca bebe el agraz de antiguos manantiales.

Galopa el toro inmenso por aire negro y sobre trébol rojo,
tendidos los ijares y ajustados a flor lágrima y ojo,
buscando por mis venas un dulce arrimo a oscuras suavidades.
Hunde la bestia triste la pezuña sin luz y el cuerno ardiente
en la hierba becerra y en el trigo candeal resplandeciente...
y en mi mar sin fronteras despierta un ultramar de
[eternidades.

Ya en el vano del alma, por aguas de menguante remozada,
su clara criatura lleva la sien a sombra apaciguada,
lavando la memoria sus corporales tiernos en la bruma.
Una rosa y un viento, rosa de rejalgar, viento marero,
custodian bajo espadas el corazón nocturno y prisionero,
y en urgencias mortales ensaya el pecho músculo de espuma.

Me habita un alto tiempo, donde el morir, que en blanco
[ardor delira,
pone el gozo en las menguas y a enflaquecida voluntad
[suspira.

Umbral de humilladero. Salmo de Penitente y Penitencia...
Por sales y aguazales corrió el anhelo en ruta marinera
y en marineros fuegos anocheció la solitaria hoguera;
Que toda sangre triste hubo del mar su ciencia y su paciencia

Nocturna noche mía, desde tu carne de coral vencido,
tus yentes y vinientes miran pasar mi toro embravecido,
entre azúcares sordos clavada en cruz la cornamenta impura.
Miren también mi pecho, miren mi dura frente cavilosa,
miren aquella espera, y aquel perfil, y aquella nieve ansiosa,
y esta paloma ardiente, y este cuchillo muerto en mi cintura...

¿Desde qué ausencia antigua, desde qué antiguo azul, desde
[qué palma,
baja este aroma en llamas, entrada en gozo de absoluto
[el alma
y ardida la mejilla sobre un puro deleite sin reproche?
Ya las sienes levantan, en territorio abierto, su secreto.
Ya despierta el silencio, bajo un exacto mármol, su alfabeto.
y el recuerdo sepulta su enjoyado cadáver en la noche.

Docto en claros terrones, y en su azafrán dramático dormido,
sobre olvidadas aguas corre finas persianas el olvido.
Trascienden las cautelas a corazón flamante de manzana.
En desnudez de anhelo se parte el cuerpo a pura lejanía...

Y abriendo a prados blancos, entre inocentes ébanos, el día,
vuelca la noche inmensa sus venados de luz en la mañana.

"Columbarium"

Cuerpo
Alma
Cenizas

Para Don Manuel de Falla
Columbarium du Pérez Lachaise-París, 1930

"Mirabile visu
Mirabile dictu."

I

Cuerpo

¡A la llama! ¡A la llama!
Cuerpo a golpes de sombra.
¡Al gozo de la llama,
perfil, fecha, palabra,
y cifra y hueso y lágrima!
Distancias inmantadas.
Lejanías vencidas,
fijando en permanencias
tu quietud fugitiva.
¡Qué fina incandescencia!
¿Qué alta espada flamígera
rompe en claros futuros
tus porcelanas ígneas?
Caricia pavorosa.
Pavorosa ternura.
Dulce fuga de ángulos.
Fuga dulce de curvas.
Manos rojas desatan
tu simetría oscura.
¡Hacia luces magnéticas!
¡Hacia polos ardientes!
¡El aire! ¡El aire a gritos!
¿Qué química celeste?

. . . Resinas milagrosas
en tu sangre amanecen.

II

Alma

Complicidad del ala,
del trino y de la rosa.
Vertical a la estrella
lo ascendente, la alondra.
¡Cómo sube en la tarde
tu pura nieve, alma!
¿Qué desamor te aleja?
¿Qué nuevo amor te alza?
Alma-Pez, alma-pájaro,
futura ya y exacta,
que un agua de luz vuelas
y olas de espacios nadas.
Pupilas grandes, grandes . . .
Grandes ojos espléndidos,
ahogando en transparencias
los balcones del cielo.
Comarcas de esmeraldas.
Diáfanos prados vivos.
Altos hielos azules.
Dulces fríos clarísimos . . .
Sobre un puro horizonte
de nubes al acecho,
decapita su dulce
paloma verde, el viento.
. . . Acodados al aire
diez ángeles perfectos.

III

Cenizas

¡Qué quieto el pensamiento!
¡Qué escondido el vocablo!
¡Qué vacación romántica
de la frente y del labio!

Ardiente rosa triste.
Rosa de olvido y luna.
¡Con qué eficacia muere
—lenta victoria obscura—
en un aire de ausencias
tu presencia absoluta!
¿Para qué la esperanza?
¿Y para qué el recuerdo?
¿Hacia dónde la joven
ternura sin consuelo?

Entre el ayer sin Angel
y el mañana sin Tierra,
dormida está la forma
en la Forma perfecta...

... Bajo un hoy sin presagios
las cenizas esperan.

Canción Ronca del Amor Perdido

(Quejas del Suspiroso)

¡Qué bien, qué bien que me muera,
si muero lejos de tí!

Sobre una tierra cualquiera,
¡qué bien, qué bien que me muera!
¡Ay de mí!

Caviloso y suspiroso,
Jardín del Amor Hermoso,
de tu lado me apartí.
Caviloso y suspiroso.
¡Ay de mí!

Llorando voy de los ojos,
que olvidé tus labios rojos.
(si muero lejos de ti)

Detrás de una vidalita,
una lágrima escondí.

Una lágrima chiquita,
detrás de una vidalita.
¡Ay de mí!

En mi pecho enamorado,
mi corazón colorado
perdió la color rubí.

Mi corazón colorado,
que de un susto lo ha matado
la sombra de un colibrí.

¡Qué bien, qué bien que me muera,
si muero lejos de ti!

(Camposecreto)

Tres Sonetos a una Lágrima

Une manière d'Ange était assis sur le bord d'une fontaine. Il s'y mirait et se voyait Homme, et en larmes, et il s'étonnait á l'extrème de s'apparaître dans l'onde nue, cette proie d'une tristesse infinie.

Paul Valéry "L'Ange".

Mais la perle au fond des mers nait toute seule de la chair vivante; pure et ronde, elle se dégage inmortelle de cet être éphémère qui l'a enfantée. Elle est l'image de cette lésion que cause en nous le désir de la perfection, et qui, entement, abboutitt à ce globule inestimable.

Paul Claudel "La Perle"

PRIMER SONETO A UNA LAGRIMA

Desde la flor del hueso, silenciosa,
abierta a luz en la mejilla mía,
alza la forma en soledad gozosa
¡oh lágrima! tu ardiente geometría.

Mi lastimada sangre en ti reposa
el mal nocturno de su llama fría.
Clausura en ti su curva voluptuosa
¡Oh lágrima! el ciego mediodía.

La turbia espuma de mi tiempo inerte
corre en tu seno a su irisada muerte
bajo el hervor de tu sutil diamante

y en el azogue de tu fuego oscuro,
consumo el nácar de mi yo más puro
en vertical eternidad triunfante.

SEGUNDO SONETO A UNA LAGRIMA

Cisnes del aire, puros, encendidos
en alto ardor de nieve enamorada;
cisnes del aire, por el aire heridos,
dejad crecer mi lágrima callada.

Que ya de sombra y soledad perdidos,
maduro el trigo y la canción menguada
mis ojos tristes, por mi mal vencidos,
lloran mi mal en pena sosegada.

Y tú, mi llaga, y de mi sangre aroma,
cristal furtivo y lengua de paloma,
guarda en tu brasa mi secreto ardiendo

Y dile al aire que tu luz derrama
cuán desdichada muerte me reclama
y de qué mal tan duro estoy muriendo.

TERCER SONETO A UNA LAGRIMA

Vivo y secreto, lacerante anhelo
de un ópalo sin fin, incorruptible,
más que la noche, virgen, más que el cielo,
nacido en triste carne aborrecible.

Huésped sombrío, mi voraz desvelo
labra en tu entraña, lágrima impasible,
la criatura musical del vuelo
muerta de frío en tu raíz terrible.

La llama lacia de tu helada hoguera
trasciende, en sangre y frente prisionera,
la tentación arisca del gemido

y ya sellado el pacto transparente,
en el espejo de su intacto oriento
retorna el alma a su nivel perdido.

Montevideo, 1935

Canto de Amor

Carlos Rodríguez Pintos levanta las veinte Octavas Reales de este Canto de Amor en homenaje a la criatura más clara y de más altas transparencias que le ha sido dado hallar sobre la tierra.
en Montevideo, 1944

A SIMONE MI MUJER, MI DULCE LUNA DE FRANCIA.
"Ni tengo ya otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio."
Juan de la Cruz

Por escuchar mi levantado canto
abre su noche azul mi sangre antigua.
Ya el niño aquel que fuí, su oscuro llanto
en silenciosas fuentes apacigua.
Consume en sed futura su quebranto
el que ha de alzar un día sombra exigua.
Despierto, el Tiempo hiere mi costado
por escuchar mi canto levantado.

Sobre un cristal de fatigada bruma
ensaya el sueño su presencia leve.
Un trigo de cadáveres rezuma
del encendido pecho al labio breve.

Bajo inocente rosicler de espuma
procura el alma rescatar su nieve;
En el alto ejercicio sorprendida,
la Vida intenta desandar la Vida.

A recibir su delicada muerte
—de ausencia y sombra rota la aventura—
cisne de arena, su dolida muerte
baja el Ayer, sobre mi sien oscura.
El hierro inútil y el lamento inerte,
quiebro en mi mano vana empuñadura,
y hacia la Dama sin rival, levanto
deshecha en luz, mi voluntad de canto.

Suave Señora, suave y placentera:
Bajo el cendal de tu mirada grave
(sobre una mar sin puerto y sin ribera)
heridas ambas y en la misma nave,
mi espera en tu esperanza desespera.
Suave Señora, placentera y suave.
Un solo flanco y una herida sola
bese, al romper, el labio de la ola.

Esta, mi voz secreta, soterrada
bajo sigilo de apacible techo
y aquélla, mi voz alta y sin morada,
de adormecidas huellas al acecho,
parten la luz desnuda de su espada
en la doble paloma de tu pecho.
Al socaire se esconde de tus venas
un delicioso miedo de azucenas.

Esta y aquélla, mis viajeras puras,
de cielo abajo y con mi sangre a cuestas,
cruzando vienen montes y llanuras
hasta el regazo de tus claras fiestas.
Rehusa el Tiempo libres ataduras
y augures hieren águilas funestas.
Quieta, la frente su desvelo vierte
en la blanca paciencia de la Muerte.

¿Con qué lejana espera ya borrada
marineril premura misteriosa
labra sobre tu sien transfigurada
la Rosa Azul y el duelo de la Rosa?
¿En qué silencios arde alucinada
de tu mirar la madurez graciosa?
¿Quién ronda, Amiga, tu ceñida sombra
con tu voz de ausencia que tu ausencia nombra?

Menguado bien el que mi mal devora,
por malandanzas del Amor, vencido.
Entre mi ocaso y tu tremenda aurora,
ya en niebla cendalí anochecido,
derrama aún su hora y su deshora
un vino gris en mi reloj de olvido.
Por alcanzar tu sed, mi labio insiste
junto a tu sangre y con mi sangre triste.

¡No haya cuartel a la furtiva holganza
ni blando arrimo al defendido cardo!
Castiga el Tiempo inmóvil la esperanza
con voz de lobo y diente de leopardo.
Contra el deseo, de gallarda lanza,
rompe la frente su escondido nardo.
¡Abra el combate, empavesada nave,
tu corazón, oh suave, suave, suave...!

En verde mocedad duerme el verano
y tiende Otoño al sol su ricahombría;
Con fábula de nube y de manzano
acuna Abril dorada artesanía.
Véngame el sueño, Amiga, por tu mano
y apague al fin esta codicia mía.
Mas antes pueda del callado lecho,
su vendimia de Amor decir el pecho.

Amor, Amor, Amor, tu antigua llama
socava en ruda entraña su aposento;
Sobre incendiada tierra, tu oriflama
danza al capricho y a la ley del viento.

Amor, Amor, Amor, tu voz reclama
a regalado ardor duro sustento.
¡Renazca en ti mi pecho lastimero,
que ya abrasado en tu delicia, muero!

Tierras de pan llevar sueña mi sueño.
(Se goce, Amor, en ellas tu mirada).
Un agua nueva, sin nivel ni dueño,
por veredas de sangre resbalada
levanta a flor el consumido leño,
a sol la alondra y a puñal la azada.
(Olvide el sueño; Flaco el vellocino,
ácimo el pan y sin estrella el vino.)

—Amiga, Amiga clara, clara Amiga:
Todo me trae a ti y de ti me aleja.
Duéleme en ti la gracia de la espiga
y en ti me es suave el dardo de la abeja.
Tu límpido vivir mi sed castiga
y en cautivo cantar sube mi queja;
De Vida a Muerte, la incurable herida
lleva por ti mi mal de Muerte a Vida.

Tu tierna fortaleza el cielo asalta
y en blanca reciedumbre, el mar distante
dobla de sombra a sol tu frente alta
y unge tu boca en sal purificante.
Un pasmo, ya en sazón, la noche exalta
y amaneciendo a lámpara el instante,
muere a tus plantas, en tu amor quemado,
el gran lebrel del aire, arrodillado.

Goza el paisaje en ti su adolescencia
y alza en tu gracia insospechado mundo,
cumplido en la finura y la excelencia,
ancho en el don y en la merced fecundo.
Un lastimado andar bajo tu ausencia,
hinca en mi vena su laurel profundo.
Alta de soledad, tu voz derrama
vulnerarias virtudes en mi llama.

Dicen al aire tu feliz contorno
la docta oliva y la avellana exacta.
Umbral ardiente y macerado adorno,
tu cuerpo puro su lección redacta.
Mareas sordas, en feliz retorno,
calladas suben de mi infancia intacta.
Desnudo, un gozo sin rubor, desliza
su delfín de coral en mi ceniza.

La fiera voluntad guarda la puerta
y andando en apetito de tormento,
en la terraza del insomnio, abierta,
enciende el eco su fanal sangriento.
Substancia temporal la sien despierta
yendo a mucha dulzura el pensamiento.
Malsufre el alma su ajustada lumbre,
y aspira el pecho a la amorosa cumbre.

Por este aliento mío, desvaído,
que quiebra en ti su vocación nocturna.
Por esta voz que, muerto ya el gemido,
muéveme a riesgo el alma taciturna.
Por aquel llanto de juncal dormido
que al alba hería en su celeste urna,
venga a sosiego la madura frente
y abra en elogio el labio reverente.

Por esta limpia seriedad dichosa
que el filo de mi lágrima sustenta.
Por tu perfecta plenitud sabrosa
junto a mi dura desnudez sedienta;
Por este ardor que en tu unidad reposa
y en aire, piedra y sangre transparenta;
¡calle la lengua si decir no sabe
el canto inmenso que tu gracia alabe!

Así el Amor de dulce flanco herido.
Así el oscuro amante desvelado.
Murió el morir de andar desvanecido
entre olvidadas muertes, olvidado.
Amor en tierno amante convertido
por sino adverso y favorable Hado.

Así cantó la llama devorante.
Así el Amor y así el oscuro amante.

Manuel de Castro (1897)

Los poetas siempre tendrán poca suerte en una física del riego. Y no porque en ella se comporten inveteradamente mal sino por la lengua de los otros poetas. Así ocurrió con Manuel de Castro, ex-lidiador. La visión hermana no ha querido verlo, a lo Manolete, firme frente al toro y provocándolo, sino delante de él y corriendo hasta treparse a un poste. Agregaban que en dicha emergencia Manuel de Castro había explicado el fracaso de su faena por la pesadez de su propio kilaje; la que fue desmentida cuando subió como luz hasta el techo. Parece que la bestia lo rondaba abajo, pateando, en una evidente preocupación de hacer pozos; y que desde su cenit la miraba Manolo.

Dejando aparte estas nada más que jocosas envidias, cabe adelantar que son otras las lidias en que hoy triunfa de Castro: son las del vino; con preferencia, nos parece, en el tinto. Le veremos permanentemente brindar con sus amigos en su última "Metafísica del Vino"; y cuando éstos no están, no halla ningún inconveniente en brindar por sí mismo: "Brindo por Manuel de Castro —y su amistad con el vino—; no ha de quedar ningún rastro — de la botella que empino — Brindo por Manuel de Castro."

Nacido en Rosario de Santa Fe, su existencia tiene mucho de novelesca, y ha pasado de algún modo al relato en "El Padre Samuel", su mejor novela, y en "Oficio de Vivir". Respondiendo a una encuesta literaria realizada por el periódico "Marcha", recuerda el autor sus reuniones en el café "Tupí Nambá" con Alberto Zum Felde y Eduardo Dieste que influyeron poderosamente en su formación. Anteriormente, había trabado amistad en el "Café Británico" con Ernesto Herrera. El famoso "Herrerita" le prodigó un doble estímulo: el de los versos y el de la bohemia, aunque para esta última no necesitaba ningún acicate quien

había tenido, sin opción alguna, que nacer en ella. De Castro se trasladó a Montevideo en 1908.

Desde 1919 se ha convertido en uno de los animadores más activos de nuestras letras. Que los tiempos sean malos o buenos, que la crítica sea favorable o no, que el libro dé perdida o consiga pagarse, siempre cabe esperar la entrada en liza de de Castro, ya en el breve o extenso relato, en cantos para niños, en estudios históricos, en recuerdos literarios o en poemas épicos y líricos. Obvio resulta agregar que le ha contado entre los suyos cuanta revista literaria ha aparecido; como asimismo las páginas de Letras de diarios y periódicos. Estas presentaciones tan frecuentes, a causa misma de su asiduidad corren el riesgo de no ser atendidas cada una en su justo valor, por el público.

Sin embargo, las cuatro ediciones de "Hernandarias" han mostrado al "respetable" en una judicatura salomónica. Emilio Frugoni afirma que en este poema el sentido civil y el histórico del asunto han sido armonizados con milagroso acierto, y agrega: "Sólo las diez estrofas de la "Apoteosis Ganadera" bastan y sobran para colocar ese poema en una jerarquía artística de excepción."

No acusa el mismo éxito definitivo su poesía lírica. Hay en Manuel de Castro sinceridad pero, al mismo tiempo, un si no es de retórica. Posee sentido musical, al que se agrega el que resulta de un facilitado oficio. En casi todos sus poemas podemos sentir su emoción, aunque ésta no es todo lo singular o profunda que desearíamos, sino de temperamento, y reiterativa un tanto. Demuestra un extenso dominio del idioma pero utiliza vocablos —incluso en los finales de verso o prosa— a los cuales, por su rareza, no estamos acostumbrados a sentir con periferia musical o poética. Parecen sacados del diccionario, y no ser de aquéllos que el lenguaje de todos calienta. Su sentimiento de melancolía por la vida perdida nos domina (véase "Novela"), y si bien el tono, las imágenes, la melodía, no escapan a más o menos precisos antecedentes, el poema permanece incólume en este verso esencial: "si una voz me llamase, volvería".

Estaríamos posiblemente más de medio siglo pasados de moda si frente a la obra lírica de de Castro gargarizáramos una perentoria necesidad de rigor. Mucha proclama del mismo se hizo sin duda entre nosotros, sin que jamás pudiese evitarse —aun entre sus propios cultores— una escrupulosa producción de poesía innecesaria. Nosotros no somos quienes para imputar ese cargo a de Castro, que ha trabajado tanto.

Creemos que —al margen de los perfectos— él ha preferido la vida como es, la amistad; con un poco de locura, y algo más de vino en ella. Así, sencillamente, si no siempre en artista, en artesano, del mismo modo que por las tardes, se entrega a sus trabajos de encuadernación en cuero.

Por eso, cuando algunos de sus íntimos, como por ejemplo Artigas Milans Martínez escribe que "Meridión" ubica a su autor "entre los mejores poetas del habla española", (Alfar Nº 87), de Castro, no lo dudéis, ve perfectamente claro al nubífero amigo y brinda una vez más, aunque sea solo, para que no se extinga la fraternidad sobre la tierra.

O b r a s : Estancias Espirituales (1919); Lámpara (1938); Meridión (1946); Retorno (1951); Hernandarias (1946); Antología (1953); Pastoral Melancólica (1954); Festival y Transfiguración de Helena (1957); Laurel Sangriento (1961); El Nuevo Encantador (1961); Metafísica del Vino (1963).

Novela

Temprana mi orfandad!... Cuánta ternura,
guardé medroso en contenido cauce,
por donde vuelca signos de amargura,
el pendón melancólico del sauce.

Tuve a la vida por madrastra y era
niñez y adolescencia desvalida;
corazón sin refugio en primavera,
y alma creciendo suave y aterida

¿Donde está mi mañana distraída,
el rostro virgen modelado a besos?
Cercana juventud enardecida
y oblicuo sol dorando mis regresos.

¡Ay del Amor, cuya fragancia llevo,
de la boca frutal, recién mordida!
Abismática miel, mi sed abrevo
en hondo beso y lengua compartida.

Conservo del amor enamorado
secreta pena y tono de elegía;
detrás de la persiana, respaldado,
si una voz me llamase, volvería.

(Su nombre guardo por recato. Quiero
como una disciplina a miel y a llanto,
que discurra su nombre en mi venero
nunca sabiendo que la quise tanto).

Gusté del vino bajo verde parra,
y cada bodegón fue mi querencia;
levanto aún la rebosante jarra,
orgulo de mi antigua vinolencia.

Sin monedas ni alforja, fui viajero,
hacia la mar se abrieron mis esclusas:

a flor de labio canto marinero,
y un cortejo flotante de medusas.

Me abrí la capa en redondel de oro,
en seda y alamar, toros toreando;
de repetida muerte mi decoro,
limpio de bestia y polvo fui quedando!

Fieles amigos me rodearon. Tuve,
percusión de campana en cada amigo:
si alguna noche descarriado anduve,
culpo a la luna que se fue conmigo!

Triste y alegre y bonachón. Y sabio
a mi manera de entender las cosas;
proclamé una sonrisa en cada labio,
venciendo espinas me colmé de rosas.

Cuantas veces me vi, alicaído,
ensangrentado y roto, sin crucero;
como un espantapájaro vestido
supe ocultar la luna en mi sombrero.

Sobre el oficio de vivir, mantuve
decoración de sueños y romance;
un reversible mundo que retuve,
en la palabra de inefable alcance.

Mas no reniego de avatares, sino
—en la raíz del sueño apuntalado—
evanescente sueño mi destino:
llevo llaga celeste en un costado.

Hice del Arte mi pasión primera,
brida imponiendo a tumultuoso verbo;
decantada prosodia, y verdadera,
si a postrera sentencia me reservo.

Y cuando ardieron los fragantes leños,
y áurea ceniza sucedió a la llama,
yo levanté mi fábrica de sueños,
y fue la nube mi última proclama.

Apoteosis Ganadera

Sobre un gregario trote de potrancas,
rasgó el primer relincho la llanura;
relámpago de potros que inaugura,
el púber terciopelo de las ancas.

De berrendo testuz el cuerno de oro,
remarca el horizonte y prepondera,
mugiendo sus nostalgias de pradera
en su quietud monumental, el toro.

Por verde campo y desgreñada sierra,
en rítmico galope y ademanes
va la tropilla de los alazanes,
como cárdena nube a ras de tierra.

Errabunda manada sin señuelos,
azorado el tropel se detenía,
y el eco de los cascos devolvía
al dulce predominio de los cielos.

Enarcando su cuello, vigilante,
el esquivo ñandú campos decora;
terrestre periscopio que avizora,
la confusa tropilla trashumante

Rozaduras de potros. ¡Llamamientos!
Bajo rudas cabezas enarcadas,
se afinaron las yeguas coloradas,
en eléctrico pasmo, sin lamentos.

Flameando la bandera de sus crines,
decoro de chircales y barrancos,
una teoría de caballos blancos,
aguzaba en el aire sus clarines.

(Rizado espejo de los manantiales,
concavidad celeste y lejanía
al grávido sopor del mediodía,
otro cielo bebieron los baguales)

Húmedo el belfo de lustral pelaje,
las vacadas lamiendo recentales,
al paso tarde de los sementales,
el ámbito estremecen de linaje.

Virgen gramilla que el tropel rasura,
y dormido silencio despertando,
al golpe de los cascos redoblando,
como bronco atabal en la llanura.

Labor

Yo he devastado mis campos

¡oh muerte! sabiendo de antemano
cuál es la obra que más te place.

Cuando vengas,
no encontrarás montañas
que derribar, ni zarza fiera
en mis caminos
ni sierpe escondida entre las breñas.
Porque todo lo habré allanado
y sólo me bastará esperarte.

(Lámpara)

Humberto Zarrilli (1898-1964)

"¡Se nos fue Humberto!", nosotros tenemos también que lamentarlo así, aunque lo conocíamos sólo —y de pasada, dos o tres veces— en los últimos años de su vida. En aquel cálido ambiente de Aude (Asociación Uruguaya de Escritores) constituyó él, junto con Ortiz y Casal, el trípode de base: sobre él sustentóse casi todo el lirismo del grupo. Estaban tan hermanados los tres que hasta podemos —nos parece —intercambiar ciertos versos que han escrito sin menoscabar la una y trina identidad.

Ahora que han pasado los años, comprendemos la necesidad que había en el trípode y en el grupo de mantenerse estrechamente unidos, y como en nube ocultos, ante los dardos que llovían de afuera. He aquí uno de ellos que, sin ser el más hiriente, da el clima crítico de la época: Zarrilli ha publicado "Pasión de la Imagen". En uno de sus poemas pueden leerse estos versos:

"Siempre en ajenos te amarás tú mismo
que amas, ineludible narcisismo,
sólo lo que fielmente te refleja."

Nosotros, hoy, no encontramos nada malo en estos versos. Nos parecen eufónicos, además. Y hasta creemos que podría hacer pensar a cualquier "nueva ola" en su adorado problema de la "incomunicabilidad". Pero veamos la andanada de un redactor de Asir (Nº 19-20; 1950-51); que, por algo fueron llamados los "asirios": "Y ese ineludible narcisismo es el que invalida, inicialmente, de un golpe y para siempre, los versos de este volumen. Porque ese narcisismo, trascendiendo el goce de contemplarse a sí mismo (para gustar del cual no es necesaria la publicación de un libro), requiere, para lograr su plena realización, una segunda instancia: la contemplación pasmada del lector. Estos versos así, en definitiva no ofrecen nada; sólo piden. Para poder vivir

los es necesario el consenso admirativo de quienes los lean."

Como Zarrilli —según confesó— estaba tan apasionadamente adherido a la poesía, que desdeñaba hasta la lectura de una sola línea en prosa, podría pensarse que no hubiera reparado en las trascriptas. En este caso, damos fe que no fue así.

Era de una bondad natural tan expedita que se le veía siempre conversar en grupos, convocando con amplios gestos a la Poesía, llamándola a voces en ciertas veces, cosa por demás necesaria dada la heterogénea gente que le rodeaba. Su peña literaria —creemos que se llamaba "Meridión"— solía reunirse en un pintoresco bar-restaurant con piso de madera, de la calle Ibicuy. Allí sentíanse todos tan a su gusto —hasta el dueño de casa, se sentaba con ellos— que tras de la cena, una inundación de poesía recitada luchaba, par a par, con la del vino. Cada uno decía su soneto. Las pitias, que también concurrían, optaban por la "canilla" nerudeana. La única vez que vimos —desde sitio aparte— a Zarrilli presidiendo pacíficamente aquel torbellino, lo vimos con un pañuelo de mano todo extendido sobre su cabeza, ni más ni menos como suele usarse en las piezas más cálidas de los baños turcos. Movía ésta de un lado para otro, no sabemos si por compasar el ritmo de los recitantes o porque estaba a punto de dormirse. Se le instó a decir un poema y lo olvidó en el medio. Después sentóse, y quedó largo rato sonriendo con benevolencia general aunque sin causa aparente.

Este hombre tan sociable se aventuró, como poeta, en una ruta absolutamente solitaria. Esto es lo que tenemos que pensar pese a que no sabemos a ciencia cierta cuál era esa ruta y qué se proponía el poeta lograr al término de ella. (Por supuesto, dejamos aparte a los que no ven en esta poesía ruta a seguir alguna).

La imagen, la obsesión de la imagen, desde el año 1928 hasta su muerte. ¿Qué es lo que ha querido asir en ella? Porque aunque persiguiera, como dice Zum Felde, solitarios versos perfectos, con ello no se daría solución al problema. Nos acerca más la opinión de H. E. Pedemonte, cuando nos dice que el esfuerzo de Zarrilli ha consistido en descubrir del recuerdo, no lo que ha pasado, sino "todo aquello que puede sobrevivir en una imagen poética que ocupe su lugar en el tiempo".

Convertir a la imagen en el ser del recuerdo, ser que ya no tiene que mirar hacia atrás porque él es reunión

y síntesis de lo absoluto. De aquí esa tónica místico-panteísta que se ha visto en su obra. Este verso del "Libro de Imágenes" nos parece claro para servir de ejemplo: "el mar que siempre dice lo que jamás oímos". Nada por lo tanto de representaciones claras, coloreadas, distintas.

En la poesía de Zarrilli tenía que dominar —como escribe Canal Feijóo— *"una cosa mentale"*. Emilio Oribe, también comentarista del poeta, reafirma lo mismo pero de este modo finísimo: "La imagen actúa como heraldo de la intuición, pero es la neblina muchas veces del intelecto, como ocurre con frecuencia en la vaguedad de la música y en la expresión mística. (...) ella debe ser de una diafanidad expresiva que conduzca al lector al umbral de los problemas eternos, sin cesar supuestos al principio o al fin de la duradera poesía" ¿Neblina? ¿y diafanidad? Sí. Diafanidad expresiva de eso que actúa como puntos de excitación y como velo. "Yo no soy el que huye, huyen los horizontes" —canta el poeta—. El drama de esta poesía fue que se colocó en el rumbo más difícil para poder triunfar. Quiso que sus abstracciones fuesen visiones; su desnudez, vestimenta; su imposibilidad de seguir hacia adelante, revelación.

Honestísimo esfuerzo desgarrador que da cruelmente el efecto final de un permanente escamoteo. Y no podía ser de otro modo, desde que aquí: decir, nombrar, es ya perder. Aún queda, con todo, esa neblina, ese iris mental o calofrío, y hay lectores capaces de sentirlos.

Obras: Libro de Imágenes (1928); Cántico de la Imagen (1943); Pasión de la Imagen (1949); Imagen (1952).

Cántico del Color que Muere al Conocerte

Para encontrarte a ti que nunca vienes,
olvidé la montaña de liviana grandeza
y voy por la llanura crecida de humildad.
Tú eres el recuerdo de lo que no he vivido.

Yo te sentí llegar...

Traías el asombro de no haber llegado todavía
y era como si ya te hubieras ido...
Oh, luz cercana de mi perdida estrella!
Tus hieráticas manos arroparon al sol.

Te seguían los crepúsculos lentos leopardos cautivos
te envolvía el color que muere al conocerte.

Tu boca es el calvario de mi primer palabra
y única voz que sabe mi canto sin canción.
Ahora yo iré hacia ti, tú no vendrás a mí.
Quizá me esperes sin esperanza como yo a ti.

Cántico del Renovado Grito

Llego al fin a la onda renovada de la perdida playa,
sintiendo como eterna
la fugitiva espuma recién nacida y muerta.

Oh, tú, de la tiniebla y de la luz nacida,
mi trágica esperanza!
Más de lo que consuelas sobrellevas
el mortal pensamiento sin palabras.

Mi corazón sensible como el aire
ante tu gran silencio, su silencio ha callado...
Y no escucha mi grito renovado.

Oh, caracol jadeante de mi perdida playa!
Llego al fin a la onda renovada
de intermitente espuma, latido de mi sal.

Cántico por la Epifanía

Huyeron a occidente todo el día
las aspas con que mueles a mi trigo.
Mi triturado amor ¿fue pan contigo
o simple arcilla de tu alfarería?

¿Ni un signo llevaré de la alegría,
con que mi forma, recibió el castigo?
Si es por ser elegido que me obligo
a devolverme a ti y en lozanía.

Cuanta llama quebré en su copa fina
por encontrar tu luz que no declina!
Mira que a tientas voy, a ti, obstinado

por reunir lo que un día separaste.
¡Cómo volver a ser lo que creaste
si soy nacido en sangre y en pecado!

Cántico de la Imagen que Teje y Desteje mi Esperanza

Todo te forma puente y tú no llegas;
todo dice tu nombre y no respondes...
¿Quién apagó mi voz o destruyó tu oído?
¿Quién me apartó el camino o te segó los pies?

Mírame en el crucero de mis horas
tejiendo y destejiendo mi esperanza;
mi alma es el sol que inútil cierra
su abanico de sombras en cada mediodía
para volverlo abrir en cada anochecer.

Si nunca te he de ver...
¿Por qué pusiste sedientas mis pupilas?
Si nunca te he de oír...
¿Por qué a mi voz viril diste el don del arrullo?
Si nunca has de venir
quítame la locura

de esta esperanza mía
que ya no espera nada.

Todo te forma puente y tu no vienes.
Todo canta tu nombre y no respondes.

Madrigal de la Imposible Alabanza

Los mortales felices que creen conocerte
a su más alto amor por amor te comparan.

Pero yo que no amo más que a ti...
¡Compararte no puedo!

Y entonces ¿Cómo elogiar tu frente,
tu sonrisa, tu voz?

Acción de Gracias

A Sulamita y Stella
Maris en María Eugenia

Otro día termina en la paz del hogar
Hemos gustado el pan, hemos partido el vino,
el aire del lucero todavía divino
y un ítimo horizonte, detenido, de mar.

Nos une el tibio cono de la luz familiar
y mucho más la rosa o tal vez el espino;
canto que está en vosotras y yo sólo adivino
en sonrisas, miradas, tiempo de recordar.

No me debéis fatigas, si perdonáis la ausencia
en que a veces os dejo, desterrado en el cielo;
si vuelvo a la ternura, vaso de mi consuelo,

buscando antiguos vinos, de amorosa inocencia.
Ya véis, todo partimos, menos esta congoja
que es la flor de mi vida, y la noche deshoja.

Cántico por la Noche del Aire

Porque la luna es de aire para que la suspiren
y te incendia la llama de un fuego que no arde;
porque la noche crece para que tú la admires,
¡revelarás tu imagen, oh nube de la tarde!

¿De qué naufragio de oro eres flotante vela
que desgarra, dorándose, mi sueño de cipreses?
Camino te da el cielo para que lo regreses.
¡Anda con tu color que al poniente consuela!

Vuelven al corazón latidos olvidados
en un canto que escucho y no se quien lo canta.
Ante ti el lucero su esperanza abrillanta

y las ondas renacen en espasmos dorados.
Sólo yo estoy erguido en mis días creados
oyendo tu mensaje que me anima... y me espanta.

(Cántico de la Imagen)

Ildefonso Pereda Valdés (1899)

Nosotros no sabemos a ciencia cierta cuál es la tónica fundamental de Pereda Valdés. Empezó como poeta, continuó luego como crítico literario; en tercer lugar, escribió cuentos y un drama; posteriormente dedicóse a estudios folklóricos, en especial, a los que tienen a la raza negra como tema. ¿Qué es en el fondo, por lo tanto? ¿Canta? ¿Comenta? ¿Cuenta? ¿Dialoga? ¿Estudia? Y lo curioso es que en todos estos géneros ha demostrado condiciones, salvo el obvio aditamento que en ninguno de ellos se ha jugado por entero.

Con Federico Morador fundaron en 1920 la revista "Los Nuevos" donde, curiosamente, en vez de la electricidad presumible como efecto de la primera guerra mundial, muestra el grupo una fuerte adhesión a la sencillez, a la claridad y, sobre todo, un verdadero culto a la instantaneidad. En el mismo rumbo aparecerá posteriormente Fusco Sansone. Quizá nunca en la historia de nuestra poesía se han escrito versos más pletórica y desenfadadamente *juveniles.* A casi medio siglo de distancia conservan esos versos su gracia y su desparpajo triunfal. Veamos, por ejemplo, estos versos de Mario Esteban Crespi que también colaboró en "Los Nuevos". Es un fragmento de un poema, "El Campo", y dice así:

"Me tiré muchas veces en el campo
y fui feliz, a pesar de los bichos colorados.
Muchas veces en el campo y en gloria a su pureza,
me sacudí los besos de las mujeres impuras de [Montevideo.
Siempre me acordaré de aquella vaca
colorada que me corrió cuando botija".

Muy discutible poesía por cierto; impávida zanganada, más bien; pero es su osadía y en todos sentidos su "frescura", la que nos divierte y agrada.

En ese clima, pero con menos inclinación hacia la inmediatez y la alegría, es que Pereda Valdés publica "La Casa Iluminada". Ahora es necesario agregar que el grupo de "Los Nuevos" además de su proclamada juventud, era una muchachada que estudiaba en serio y estaba perfectamente al tanto, sobre todo, de la poesía española y francesa de entonces. La crítica y el ensayo ejercitados allí muestran cultura y profundidad. Pero cuando "Los Nuevos" se enojan —sobre todo contra la poesía nuestra— hay que pedir agua de apuro. ¡Pobre Manuel de Castro! Estaba trabajando de escribiente de policía y se le ocurrió publicar "Las Estancias Espirituales". Fueron prologados cauta y amablemente por Zum Felde. Tampoco éste escapó de la hoguera. La crítica literaria que Pereda Valdés publica en "El Arquero" se desvincula por completo de nuestra realidad nacional. Hace recordar a los buenos escritores sudamericanos que, viviendo en Europa, enviaban desde allí sus colaboraciones a la prensa. Aunque confiesa que D'Ors y Ortega y Gasset son sus dos maestros predilectos, el estilo de Pereda Valdés, el eclecticismo y serenidad con que se acerca a los temas, su dosificación en el tratamiento de las ideas, el tipo mismo de amenidad, nos hace pensar más bien en una influencia de la crítica francesa.

Tenía entonces 25 años. ¿Qué le faltaba a Pereda Valdés? ¿Por qué no continuó en ese camino? Estaba superiormente preparado para proyectar, luego, toda su experiencia de la literatura europea sobre temas y sobre autores sudamericanos y nacionales. Estamos seguros que, con su abandono, perdimos una alta, muy matizada, serena y honestísima crítica. (Romains, Vildrac, Mallarmé, Wilde, Vildrich, Bloy, Guerra Junqueiro, Vigny, Villier de L'Isle-Adam, Remy de Gourmont, Pérez de Ayala, Poe, son los autores que trata en ese libro).

Nada más extraño que su cambio operado cuatro años después. El afrancesado, el europeizante, gira noventa grados y escribe su mejor libro: "La Guitarra de los Negros, conmovido por el dolor y el júbilo de nuestra gente de color. ¿Fueron sus recuerdos infantiles los que le determinaron a dicha temática? ¿O acaso la contemporánea difusión del arte negro en París?

Sin una gota de sangre africana, Pereda Valdés se ha consagrado desde entonces —sin dejar de incursionar en otros temas— al estudio y difusión de todo lo que tiene que ver con esta raza: folklore, poesía, historia. A su "Antología de la Poesía Negra Americana", siguen "El Negro Rioplatense y otros ensayos", "Línea de Color" y "Negros Esclavos y Negros Libres".

Esta es la provincia propia de Pereda Valdés en nuestra poesía. ¿Que él no es negro? ¿Que de sus poemas no brota el alma negra tal como es, tal como ella ríe, brinca y sufre? De acuerdo. Pero es que el poeta no se ha propuesto jamás histrionismo semejante. Es su compasión, su simpatía, y hasta su necesidad de pedir perdón —por blanco— a esa "vida de negro" de una raza.

Contra los opiniones contrarias seguimos prefiriendo la de Zum Felde. ¿Por qué no ha de poderse cantar al negro? ¿Sentimos acaso más cercano al indio? Negros fueron, en una tercera parte, los ejércitos nacionales; negra "la magia de los candombes"; negra, la servidumbre más leal que haya podido darse sobre la tierra.

Y por este largo afecto —que merece todo nuestro reconocimiento— Pereda Valdés dejó de ser aquel "hombre de ojos de loza, de contextura española, encorbatado a lo Pablo Picasso, armado de dos patillas a lo Rodolfo Valentino que le dan un aire español bajo Fernando VIII" — según lo pintara en 1929 Gervasio Guillot Muñoz.

Obras: La Casa Iluminada (1920); El Libro de la Colegiala (1921); La Guitarra de los Negros (1926); Raza Negra (1929).

Mi Casa

Ma maison! prends pitié de la chair oú je suis

Mi vieja casa tiene muchas ventanas
tiene amplias puertas. Todas las mañanas
el sol entra en mi casa como una bendición.
El sol entra en mi casa y reza una oración
de luz, de claridad y de alegría...
En su amplitud se asemeja a un palacio.
En ella no se siente la estrechez del espacio.
Aquí la luz se amasa
como pan en la hornaza
Entrad. Esta es mi casa.

(La Casa Iluminada)

Yo Quería un Corazón

Yo quería un corazón
que fuera sin emoción
Yo quería un corazón
exclusivamente mío.
Que no tuviera más placer
ni más amor, ni más dolor
que un fruto en estío.

(La Casa Iluminada)

Campo

a Jorge Luis Borges

Veníamos de la ciudad, aturdidos del ruido
en busca del campo verde y ancho como el mar.

Los caminos se tendían al sol como lagartos,
y le pisábamos el lomo a las colinas,
endurecidas de grietas y de piedras,
calientes bajo el pleno sol.

¡Soñábamos con ranchos y guitarras!

Los flores del campo,
vestidas de percal
nos salían al encuentro cuando el auto volaba
tragando verde, insaciable y voraz.

Los sauces llorones,
lamiendo a los arroyos
absorbían toda la tristeza del paisaje.

Pasaban viejas carretas chirriadoras
que habían perdido la memoria de los vaijes.

Y los tero tero
al oírnos pasar
despertaban a todos los caminos
de una siesta estival.

(La Guitarra de los Negros)

Canto a los Senos

a A. A. y G. Guillot Muñoz

Los senos tienen el temblor
de la risa y de la azucena.
Senos, nidos de las manos,
antenas de las caricias.

¡Bíblicos senos que cantó Salomón
en el cantar de los cantares!
Globos de leche pura.
¡Rosa de los recién nacidos!
¡rebaños de voluptuosidad!

¡Senos! ¡Senos!
sonrosadas cúpulas,
irisadas gemas,
lunas dormidas
bajo la luz atenuada del corpiño!

Frutas colgantes.
Frutas que incitan a la rapiña
a las manos traicioneras.

Oh! los pobres senos de las prostitutas
caídos como los nidos del Boyero!
(La Guitarra de los Negros)

La Guitarra de los Negros

Dos negros con dos guitarras
tocan y cantan llorando
Tienen labios de alboroto

Echan chispas por los ojos.
La cuchilla de sus dientes
corta el canto en dos pedazos
Melancolía de los negros
como copa de Ginebra!

Los negros lloran cantando
añoranzas del candombe
Suena el tambor de sus almas
con un ruido seco y sordo!
Y un borocotó lejano
los despierta de sus sueños!

Dos negros con dos guitarras
tocan y cantan llorando.
(La Guitarra de los Negros)

Los Tambores de los Negros

Los negros de largos tambores
de rojos collares de plumas azules,
de labios violentos, de ojos sensuales,
llenan la ciudad de un chillerío africano
Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás.
Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás.

¡Música de la selva en medio de la ciudad!
¡Alegría de los negros de dientes afilados!
Un Rey de chuchería, va haciendo ceremonias,
con una solemnidad de payaso africano.
Borocotó, borocotó, borocotó, chás chás.
Borocotó, borocotó, borocotó, chás chás.

El candombe derrocha color
en el tablado de serpentinas,
donde los negros danzan al son de los tambores
hasta romper el tímpano de la ciudad
Borocotó, borocotó, borocotó, chás chás.
Borocotó, borocotó, borocotó, chás chás.

Cuando la ciudad se apaga de luces y colores
Y muere el carnaval en la primera aurora
Los negros se retiran. Y mi corazón es un tambor
al latir repite sordamente, locamente:
Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás.
(La Guitarra de los Negros)

Sobre un Motivo de Vieja Balada Inglesa

Para pasar la ribera
de mi amor hasta tu amor;
levantemos nuevo puente,

el viejo se derrumbó.
El puente viejo se ha hundido,
haciendo el nuevo ya están:
Amor por el puente nuevo
has de venirme a buscar.
La vieja madera cruje,
la música de la sierra
convierte en polvo de olvido
las huellas de tantos pasos...
Pasa el río por debajo,
cantando las horas va,
¿cuánto tiempo, viejo río,
cuánto tiempo rodarás?
Ya no será de madera
de hierro y piedra será.
¡Amor, en el puente nuevo
nos tenemos que encontrar!

(Música y Acero)

María Adela Bonavita (1900-1934)

"María Adela era modesta, pero no tímida. Jamás se le ocurrió buscar publicidad ni vinculaciones literarios, lo que no quiere decir que fuera huraña, ni mucho menos.

La enfermedad nunca llegó a postrarla ni a desesperarla, aunque tenía conciencia clara del mal irremediable. En algunos momentos le invadía una profunda tristeza. Lloraba silenciosamente, pero en un estado de extraña tranquilidad.

Nunca tuvo un acceso de terror.

La noche antes de morir, la enfermedad hizo crisis y parecía que la muerte sobrevendría en seguida.

Reaccionó, sin embargo, y me llamó para dictarme la lista de los poemas que deseaba incluir en el libro a publicar algún día.

Estaba absolutamente tranquila.

Sobre el mediodía del 9 de Mayo, se peinó por sí misma el cabello, y vistió una bata de lana.

En el rostro no se le notaban los signos mortales de aquel momento.

Poco después se hacía presente una nueva crisis que la abatió.

Se fue apagando lentamente.

Murió a las cinco de la tarde".

Con este recuerdo emocionado, su hermano Luis Pedro, autor de una interesantísima "Crónica General de la Nación", cierra el breve prólogo que presenta los poemas póstumos de María Adela y una reedición de la única obra que publicara en vida.

La poetisa había nacido en la ciudad de San José, donde transcurrió la mayor parte de su existencia.

Hizo su educación primaria en una escuela rural y más tarde, emprendió, sin terminar, estudios magisteriales.

Un prestigio delicado, seguro, ha rodeado siempre los versos de María Adela Bonavita. De cuando en cuando hemos oído pronunciar su nombre seguido de un silencio suspensivo en el que alguna palabra musitada estaba reviviendo el éxtasis doloroso, ardiente y azul de sus versos. Esta voz que ha nacido sin maestros y se ha callado sin imitadores, ha creado en su torno, en número no muy grande, un núcleo de lectores fieles, callados, misteriosos. A nosotros mismos, que sólo la hemos conocido a través de sus versos, se nos impone casi, como una necesidad, hablar retenidamente de su espíritu, deseando silenciar más que decir, esa ternura secreta que ella inspira.

Pedro Leandro Ipuche prologó en 1928 "La Concincia del Canto Sufriente". Había recibido antes una carta de Espínola: "Acabo de encontrar una poetisa que me parece enorme. Tengo miedo de equivocarme. Dígame si acerté" — así le hablaba.

Ipuche vio en el libro "una afirmación sacrificante de la Poesía"; "clamores que se oyen en todo momento por la Luz Original"; "uno de los poetas que denuncian la identidad sustancial"; "una Víctima, en estado de vehemencia confesional"; y la sentía como perteneciente a la gran familia mística.

De un comentario aparecido en "El Ciudadano" (Nº 28) sobre el volumen póstumo, y que pertenece a nuestro hermano Héctor, extractamos las siguientes frases:

"Lo sensible, lo corpóreo, no se reducen a lo que son ni a las resonancias que en el poeta despiertan, sino que se transforma en imanes de catalizadores de otra realidad. Es entonces cuando el mundo se le aparece no "como una pura ilusión", sino como "constante alusión", alfabeto de símbolos de otra patria o infancia trascendental".

"Dolorida, religiosa, más canto que cuerpo, alma abierta de par en par a lo infinito, siente así su tristeza:

"Yo la llamo "tristeza", pero sé que está
henchida
—como un fruto maduro—
de dulzura.
Yo la llamo "tristeza" mas su nombre es
"nostalgia".

Esta tristeza exaltó y religó a lo divino, todo un mundo humilde de plantas, de cosas, de calles, de pueblo, sobre el que dejó caer un destello desconocido en nuestras letras".

Dicho rasgo original nos ha servido de criterio para la selección que presentamos de sus versos. No sabemos si otros lectores preferirán esa otra línea en que María Adela ha insistido, cuando nos presenta la Curva, La Sombra, el Abismo, La Vida, palabras con sentido simbólico entre las cuales el poema circula con exclamativo y perplejo balbuceo.

Hemos preferido aquellos instantes en que su contemplación mayormente se asegura al concretarse sobre una vida diminuta y traspasada por su ternura insaciable. Visiones semejantes a las que ella ha visto en el pájaro como un "terroncito saltarín" en el camino cruzado de huellas y "poblado de callados y quietos terrones". En el picaflor que gira "el azulado molinito de sus alas", "mientras hundía el pico —...oscuro... oscuro de misterio...— entre la flor rosada".

¿Quiere decir entonces que se trata de un pueblo —o mejor aún, de una orilla de pueblo— vista por una mística? Podría ser eso, sí, ese destello desconocido en nuestras letras.

Obras: "La Conciencia del Canto Sufriente" (1928); Poesías (1956).

Un Grupo

Un hombre tosco y fuerte lleva una carretilla
y, sobre ella, un balde. Cruje, jadea y marcha la
rueda giradora... Quién sabe a dónde va por la
desierta calle.
Lo sigo con los ojos...
La calle es larga, larga y, allá donde termi-
no, él se ha transfigurado, lo mismo que la rueda y
lo mismo que el balde:
El es un ángel; brilla.
La rueda, un viejo símbolo.
El balde, un vaso trémulo, con quién sabe qué
ofrenda, aún no florecida...

Lo Inaudito

En aquella dulce tarde que se inclinaba suave-
mente entre azulados bordes; que se inclinaba extra-
ñamente... ay!, casi tristemente... (¿era la tarde o
yo que me inclinaba entre sus ondas?...)
yo quise saber algo sin poder explicarme qué cosa
me asombraba —ni qué tenía yo que preguntar—
inclinada al abismo.
Un niñito andrajoso, descalzo, que pasó por mi
lado, fue quien me lo explicó, pero tan vagamente
como un nuevo misterio.
Llevaba una botella, con vino, bajo el brazo, pa-
ra su padre.
Al pasar me miró, me miró sonriendo...

Desbordando la Forma

En un rincón de la noche,
acurrucados en casa
están
la sombra, el olvido...
y tres plantas.

...Les llega un folgor de luna
que es sollozo y que es recuerdo...

...Les mece un soplo lejano,
dulce y triste,
suave y trémulo...

...Susurra un canto,
oh, qué dulce!...

. . . .

La sombra asusta de pálida.
Calla el olvido un lamento,
y las plantas,
silenciosas,
sufren el hondo tormento
de no poder abrazarse...

El Cometa Halley

...Sí, yo tenía tan pocos años...
Pero, una noche, ¡qué noche tan extraña!...
apareció una forma que me llamó en el cielo...
¡oh, qué misteriosamente!...
¡que me imploró!... en el cielo, muy silenciosamente,
Desde mi altura pequeñita, yo levanté mis ojos
con inefable asombro.
La vi subir, inmóvil, no se desde qué abismo, y
detenerse, allí, para esperarme; lejanísima, vaga,
sorprendente.

Una copa o estrella, que volcaba su esencia luminosa...
"¡Mírame!..." me imploró.
...Y prosiguió, hundiéndose de nuevo en el abismo plácido.

Queta (*)

Queta,
tus ángeles volaron...
y no sé con qué ritmos, con qué danzas,
con qué giros celestes te llevaron...
ni dónde estás.

Este canto que rezo para hallarte
—en un dulce entreabrirse de albo lirio—
hoy así, tan suave,
...vence el miedo... y te nombra.
Más que oídos,
—segados los recuerdos...

(*) Cuando la aparición del cometa Halley —motivo del poema— vivíamos en Rincón de la Torre, San José; María Adela tenía ocho o nueve años. En la primera versión del poema "Queta" alude a una escena a la que luego vuelve en versión definitiva de 1931. La escena fue: Estábamos bajo el corredor —al lado de la puerta del cuarto en que se hallaba Queta con nuestra madre— María Adela, Julio y yo. Oíamos enmudecidos y paralizados las palabras de Queta, que parecía dejada en paz por los horribles sufrimientos de los cinco días de enfermedad. No te aflijas mamá —decía—. Si vieras, es dulce morir; es dulce morir!... Nuestra madre le dirigía palabras de cariñoso aliento, con voz tranquila. Luego se oyó un apagado susurro. Frente a nosotros tres había un rosal con una gran flor, en la que habíamos puesto la vista para eludir el mirarnos unos a otros. Súbitamente la rosa se deshojó, cayendo todos los pétalos al pie de la planta. En ese momento exactamente, nuestra madre, siempre con su voz serena nos decía desde la habitación: —Bueno: yo voy con ustedes. Quetita ya no me precisa más.

L. P. B.

El Bichito de luz

Un foquito de luz por el aire
brilla y se apaga...
brilla y se apaga...
Lamparita que llevan en la noche
dos alitas tembladas.

¡Montoncito de Sombra
y pedacito de Alma...

Va buscando el camino...

¡Como mi Sombra...
Como mi Alma!...

El Misterio de la Hortensia

¿Quién me mira?
Dios mío,
a través de los pétalos sonrosados o lilas
de la Hortensia?

Siempre,
siempre que esta dulce flor
aparece a mis ojos,
hay un estremecimiento en mi Alma
y hasta mi corazón,
tiembla suavemente por un recuerdo que desconoce.
(...)
... ¡Pero qué dulce misterio...
Y qué acontecimiento tan celeste y tan serio
para mi alma,
mi Dios!...

Música de Otoño

El tristísimo grito del benteveo
pinchó la tarde
y, suavemente...
se perdió en quien sabe qué onda compasiva
del aire.

El viento
se escondió entre los árboles.

Hubo una lluvia de hojas secas cayendo despacito...
como nieve amarilla...
como nieve...

De pronto,
el viento tuvo un revoloteo trágico
en el frenesí de una extraña danza...

... a cuya música...
obedecieron los caballos de polvo del camino, que
despertando de su sueño sin forma...
se levantaron
—alados y enloquecidos— ¡y corrieron...
volaron hacia un "allá" misterioso!...

Las hojas de los árboles ya no cayeron
como antes
en lluvia plácida,
si no que, torturados de pronto por la terrible música
del viento,
ellas también danzaron furiosamente...
confusamente...
al compás del tremendo ritmo.

. . . .
. . . .

Temblando,
yo me miré las manos
para convencerme de que estaban todavía

prendidas a mis brazos...
Y que todavía...
nada tenía que ver yo
con esa música extraña y esos fantasmas bailarines.

En eso

sentí la risita burlona de las hojas secas
que se apretaban, mimosas a la Tierra.

Alfredo Mario Ferreiro (1901-1959)

He aquí un aviso de "La Cruz del Sur" en 1927:

"El hombre que se comió un autobús"

(poemas con olor a nafta)

ciudad — poema ultra-rápido
de vertiginosa realización

1 — Radiador
2 — Diferencial
3 — Carburador
4 — Rueda de auxilio

5 — Caja de herramientas

Más algunos poemas colgados de la plataforma
y un poema inocente que se quedó a pie
Paragolpes de Gervasio Guillot Muñoz
y Jaime L. Morenza.

De todo aquel grupo, y aun del siguiente que se congregó en torno a "Cartel" en 1929, el único humorista era Ferreiro, y el que le acompañaba mejor era Gervasio. Morenza, no; Morenza era grave. Era una pluma que quería escribir cosas de peso y le salían de plomo. En su "Paragolpes" Gervasio postula una soltura deportiva, y quiere que el temple vigoroso del ánimo sea como un armazón de acero con llantas de goma. Presenta luego al autor "alto y estirado como una chimenea, con la espalda recta y dos cicatrices cortándole la cara". Agrega que Ferreiro tenía el hábito de la velocidad mental y verbal, a punto que uno cualquiera de sus interlocutores ocasionales estaba expuesto a seguro mareo. (Olvidaba que con la

supresión absoluta de ambas mutuas velocidades, la gente suelen producir el mismo efecto y con muchísima mayor seguridad).

Ahora, nosotros no sabemos por qué Gervasio desea que esta ligeraza mental de Ferreiro tenga precisamente que acelerar en las curvas. Perentoria regla del poema era la de echar a andar como "un motor a explosión", lo que sólo era ligeramente novedoso desde que habíamos visto a Parra del Riego con una motocicleta en el corazón y sin preocuparse mucho que éste se echase a transitar por la izquierda.

En el "Paragolpes posterior" Morenza se encarga de empantanar todas estas velocidades al decirnos que el libro "puede originar en ti la metamorfosis espiritual que necesitas para comprender las grandes síntesis que son la nota fundamentalmente características del arte moderno". Frase que nos lleva a pensar que el hombre con un autobús adentro, no era Ferreiro. "Saeta", llama al libro, Morenza; "saeta lanzada contra el medio social". No lo entendemos. Cuando en contemplación del Palacio Salvo, Ferreiro expresa que un rascacielo acostado en el suelo daría la más perfecta idea de reposo, no es que se le ocurra una tentativa de demolición, sino de yacencia, de reposo en estado absoluto, con más o menos una cuadra de epidermis de piedra dormida.

El autor quiere hacer, lo que él dijo de otro (Ortiz Saralegui) que también tenía sus preocupaciones con el mismo Palacio: "Ortiz siente —¡y aquí está su independencia de hombre 1928!— como le da la gana".

Y allí también dijo (Cruz del Sur, Nº 22): "Para ir por sí mismo es necesario tener motor. Ser motor y no acoplado".

De todo ello resultó el mejor libro de humorismo lírico con que contamos.

Pero ya se notaba algo que Ferreiro no hizo otra cosa que confirmar en su segunda obra. Un humorismo sin alegría. Con mucho ingenio, sí; y en los mejores casos, con juventud, entendiendo por ésta, no la fresca, natural y graciosa expansión de la vida, sino la necesidad de hacerse presente molestando, chiste al choque, para salvar antes que nada el desparpajo, y principalmente probarse a sí mismo que uno es listo.

Con todo, el buen corazón de Ferreiro y su talento le permitieron desahogar, sin víctimas, su desenfado. Si bien es cierto que con "Cartel" se propuso no llenar

un vacío sino hacerlo, —su empresa consistía en localizar dicha cavidad dentro de tanto cráneo artístico y político reputado en su época— su exploración fue de una ojeada general y precisiones mínimas. Por ejemplo, es evidentemente de su pluma aunque no está firmado, un breve artículo de "Cartel" Nº 1 encabezado por el estudioso títulos "Jornadas del Ateneo". Y en su comienzo dice: "No debemos dejar correr por más tiempo esa odiosa manía de achacar al Ateneo (costado norte de la plaza Libertad, partida) una inutilidad perfecta o poco menos".

"No ha faltado el lenguaraz que ha dicho a todos los vientos que el edificio del Ateneo sólo sirve para que cuatro viejos locos vayan a leer los diarios después de comer, y para que corran pencas las cucarachas en sus zótanos" (...). Como se ve, sus individualizaciones no van más allá de las del lugar.

Se ha dicho que Alfredo Mario Ferreiro era un sentimental. Y lo era, en verdad. Y bien a la manera rioplatense, con una proclividad al desaliento, al tedio y a la amargura. (Véase nuestra selección).

Creemos que, más que nadie, él necesitaba de su humorismo, para darse ánimo, verse libre del peso de lo cotidiano, y flotar un poco, con una ocurrencia o un golpe de ingenio, en la ilusión de que el mundo es más nuestro, si tenemos la fuerza suficiente para poner un poco patas arriba todas las cosas.

Obras: "El Hombre que se comió un Autobús" (1927); "Se Ruega no dar la Mano" (1930).

Yo bien sé que no has Muerto

Yo bien sé que no has muerto.
No puedes haber muerto.

Estarás escondida
como a veces en casa.

Cuando todos veníamos
y no estabas....

Entonces, te buscábamos,
y salíamos a la puerta
hasta que aparecías.

Madre:
Estoy en el vano
de un recuerdo esperando tu vuelta.

(Se ruega no dar la mano)

Poda de Arboles

¡Qué grotesco aquel hombre
disfrazado de pájaro!

Pero a mí no me engaña.
Lo vi esta mañana
al salir de casa,
trepado en las ramas
de los arbolitos
de mi calle. Estaba
poda que te poda.

Serrucho y tijeras.
¡Pobrecitas ramas!
Caían derrumbadas,
y el sol las velaba
con su amarillenta
luz de candelabro.

Por la tarde estaban
desnudos los árboles.
¡Y con este frío!
Desnudos, desnudos.

Cuatro palitroques, apenas,
tenían por ramas;
como dedos largos de una mano alzada
que pide socorro.

Y los pobrecitos
para entretenerse,
para no estar solos
se habían puesto
a jugar a la murra los unos con los otros.

(Se ruega no dar la mano)

Yo Digo lo mío

Yo digo lo mío
y poco me importa
que otros digan lo de ellos.

Así piensa el letrero luminoso
que asoma allá arriba en la cornisa.

Frente a la gritería semafórica
de los otros letreros,
firme, el letrero chico,
pregona su convicción lumínica.

Y no hay letrerazo
capaz de acallarlo.

Este es el credo más profundo
que yo he visto en el mundo.

(Se ruega no dar la mano)

La Tarde Está Pensando

La tarde está pensando
con la cabeza de los árboles.

De vez en cuando, aleja
un mal presentimiento.
Entonces, se produce
un rebullir de pájaros
y un aletear de hojas.

La tarde está pensando.
Sobre su falda, abandonada
la labor de los campos.
No ha acabado el zurcido
de las tierras rasgadas.

Acurrucada, junto al occidente
buscando el calorcito de un sol que está muriendo
piensa y piensa la tarde
en ¡vaya a saber uno qué cosas!

Agilmente, —mosca de plata—
se le trepa una estrella.
Poco a poco el tiovivo lentísimo del cielo
mueve sus silloncitos de acero.

Con muletas de árbol trata de irse la tarde.

(Se ruega no dar la mano)

El Ballet del Agente de Tránsito

A mitad de la calzada
en medio del asfalto azulado
junto a los tranvías que charlestonean
en los cruces,
junto a los autobuses abandoneonados
que se estiran o se achican

para caber entre los autos;
frente al ojo poliédrico del peatón receloso
baila el agente de tránsito su danza
de pito y guantes blancos.

Danza con música de campanas
de mugidos,
de cornetas,
de alaridos,
de sirenas,
de gruñidos,
de klasones.

Danza con escenarios de rascacielos
con sabor de asfalto,
con olor a cemento recién cuajado,
pebeteros de nafta,
irradiadores de electricidad.

Bajo una paralela de miles de voltios
bajo el cuchicheo metálico de los trolleys
frente al estampido callejero,
baila que te baila está el agente.

Referee inapelable
de un partido de football
que se está jugando en su imaginación.

Los autos le ladran
con ladridos de klason;
mas, cuando le ven levantar los brazos,
se quedan detenidos por el espanto.

Y le miran largamente
con los redondos ojos de los faros
llenos de lágrimas de reflejos.

(El hombre que se comió un autobús)

Poema Ultra-Rápido de la Liebre Arisca

(A Gervasio y Alvaro Guillot Muñoz,
viejos amigos míos).

Es un relámpago pardo
sobre una nube verde.

Son varios puntos ojalados
en el pastizal.

Es un temblor en zig-zag
y un terror en línea recta.

Es un relámpago pardo
sobre la redonda falda
de un cerro verde.

Un relámpago, cuyo trueno
estalla en la boca de mi escopeta.

(El hombre que se comió un autobús)

El Puente

El puente es un atleta:
de un vigoroso salto
cruza el arroyo manso
con el camino a cuestas.

Dos árboles pacíficos
cuchichean la hazaña;
entre tanto, las traviesas
margaritas ríen de la proeza.

(El hombre que se comió un autobús)

Esther de Cáceres (1903)

Creemos que el texto más iluminativo de la poesía de Esther de Cáceres lo ha escrito ella misma. Aparece en el pórtico de su libro "Los Cielos" y de él vamos a extractar los párrafos más esclarecedores. Nos dice allí que esta poesía *"huye de la vida", y que alcanza a las emociones y a las cosas vividas, cuando ya han llegado, de transformación en transformación a unirse con lo central del alma".*

¿De qué manera se siente en ese centro más íntimo del alma? *"En el corazón de la música me siento* —responde, y hace suyas las palabras de Schiller: "una disposición musical del espíritu precede, y a ésta sigue entonces en mí la idea poética". Asimismo coincide con esta definición de Schopenhauer: "La música representa para todo lo físico del mundo lo metafísico y para todo fenómeno la cosa en sí". Y también con estas palabras de Nietzsche que ve en la música "la idea inmediata de la vida eterna".

¿Será entonces que el lector debe colocarse en ese estado de ánimo particularmnte desatado, primigenio y alusivo que le produce la música, para poder gustar los poemas de Esther de Cáceres? ¿Pero será función del poeta pedir previamente esos estados al lector o está en obligación de comunicarlos? ¿Es que si no sentimos *musicalmente* uno cualquiera de estos poemas, podemos, de verdad, decir que lo hemos disfrutado a fondo?

Lo cierto es que amigos muy queridos de Esther, y finísimos como Eduardo Dieste, han escrito que estos poemas, "a pesar de su belleza exacta pasan, ligeros, sin afirmarse en el recuerdo, como si sólo tuvieran una vida efímera". He aquí el problema: Cuando no logramos asir estas poesías, la sentimos pasar, sin rastro, como las nubes. Cuando logramos asirlas nos queda una esencia sutilísima —para nosotros más perfume que música— y nos parece entonces gran poesía.

También el mismo Dieste al comentar "Las Insulas Extrañas" escribe: "Se haría tan difícil su análisis como el de un acorde simultáneo que sin duda existe en un tono simple y sostenido".

Brughetti habló de esta poesía como de una "voz pequeña" Y de "absurdo", calificó Lauxar dicho juicio, para agregar en seguida: "Sería haberse expresado muy malamente si de esa manera se intentó decir que es la poetisa una voz fina, sutil, delicadísima. Lo que es verdad, y lo es tanto que a veces parecería que su palabra se pierde o se disipa con significaciones secretas y misteriosas". (..) "su nombre judío Esther quiere decir "la misteriosa". Clara, suave y sencilla es su poesía, pero también seguramente rara; la que menos se parece a la de los otros poetas. Acaso evoca vagamente a San Juan de la Cruz y a Juan Ramón Jiménez". Lauxar, que fue tan amigo de Esther, no vacila en decirnos que: "Toda ella es una efusión sentimental penetrada, esclarecida, por la más sutil intelectualidad, y expresada con figuraciones de belleza arbitraria". Habla después de "admiración dolida por una imposibilidad o una ausencia", y que el poeta "va siempre en sus admiraciones a lo inaccesible en elevación y hondura". Y finalmente: "Todo parece en ella simbólico de un sentido inefable".

No es que el amigo, por supuesto, censure su poesía, pero hace una buena suma de sus engimas. A ese estado musical generador agrégase el de la fe católica de la poetisa. Esther nos dice: *"Las cosas más dominantes de mi vida mortal, las he transformado junto a las cosas más profundas de mi vida inmortal".* Estas cosas son el amor a la forma, luchas del renunciamiento, deseo de libertad, el amor a una criatura. *"Todos los poemas representan caminos de renunciamiento y desnudez. Sólo puedo dar el símbolo; y pienso que todo se dice en símbolos".* Y concluye: *"Caminos de la conciencia a la subconciencia; de la Inteligencia a la Intuición pura; de los días y las noches a la Eternidad sin límites".*

La Música, la Fe y el Símbolo, he aquí las tres claves de Esther.

Por eso, si releyendo sus libros nosotros decimos que los poemas que nos gustan, no son siempre los mismos; que se revela en segunda lectura, aquél que no vimos;

y varía en intensidad de efecto, ora subiendo, ora bajando, aquél que ya nos había parecido logrado; creemos que más de un lector podría sentir como suyo nuestro caso.

Nos parece también que una persona acostumbrada a leer los textos sagrados como sagrados está en inmejorables condiciones para apropiar la vibración de esta poesía. Igualmente, un lector apasionado de Dante. ¿Por qué? Porque vive con toda delectación en un mundo de alusiones, dando aun a las cosas visibles un poder nutritivo absoluto, que les viene del designio divino en ellas en acecho.

También creemos saber gustar los poemas de Esther más cabalmente, cuando nos colocamos en una situación de infancia, en una búsqueda de la misma pero de manera flotante, a fin que no estorbe recuerdo localizado alguno. Una infancia en su origen sin determinación, diríamos.

Otro efecto, tan en el aire como pleno, y el de mayor hechizo: Esta nostalgia de Esther tan acuciante, y que rebosa de lo mejor del alma, se hace una sola sustancia con el goce empíreo del retorno.

Obras: Las Insulas Extrañas (1929); Canción de Esther de Cáceres (1931); Libro de la Soledad (1933); Los Cielos (1935); Cruz y Extasis de la Pasión (1936); El Alma y el Angel (1937); Espejo sin Muerte (1941); Concierto de Amor (1944); Antología (1945); Mar en el Mar (1947); Paso de al Noche (1957); Los Cantos del Destierro (1963); Tiempo y Abismo (1965).

No Pasarás por el Camino

No pasarás por el camino
A la hora en que mis ojos te buscan,
Cuando los pájaros vagabundos se van de la tarde
Y llora en la noche mi voz.

Mi corazón te esperará en la puerta de los días
Pero no ¡llegarás!
Y ha de cerrarse la oración en mi soledad!

No pasarás por el camino!
Pero yo he de esperarte otra vez,
Cuando los pájaros vagabundos se van de la tarde
Y llora en la noche mi voz...

(*Libro de la Soledad*)

Música Fina y Grave

Música fina y grave
De un puerto abandonado
Barca de finos mástiles
—Quieta desesperanza...

Ilusión loca de llegadas...
—Estela pálida...

¡Pájaros marinos
De un color que nunca sabré
Y sin canto!

En el fondo
Lágrimas

—Toma mi alma!

(*Libro de la Soledad*)

Porque me Traían tu Sueño

Porque me traían tu sueño
Yo amé los cielos de la tarde
Y los árboles solos.

Y amé los mares en el alba
Y las barcas abandonadas,
Porque en ellas iba encontrando
Tu recuerdo!

Ya sin los cielos de la tarde
Ni los mares del alba
Te tengo!

Libre de las imágenes
Te tengo!

Porque ahora te amo
En esta soledad mía
Sin recuerdos.

(*Libro de la Soledad*)

Tú Harás Suave mi Sueño

Tú harás suave mi sueño
Cuando todas mis ramas hayan sido cortadas
Y no quede más que una
Libertad sin recuerdos...

Llegará tu silencio!
Ya mi oído
No se inclina a los días ni a las noches
Ya la última esperanza se me borra en tu cielo...

Llegará tu silencio!
Mi alma sabe que un día
Tú harás suave mi sueño...

(*Libro de la Soledad*)

Ya no se Quiebra el día

I

Ya no se quiebra el día
Ahora que mis manos son firmes
Como tus caminos,
Y claro como la luna sobre el mar
Mi destino...

—Entero y perfecto como un fruto
El día...

Y no lo acorta tu ansiedad de siega
Ni lo alarga mi llanto...
El pasa sobre el secreto del tiempo
Cantando...

—Agil y misterioso como un pájaro
El día...!

(*Los Cielos*)

El Alba te Anuncia

IX

El alba te anuncia
Con su niebla gris de seda...

La noche te anuncia
A la hora en que tu sueño me espera...

Yo sé que no te vas nunca
Y que nunca llegas...

(*Los Cielos*)

Huyes de mis Manos

XIII

Huyes de mis manos,
Forma del vaso sencillo y seguro:
—¡Pero desde el sueño te canto
como si tú también fueras sueño!

Huyes de mis manos
Por caminos que ningún pájaro conoce;
Y mi voz te persigue
Heroica, como un secreto fino y terco.

¿Eres sólo una voz
Callada y sin recuerdo?
¡Forma del vaso sencillo,
Profunda como el sueño!...

(Los Cielos)

Las Nubes

No he de perderme ¡oh Nubes! desde el paso de nubes
hasta el rocío brillante, el mar o la llovizna!

Mis ojos siguen la cadencia extraña
de nubes sobre el cielo;
el temblor en la hierba,
las llanuras serenas y las grandes montañas
del Mar... La niebla fina...
Toda la sinfonía luminosa del agua
que en las violentas lluvias
de los trópicos canta;
y allá arriba
su alta fuente ceñida!

Dialoga este gran paso de majestuosas nubes
con las sombras viajeras
sobre el campo, el jardín y el ser transido.

Es otoño. Las quintas,
los grandes lagos tristes
y las estatuas grises
copian este infinito
tapiz de luz y alma.

Sólo el gran mar avanza
con su gran paso antiguo
sobre perdidas lágrimas
y perdidas lloviznas.

Las nubes de este día ya oscurecen
el ala azul del mar!
Dan de beber al Aire y apaciguan
los ardientes paisajes doloridos!
Abandonan el alma!
Ya se hunden
como los grandes pájaros
de lento vuelo altivo
más allá de la tarde
en el eterno mar desconocido!

En los desnudos cielos de la noche
las soledades cantan
sobre el campo dormido!
Nuevos amaneceres
me mostrarán los árboles
el acero del mar y los molinos...
Nuevas nubes,
nuevo silencio vivo,
de nubes y rocío;
nuevo canto de lluvia, nueva lágrima
entre los ceibos finos!

No he de perderme Nubes, entre el paso de nubes...
Llanto, lluvia, rocío
son flores, sólo flores
de un gran jardín lejano
que las altas estrellas alucinan!

(Concierto de Amor)

Los Libros

I

Antes que se apacigüe el mediodía,
antes que el pie se acerque
al suelo en que despiertan
tulipanes sombríos,
quiero cantar los libros!

¡Qué ramaje recóndito
mecido en ancha sombra
de silencio o de cantos!

Toco en ellos la mano
del inmortal Amor, estremecida,
segura, caminando,
sobre los surcos vivos!

Y ríos y ríos de viajeras manos
acariciando estampas,
hundiéndose en el lago silencioso
o en el fragante mar desconocido!

II

Y es un jardín tranquilo
llamándome!
—Las páginas, flores serenas
por donde el viento no pasa;
en un rincón ceñidas castamente!

Y es un gran lago vivo
por ojos de mil seres navegando
llamándome!
—Espejo que la Muerte
con su tiempo sin luces no ha empañado...
ni quiebra en dura grieta
ni vence en sueños vagos!

III

Voy al bosque del alma...
Las ramas se sosiegan...
y hay un vasto silencio enamorado!
¡No hay más cautivas manos
mi soñoliento pie crucificado!
¡Sólo mi frente libre en soledades!

Mientras el rumor vivo
del mar apaciguado
llega al jardín antiguo
donde se posan el Amor y el Sueño
con alas triste, sobre el Aire claro;

y la tarde concierta
sobre ceñidas páginas
—mano y olvido, flor entre las flores—
la luz jamás herida
de sus eternas lámparas tranquilas!

(Concierto de Amor)

En el Ultimo día de la Esperanza

En el último día de la esperanza...
en la última mañana del cielo...

yo estaré extrañamente tranquila
sin que golpee mis sienes, vivaz,
el miedo...

Se habrá dormido ya esta angustia
que hace que mis mejillas palidezcan...

Llegaré con una paz triste
como la del campo crepuscular
o la del mar sin fiesta de barcas
y sin tormenta.

Llegaré con una paz triste...
¡el corazón ancho como la puerta del cielo!

(Canción de Esther de Cáceres)

Pasa el Viento

Vida muerta, Muerte viva
—crece la voz con el viento—
¿Viene de la Muerte el viento?
Cristo muerto, Cristo vivo,
mar y ramaje en tormento...
¿Viene de la Muerte el viento?

Rincón de cantos, la noche...
Muere el día, vive el día...
La Muerte y la Vida encienden
la misma luz en la noche
y la apaga el mismo viento.
Mar y ramaje en tormento...
¿Viene de la Muerte el viento?

Rincón de sueños, la noche...
—El va cruzando desiertos.
¿Viene de la Vida el sueño?
¿Viene de la Muerte el sueño?—
El pasa por el desierto;
vive y muere y es su canto
la eternidad del desierto.

Duda de Amor en tormento...
—¿Viene de la Muerte el viento?
Mar sosegado y tormento,
rincón de cantos, el sueño...
¡Llega tu sueño en el viento,
Muerte y Vida, flor de vida
única flor del desierto!

Mi amor te busca; arde el viento,
arde el bosque, arde el desierto,
arden todos los tormentos...
Mar inmortal y desierto
único mar y desierto
sueño de la vida, sue?o:
¿Viene con tu sueño el viento?

(Cruz y Extasis de la Pasión)

Canto Desierto

Soy yo quien levanta este puente vivo y firme
entre tu alma y mi alma.
Soy yo la que levanta este aire de los sueños
con mi canto.

Soy yo quien puede contemplar nuestras imágenes,
tomarlas amorosamente en manos puras
darlas al gran desierto.
—¡oh vaso y embriaguez, en vuelco súbito!—
Soy yo, sí; la que puede crear este sueño y este canto
y el fuego solitario...

Soy, yo, sí: pero a veces nos contemplo en la lejana imagen
a través de las lágrimas,
¡y ya está sola mi cara cubierta por dos manos vacías,
y ya está sola mi alma!

(Espejo sin Muerte)

Canto de las Flores

Desde un rincón del día dorado
escondidas flores me llaman.
—¡Por tu amor sé escucharlas!—
Me recuerdan tu alma,
¡ay, sólo conocida por los ángeles!

¡Sólo flores,
las escondidas flores
cantan!

Sabemos sólo flores,
sobre ellas,
apenas apoyadas
tu cara — y tu alma
y mi cara — y mi alma.

Desde un rincón del día dorado
escondidas flores me llaman.

(Espejo sin Muerte)

Las Campanas del Valle

Tiembla el aire, desata las fragancias
si cantan las campanas
llamando a los nostálgicos
seres del valle.

Son locas llamaradas
tendidas a una música lejana
que sólo en sueños viene
con acento velado
por un camino tierno de amapolas
y de lento descanso.

Cuando nos despertamos
a saber otra vez del destierro y las lágrimas
las campanas encienden el aire del desierto
y, también desterradas,
hacia las más lejanas campanas de aquel Reino
cantan y cantan.

(*Los Cantos del Destierro*)

El Angel del Jardín

Cuando el verano sueña ardientes pausas
entre los árboles,
el Angel del jardín me acerca los jardines
y hace cantar el agua.

Las flores amanecen
porque aquel Angel pasa,
El las mira; me mira...
¡todas las flores son una mirada
y ojos y rosas cruzan
su luz de alma!

Angel, flores y yo sólo soñamos
el Jardín de jardines
descendido hasta mí cuando en la tarde
este Angel canta.

(*Los Cantos del Destierro*)

Todas las Rosas

Libre y sola en el aire
posada como un pájaro
en el cristal del aire
hay una rosa blanca.

Ni manos ni miradas
sostienen en el aire
su vivo ser de rosa
su esplendor solitario.

Ha nacido en la noche,
ha cruzado la noche,
ha bebido la noche,
para ser rosa blanca
bajo el silencio blanco
de sus pétalos blancos.

¡Ya sé todas las rosas
en esta rosa blanca!

(*Los Cantos del Destierro*)

Selva Márquez (1903)

Hace casi ya cinco lustros que Selva Márquez no da a la imprenta un libro de poesías. Y este silencio nos parece inexplicable —y de los más dolorosos— porque esta voz poética había acertado desde el comienzo, expuesto una temática preciosa, y en un tono de calidad —sensibilidad y talento— que, unido a esos temas, la hacía inconfundible. Nuestra poesía femenina no ha repetido tales logros.

En primer término, los libros de Selva Márquez eran, verdaderamennte, libros. Nos explicaremos: tenemos poetisas que han sido capaces de escribir veinte, treinta volúmenes de versos. El resultado es fácil de prever. No hay diferencias sustanciales entre un libro y otro. Aun, a veces, en el mismo, se pasa de un poema al siguiente, y el igual tono persiste y más o menos el tema se repite: son las variantes tan nimias que las composiciones se fusionan de por sí. Agreguemos a esto, otro mal: la subjetividad excesiva de nuestras poetisas, en la que se ignora que una personal necesidad de desahogo no tiene por qué coincidir con la del lector. Un mundo para decirlo todo de una vez, donde los otros, como "otros", y no reflejos de sí mismos, no existen.

Selva Márquez trajo, precisamente, a nuestra poesía, el alma de los otros: un mulato, una boda en el barrio, el emigrante, un baile negro, "la Venus vagabunda", los panaderos en el amanecer; la muchacha cosiendo hasta la madrugada, el abuelo gallego, un velorio judío, una cabeza al revés vista en un diario, una mudanza, la cocina ahumada, las calles, etc.

Ya el lector adivina qué peligros acechan a estos temas: el mero pintoresquismo; un verlos desde afuera, convencional; el sentimentalismo fácil; la caída en fotografías y lo pueril. Ha sabido Selva Márquez no sólo saltar sobre todos ellos; aun, manteniendo esos temas como auténticos temas y no pretextos, les ha comunicado diversos estremecimientos singulares: mira esos destinos con un ojo bíblico, y bajo esa vista, la tragedia, la ironía, el grotesco, la amargura, la injusticia, y también su ansiedad de muchacha solitaria, aparecen.

Coraje y miedo, crudeza y ternura, el grito, el sollozo, y el paraíso infantil desvanecido; la visión más directa y los recuerdos de una literatura rara magníficamente asimilada; momentos familiares y visiones monstruosas. Selva Márquez entrevé las suertes ajenas y la suya. Fluye entonces la ironía y las últimas palabras son de drama y rebelión religiosa.

Pero precisemos: ningún histerismo. Esta cabeza es muy sólida. Este carácter se ha forjado en sufrimiento largo. Y el no darse importancia a sí misma ha hecho que su mirada sea verdadera. Muy femenina, al mismo tiempo. Y sí, con sangre parecen hechos sus poemas más violentos, de luz lívida.

De los tres libros publicados, el segundo, titulado "Dos", es el que nos parece más bello, y el que aconsejamos leer primero. Prepara al lector para el clima más atormentado de "El Gallo que Gira". He aquí dos versos del último para dar el drama de una virgen de cincuenta años: "En el pantano de la naftalina — croan las ranas del recuerdo". Pero también, al fin, su delicado credo último: "Sí: creo en esas cosas — tan pequeñas y graves — que abren alguna puerta — que ha perdido su llave".

No nos resulta del todo disparatado comparar a Selva Márquez con Silva Valdés, un Silva Valdés con menos acierto en las imágenes pero más íntimo y religioso. Es indudable que, para ambos, el "mundo exterior existe". En Selva Márquez es sentido con una piedad que acaba en rebelión.

De esta última palabra se ha hecho, a nuestro ver, una utilización abusiva para definir su poesía. Le basta al lector leer los poemas que hemos elegido para comprobar como inexactas estas expresiones de Sarah Bollo: "La poesía de Selva Márquez está muy lejos del sentimiento íntimo; su tema es la rebeldía, la acusación, la amargura insomne del desilusionado y la palabra dura del denunciador". Con tres de estas afirmaciones se lleva al lector a suponer que tendrá delante una desmelenada poesía proletaria. Nada más in-

justo. La rebelión que, como social, se da contadas veces en estas obras, tiene clima de apocalipsis, y es la tragedia quien se adelanta sobre la esperanza.

En resumen, cómo profundamente religiosa vemos esta poesía de Selva Márquez. Pero sin trances, ni ciega fe. Y esto es lo que dice a Jesús: "mi temor es que existas — sólo en mi loca esperanza — y que lo demás, — sea mentira!".

Sin poder creer en él y sin poder olvidarlo.

En cuanto a lo otro, la simpatía por un mundo puesto al margen por la corriente central de la vida, como desecho humano o material, social, urbano; y como recuerdo sin amparo: el del extranjero, el negro o el emigrante, muestran nostalgia precisada, hallazgo en el detalle.

Por lo que se explica el paso que Selva Márquez dio hacia la narrativa, tan bien dado que obtuvo el primer premio en el concurso de cuentos de Asir (Nº 25-26, 1952).

Para explicar mejor nuestra propia manera de sentir esta poesía desearíamos que el lector leyese, releyese, y se dejase llevar, delante de un poema, —que puede ser discutido— como el titulado "Campo". No sólo es un poema bien hecho, sino que no podía estar mejor hecho. Parecerá demasiado visual —sí, felizmente no se ha querido aquí encimar trascendencia— pero es una visualidad que permanece vibrante... y a la que se convierten todas estas cosas.

Obras: Viejo Reloj de Cuco (1935); Dos (1937); El Gallo que Gira (1941).

Ya me Duermo

Este zapato tiene sueño
este zapato viejo
que hace un año era cabra
con pezuñas y cuernos.

(Duerme, zapato,
duerme zapato, abierto,
que conoce las calles
tan bien como mis nervios!)

Este abrigo tiene sueño,
este abrigo negro
que hace un tiempo fué cabra
de los Pirineos.

(Duerme, abrigo,
duerme abrigo viejo,
lacio y doblado
sauce de cementerio!)

Este guante tiene sueño,
este guante seco
que hace tiempo fué cabra
retozando en el viento.

(Duerme, guante,
duerme, guante desparejo,
muleta sin pierna,
vanidad sin cuello...)

Cuántos vientos furiosos
cuántos soles hambrientos
cuántos riscos pelados,
cuántos valles edénicos

rizaron esta lana,
mordieron este pelo,
subieron estas patas,
¡llamaron a estos muertos!

En un establo había una Virgen
de madera de abeto,
con rico olor de sal...
En otro establo un hombre y fuego.

Una mañana era de amores
otra mañana era de truenos
alguna esquila entre las rocas,
un pastorcito pan moreno.

Palabras sin palabras se sabían,
era distinto el alfabeto,
ondulando en el balido
endurecido por el eco,

otro planeta y otra vida
remolinos que giran con luceros...
Y de pronto otra vida con cuchillos
llamas y vértices de acero!

(Duerme, zapato,
duerme guante desparejo,
duerme, abrigo...)
Como quisiera entrar en esos sueños!

Cabras acróbatas como escapadas del Zodíaco,
ahora abrigos, zapatos, guantes viejos...
Yo sé que estoy pensando... y... ya me duermo...
—"Dónde habré estado yo... antes... de... esto...?

(El Gallo que Gira)

En la Cocina Ahumada

Quién no conozca el duende
de la cocina ahumada,
no sabe de los Grandes Lagos
ni de los barcos de dos proas.

Quién no haya oído la música
de la leña en la metamórfosis,
no sabe de las santas monjas
que amortajan merengues en una cueva.

Quién no haya entrado a la sala
en el espejo del perol de cobre,
no sabe de las torres que tocan
los límites del cielo!

Hay que entrar, con la harina simple y pura
mojar la mano con el agua, oír
el canto del ratón a la madera!

Entrar a esta cocina de candiles
con la abuela de falda de alhucema,
encender el olivo en la tormenta.

Para saber las cosas que se ocultan
detrás de rascacielos y de máquinas
con un temblor de luces en la niebla!

(El Gallo que Gira)

Si Llegara la Hora de Pedir

Si llegara la hora de pedir
yo pediría...

Pediría una colcha de colores
con toros, con naranjas, con enigmas,
por donde anduve con mis quince años
canibalesca, astuta y escondida
comiendo corazones como soles
con mi boca recién amanecida.

Yo pediría
andar aquellas calles de colores
con nenúfares, rosas, rombos, listas,
hablar con el astrólogo y el cowboy
ser de nuevo la Virgen o la hormiga.

Yo pediría el codo de la calle
que rasa la navaja del tranvía,
o la canción, gastada en una punta
de la postal llorona,
o aquel día
insolente de sol y de domingo,

perfumado de viandas, mediodía,
agrandado en jocundo Gargantúa,
anillo de dublé para una boda
con camisa de flores y con misa.

Yo pediría un beso en sal y en viento
conservado en oblea
desde la noche, el mar, la roca, agosto,
miedo a la delación y ni una estrella...

Yo pediría...
¡No la rabiosa tarde rechinante,
carreta enmohecida
pasando cuatro ruedas por el lodo,
bamboleante y siniestra,
que se quedó rodando en mi recuerdo
igual que el gallo muerto en la veleta!

(*El Gallo que Gira*)

Calles

Mi calle es calle de muertos
como es la tuya, señor
que pasas lucio y tranquilo
bajo el sol.

Mi calle es calle de muertos
como todas calles son.

Yo tuve abuelo gallego;
compostelano; tozudo,
despacioso, refranero,
altivo y rudo.

Tuve abuelo lusitano,
melancólico, cantor,
ansioso de andar caminos
y de amor.

Son muerto, y están en mí:
como ellos soy!

Todas las tardes asoma
un hombre frente a mi casa;
tiene un perfil siciliano
agudo como una espada.

Nació en mi tierra. Empero,
parece que fué en Italia!

Tiene blancos dientes. Pronta
la mano para pegar,
viva la réplica; negra
la mirada audaz.

Los muertos mandan en él
desde más allá del mar!

Canta; duerme; su pereza
felina sólo se va
cuando baraja los naipes
con destreza de juglar.

Dos muertos mandan en él!
Dos o más!

Uno era bello, querido,
alegre, buen bailarín;
que, aunque de vides comía
jamás cuidó de la vid.

El otro mató, una noche,
luego de un festín!

Ay, muertos que vivos mandan
desde su negra ciudad!
Mis pasos van hacia ellos,
mis ojos ciegos están.

Si con sus ojos de nada
no me ayudan a mirar!

Muertos de las calles viven,
ríen, se dan a cantar
Lloran inútiles penas...
Las horas los llevarán!

El uno roba (el abuelo
fué bandido montaraz)
el otro babea... (el muerto,
el muerto supo gozar!)

Suspiro por todos ellos.
Por mí: quién va a suspirar...?

(Dos)

El Hombre

El hombre pasó tres veces!
Playa medrosa en la noche;
sombra en la arena volcada
como marea sin voces.

(La navaja del pampero
rasura barbas de cobre).

La voz del mar está en fa;
y la voz de la tormenta
tiene el color del azufre
allá, entre las nubes negras.

El hombre pasó tres veces
cerca de las rocas verdes!
El hombre rubio y barbado
encogido bajo el viento
como un perro bajo el látigo.

El hombre que me da miedo
con sus ojos de cobalto!
Qué busca en la noche negra
a la orilla del espanto?
Rabioso, el gigante río
quiere morder sus zapatos!

Ay! Si buscará sirenas?
Sirenas con carne de algas
con voz de premoniciones
y seno de cortesanas?

Ay! Si buscará caminos
entre los surcos del agua?

Quién es? Qué busca? Qué dice?
(Mi voz quiere ser suspiro:)
—Por qué no vienes a mí
que yo quiero estar contigo...
Si yo fuera niña loca!
Ay! Si yo fuera otra cosa!

Veinte pasos en la arena
(arena llena de sombras)
y le alcanzaría mi mano
como piedra de una honda.

(La noche es un agua fuerte
para algún cuento de Hoffman).

Tan fina, que soy, tan fina
como vaina de canela,
tan ligera, tan ligera
que el señor viento me alzara
lo mismo que a una hoja seca

y estar atada al prejuicio
como una concha en la arena!

Tan de Dios, que bien quisiera
ser de todos, como el agua
y aquí estoy, amordazada!

(Fígaro... fígaro... fígaro...
pregona el viento en la rambla).

Cae una gota en mi mano,
el pampero está afilando
su navaja en el asfalto.

Otra vez el hombre! Espero...
—No vienes? —me gritan—. Vuelvo.

En el coche me reprenden:
—Y si fuera un hombre malo?
—Y si fuera un pordiosero?

(Los gritos de las gaviotas
serruchan el aire negro.

Yo tengo alas? Las tengo!
Dios: me has dado alas de fuego
y estoy atada a mi círculo
como una hora en el tiempo!

(Dos)

La Cabeza al Revés

Un vago olvido de sí mismo
baila desnudo, en el filo
de un solo gatuno.

El gato alarga la nota de su saxofón
nota inútil, sin sostén de acordes,
escapada de la tribu del fox.

Yo estoy mirando la cabeza al revés
de cualquier mujer
estampada en un diario escondido entre libros
amarillo ya de vejez.

La cabeza al revés...
Cae la hoja del diario como lengua rígida
que nada tenga ya que decir,
El diario se ha ahorrcado en la cucerda del tiempo
pero está muerto y vivo como un fakir.

Y aún así muerto, aún así al revés
habla cuando yo quiero. Y me pongo a leer;
conflictos, gureras, notas... Sólo un surco sembrado:
nació un niño, ayer...

La cabeza al revés...
A través de los ojos sin alma
yo saco una antigua historia con mi red.
A través de los ojos sin alma
de la cabeza en el papel.

Y qué historia! Qué historia que saco
de ese simple nombre que leo al revés!
de esos ojos tontos que miran un punto
que no puedo ver!

La noche galopa y galopa
en el coche fúnebre en que lleva a enterrar
al hijo de América con la cruz a cuestas
y a las Tres Marías y a mi soledad.
La noche galopa con un ruido sordo
como un caballo en un arenal.

M-a-r-í-a C-r-i-s-t-i-n-a, María Cristina;
lo demás no sé.

María Cristina es el nombre que leo
bajo la cabeza al revés.

Qué salto que sin duda dio en el espacio
el alma de esta simple mujer
cuando vio su nombre esparcido a los vientos
por la mano del papel!

Qué salto! Luego atrás volvió;
pelota fue el alma, que botó y después
se volvió a su tierra. El alma
de esa cabeza al revés.

Ah, Tenorio de terciopelo
funambulesco, lleno de alcohol de luna
que raspa, con el papel de lija de su canto
la calma nocturna!

Gato: que te olvide Dios!
pues no me dejas ver
más que la tristeza de las vanidades
como en esta cabeza al revés.

Y tú? Y yo? No hemos de botar
un instante al aire, pelotas infladas
nada más que con aire
y después nada, nada, nada...?

Ahora, el saxofón del gato es un llanto de niño...
Me aquieto como un viento. Lo que ha de ser
qué importa! Qué importa
si alguna vez
mi cabeza también será una cabeza al revés!
"Nació un niño ayer..." Ay! lo demás, qué importa!
"Nació un niño, ayer..."

(Dos)

La Canción del Zapatero

Cabello color de lino
Y ojos de cielo de enero.
¡Qué largo se hace el camino
bajo este sol de verano
para el pobre zapatero
con el cajón en la mano!

Canta en iddisch su tonada
de letra tajante y dura
como el filo de una espada:

—"Zapateroooo...! Zapateroooo...!"

Salió del Ghetto polaco
con sus hijos de la mano
y sobre el hombro su saco.

Y en las orillas del mar
de "aguas dulces" levantó
una mañana su hogar.

No traía,
más que la noche y el día.
Nada más.

Y anda con tanta cachaza
que las horas le dan caza
y le van dejando atrás!

Patria nueva, zapatero.
Para alumbrar el sendero
de la nueva juventud
tus hijos van a quemar
las páginas del Talmud.

Y en nuevas hojas en blanco
van a escribir la ecuación
de un problema, digno de Salomón:
Razas, más razas, por raza, es igual a Equis Raza...

—Zapateroooo...! Zapateroooo...!

Como pesa el sol de enero sobre tu humilde cachaza!

(Viejo Reloj de Cuco)

Mascarón de Proa

El hombre que ahí te puso, cabeza de madera,
te colocó las alas blancas de su quimera.
El quiso que trajeras, en tus ojos convexos,
(ojos para algún cuerpo sin mácula de sexos)
algún nuevo paisaje que estaba más allá.

Mas
tus crenchas siempre quietas,
ni sacudieron vientos, ni despeinaron grises
alas de albatros:
a tus oídos sordos
no alcanzó la sirena de los mares de Ulises.
A tus dos labios quietos,
(nunca más que dos labios que pudieron ser cuatro!)
no se allzó el vaso lleno de vino de los puertos.

Tu cuerpo estaba muerto, como tus ojos muertos!
Muerto, caído cerca de claras linfas
que, en cariciosas horas lamieron tus raíces
en un prado de Grecia.

Tu cuerpo está caído y era de estirpe recia!

Fue colonia de nidos; fue sombra de los mayos
propicia a los desmayos
lúbricos de las ninfas.

Arbol que estaba anclado, pero que vio caminos
abiertos en la escala dorada de los trinos.

Arbol que estaba anclado, pero que anduvo lejos
con las alas de oro de sus hojas de Octubre.
Para él siempre eran nuevos los crepúsculos viejos;
nuevos, como la ubre
eterna, que resuma la leche de los cielos

ahora no hay auroras para sus ojos ciegos.

Ahora,
ahí está la cabeza avanzando en la proa
entrando y emergiendo de las amargas olas.

Parece que avanzara. Y en verdad está quieta.
Los hombres de la nave la mantienen sujeta
y si anda la cabeza es que quieren los remos.

Habemos
así almas como tú, mascarón de la proa.

Almas que fuimos árbol: hojas, sombras y trinos.
Nos hacharon las manos que labran los destinos,
nos ataron a un barco, sordas, ciegas y mudas...

El barco anda en las aguas más dulces o más rudas.
Nosotros no sabemos.
Parece que avanzamos...
¡Y es que avanzan los remos!

(Viejo Reloj de Cuco)

Campo

Hay un charco entre los pastos
como un ojo abandonado
al que tiñe el cielo gris
de una tristeza de ocaso.

Pastos sucios, pastos altos
que van a lamer los troncos
de aquella hilera de álamos.

Una llovizna comienza
un leif-motiv sobre el charco

Parece que de la tierra
fuera manando cansancio
y la llovizna viniera
de muy lejos, de otros años
de alguna tarde distante,
cuando eran chicos los álamos.

Con el rabo entre las piernas
un perro pasa olisqueando

Y en el camino distante
se va rumbo hacia el ocaso,
un hombre con un silbido
largo. . .

Campo gris de otoño

Campo.

(Viejo Reloj de Cuco)

Nocturno de la Moza

Estaba la linda moza. . .
La moza estaba sentada
frente al tranquilo silencio
de casi la madrugada.

La mano fresca corría
por senderos de puntadas.
La noche era tan caliente
como puesta sobre ascuas
y temblaba en las estrellas
como la luna en las aguas.

El año estaba en Acuario.
Noche de San Bonifacio.

—"Qué tiempo! Qué lindo tiempo
—suspiraba la muchacha—
para vestirme de fiesta
para irme lejos de casa!

(La mano seguía corriendo
a saltos, como las cabras)

—Mi vestido iba a ser blanco,
Blanco, más blanco que plata;
como pecho de gaviota;
como la espuma en la playa. . ."

—Mis anillos, de brillantes!
mi diadema, de esmeraldas!

—"Qué linda iba a estar entonces
así vestida, enjoyada,
como la reina de un cuento,
yo, tan pequeña y tan pálida!

(El ensueño borda flores
sobre una tela fantástica).

Suspira la moza. Moza
de ojos de estío y de ancas
como para darle hijos
a Noé, padre de razas.

Ay! Y no iba a ser suspiro,
si el año ya había afeitado
las rubias barbas del trigo?

Ay! ¿Y no iba a ser ensueño
si eran gemelas colinas
en las blancuras del pecho?

—Será reina. . . (la carcoma
latía en alguna madera
como el reloj en el tiempo
como la sangre en sus venas).

—Seré reina. . . (se dormía
la ácida aguja en la seda)

—Cuando termine el bordado
me darán unas monedas. . .
y me vestiré de blanco. . .
(ay! cuento de la lechera. . .)

Y de pronto, fue en la noche
una voz oscura y trémula
que se venía cantando
bajo de la luna llena:

Santa Lucía
luntano
quánta malincunia...

Temblando esconde la moza
toda la ropa de seda.
Temblando apaga la luz;
temblando se acuesta a tientas!

Mientras el padre borracho
hipando enciende una vela,
hipando llena la casa
de cantos y de blasfemias.

Adiós sueños, moza! Moza
que está llorando de pena!...

(Dos)

La Mujer que Mató

Yo no sé si alguna vez
llego a arrullar en su sueño
la voz de Céfiro.

Yo no sé. Pero es bien cierto
que después llegó otro viento.

Quién sabe de qué manera
ruda la fue sacudiendo,
le hincó en la carne desnuda
sus dientes de lobo hambriento!

La voz del viento era negra;
su agudo pico de cuervo
quebró el cristal de esa aurora!

Los espejos
fueron mostrando el desierto:

arenas grises y tórridas
de miserias sin consuelo;
áridas sabidurías
de una mocedad sin cielo!

La mujer desmelenada
se fue abandonando al viento!

La madre abría su libro
de magia negra, tan viejo
como el diablo, por las noches,
ante cualquier pasajero.

La hija leyó temprano
hasta aprender el secreto.

El viento la sacudía
y la llevó mar adentro
(espiga de la canalla)
y la dejó en otro puerto.

Todos rozaron su oro
como el de algún libro abierto.

Volvió. Los años pasaban
negros, como el viento negro.
Siempre estaba ella en la noche,
siempre, como un cirio ardiendo!

Y el cirio se consumía...
"Aaaahuuuuu...! Vino el viento negro
de pronto, a encender la histeria
con un ascua del infierno.

Y armó la mano desnuda
y la hizo hundir en un pecho!

Hombres que la condenáis:
piedad para su tormento!
El viento tiene la culpa
y el viento viene de lejos...

(Dos)

Sarah Bollo (1904)

Es menester, nos parece, leer toda su obra poética para darse cuenta de la autenticidad de su poesía. Quizá otros lectores, con una lectura menor, puedan obtener el mismo efecto. Si hablamos de una lectura total de su obra en versos no es, por ejemplo, porque Sarah Bollo muestre superarse de libro en libro; lo que por otra parte no nos parece verdadero de ningún poeta. Lo que ocurre, o por lo menos nos ocurre a nosotros, y con cada una de sus obras, es el descubrimiento de bellezas ciertas en medio de una maraña que es necesario atravesar. Esta maraña estaría compuesta por los siguientes obstáculos: insistencia en los mismos temas dentro de una misma forma métrica; floresta de imágenes o símbolos donde la situación real del poeta queda disimulada, evaporada casi diríamos, en un flotante estado de ánimo. Hay una elaboración de imágenes raras, despistantes, más bien no visualizables; y un uso un tanto secreto de ciertos símbolos: "paloma", "narciso", "párpado", en algunos casos.

Sin embargo, esta manera de poetizar —que puede gustar o no— es la que le ha permitido llegar a la otra, a la que nos parece francamente auténtica. ¿Y por qué? Porque los mejores efectos de su poesía tienen que ver con la esperanza, en lo que ella tiene de ciega; con el ensueño, en lo que él tiene de impreciso; y con la soledad, en lo que ella tiene, por un lado, de sorda angustia; y por otro lado, de fusionable con representaciones al acaso de la naturaleza y de la vida. Este último sentimiento constituye la tónica de sus libros y de sus creaciones más bellas. Por aquí se la puede emparentar con María E. Vaz Ferreira; y si tenemos en cuenta las formas expresivas, resulta aún más cercana a Susana Soca. Un pudor estético, moral, religioso, la ha colocado en dicha situación. Mas cuando expresa su soledad el acento es más firme; los objetos, más visibles; su situación, más clara. En esta poesía de la soledad, nuestra lírica se ha encumbrado merced a ella, a un cierto número de momentos inolvidables.

Juana de Ibarbourou y Américo Castro, que le han prologado libros encuentran no se sabe bien qué influjo de Oriente en esta poesía. Para nosotros —vaguedad por vaguedad— resultaría más próxima una influencia germánica, por vía Heine o Bécquer; en tono, en ritmo, en aire vago. Mas la verdad del caso es que Sarah Bollo no presenta, a nuestro ver, ninguna influencia claramente reconocible.

Enfrente de las poetisas carnales ella ha elegido el mundo de la espiritualidad; y de este mundo, las fronteras en que son gustados, en estado de misterio punzante y furtivo, esos sentimientos de los que ya hemos hablado: la esperanza, el anhelo ensoñativo, la soledad.

Podemos rechazar esta poesía por considerarla, en exceso, vaga; pero si somos capaces de gustarla nos daremos cuenta que esa vaguedad es su elemento esencial; aquél que le confiere una eficacia sugeridora comparable a un dejo o a una atmósfera. Sirva de ejemplo la "Balada de la Luciérnaga". Con lo que hemos dicho tenemos miedo de haber inducido al lector que no conoce esta obra, a la idea de hallarse frente a una poesía "suave". Es precisamente lo ardiente y lo intenso que, declarado o balbuceante, está presente aquí. Cuando Sarah Bollo canta a la muerte de su padre en "Ciprés de Púrpura", a la muerte de su madre en "Espirituales", o bien a la de una niña, Lucía Fischer; o a la de un joven marino, Jorge Bidegain, caído en cumplimiento del deber en la tragedia del "Banco Inglés", logra versos de un patetismo profundo que son, a la vez, ejemplos de plenitud y síntesis.

Por aciertos de esta naturaleza es, a nuestro ver, la manera usada en sus últimos libros la que más le conviene: la estrofa breve en un poema no muy largo.

A nuestro requerimiento, nos ha enviado el siguiente pensamiento como divisa de su labor poética: "La Poesía es la expresión estética y reveladora del mundo visible e invisible, al través del espíritu y del universo".

La selección que nos enviara a nuestro ruego para esta Antología, sólo coincide en dos o tres casos con la que seguidamente presentamos.

Obras: Diálogos de las Luces Perdidas (1927); Los Nocturnos del Fuego (1931); Las Voces Ancladas (1933); Regreso (1934); Baladas del Corazón Cercano (1935); Ciprés de Púrpura (1944); Ariel prisionero - Ariel libertado (1948); Antología Poética (1948); Espirituales (1963); Tierra y Cielo (1964); Diana Transfigurada (1964).

Elegía de la Hiedra

Sobre mis hombros pesa la esperanza
más que la muerte y el dolor.
El polvo de oro de los lirios del alba
cae todo sobre el río.
Quiero vivir en una tierra lejana,
donde el crepúsculo su ardiente sangre no vierta.
Mi corazón, copa de oro,
recoge la lluvia encendida.
¡Oh, la oprimidora hiedra de la esperanza!
Quiero irme a una lejana y estéril tierra.

(Los Nocturnos del Fuego)

Holocausto

Con las manos alzadas te invoco.
Te doy
la ceniza de mi hora deshecha;
el rojo fruto de mi trabajo de hoy;
el suave mármol de la flor perfecta;
el puente del rayo de luz que nos une;
la llama azul de mi oscuro dolor;
mis cabellos de oro;
mi juventud.
Todo te lo doy
por un solo momento de dicha,
por sonreír
sin que me miren tus pensativos ojos,
desde la noche de mi alma errante,
¡oh, mi desconocido Dios!

(Los Nocturnos del Fuego)

Nocturno de la Soledad

¡Soledad, soledad!
Yo tiré la piedrezuela del recuerdo al río de la vida.
Yo también tiré
los follajes claros de los sueños
antes que las gacelas del otoño los arrebataran.

Soledad, soledad...
Mi dolor ya no era mío;
como un astro,
derramó su abrasada cabellera de oro y sombra
sobre el mundo
donde cada ser cultiva su viñedo
de desesperanza.
Mi dolor ya no era mío.
Era de todos los que aman.

En la noche solitaria y honda
yo lo recogí.
Hoy lo miro
reclinado sobre mi hombro,
él, mi hermano hasta la muerte.
Yo, su hermana.

¡Soledad, soledad!
Yo tiré la piedrezuela del recuerdo al río de la vida.
Mi dolor ya no era mío.
Ahora nunca, nunca más se perderá.

(Los Nocturnos del Fuego)

Elegía de la Hiedra

Sobre mis hombros pesa la esperanza
más que la muerte y el dolor.
El polvo de oro de los lirios del alba
cae todo sobre el río.
Quiero vivir en una tierra lejana,
donde el crepúsculo su ardiente sangre no vierta.
Mi corazón, copa de oro,
recoge la lluvia encendida.
¡Oh, la oprimidora hiedra de la esperanza!
Quiero irme a una lejana y estéril tierra.

(Los Nocturnos del Fuego)

Holocausto

Con las manos alzadas te invoco.
Te doy
la ceniza de mi hora deshecha;
el rojo fruto de mi trabajo de hoy;
el suave mármol de la flor perfecta;
el puente del rayo de luz que nos une;
la llama azul de mi oscuro dolor;
mis cabellos de oro;
mi juventud.
Todo te lo doy
por un solo momento de dicha,
por sonreír
sin que me miren tus pensativos ojos,
desde la noche de mi alma errante,
¡oh, mi desconocido Dios!

(Los Nocturnos del Fuego)

Nocturno de la Soledad

¡Soledad, soledad!
Yo tiré la piedrezuela del recuerdo al río de la vida.
Yo también tiré
los follajes claros de los sueños
antes que las gacelas del otoño los arrebataran.

Soledad, soledad...
Mi dolor ya no era mío;
como un astro,
derramó su abrasada cabellera de oro y sombra
sobre el mundo
donde cada ser cultiva su viñedo
de desesperanza.
Mi dolor ya no era mío.
Era de todos los que aman.

En la noche solitaria y honda
yo lo recogí.
Hoy lo miro
reclinado sobre mi hombro,
él, mi hermano hasta la muerte.
Yo, su hermana.

¡Soledad, soledad!
Yo tiré la piedrezuela del recuerdo al río de la vida.
Mi dolor ya no era mío.
Ahora nunca, nunca más se perderá.

(Los Nocturnos del Fuego)

Barcarola del Regreso

Al través del mar
vuelves.
Al través del mar.

Te amo dolorosamente
en el filo de la espada de la ausencia.
Te amo alegremente
en la campana de bronce de la llegada.
Te amo en el doble lirio de la mirada.
Te amo sin pensar y te amo hasta en el sueño.

Al través del mar
vuelves.
Al través del mar.

Sin decir la primera palabra,
bésame.

(*Los Nocturnos del Fuego*)

Balada de la Luciérnaga

Prende tu pequeña lámpara,
Luciérnaga,
prende tu pequeña lámpara
sobre mi lóbrega puerta.

Soy un alma abandonada...
Luciérnaga,
soy un alma abandonada
en la tenebrosa selva.

¡Hebra de luna perdida!
Luciérnaga,
hebra de luna, perdida
por la nocturna hilandera;
prende tu pequeña lámpara
sobre mi lóbrega puerta.

(*Diálogos de las luces perdidas*)

Ausencia de la Luna

1

La noche profunda, como
un amor incomprendido;
perdida, como el recuerdo
ya lacerado de olvido;
oscura, como la huella
de deseos extinguidos;
la noche profunda era
sin luna, estrellas ni brillo.

2

Me acompañaba en la sombra
la sensación de un peligro;
me acompañaba el recuerdo
clavado como un cuchillo;
me acompañaba la imagen
de un amor ahora perdido,
hundido en el corazón
como en el surco está el trigo.

3

La noche ardiente ocultaba
al duende de los prodigios;
iba de mi alma al mundo,
iba del mundo al destino.
La noche profunda, negra,
sin luna, estrella ni brillo,
era imagen de mi vida,
página con muchos signos
que nadie leer sabrá,
mensajes incomprendidos.

(*Tierra y Cielo*)

Canción de lo Esperado

¿Llegará? Vivo esperando
con renovado esperar.
Vivo de lo presentido,
lo que algún día será.

El cielo borda celajes
con albores de mi afán.
El viento musita cifras
que en el lenguaje no están.

Los árboles me contemplan
traspasados de ansiedad.
Todo vibra conmovido
por un soplo inmaterial.

Sombras verdes del crepúsculo
traspasan mi ventanal.
Me rodean asombradas.
Yo las oigo murmurar:
—"¿Llegará? Vive esperando.
Lo que espero, ¿llegará?"

(*Tierra y Cielo*)

Los Verdes Sueños

1

Verdes son mis sueños,
soberbios pinos,
hondos de silencio
como el destino.

2

Voy sola en la vida
hacia la muerte;
muerte que no es muerte,
fuente escondida.

3

Canto misterioso
brota del suelo.
No oigo sus palabras,
siento su vuelo.

4

Sueño que padezco,
sueño que gozo,
sueño que triunfo...
y es cuando lloro.

5

Verdes son mis sueños.
Tocan el cielo
pero de su anhelo
no soy el dueño.

(*Tierra y Cielo*)

Deseada Muerte

IV

Muerte, valle de lirios,
muerte, río sereno;
acógeme piadosa,
acógeme, te ruego.

En rocío de llanto
ardiendo mi destino
acaso hallé reposo
en el cáliz de un lirio.

El mundo y yo, enemigos;
la esperanza, deshecha;
puñales de los gritos
me traspasan las venas.

Ternura, bien quisiera;
mas nací en el desierto;
espinas, lluvia amarga;
huracanes suspensos.

Si vislumbro un rosal,
la nevada, ¡qué cerca!;
flor junto a mi mejilla
¡ay, qué pronto está muerta!

Oyeme, que te pido
nada más que silencio,
y un muro inmenso y rígido
entre yo y el ensueño.

Y no verlo delante
con su sonrisa, fresca,
perfumada y ardiente,
espejo de belleza.

Y que cuando me acerco
me lo arrebatan; áridos
oleajes de agonía
me circundan en llantos.

El corazón se rompe
en ayes y lamentos;
oscuro río de sangre
me cruza el pensamiento.

En el pecho me crecen
torbellinos y llamas;
espadas de tiniebla
sin piedad me desgarran.

Huye la luz del día;
el corazón mordido
por lobos tenebrosos
se debate sin gritos.

Y como triste sombra
que cruza por la vida,
pálida y solitaria,
sigo, sigo, vencida.

Sin oído a mi queja;
sin sonrisa a mi llanto;
sin ternura en mi arduo
camino, oscuro y áspero.

Muerte, valle de lirios,
acógeme piadosa;
soy uno de los tuyos,
desvanecida sombra.

La vida me desecha,
ah, qué hermosa su danza;
para mí nada tiene
sino mudos fantasmas.

Lo que quise es perdido,
lo que soñé es ajeno;
entre yo y lo que amo,
serpientes y venenos.

Muerte, tu paz, lo único;
recíbeme, oh madre,
que la sombra en la sombra
acaso luz derrame.

(Ciprrés de Púrpura)

Balada de la Transfiguración

Callada noche perdida;
tu rostro junto a mi rostro;
noche de la pena mía;
tu dulzura es mi reposo.

Amor vigilado y puro;
no sabe si es miel o bronce;
ensueño de soledad;
aire fino de reproches.

Gozo de labio tan mío;
apasionado cerrojo,
quisiera ver tu secreto;
palabra, dicha, abandono.

Nobleza de mano firme;
mirada sobre mi rostro;
distancia ya no quemante,
soledad ya no de polvo.

Refugio mío, tan dulce;
tú en el alba y en la tarde,
en el nardo y en la dalia,
en las piedras y en los mares.

Ejercicio de esperanza;
todo tú libre de sombras;
vida con vida, siguiendo
el cauce de la memoria.

Manso de fuego y de luna,
tan socavado de adioses;
yo vigilaré tu ensueño
contra hiedra y leones.

Dulzura mía, tan mía,
sin tú dármela, sin nombre;
nada dijiste y la siento
transfigurando mi noche.

Amor de dicha y quebranto,
daga de lirio en el hombro;
dime que llegaste al puerto,
dime que ya tienes todo.

Vencida luz en tus manos
pacíficas de alegría;
dame por siempre la lumbre,
la rosa, el pan, la sonrisa.

(Baladas del Corazón Cercano)

Las Apariencias y la Partida

Frígida nieve sobre los setos, ay, nieve ardiente y perfumada;
en los ramajes vacilan lámparas, ay, para siempre se han [perdido;
sobre el estanque finos anillos nacen, esplenden, se quiebran, [mueren;
la pompa firme de las corolas cae lentamente destruída.

El ave lanza su ardiente canto, lo mata el dardo del silencio;
combates locos de los reflejos figuran muertes sobre la arena.
Ay, sobre el viento se desintegra tu voz, canción, rezo o lamento;
ya nada sé sobre tu vida, todo es confuso, arena bajo la ola.

La nube finge en el espacio, torre, gacela, niño, laguna,
la nube huye frente a mis ojos, ay, tan heridos de la [apariencia.
¿Tú, dónde estás que no te hallo, dónde te ocultas, pérfido [arcángel?

Vas a mi lado, mas tan lejano que ya no veo tu corazón.
Tomo tus manos, tallos distantes de milagrosa gloria silvestre;
en tu sonrisa hay tanta nieve que mis rosales quedan [desiertos;
en tu mirada, llanura inmensa donde no cruza la luz del río;
en tu palabra cavan distancias los siete espíritus de la partida.
¿Tú, dónde estás que no te hallo? ¿Es que tu alma te [abandona?
Me abrazo a ti con mudo brío, llamo en tu pecho con la [pasión.
¿Tú, dónde estás? La nube ensaya nuevas figuras mansas y [ardientes.
El viento vuelve mi grito amargo de los caminos donde [combaten
muertes y vidas.
Doblada ausencia del tan cercano que me ha ocultado su [corazón.

(Baladas del Corazón Cercano)

El Encuentro

Lo perdido está perdido
y no se vuelve a encontrar.
Así dicen muchos, pero
palabras son, nada más.

Te perdiste en los caminos
que van del aquí al allá.
Te perdiste y sin embargo
en mi corazón estás.

Allí estás como tú eras,
victoriosa y sin disfraz;
no muda, yerta, postrada,
con cenizas en la faz.

Allí estás con tu sonrisa,
con tu mirada de paz,
con tu callada dulzura,
con tu infinita piedad.

Cuando te pierdo de nuevo,
lo pasado al recordar,
entro en mi alma y te hallo
donde siempre vivirás.

Lo perdido está perdido
y no se vuelve a encontrar.
Mentira. Tu voz me dice
en secreto la verdad.

Me esperas lejos del mundo
y allí el encuentro será.
Esta vida es el camino
que lleva a la eternidad.

Lo perdido en este mundo
de nuevo se nos dará.
La belleza va a la tierra,
del limo nace el rosal.

(Espirituales)

A un Arbol Frente a mi Ventana

Decirte ansío mi mortal ensueño,
árbol crecido frente a mi ventana,
todo empapado en sol y entre la brisa,
verde alegría de la tierra amada;
hojas las tuyas que parecen jaspes
en rocíos livianos sustentadas,
ramas bruñidas con sutil donaire
como alcázares tiernos Arbol; se alza
mi ser frente a tu ser con turbulento
deliquio interno de apacible traza,
desnudo de pasiones y agonías,
como diamante que en tu río se lava,
y te dice: "Oh, callado compañero,
de invisible corriente osado nauta,
tú que asomas sin gesto de imprudencia
tu faz silvestre en mi luz cotidiana,
¿sabes que tengo férvido secreto,
sabes que vivo en el futuro, llama
agitada en el viento, desbrozándose
del cáñamo vital que la creara?
¿Sabes que escucho voces escondidas,
y en una vida tengo vidas ávidas;
que con mi sombra anido avariciosa
sombras sonrientes de delicia ansiada?
En los espejos verdes del rocío
me vi la faz ardiente y transmutada
y en lo hondo del ser algo me dijo
que ésa era mía, temblorosa dalia.
Y tengo entonces dulce la fatiga
y la cólera buena como el agua
que cae en los sembrados y acaricia
mejillas al retoño y a la rama.
¿Sabes que basta un sueño para el gozo
y para el resplandor, una esperanza,
y para la canción, humano hallazgo,

y para el sueño, sólo una mirada?
Acaso en tu temblante arquitectura
hay gérmenes de eternas perdurancias.
Mas yo también haréme hacia el futuro
un camino de huesos y de almas,
un camino que el viento no deshace,
ni el rayo, culebra confesada,
puede morder, ni el río anega y lima
ni se extravía en la nocturna pampa;
un camino de gritos y de éxtasis,
fáustico, entero, con sonrisa y lágrima
arrancando en mi pecho sus estambres
para llegar a la remota ráfaga.
Tú dame la amorosa bizarría
del nacimiento suave de tus ramas,
el resplandor al golpe de la lluvia,
el silencio si en todo es salpicada
tu corteza, la risa de tus hojas
en la brisa, las frutas arrancadas
sin un lamento, la raíz profunda
bebiendo en las oscuras hondonadas.
Dame tu heroica sed de espacio y cielo
y tu médula ansiosa de distancias.
Así te dije, árbol, y en tus cumbres
un pájaro cantó, cual llamarada
de amor, que deslizándose en tus ríos
de savia, tus tesoros me entregaba.

(Ciprés de Púpura)

Nicolás Fusco Sansone (1904)

Lanzóse a correr o, mejor dicho, a saltar y brincar por los prados de la poesía cuando contaba sólo 18 años. Sonante como un trompo, según Parra del Riego que fue el autor del Pórtico a "La Trompeta de las Voces Alegres". El mismo se sentía de esta manera: "Así, — con tus alegrías — y con mi grito — voy saltando — todos los obstáculos — del mundo — cual si fuera — un travieso cabrito..." Cosa curiosa ésta: "Nicolino" —como le llamaba su madre— "nunca quiso olvidarse que fue alimentado en su más tierna infancia con leche de cabras jubilosas. No tenemos por qué pensar, a este respecto, en los sátiros de Dionisos. Ninguna lascivia sino alegría loca del campo, saltos silvestres sobre roca y obstáculo, frenesí de puericia en pasión general de lo vivo.

"Desde que se hizo presente no mostró signo alguno de ser de este siglo" —decía Angelina del Carril. No podía entenderse pero sí sentirse con aplauso y con ganas, después de la primera guerra mundial, este "tal gusto de plena vida" (Juana de Ibarbourú). El libro era doblemente simpático, no sólo porque parecía un chorro de alegría completamente en el aire, sino porque el joven autor en vez de enmascarar su ingenuidad la iba por todas partes plantándola a gritos. La gente se había echado a pensar en el fin del mundo, y andábase en medio de ella el muchacho empeñado en dar vueltas de carnero; y porque sí, porque se le antojaba, porque le sobraba la vida, porque no tenía que pedir permiso a nadie para saludar cualquier cosa, y felicitar a una naranja o a un durazno a causa de la "perfomance" que continuaban cumpliendo en la tierra.

"Para gustar de estos versos hay que volver a ser niño — escribe Ipuche. Gervasio Guillot Muñoz veía allí "poesía en estado nativo". Desde un exclusivo punto de vista nosotros creemos que este libre es único: nos referimos a su confianza tan sin recelos y a su audacia de amor por las cosas frescas y sanas. No hay,

nos parece, libro nuestro de versos que le supere en alegría.

Las obras posteriores siguen representándolo dentro de la tónica citada aunque aquella irradiación juvenil, claro está, no podía repetirse. Con todo, es necesario seguir hablando de un lirismo físico. El verso de Fusco es salido de golpe, instantáneo; exclama y afirma más que canta; y antes que ritmo calculado, es plétora. Así, de "Preguntas a las cabezas sin reposo" dice Pedro Mastronardi que "es obra desprevenida, inocente, distanciada de las astucias retóricas".

Y nosotros creemos que se podría decir más o menos lo mismo de sus libros restantes. Sus poemas más logrados dan siempre la idea de un acierto sin premeditación.

Ocurre algo raro: No se puede dudar de su inmediatez y velocidad inspiradoras; y, sin embargo, a primera vista desconciertan, y se afirman al ser repensados desde su situación temática. Eso nos ocurrió, por ejemplo, con "Nocturno de la extraña soledad".
El salto del impulso aquí lo es todo. "¿Para qué perder tiempo en detallar tanto la manzana si ya la tenemos en nuestra mano?", escribe Eduardo Dieste a propósito de Fusco Sansone en 1930. Pero para coincidir, es necesario agregar que esta euforia sabe también, en ciertas ocasiones, dar paso a una concluyente estupefacción contemplativa, como cuando la noche, toda hecha de luna, haciendo círculos en derredor de un árbol solo en mitad del plantío, le hace decir: "Una intensidad de campana — vive en los maizales dormidos".

Su futuro libro de versos "Sin saltar la propia sombra" lo muestran en "un optimismo de regreso" (Pereda Valdés) de vivísima importancia vital y poética.

Obras: La Trompeta de las Voces Alegres (1925); Pregunta a las Cabezas sin Reposo (1930); Los Caminos del Día (1933); Presencia de Canción (1941); No toda la Noche es de la Luna (1952).

Un Pájaro Blanco en la Mañana del Mar

En la soledad azul del cielo
nace el pájaro blanco.

¡Y juega su alegrría
en la mañana del mar!

¡Quiero esas caricias
de las alas trémulas de victorias
para dejarlas en una siembra ardiente
sobre el cuerpo
de todas estas mujeres
que pasan
en una luz de frescura frutal!

¡Oh, cómo se llevan a mi juventud
ese blanco vagabundo del cielo
y estas mujeres del mar
que florecen carnes temblorosas de lejanías!

Suavidades de sueños
ha traído el pájaro blanco
junto a los ojos de horizontes vírgenes
de sombras nocturnas.

(Mi esperanza de hombre fuerte
busca las desnudeces de la mañana
perdida en el abrazo de fuego
que el sol tiende en la playa).

Pájaro blanco que naces en la soledad
del alto espejo del mundo:
¡dame las desnudeces de la mañana!

¡Entonces
serán ágiles mis días
y lentas mis noches

(Preguntas a las Cabezas sin Reposo)

Canto al Durazno

¡Cómo tiemblo de gozo
preciosa fruta madura
al abrir tu caja pura
que encierra
los jugos más profundos
de la tierra!

Tu frescura áspera y dulce
me da ganas de saltar,
reír, cantar y caminar.

¡Oh el riego de tus mieles potentes
que afinan a mis nervios calientes!

¡Durazno... Durazno... Durazno...!
Fruta fuerte y ardiente
que pones en la sangre
la preñez de una simiente,

Tus jugos le dan a mi ser
palpitantes sensaciones
de impetuosa alegría
con afán de correr
—¡el mundo es tan ancho!—
embestir y vencer.

Durazno... Durazno... Durazno...!
Tu carne roja y amarilla,
blanda bajo los dedos inquietos
que palpan formas turbadoras,
hace girar ligeramente
mi corazón impelente.

¡Qué río dulce y agresivo
es tu cuerpo sangrante
de sabor vivo
entre mis labios trémulos de mieles!

(La trompeta de las voces alegres)

Leche de Cabras Jubilosas

Amamanté mi existencia
con la dulce leche
de las cabras jubilosas.

Fuí un niño salvaje
con el gozo puesto
en los hechizos de las ubres.

Leche pura y tibia
que me llenaste con el ímpetu
de una sangre ardiente:
aquí tienes el saludo
de mi canto libre.

¡Tibia leche de cabras
sueltas en la pureza
de los campos vivos
con flores silvestres
y aromáticas hierbas!

Por ti llevo en mi vida
la alegría de los montes
y la pasión del sol.

¡Qué bien me has hecho
leche que yo absorbí
de unos duros pezones
cordiales en su abundancia!

Así,
con tus alegrías
y con mi grito
voy saltando
todos los obstáculos
del mundo
cual si fuera
un travieso cabrito...

(Las Trompetas de las Voces Alegres)

Nocturno del Amor Perdido

(Canción encontrada en un puerto)

Tenemos que dejarlo en el mar
de esta noche en que los marineros
duermen sus lejanías en oscilantes camas.

¡Así muere tu amor por mí,
entre fuertes golpes de puño
y terribles llamados en la muralla del día!

¡Duro, contradictorio y loco
me hizo el mar de la vida!

El amor mío no tiene despedida
suave y delicada:
es golpe de puño, cabellera arrancada
en la mujer de un viejo puerto europeo
y después levantada
como un trofeo
para una voz de hombre que ya es alarido
en la noche del amor perdido.

Mañana los borrachos asomados
en su día borroso y vacilante
festejarán las marcas de mis puños pesados
y cantarán el canto del amor amenazante.

¡duro, contradictorio y loco
me hizo el mar de la vida!

(Los Caminos del Día)

Terca Canción

Ola que vas en el mar perdida
como sobre esta dura tierra
marcha solitaria mi vida
con la terca canción que el pecho encierra
en nacimiento y muerte confundida.

Así en todo: llegamos y partimos
pensando siempre en lo que pudimos vivir
y sin embargo no vivimos...

Terca canción que mi pecho encierra,
ola que vas en el mar perdida
¡si un impulso nos destierra,
otro nos vuelve a la vida!

(Presencia de Canción)

Nocturno de la Extraña Soledad

En el aire se movían todas las primaveras
abiertas en el surco celeste de las palomas.

En el aire la soledad de tu voz
temblando como una flor.

Y yo con mi deseo, ¡amor!,
otra vez pálido centinela
de tu cuerpo,
adivinó la encendida noche de los claveles.

¡Qué antiguo todo en el aire canela!

Y después...
—¡oh amor con todos los caminos!—
íbamos con los flancos custodiados
(¡adiós blancas velas de los navíos!)
por mares cercanos
y lejanías de voces marineras.

Subían paralelos nuestros cuerpos
—raíces en vida y muerte confundidas—
en fuga bajo la encendida noche de los claveles
por caminos sin desiertos.

Más tarde...
hacia el amanecer la carne creció en rosas
y las almas nacían temblorosas
entre el rocío virgen del alba.

¡Caían las alas de fuego!

Y después...
otra vez en el aire la soledad de tu voz
frente a mi nueva soledad.

(Presencia de Canción)

Vano Intento

En la noche
y en un río de soledad,
intento acercarme a tí
¡oh, muerte!
que creces en mí
como única verdad.

¡Vano intento de acercamiento!
Vuelve la luz del día
y me aleja de tu eternidad.

(Presencia de Canción)

Sin Nacimiento ni Muerte

Orillas de mis soledades,
Cielo de mis nostalgias,
Tierra de mis verdades,
Viento de mis tempestades.

Aquí estoy sin nacimiento ni muerte
en la espiga, en la ola y en la estrella
a solas con mi suerte
ignorada simiente
¡Tan oculta y tan bella!

(No Toda la Noche es de la Luna)

Amanecer

Los gallos abrieron la nueva virginidad
de los caminos
que bajo el ruido de las estrellas
se quedaron dormidos
en el silencio nocturno.

(En las flores del amanecer
la alegría del aire
detuvo su inquietud)

Los pájaros sintieron
el regocijo del cielo
y en los árboles se estremecieron
los nidos
vibrantes de claridad.

El viento dijo su canción
poniendo en las frutas
la suavidad del amanecer.

(La Trompeta de las Voces Alegres)

Canto a mi Madre Campesina

Trepabas a los árboles
por la escalera
de un ansia frutal
que corría
limpia de todo mal
en el círculo claro
del día.

¡Armonía de tu vida campesina
enlazada al corazón de los montes!

Arroyos, pájaros y fuentes
detenían tu marcha
acunando a los cinco sentidos
de tu cuerpo libre.

Le hablabas a los nidos
dándoles la confidencia
de los brazos movidos
como si fueran
banderas marinas.

¡Fresca amiga de la tierra!

Los arroyos jugaban contigo
igual que con las plantas
de sus orillas.

Eras una planta más
coronada con las maravillas
del agua que pasa llevando
el canto que nadie canta.

Tenías quince años
maduros
al sol de los campos
y tus juegos aleteaban
entre los corderillos.

¡Fiestas azules
de los instintos limpios!

Un día sentiste
el anhelo de un hijo
y me lanzaste al mundo,
riendo
bajo la luz de los árboles
temblorosos de frutos.

¡Al aire libre escuchaste
el fino latido naciente
de la risueña simiente
que iba abriendo caricias
en tu carne serena!

(La Trompeta de las Voces Alegres)

Clara Silva (1905)

El tema central de esta poesía y su verdadera originalidad en nuestras letras consiste en una agonía religiosa. Lo que no quiere decir que sólo en ella han de buscarse sus mejores logros. Así el último libro de versos publicado muestra los aciertos de Clara Silva en otro ámbito.

Desde "La Cabellera Oscura" la crítica se ha mostrado —con justicia— unánimemente favorable a esta obra, y justa también en sus reparos. Que nos perdone Guillermo de Torre. Pero nos parece no encontrar en su prólogo —quizá la culpa es nuestra— real franqueza. Se pasa demasiado tiempo hablando de la poesía contemporánea en general —con lo que sigue instruyéndonos— pero los elogios no son precisos. No nos orientan.

En cambio, nos parece el mejor estudio sobre Clara Silva el que le dedica Isabel Gilbert de Pereda en "Escritura" (Nº 7). Amiga personal de la autora no se siente obligada a perder su valentía. Es necesario felicitar a las dos. Si bien comenta "Memoria de la Nada", al recordar el primer libro hace reparos "a una cierta arrogancia discursiva, una altisonancia conceptual, madura, noble, pero no siempre traducida en feliz exactitud poética"; "fronterizas arenas de prosa y poesía". "Aquéllos para quienes el arte tiene por lo menos igual valor que la inspiración y el caudal de vida que dan nacimiento al poema, se sentirán frustrados por esos desmayos expresivos, ese conceptualismo no siempre incorporado a la poesía, o por ciertas rupturas del ritmo en favor del pensamiento".

Es que los temas de estos dos primeros libros son: la vida, el amor, la muerte, el tiempo, la eternidad, la nada, y como se dice en esta misma crítica, Clara Silva "canta en lo personal lo genérico, en su angustia la angustia de la especie". Quizá no esté dicho como

reproche. Pero nosotros podemos sentirlo como tal. Porque deseamos considerar la primera dificultad que ofrece esta poesía. ¿Quién que sea justo puede negar a Clara Silva sinceridad, intensidad, y relámpagos de grandes versos en sus fuegos sombríos? Pero si decimos que es una poesía intelectualizada a veces; previamente ambiciosa, en donde el tema y el vocablo son dictados por una necesidad contemporánea de la poesía, y no de su poesía, creemos que pecaríamos de exagerados y de injustos sólo en el caso de generalizarlo para toda la obra de esta autora.

Nosotros vemos más timidez que vanidad en dicha sumisión. Clara Silva es admirable cuando poetiza sobre algo concreto: el patio de dameros, voces de antiguas quintas, el cuerpo, Lázaro que vuelve de la muerte, las llamadas, el tango, etc. Pero también cuando poetiza estados interiores intensos y concretos como se muestran en algunos sonetos de "Los Delirios". En cambio, cuando el tema es más general, sentimos que se extiende en exceso, se hipertrofia; y la palabra se desciñe.

Queremos ahora discutir "ese tremendo egocentrismo" que es al mismo tiempo "su fuerza", según Idea Vilariño "Marcha" (Nº 778) en su comentario de "Los Delirios". (En realidad, puede haber tanto egocentrismo en aquél que se siente por encima de todo como en aquél que se siente por debajo de todo. En el primer caso se es verdugo y en el segundo, suicida).

No es lo que ocurre con Clara Silva. La preocupación obsesiva de sí en dicha obra es la del náufrago o la de quien está a punto de ser martirizado. Lo que le espanta es la crucifixión que se le exige, su muerte de Gólgota, para renacer en nueva criatura. Cosa ésta —"terrible cosa es caer en las manos del Dios vivo"— que ha sido capaz de espantar a los santos. Y como Clara Silva vive en este libro su más grande agonía religiosa —llega hasta un lenguaje casi blasfematorio, que no ignoraron por otra parte ni Job ni Jeremías— es natural que, falta de esa fe que resucita, se prenda con sus dos manos a todo lo suyo que, al mismo tiempo, quiere abandonar. Por lo tanto —y otra vez— su egocentrismo tiene para nosotros más raíz en el miedo —aquí, espanto— que en su soberbia.

En cuanto a su técnica, "Guitarra en Sombra" la muestra corregida de sus defectos. Por ejemplo: "pura embriaguez en ecuación de altura"; "claridad a tu noche de objeciones": esto parece no sentido; fabricado,

y mal. A Isabel Gilbert le gusta por su riqueza imaginativa y poética un verso como éste: "un soborno de hojas"; pero a Líber Falco, no. Para él no ensambla en la línea austera que el libro, en general, arquitectura y sostiene". (Asir Nº 18, al comentar "Memoria de la Nada").

Finalmente, Fryda Schultz de Mantovani (Ficción Nº 5) en agudo juicio sobre "Los Delirios" encuentra "dejos barrocos" en "estos sonetos que parecen volver de los infiernos", de los que suele surgir "un intento de angeología diabólica".

Pero nos deja profundamente pensativos cuando resumiendo esta búsqueda de Dios de Clara Silva dice: "Tal búsqueda no sería verdadera si no cayese, en nuestro tiempo y existencia, en la rebeldía vital". Pero ¿cómo? ¿Es condición *sine qua non* de la modernidad buscar a Dios en la rebeldía, y no en la entrega, como se ha hecho en todos los tiempos y sin la cual no ha habido nunca alma ninguna capaz de hallarlo?

Obras: La Cabellera Oscura (1945); Memoria de la Nada (1948); Las Bodas (1960); Preludio Indiano y otros poemas (1960); Guitarra en Sombra (1964).

Cenizas del Mar

Entre mis pies corre el río
ancho azul como la mar
tumba
retumba en mi oído
él y yo sola a cantar
sin que nadie nos escuche
vamos juntos a la mar
el río en mis pies
desnudos
cansados de andar y andar
cubierto de sus espumas
sonidos
gritos de sal
van de mi pelo a la orilla
de su orilla
marcha atrás
atrás
y otra vez de nuevo
a mis pies recomenzar
una dos tres
cuántas veces
no te pongas a contar
apenas pisan la arena
mis pies
cenizas del mar
me van borrando las olas
mientras la mar
a la mar.

(Guitarra en Sombra)

Alma en Pena

A la orilla de mi cuerpo
sentada
miro hacia atrás
pensando si todo ha sido
o si fué sin ser
nomás.

Si fueron o no invenciones
del alma que se defiende
del corazón que le tiende
ilusiones
persuaciones
sombras nomás de su sueño.

O es que está por verse ahora
que nunca nada ha existido
si dije rosa
la rosa
deshojándose
cayendo
si dije amor
no me mates
de ausencias
un fatuo fuego
si en los ojos creció ciego
olvidándome
olvidado.

Hay que ver cuantas razones
para esta razón incierta
cuanto penar por un sueño
un tal vez
nunca soñado.

Si soñar no cuesta nada
qué caros los resultados
en pena el alma
si es alma
en pena el sueño
si es sueño.
Y en la noche una luz mala.

Hoy somos
si nos oímos
está por verse mañana
mañana
si estás despierto.
Pero quién pone su oído
entre la Tierra y el cielo
para saber si está vivo.

(Guitarra en Sombra)

Guitarra en Sombra

De pie
febril inventada
por ruidos radios papeles
exige cuerpos mañanas . .
exige brazos
urgente
de sus noches
bocas puentes
entre ayer
y hoy casi atrás
la pareja que la ensancha
en sábanas abrazados
en horas
que son relojes
de arena
seis campanadas
campanas sobre el cemento
campanas duras

cerradas
campanas de nafta al viento
avisos timbres motores
cuidado que el rojo pisa
el verde está de costado
éste es un asalto
quietos
nadie mire para atrás
si mira, ay,
quién encuentra
lo que perdió sin llorar
un número para el sueño
señores
hagan lugar
para esta guitarra en sombra
cantar de aquella ciudad
de madreselva y amor
de candor y de arrabal
ciudad que me va delante
ciudadana de su andar
cuánto y nada
transcurriendo
entre su andar y mi andar.

(Guitarra en Sombra)

Las Llamadas

Ay, que vienen las llamadas
oscuras
de corazones
calienta negro la lonja
atiza el aire caliente
de braseros como bocas
de hechizos que van subiendo
en redobles de tambores
tam-tam sobre el parche loco
tam-tam por la esquina viene
de infierno zambo

caderas
de terror y exaltación
tam-tam
se despierta el barrio
de azufres
líquidos sueños
crece en calambres de sombra
en vilo azuza el compás
de tobillos que se mecen
ardiendo en los tamboriles
vientres como negras olas
bajan y suben
qué mar
de sudores encrespados
bajo los agrios colores
cuánto rojo
cuánto verde
encienden la soledad
trepidante de retumbos
de candombe
estremecida
por sangre de amor distante
llamadas
almas errantes
de la carne vocinglera
ay negro qué solo estás
la lonja bate agorera
bajo la noche ancestral
calienta el parche
mandinga
monocorde sin parar
brillan los dientes
los ojos
salta malambo gambeta
el escobillero audaz
entre espejos y collares
en el fondo de su noche
a un dios quiere conjurar.

(Guitarra en Sombra)

Tú, que Volviste de la Muerte

Tú, que fuiste elegido para entrar en la Muerte,
trágico desposado
que, en el alba, de un lecho sin esposa arrancaron
¡qué retornar fue el tuyo!...
Con los ojos vendados te bajaron
y ascendiste entre los muertos,
Tu cuerpo se extendía,
larga mesa de fúnebres festines,
en la voracidad de oscuras bocas;
y muchedumbres mudas de cenizas
acechaban la forma de tus manos
para cubrirla con tu seda.
Tu carne liberada,
sin memoria,
y sometida al polvo,
se entregaba.
Las amarras del llanto
que aún se retenían en la tierra,
se hacían cada vez más finas
y ligeras.
¿De qué aflición volviste,
cuando una Voz, traspasando la piedra,
te llamó por tu nombre ya borrado?...
Entre la dulce luz de los olivos
apareciste
de un lívido color de madrugada tus mejillas.
Violentamente
tu olor se abrió como un abanico de miserias;
su temblor se exhalaba
en un sahumerio azul de podredumbre;
hacia la sombra huía
el pueblo de las larvas sorprendido;
y mariposas ciegas,
nacidas en el nido de tu barba,
quebradas por el aire se morían.

La antigua sed del hombre se tendía
a tu salobre río de silencio
subiendo del imperio de cal de los sepulcros.
Lázaro, ¿dónde estabas?...
¿En un prado de flores incoloras
en el que las jaurías del deseo
pastaban como angélicos rebaños,
y los días con sus noches
eran —ay!— siempre iguales, sin sonido?...
¿O un vértigo de luz
te roía los párpados abiertos?
¿O en un vacío de sombras,
rastreando ya, el caracol del tacto,
palpabas con espanto
la cabeza delirante del miedo?...
Tal vez ni beatitud ni afán ni llanto;
quieto, bajo una lluvia sin rumores
verías crecer entre tus ruinas
tallos de amargas plantas.
¿O nada más que un muerto entre los muertos estabas?...
Prófugo de la muerte
y de la vida,
temerosos espacios se tendían
para que tú pasaras.
El filo de tus labios quemado de secretos,
andabas por las calles,
vestido de tu olvido y tu silencio.
Las gentes te miraban como a un gran malhechor
o como un gran desdichado.
Sólo
en la amistad de Aquel que comprendía
te apoyabas.
Y en seráficas cenas,
sentado entre los suyos,
tú callabas.

(La Cabellera Oscura)

La Cabellera Oscura

Con un lento ademán
—de rito antiguo—
la mujer desanuda sus cabellos
y a la copa de plata de la noche
ofrece sus peinetas.

El yelmo azul, que la hacía semejante
a una emperatriz de las tinieblas,
se derrama impetuoso
como un caliente vino
de la tierra.

De un hondo terciopelo es su fatiga;
y en la sombra se abre,
bien amada,
ella, que era nocturna mariposa
en el día.

Fué, en la niña, gavilla desatada
en el aire silvestre,
cayendo sobre un cuello
vago.

Y fué en la adolescente,
recorrida por húmedos reflejos,
como la piel de raso
de un nervioso caballo
de carrera.

Después se armó de fuerza en la batalla.
Rebelde o sometida
es el negro cordaje que sostiene
el orden de los vientos.
Gime a veces con llanto de paloma
o ya el mar la devuelve
en un nudo de sierpes transformada.

Apretada y jugosa
—racimos de vendimia—
la carne del estío la tocó de misterio,
la hizo triste y profunda como un bosque
anocheciendo.

De las celestes bodas desterrada
—¿dónde se oculta el ángel
de cabellera oscura?...—
ella tiene color de vaticinio.
Aguafuerte, goyesca encrucijada,
los duendes del delirio
al borde de su manto
caminan.

Separada del cuerpo por el río místico
de la frente,
hacia ella sube el canto de la sangre,
panal de amargas mieles.

Raíz de la tiniebla,
altas estrellas
eternizan la noche de su cielo

Su posición intacta
en el polvo sin aire,
—la raya dividiendo los dos rígidos ramos—
más allá de la muerte,
ella sabe...

(*La Cabellera Oscura*)

Voces de Antiguas Quintas

Melancólicas quintas, asomadas
a la ventana del crepúsculo,
como una antigua dama
que, bajo sus encajes fatigados,
para salir espera
el apaciguamiento del día.

Verdes retratos,
ya borrándose en calles del pasado;
tumbas ligeras
de las huyentes gracias abolidas,
¿qué queda de vosotras,
¡oh! nostálgicas?...

Una, a veces, bajo su sueño amenazado,
intacta todavía
entre la arquitectura de la hiedra,
se sostiene profunda y solitaria,
en el brillo apagado de sus cocheras.

Rumores de las hojas,
duendes de terciopelo,
habitan la viudez de sus celosías.
El aire recogido en las cenefas
guarda una voz callada;
las rutas de un moaré desvanecido
se pierden en las pálidas alfombras;
el nácar de sus bodas envejece
en un álbum cerrado;
y una fábula ajada sobrevive
en el paisaje absorto de un espejo.

De los caducos ocios, los emblemas,
abren el quitasol del emparrado;
se ocultan en sus íntimos senderos
los bancos olvidados
donde eternos amantes agonizan soñándose.

La luz es su enemiga. Poderosa
en el umbral incierto de dos horas,
sobre un tallo de cenizas, vive apenas
Serafines de plata, su elegía
alzan entre los árboles y el cielo.

¡Qué queda de vosotras, oh, fugaces!...
A veces, sólo el fausto
de los altos portones

defiende con candados herrumbrosos
su ausente certidumbre,
su viento despoblado.
A veces, el fantasma de una fuente,
garganta de los ecos fallecidos;
o palomares tristes en la tarde
—el jazmín ya quemjndose en su aroma—
o nada más que campo de maleza
sobre el pueblo humillado de las raíces...

¡Cuánto esplendor se lleva
tan sin piedad el río de los hombres!
Cómo entregan, con ademán indiferente,
su secreta hermosura,
sus pechos de violetas
—¡reinas de los otoños!—
y sus profundos lechos de myosotis
a la dureza de las verticales...

Cubiertas de silencio, no de olvido,
sólo —¡ay!— de vosotras, este dolido canto
queda en un tiempo vacío
del llanto de las estatuas.

(*La Cabellera Oscura*)

El Cuerpo

Sobre un tallo de medroso siglo
el cuerpo abrió su flor enamorada.
De los lechos profundos de la muerte
en las resurrecciones de su sangre,
se levantó transfigurado
en dimensión de cielo;
hostia de los manjares, de su harina
se alimentaba el sueño.

Era mi cuerpo la más antigua tierra,
era el río, la noche, sus estrellas,
y la copa del mundo, recogiendo
las profecías de la herencia.

Tierra del cuerpo,
cuerpo de la tierra,
la casa de mis huesos,
mi lámpara encendida,
mi término, mi aceite,
y un final de ceniza, agradecido.

Nombrada por Dioses pasajeros
—en mis manos abriendo como un presagio triste
el moroso abanico del verano—
por sitios de jaguares y azucenas
entre asombros pasé.
Sus costumbres de amor
del cuerpo hicieron
una fuente secreta, una lira
de antiguo ardor solicitada.

Con mi cuerpo entré en las catedrales
en barcos, hospitales, aposentos;
descubrí con su tiempo sin palabras
las razones del viento con la rosa.
Y la raíz oculta del poema.

Con la prisa anudada a los talones
en sus asuntos iba prisionera,
Fuí su amiga, su amante, su enemiga.
A su tronco enroscada, hiedra animal,
crecí en los manantiales de su sangre.
El arco doloroso de los nervios
la presa de los días apuntaba.

Alma, que fuiste sólo consecuencia!...
Tierra que fuí, llama que fuí, suspiro,
fantasmas de mi cuerpo,
¿en qué asilos de polvo se extenúan
sus errabundas existencias?

¿A qué puertas, a qué ojos, a qué tumbas,
rescataré su historia?
¿Qué ángel de exterminio
vigila sus sonrisas?
Oh, duelo, si se pierden ignoradas!
Si a muerte vas, que tanto amor no muera...

(*Memoria de la Nada*)

Hecha de tí

Hecha de Ti, a tu medida hecha,
Tú mi padre, señor, juez, enemigo,
me das la libertad en vida estrecha
a muerte ilimitada por castigo.

Tu cuerpo descarnado se me echa
a eterna noche de pavor contigo,
ser de tu amor, que el despertar acecha
si eres Tú o es Satán que está conmigo.

A qué, Señor, a qué, tanta blancura,
a qué, Señor, a qué, muerte empinada,
a qué tu padecer y mi tortura,

si estoy tan sola en el morir vacío,
sola de ti y a tu dolor clavada
que no se cuál es tuyo y cuál es mío.

(*Los Delirios*)

Por más Perdida

Por más perdida cuanto más hallada,
si hallada estoy en mi cárcel de afanes,
por qué tu fuego se resuelve en nada,
amor, aunque me pierdas o me ganes?

Si a la lisonja dí por escuchada,
corriendo descuidada en sus desmanes,
qué es este perseguir desconsolada
fuera de tí, aunque de mí te ufanes?

Asistido de amor me fuí delante
y a tanto riesgo puse su levante
que casi del amor me quedé ausente.

Qué busco, qué no busco, vacilante?
Apurando distancias vanamente,
a un tiempo soy amor, amada, amante.

Dios de qué?...

Dios de qué, de la muerte, de la vida,
a qué muerte, a qué vida necesario?;
si a tu vida en mi muerte eres contrario

sin ti nazco muriendo en la partida.

Olvidado en llamarme se te olvida
que es dolor el amor extraordinario,
tan vivo entre mi muerte, solitario,
tan muerto por dejarme en la caída.

Eres Tú o es Aquél, que me gobierna,
eres Tú o es Aquél, que me derriba
en engañosa muerte arrebatada?

Todo se vuelve igual en noche eterna,
que tu amor me rechace o me reciba
si tanta vida exige tanta nada.

Hasta Cuando, en el ser

Hasta cuándo en el ser, ser de la nada,
eterno amanecer de la ceniza,
el tiempo de tu mano descarnada
oscurece las aguas que bautiza.

De tiniebla, de tierra acumulada,
de muerte que la muerte inutiliza,
tu eternidad en ángeles armada
agoniza en el polvo que agoniza.

Aquí está el hombre y la mujer muriendo
de incierta vida, de regreso amargo,
sin saber, sin querer, apenas suya.

Retírate, Señor, están viviendo
su oscuro fuego, de cenizas largo,
por ti, que eterno vives de la tuya.

(Los Delirios)

Líber Falco (1906-1955)

¿Y qué vamos a decir de Líber Falco —cuya vida y recuerdo sentimos tan nuestros— qué, que esté por encima de la prevista apología? Diremos sencillamente lo que ha ocurrido. Pero primeramente esto otro: En el supuesto caso —nada raro— que su prestigio actual decaiga sensiblemente y se llegue a una ignorancia casi completa —como la que vivió— de su poesía; para nosotros seguirá siendo exactamente el mismo: el hombre y el poeta. Esto no servirá para la literatura pero sirve para vivir entre recuerdos principales y morirse con ellos.

Diremos, ahora, que lo que ha ocurrido siempre nos produjo asombro. La poesía de Líber —que para muchos no es poesía sino balbuceo, auténtica necesidad de decir algo pero sin lograrlo— fue una poesía que a nosotros mismos nos resultó dudosa, por lo menos durante unos ocho o nueve años.

Recordamos muy bien una noche del café "Metro" en que después de haber publicado "Días y Noches", uno de sus amigos más íntimos le decía en medio de una rueda: "Lo que pasa "viejo", es que tu poesía es sincera pero es "chica", muy "chica". Eran los tiempos de la inundación de Neruda que, en las admiraciones corría carreras con Vallejo. Las de éste hablaban del "hueso"; y un poco menos, de la "piedra", granito o cosa así.

¿Qué iban a hacer entonces las "tinas solas" de Líber? ¿Sus "cercos de cinacina", sus "Pancha Pérez", su "Jacinto Vera"?

En la madrugada del velatorio de sus restos, Mario Arregui preparaba sobre él un artículo que le había pedido el periódico "Marcha". Y mientras nos paseábamos en la azotea de la casa de duelo, decía: "La verdad, te digo, que la poesía del "viejo" a mí se me había escapao". Lo mismo nos había ocurrido a nosotros. Y el año pasado, Arregui publicó un libro bello

y breve sobre Falco contando con un humor muy certero, que no le conocíamos, recuerdos anteriores a 1940, y pese a su declaración de evitar la crítica literaria ha magníficamente ambientado el clima de varios poemas de Líber.

Nosotros creemos que la composición titulada "Regreso" fue la que inició la modalidad última del poeta y con la cual se disiparon todas nuestras dudas en cuanto a la dignidad de su poesía. A "Regreso" siguieron inmediatamente "Extraña Compañía" y "Ultima Cita". La nueva perspectiva que estos poemas revelaron permitió, a su vez, sentir la hondura y el eco profundo de otros anteriores que no habíamos sido capaces de comprender.

Lo asombroso es que hoy nuestra más intelectualmente calificada juventud lo ha convertido en su poeta más querido. Y para ello no ha mostrado vacilaciones ni tanteos. Véanse a este respecto los estudios de Magda Olivieri, Héber Raviolo, M. J. Alvarez Rodríguez, D. Pérez Pinto, Omar Moreira, en "Asir" Nº 39; el de Alicia Suárez en "Epoca" (18/11/64) y el de Jorge Albistur en "El País" (15/11/64). No cabe juntar a esta, la crítica de los que fueron sus contemporáneos (E. Rodríguez Monegal en "Marcha"), o la de sus amigos como Arturo Sergio Visca, que es el que ha estudiado más a fondo esta obra.

Hablemos ahora del viento en contra. Don Carlos Rodríguez Pintos, que nos visitara una tarde, dijo haber mostrado a su gran amigo Rafael Alberti los versos de Líber. El poeta español se limitó a decir que eran sinceros, sin agregar mucho más. Don Carlos, a su vez, repitió aquello que tantas veces habíamos escuchado: "era poesía, sí, de un buen muchacho... pero la gran poesía es otra cosa". Y citó a Verlaine y Rimbaud.

Ya en "Clinamen" Nº 3, al comentar "Días y Noches" había escrito Ida Vitale: "Su estilo, que quiere ser exclusivamente humano y nada literario, transcurre uniformemente en el libro, casi desnudo de metáforas, con una estructura gramatical simple, y diríase oral". Oral, sí; poesía venida de palabras que ha sido necesario pronunciar a solas —si no hay nadie al lado para comprender o compartir— una y otra vez, imprimiendo un vaivén al pensamiento, un límite y un eco. De modo que no sólo las palabras sino el ritmo nace con ellas.

Decimos esto porque Líber Falco concedía grandísima importancia a este último — según nos dijo. Observemos cualquiera de sus poemas. No hay nada de acuerdo a reglas en ninguno de ellos: ni metro, ni rima, ni estrofa. Son al mismo tiempo todos distintos entre sí. Pero la discusión mayor se hará siempre sobre el ritmo. ¿Qué ritmo es éste, que parece tan infeliz, quebradizo, cambiante, prueba más bien de impericia, mantenido mediante palabras reiteradas, en un vocabulario que llama la atención por lo escaso? Ninguna mayor desemejanza con los ritmos estables. ¿Qué acentuación y metro rigen estos versos?: "A veces quisiera uno — sin días que lo nombren — perderse, camino hacia el olvido. — Porque para qué alumbra el día".

Y bien: es la fidelidad absoluta a las palabras que han nacido para una conversación posible, solemne y definitiva; y al ir y venir de las mismas. Hay necesidad de hacer durar ciertas voces y de interponer pausas variadas en ciertos versos. (Escúchese el disco donde Líber Falco lee sus poemas). El relleno hubiera sido fácil, pero se habría perdido para siempre la resonancia de esta desnudez desconcertante.

Al cabo de los años, versos como los citados, os persiguen. Os encontráis en plena calle, diciéndoos, casi sin daros cuenta: "¿Qué me dio Dios para gastar — qué?, que no entiendo"; o esto otro: "Cuando voy por las calles — —sube y baja— — de esta Montevideo, madre cruel".

Los contenidos de la poesía de Falco pueden estar resumidos en estas cuatro palabras: triste, solo, pobre, amigo. Nadie ha elevado como él, a un plano poético tan verdadero como emocionante, el sentimiento de la amistad. Pero lo fundamental consiste en que aquél que ha logrado sentir profundamente esta poesía, encuentra como retórica gran parte de la restante. Rara vez se ha dado en la historia de la poesía española y americana, este caso de desnudez final en la emoción y en el lenguaje; este S.O.S. del espíritu, más allá de todo aquello que el hombre —imaginación, sensibilidad, cultura, lucidez, idioma— conoce como sus recursos y sus facultades.

Obras: Cometa sobre los muros (1940); Equis Andacalles (1942); Días y Noches (1946); Tiempo y Tiempo (1956).

La Moneda

A Carlos Denis Molina

Mira cómo los niños,
en un aire y tiempo de otro tiempo,
ríen.
Cómo en su inocencia,
la Tierra es inocente
y es inocente el hombre.
Míralos cómo al descubrir la muerte
mueren, y ya definitivamente
ya sus ojos y dientes
comienza a crecer junto a las horas.

Deja que ellos guarden sin saberlo,
el secreto último de su inocencia
nuestro último sueño, ya olvidado.

Cuando todo termine,
deja que un niño lleve
nuestra única y última
moneda.

Para Vivir

Porque se está sólo ahí,
porque en la locura y la muerte
se está solo,
porque hay un ojo fijo,
incambiado, que acecha sin sentido,
yo quiero ahora abrazaros,
y siquiera no más,
hablar de cómo cambia el cielo.

Solo

Un día tuve el mar
sobre mi corazón.
Como una lengua fría,
el mar
sobre mi corazón.
Y estaba lejos de tí, madre mía.
Y tú lejos de mí,
navegando en un viento sin banderas.
No había raíces que esperan
debajo de la tierra.
Ni árboles había sobre la tierra.
Y el mar lamía mi corazón,
como una lengua fría.

¡Ah Sólo mis ojos.
En órbitas de hielo
y sin tener dónde mirar,
girando.

Biografía

Yo nací en Jacinto Vera.
Qué barrio Jacinto Vera.
Ranchos de lata por fuera
y por dentro de madera.
De noche blanca corría,
blanca corría la luna,
y yo corría tras ella.
De repente la perdía,
de repente aparecía,
entre los ranchos de lata
y por dentro de madera.

Ah luna, mi luna blanca,
luna de Jacinto Vera!

V

A Luis A. Larriera

Volví a mi casa
bajo la niebla de la tarde triste.
Pasé por calles
junto a muros viejos.
Nadie lo vió
y mi corazón lloraba.
Mi corazón a veces de desviste.

Hermano,
bajo la niebla de la tarde triste,
desnudad vuestra alma;
que el corazón es viejo y sabio.
Y el corazón existe.

VII

Aquel miedo, aquella idea:
"Los locos no descansan.
Ay mi madre, yo no duermo".
Aquella idea era locura.
Locura fue gran parte de mi vida.

¿Quién sabe que un día
mucho tiempo,
con dos trajes me vestía,
y que temblando de miedo
até a mi cuello,
aquella roja, gris, corbata mía?

Regresó al Fondo, Hueco y eco de la Nada

Regresó al fondo, hueco y eco de la nada.
Allí el dolor antiguo le esperaba.
—Hijo, tú cerraste indiferente la puerta,
pero yo te esperaba.

¿Acaso crees que no me debes tu alegría?
Un hombre nace y de su dolor toma nombre.
Y luego su alegría, también de su dolor toma nombre.
Lo que fué tuyo siempre será tuyo.
Y lo que un hombre busca olvidar amando,
ni los demás lo saben, ni apenas tú lo sabes.

Si para huir de mí pones una losa
sobre el hueco y cantas y bailas,
No olvides que yo velo.
Tuya es la embriaguez,
pero yo soy tu padre y no te olvido.

Final

Nadie te esperaba, nadie.
Tampoco ahora
nadie te esperará.
Detrás de la última puerta
tú sólo, y nada
y nadie.

Luna

Tan perfecta y blanca.
Tan alta!
Tan lejana y blanca.

Lejos de la muerte,
y de la vida lejos.
Lejos de los llantos.
De las risas, lejos.
Tanto!

No sabe esta luna
cómo todo es triste.
Cómo es bello el mundo
y la misma muerte acaso,
acaso, es volver sin irse.

Sola arriba, sola.
Tan perfecta y blanca.
Tan alta!
Tan lejos de todo!

Nada arriba, nada.
Ella sola y nada.

Extraña Compañía

A Arturo Sergio Visca

Porque estoy solo a veces,
porque sin Dios estoy, sin nada,
ella viene y muestra su rostro y ríe
con su risa helada.
Viene, golpea en mis rodillas,
huye la tierra entonces
y todo acaba sin memoria, y nada.

Sin embargo, con ella a mi costado
yo amé la vida, las cosas todas;
lo que viene y lo que va.
Yo amé las calles donde,
ebrio como un marino,
secretamente fuí de su brazo.

Y a cada instante, siempre, en cada instante
con ella a mi costado,
del mundo todo, de mis hermanos
lejano y triste me despedía.

Mas tocaba a veces la luz del día.
Con ella a mi costado,
ebrio de tantas cosas que el amor nombraba,
como a una fruta
tocaba a veces la luz del día.

Y era de noche a veces y estaba solo,
con ella y solo;
pero la muerte calla
cuando el amor la ciñe a su costado.

Oh triste, oh dulce tiempo cuando acaso
velaba Dios desde muy lejos

Mas hoy ha de venir y ha de encontrarme solo,
ya para siempre desasido y solo.

Lo que fue

Vienes por un camino
que mi memoria sabe,
y me detengo entonces
indagándote el rostro.
Mas ah!, ya no es posible
detenerte un instante.

Todo está muerto, y muerto
el tiempo en que ha vivido.
Yo mismo temo, a veces,
que nada haya existido;
que mi memoria mienta,
que cada vez y siempre
—puesto que yo he cambiado—
cambie, lo que he perdido.

Regreso

A Mario Arregui

Allí golpea lejos sobre el mar la lluvia.
Desde siempre y siempre.
Desde quién sabe qué obscuro designio,
allí golpea y golpea la lluvia sobre el mar.

Oh! inmemorial paisaje,
Montruo paciente y solitario,
mar amargo, agua última
donde un hombre y su miedo
huyen, beben y vuelven
en secreto y solos.

Cuando de allí se vuelve
nada alcanza en la Tierra y todo es triste.
Sin embargo, con urgencias de ahogado
uno pregunta y llama, y otros nos oyen;
porque es preciso juntos, enterrar la muerte.

Y aunque llueve también sobre la tierra
y sobre campos y ciudades llueve,
lejos quedó lo que no tiene nombre
y alguien, con visceral memoria
se rescata y vive.

Entonces, si, que alegría, sentir que estamos vivos,
ir por las calles con cantos de borracho
y sobre tantas cosas inefables y tristes,
poder de nuevo y otra vez, recuperar los días.

Así de oscuro, de embebido o muerto,
un hombre lleva su alegría por la tierra.

Ultima Cita

Ya por el aire navega tu memoria
y todo viene a mí como fué entonces.
Oh! sueño, ensueño, tiempo y tiempo
para siempre y siempre detenido

Monstruosamente múltiple
se alza
se alzaba el mar sobre los malecones
mordiendo los costados de la tierra.
Y tú tuviste miedo, frío, amor tuviste.
Y amor hubo, miedo, amor, en nuestros corazones.

Cuando entonces por eso
se puebla el mar a tu conjuro
y un aire conocido dispone sus fantasmas,
y yo estoy solo, y la furia del mar puebla la tierra,
seres de niebla, blancos, se sientan a mi lado
y conmigo conversan como hermanos.

Luego vienes tú, flotando como harina.
Y silenciosa y blanca, fina y fría
vas diciendo tu nombre, hermana mía,
y en el aire derramas tu aire triste.

Mas, ya no basta tu nombre y su dulzura
cuando ahora, el recuerdo de todo me golpea.
Tú del mar venida, hecha de bruma acaso,
o de los sueños acaso rescatada,
vete y déjame solo.

Deja morir lo que ha muerto.
Lo que hemos dejado morir,
muerto de frío
del otro lado de los sueños, sueña.
Del otro lado está, y para siempre,
en un atardecer de mar y olvido.

Desgracia

Perdona, pero tú no sabes.
¿Sabes lo que es estar solo, solo,
volver a casa a las dos de la mañana,
mojar un pan mohoso, triste y duro,
roerlo solo,
y sentado en una orilla del mundo
ver a los astros que rutilan
y no saber que preguntar ni que decir,
y confundir las hombres, y roer solo tu allá...
un pan mohoso, triste y duro?

Perdona, yo anduve un día, mucho tiempo,
calles y calles junto a puertas y paredes,
nadie dijo mi nombre.
Sólo tú una vez, y qué locura,
para tu frente de violetas
tuve una risa de dos dientes.

Recuerdo

¿Cómo diré ahora que te amaba
si pasó tanto tiempo?
Si apenas lo sabía entonces.
Si tú tenías y yo tenía quince años.

A través de aquel cerco de cinacina
yo te veo muchacha.

Tu andar de pájaro,
tus gorjeos, saludando la mañana.
Qué milagro el día.
Y cada día qué milagro.

¿Cómo diré yo que tú vivías,
que yo te ví,
y que otros te miraron?

Pensando en Luis A. Cuesta

Dime si sabes para qué se muere,
amigo, dímelo.
Yo he masticado dientes mucho tiempo.
Con rabia, con dolor
buscaba algo de mí,
y hoy supe que es un muerto,
y que me está matando.

¿Pero por qué no hablas?
Si tú desde la muerte,
me quitas la esperanza
con que recubro mi alma,
mi miedo y mi nada,
qué quedará de mí para llorarte?

Quiero estar solo, solo
viéndote con mi cara
junto a esa mesa.
Sin Dios, sin sitio
desde donde llorarte,
y llorándome yo mismo,
y llorándome yo mismo,
junto a esta mesa.

Ver tu cara golpear contra la lluvia
y cómo del paisaje, desvías la mirada.

Final - Radiografía

Muerto he de verme
caminar detrás mío,
pulsándome los pasos
que no he dado.
Muerto ya
y con olvidada boca
llamándome yo mismo
—triste humor de la tierra—
y persiguiéndome.

(Tiempo y Tiempo)

Roberto Ibáñez (1907)

Si la poesía de Roberto Ibáñez no ha sido más celebrada entre nosotros, es que el poeta tiene su mayor enemigo en el mismo Roberto Ibáñez —tal nos lo ha dicho el autor en los momentos cuando medita sobre ambos—. En choque frontal "con medio mundo" —según expresión de J. Supervielle— el hombre parece no haber podido nunca con su temperamento. De este rostro tantas veces encendido por la indignación ha brotado, sin embargo, una poesía toda celeste y submarina.

Claro que cuando le dicen que su obra "descubre un frío cálculo intelectivo sobre lo que fue la intuición originaria en el poema" no es nada raro que aquel celeste se pierda y "vestita di color di fiamma viva" la faz retorne, pidiendo justicia.

Con estilo "artista" y esa trepidación que le es tan particular, Guido Castillo ha echado a volar todas las puntualizaciones acerca de la frialdad de esta obra, y después se ha echado también él a vuelo, con estas palabras: "porque en Roberto Ibáñez la perfección es conmovedora, y no debe ni puede ser confundida con las lucubraciones habilidosas y más o menos pluscuamperfectas o, mejor, pluscuampretéritas de la corrección prosódica y versificante. Perfección estremecida es la de este gran poeta uruguayo, y estremecedora, porque la trágica alegría de su pureza es el resplandor de un corazón de fuego, donde hasta la escoria se quema para que no quede otra cosa que la blancura sin término de una llama de música".

En consecuencia: blancura de la perfección y llama de la música. He aquí un doble efecto de esta poesía.

Sin emoción, no hay poesía por supuesto. Pero ésta puede trasfundirse de la vida al lector, como en Líber Falco, casi completamente al margen de los conocimientos que vienen de la literatura; o puede transfundirse, después de pasar por toda la literatura, como en Roberto Ibáñez. Lo importante es que no queden huellas de la misma en ambas experiencias.

Podemos decir que la poesía de Falco es desnuda; y la de Ibáñez, barroca. Ha habido contactos con Herrera y Reissig, Góngora, Mallarmé, Valery. Pero estas influencias han sido incineradas en la obra. Y los poemas que actualmente nos ofrece Ibáñez en la culminación de su carrera poética, están libres de todo antecedente y alcanzan perfección singular en nuestras letras.

Bien es cierto que Ibáñez continúa una tradición, tanto por los temas —Narciso, Eurídice, Aladino, La Bella Durmiente— como por su técnica. Y sin embargo, lo que ha logrado en nuestra poesía —superación incesante por medio— es nuevo.

Antes de referirnos a esta novedad citaremos otra objeción. Se ha hablando de una retórica en Ibáñez. Aun en admirativo artículo (Aiape, 1939) U. González Poggi habla de "impecable retórica". Bueno, lo cierto es que hoy ha completamente desaparecido.

Y lo que lectores poco flexibles confunden con retórica es, en realidad, arte barroco. En Ibáñez esta manera de decir quintaesencia la exactitud del idioma, pero en audacia de imágenes, gustando mezclar los jugos y brillos de la vida al mundo de la ceniza y de las sombras. ¿No es también barroco este contraste de vida suma y muerte viva? Nosotros diríamos que la poesía de Ibáñez más vibra en la luz que sugiere en la penumbra. Esta poesía es misteriosa por su claridad. En las imágenes, el pensar o el sentir acaban su trabajo de sustituciones por medio de instantáneas síntesis.

"Queda en las fronteras del hermetismo sin jamás traspasarlas" — dice de la poesía de Ibáñez, Supervielle.

En esta exactitud, en esta nitidez, en esta vibración consiste la novedad de perfección que ha traído a nuestras letras. Para referirnos a ella y a una peculiaridad de la que todavía no hemos hablado, la musical, queremos recordar palabras que ya hemos escrito sobre este poeta (Asir Nº 38): "Encontramos en muchos versos de Ibáñez una plenitud visual y táctil que le lleva a imprimir a sus imágenes la corporeidad y clara luz de lo escultórico. Creemos que algo de esto ha

pasado también a la musicalidad de su poesía. Diríamos que es una música visualizada. Y no a causa de la simetría del ritmo. Hay, sin duda, correspondencias sonoras ricas, pero, por ejemplo, en un poema como "El Prisionero" el número de modulaciones y aliteraciones es tal que se entrecruzan y multiplican a cada instante, de modo que el oído se retrae o anticipa en su comprobación de equivalencias; y la rima, lo que generalmente llamamos rima, funciona más bien como fondo, como acompañamiento. Se siente algo que "parece haberse hecho solo", aunque es impsible no ver todo el esfuerzo mediante. Es necesario agregar que esta riqueza, esta suntuosidad de lenguaje y de música no comportan a nuestro ver sensualidad. Hablaríamos más bien de castidad poética, en el mismo sentido en que Sainte Beuve hablaba de la castidad poética de Virgilio, o Ercole Rivalta de la castidad poética de Dante. Y ella proviene, en los tres casos, de lo que podríamos llamar un impulso poético diafanizante".

Obras: Olas (1925); La Danza de los Horizontes (1927); Mitología de la Sangre (1939); La Frontera (1961).

La Primavera de los Muertos

Era en la primavera de los muertos.
En huraño retiro.
Frente a mares llorados y desiertos.
Lejos... A la distancia de un suspiro.

Allí una vaga estepa. Una avenida
de ayer a nunca. Un laxo firmamento.
Y una roca en basalto proferida:
la adusta Roca del Advenimiento.

Allí un sumido coro de durmientes
en ávidas moradas
con techos de cristales transparentes
para inciertas miradas.

Y allí, qué sordas lides
en el secreto de la primavera
cuando osaba su yema un nomeolvides
sobre alguno oxidada cabellera.

Llegó hasta allí, con párpados austeros,
joven jinete en un menguante equino
que consumió los remos delanteros
en la niebla del único camino.

Afónica de herrumbre,
una campana carraspeó el suceso.
Y despertó la fría muchedumbre
con un sismo de hueso.

Manos bruscas y rápidas
resquebrajaron el tenaz decúbito.
Y cabrilleó la estepa, con sus lápidas
erizadas de súbito.

Todos hacia la roca de basalto,
el pie ya puesto en mineral alfombra,
pudieron bajo el sol, con sobresalto,
reconocer la enflaquecida sombra.

Uno, al desperezarse cara al viento,
oreó los dedos flojos,
los restregó en el rostro soñoliento:
y se encontró sin ojos.

Otro, para escudar su dentadura
de marfiles marchitos,
sus labios rebuscaba en la espesura
de terrones ahítos.

Una doncella, en público y desnuda,
calada hasta la pelvis por el día,
con tercas manos y congoja muda
sus pobres huesos rescatar quería.

Y alguien, de espaldas a la primavera,
el alma en vilo sobre el hueso obscuro,
vuelta la frente hacia más alta esfera,
buscaba un rostro incorruptible y puro.

El jinete aguardaba como en sueños,
pálido y vespertino,
cada vez en el aire más pequeños
los sueltos ojos del borrado equino.

Y en la tarde esteparia,
oh primavera de viciada brisa,
cundió la muchedumbre solitaria
de una sola sonrisa.

Sus líderes, cetreros de murciélagos,
saludaron corteses y crujientes
a quien venía de nocturnos piélagos
y desde suspirados continentes.

Admiraron, decanos de cenizas,
al jinete de párpados ilesos
y con melancolías fronterizas
le envidiaron la piel, aún en los huesos.

Para saberlo suyo, en los estribos
de la solemne roca,
le pasaron espejos sensitivos
por la apagada boca.

Acres aromas, amarilla lumbre
y voces de gargantas devoradas...
Fue ganando la mustia muchedumbre
sus hambrientas moradas.

Alguien, alta la frente cenicienta,
el pie movía en la sonante grava:
cariado titular de una osamenta
que ya no le dolía ni pesaba.

Y un niñito, de faz desvanecida,
solo y feliz, entre los dedos yertos
aspiraba una rosa corrompida.
Era en la primavera de los muertos.

El Retorno

Con un niño, con una golondrina
los relojes insomnes aplacaba
y en un lugar del sueño los borraba.
Con un niño, con una golondrina.

Con un niño, con una golondrina
la mies en verde espiga levantaba
y la ceniza en lumbre que no acaba.
Con un niño, con una golondrina.

Los ojos cerró apenas un instante.
Los abrió. Y en la noche advenediza
vio, de pronto con árido semblante,

que a su furia secreta los relojes
retornaban, la lumbra a su ceniza,
la mies cumplida a las hambrientas trojes.

Soliloquio de la Desconocida

—Hacia una soledad que no lastime,
desando con mis lágrimas el viento.
Inocente y odiada, me prohibo
la pequeña alegría de un jilguero
o el rumor de una abeja distraída,
ya nunca más abeja entre mis dedos.
Un caballo me mira para siempre.
Lacra en mis pies su lengua un perro ciego.
Me ve una hoja y piensa en el otoño,
y deshabita el suspendido reino.
Me ve una fuente y piensa en el verano,
y es sólo un remolino polvoriento.
Ay, si un niño se acerca, temblorosa
en mínima corola me convierto.
¡Y no puedo impedir que elija y toque
la más secreta flor del campo inmenso!

Canción de los Ahogados

I

(Los ahogados descienden...)

Los ahogados descienden, tumefactos y angélicos,
muchedumbre secreta de coral desnudez.
Con el cuerpo sin sombra. Con los ojos sin lumbre.
Con la boca sin sed.

Ya sin voz y sin lágrimas. Por el mar infinito.
Verticales. En blanco la memoria y la piel.
Por el mar infinito. Ya sin voz y sin lágrimas.
En la noche del pez.

Sus cabellos se yerguen, fuego en hebras cuajado.
Y sus sombras, depuestas con la lumbre y la sed,
en la espuma tiritan, archipiélagos niños
bajo el cielo en rehén.

En sus yertas axilas áureos monstruos desovan
y les besan azulos hipocampos el pie,
y lechosas medusas el costado les lamen
en un blando vaivén.

Los abrazan las algas. Entre agudas madréporas,
minerales relámpagos les sonrosan la sien.
Y ellos siguen, extáticos, a su reino profundo,
a su huraño vergel.

Tesoreros del frío. Nadadores absortos.
Pescadores sonámbulos de la perla más cruel.
Por el mar infinito. Ya sin voz y sin lágrimas.
En la noche del pez.

Entre cascos musgosos, tersas valvas de plata
sus espejos les abren en fosfórico andén.
Y una mano sin nadie, siete blancos violines
estremece a la vez.

Deteniéndose, entonces, bajo un cielo de quillas,
tumefactos y angélicos, en su reino hacen pie.
Con el cuerpo sin sombra. Con los ojos sin lumbre.
Con la boca sin sed.

II

(Retornan los ahogados)

De pie, bajo las olas distantes como estrellas
secreta muchedumbre de palidez coral,
celebran los ahogados, sin llanto y sin memoria,
su adulta navidad.

En el profundo reino los labios entreabren
que les selló la muerte con su pezón glacial.
Y una sonrisa estrenan. ¡Qué lirios a lo lejos
por ella necerán!

Los párpados desprenden, adictos de la noche,
los obstinados párpados, yertos de sueño y sal.
Y una mirada fundan, una mirada quieta,
sin lumbre y sin edad.

Un cisne sin pupilas cabalgan los más pálidos
o sobre el hombro posan un dócil pez lunar.
Y olvidan entre espejos, astrónomos de quillas,
la glauca soledad.

De súbito, acallada la música sin nadie,
suspensos en labradas florestas de coral,
ahogados ruiseñores escuchan los ahogados,
oh dulce coro impar...

Escuchan los ahogados ahogados ruiseñores.
Escuchan y recuerdan. En brusco despertar,
por el perdido reino, sumido llanto lloran,
que el agua beberá.

¡Ay, los ahogados lloran un llanto sumergido!
Morados, demorados, al día tornarán.
Entre algas y madréporas hacia un terrón hambriento,
en agrio litoral.

Los párpados soldando, reasumirán la sombra.
Y contra el polvo, inmóviles, el cuerpo borrarán:
no en los tenaces huesos pulsados por el frío,
la música del mar.

La Gaviota Muerta

Apenas carne, casi toda vuelo,
en intemperies íntimas oías
el llamamiento de las lejanías
cuando sentiste inhabitable el cielo.

Y abdicó tu plumaje contra el suelo,
ave libre del sur que en ebrios días
a los ahogados nómades seguías
para aliviar con alas su desvelo.

¡Ay, inmóvil gaviota sobre el césped
donde en silencio tu blancura exhalas,
huésped del bosque, inesperado huésped!

¡Qué remota la unánime sonrisa
del mar bajo tu pecho abierto en alas,
ascua de espuma que pulió la brisa!

La Frontera

Eurídice no es la poesía aún, sino su víspera. Creador a quien interpela su criatura, Orfeo debe salvarla o perderse con ella. Pero ¿cómo hacer que el fantasma entre en el ciclo de la flor?

Eurídice (a Orfeo)

—Vela tu sangre y confiésame
como tu herida con alas,
y si en párpados te exhalas,
mírame, nómbrame, bésame.

Mírame en sueños. Si al verme
con vivos ojos me miras
en silenciosas espiras
soltaré mi forma inerme.
Que aún mi rostro intacto duerme
en su cegado esplendor
y apenas como un temblor,
aún sin cuerpo me demoro,
en un éxtasis de oro,
entre el fantasma y la flor.

Nómbrame en sueños. No quiebres
con voz humana el encanto
que desvalida levanto
Aún mi asunción no celebres
que si al dios secreto pasma
esta boca en que se plasma
la ardua luz de una sonrisa
aún me estremezco indecisa
entre la flor y el fantasma.

Bésame en sueños. No hiera
tu sed en ascuas mi boca
que si tu labio me toca
el reino mudo me espera.
¡Si aún en la vaga frontera
que deslinda el ruiseñor
soy apenas un temblor,
sombra de lágrima y nieve
que el tímido paso atreve
desde el fantasma a la flor!

...*La Frontera* es un discurso de Eurídice a Orfeo: de la poesía, aún sombra y víspera de sí misma, al poeta; de la criatura en cierne a su propio y ensimismado creador.

Así integro los símbolos. Y sólo apelo al mito en su fase final, que dejo deliberadamente indefinida. *Eurídice no es y quiere ser.* Sugiero, al par, que *fue*, porque el canto empieza allí donde la memoria se esfuerza en promover y resucitar imágenes perdidas. Pero el canto *preexiste* como espectro, como latido primero,

como inspiración todavía sin forma, como tímido anuncio de vida total. Y sólo *existe* cuando se hace palabra, es decir, cuando traspasa la trágica *frontera* entre el no ser y el ser, cuando el *fantasma* entra en el ciclo de la *flor*. Sí, el poema transcurre en el *instante* que precede al nacimiento de la poesía, cuando la poesía, repito, es representada como criatura en cierne que habla desde su lejanía al poeta —así Eurídice a Orfeo — y tiembla ante el riesgo de la frustración o del fracaso. Por eso el poeta, en su responsable agonía, sólo en sueños ha de *mirar*, *nombrar* y *besar* a su criatura, para instalarla definitivamente en la luz y para fijar el prodigio ambicionado. Sólo en sueños. Porque con ella él se salvará o se perderá. Y, para merecerla, ha de velarse la sangre y exhalarse en párpados (o volver la mirada hacia adentro) y sentir a la que llega como un desgarramiento o una "herida con alas". Y para no malograr la delicadísima asunción, distanciará a la vez los "vivos ojos", la "humana voz", la "sed en ascuas" (porque la poesía no resiste el desnudo contacto de la realidad cotidiana). Y adviértase, aún, la gradación delineada en las tres décimas: Eurídice, inmóvil primero —"en un éxtasis de oro"—, de pronto se estremece indecisa y, por fin, "el tímido paso atreve / desde el fantasma a la flor" (desde lo que es —no siendo todavía— a lo que quiere ser). Hay así en *La Frontera* —de cuya estructura inmediata no hablaré— distintas magnitudes: vale simultáneamente, acaso, como confesión y como profesión...

(De una respuesta del autor a Franz Rauhut, que tradujo al alemán los versos aquí glosados).

El Prisionero

"Que por mayo era, por mayo..."

Ya oiga la voz del río y su conjuro,
ya la rosa levísima presiento.
Ya al ave escucho de lejano acento,
y con mis manos ensangriento el muro.

¡Recobrar, recobrar el reino puro!
¿No me reclama el río, claro y lento?
¿No me nombra la rosa desde el viento?
¿No me responde el pájaro en lo obscuro?

Pájaro que no sé si me responde,
si canta en mí o a incógnita distancia.
Intima rosa que no sé si esconde

en la fronda o el sueño su fragancia.
Río que llega ya no sé de dónde,
si de su sierra azul o de mi infancia.

Vestal Marina

En donde aprenden a nacer las olas,
oh candeal, oh corpórea melodía,
la vi encendiendo en su secreto día
la dulce llama de sus caracolas...

¡Qué argentinas, qué mórbidas corolas
rozaba un pez en la profunda umbría!
¡Y qué intactas blancuras presidía
la invicta perla de su vientre a solas!

Mi mano inútil naufragó en el viento...
Mi corazón sintió su frente fría,
luz de marfil que hasta en el sueño ofusca.

Sobre las olas me llegó su aliento
como una derrotada lejanía.
Y hoy mi cadáver, por el mar, la busca.

El Payaso

Idos. Ya fue la fiesta. Brilló el raso.
Voló de pie la clara caballista.
Reverenció a la muerte el trapecista.
Jadeó con rostro anónimo el payaso.

Idos. Pero alguien torna, paso a paso,
con secos tumbos, árida la vista,
y en la almizclada noche de la pista
—Yo era ese niño, oh sí..., dice al acaso.

—Oh, sí... (Contempla las desiertas gradas).
Yo era... (Besa un jazmín y se arrodilla)
Ese niño... (Un rubor de bofetadas

antiguas se le agolpa en la mejilla.
Y un fragor de calientes carcajadas
en el circo sin nadie lo acuchilla).

Viaje por los Huesos

Ahora viajo de incógnito por el haz de mis huesos.
Por planicies unánimes de horizontes ilesos.
Entre blancuras solas,
¡ah, qué música inerte!
Oigo en noche lejana de cedrón y amapolas
el beso original que fundó tanta muerte.

En estos huesos puros, de terrestre destino,
bajo intemperies lácteas, mi mañana adivino.
Y en sus solas blancuras
de apariencia esteparia,
reconocer no puedo mis cenizas futuras,
mi austera calavera, puntual y solitaria.

Pero ahora en mis huesos, genealógicos, fieles,
un suave ayer recobro de memorables mieles.
Con una luz antigua
de absorta primavera,
ese candor profundo todavía atestigua
la niñez celestísima, la sonrisa primera.

Huesos donde mi muerte infantil reposaba,
por un tímido ruego contenida su aljaba.
Desde el ampo risueño
aún mi madre me mira.
Ya, con mentón vencido, no calla hasta en el sueño,
Ya, con semblante alegre, se levanta y respira.

¡¡Ay huesos, huesos míos, de entornada memoria
que abro con una clara lágrima expiatoria!
Tal en una cisterna
de dócil resonancia
en los átomos tibios oigo la voz paterna
como en aquel domingo flamante de mi infancia.

Un Rostro

Yo caía, caía desde el sueño,
con sangre adulta, con gastadas manos.
Asido. Desasido. Tristemente.
Pero al caer, mis labios
sintieron la presión de un frágil rostro
dormido para siempre. Y lo besaron.

No el Dios . . .

I

Mudo señor de una ciudad vacía
entre memorias pálidas despierto,
la mano cruel, el corazón desierto
y una inmortalidad sin alegría,

con oro y plumas, raso y pedrería
condecorado su horizonte muerto,
ni en cierto muro ni en cristal incierto
Aladino su imagen imprimía.

—Mi sangre impar su heroica rosa quiere,
la sed que un sorbo inalcanzable expía,
la carne en fuga que besando muere . . .

Cuando su sombra revivió en el muro
y en el cristal la imageen que le huía,
soltó, para morir, el bronce obscuro.

II

Y tu perdida lámpara, Aladino,
dócil joya del tacto, meridiano
del vuelo y horizonte de la mano,
sorteando puños a mi puño vino.

Y dije: —Sorda llave del destino,
áurea escala del cielo más lejano,
salamandra de agudo fuego humano:
tuya sea la patria del camino.

Quiero salvar desnudo mi alegría,
el sorbo dilatar de mi deseo
y ante lo obscuro proferir mi asombro.

Narciso de mi sangre y mi agonía,
la rosa arome porque yo la creo
y el mundo exista porque yo lo nombro.

Otoño

Beatitud del otoño.
Vacaciones del verde.
Vocaciones del oro.

Por las tierras del este,
de la sierra al estuario
¡qué memorias celestes!

Era el día en el canto
y en el aire salobre
dulce estatua del tránsito.

Esperando la noche,
me empinaba en el viento
paladeando tu nombre.

Si costumbre de cielos,
era el beso en tus labios
cada noche el primero.

Y el jazmín un oráculo
y una torre la música,
junto al mar desvelado.

¡Ah, la noche profunda
de un diciembre infinito
que aún las venas alumbra!

Sí, la noche, en su antiguo
caracol de silencios,
capital del suspiro.

Yo en tu sangre, en tu sueño,
fui fundando linajes,
oh hacedor pasajero.

Yo en tu sueño, en tu sangre,
fui el alegre ascendiente
de sonrisas distantes.

¡Oh, memorias celestes!
Beatitud del otoño.
Vacaciones del verde.
Vocaciones del oro.

Nocturno del Infarto

Se despierta y pregunta
si no sigue soñando,
si no piensa que existe
y no existe al pensarlo.

¿Vive o sueña, o no sueña
y es por otro soñado
que en el sueño lo dota
de sentidos lejanos?

¿Y son de él estos pómulos,
esta barba, estos labios,
o memorias sin dueño
y espejismos del tacto?

¿Yace, flota o se mueve?
¿Hasta dónde, hasta cuándo
ni un jazmín ni un ola
ni un lucero ni un pájaro?

Las tinieblas lo acosan
con frenético abrazo.
Y le barren la frente.
Y le usurpan los párpados.

¿Cómo, asido a la sombra,
conocerse las manos,
o los ojos, los ojos
en la sombra borrados?

¿Cómo andar por la noche
sin sentirse los pasos?
¿Cómo hender con un grito
el silencio compacto?

¿El fantasma hará entonces,
otra vez, con desgano,
si una lágrima puede,
la más leve, salvarlo?

Con el pie en el vacío,
los oídos en blanco,
se despierta y pregunta
si no sigue soñando.

Diciembre 1957

Canción de la Bella Durmiente

Solo el otoño por los bosques
con sus autógrafos de púrpura.
Solo, en temblor atestiguado,
tu corazón de absortas músicas.
Solo mi sueño hacia tu sueño,
Bella Durmiente de la Lluvia.

Ante el umbral desconocido
suspendo el paso con angustia.
Pero en tu sueño está mi patria.
Pero mi hogar es tu hermosura.
Pero tu boca es mi destino,
Bella Durmiente de la Lluvia.

Esa es la torre en que me esperas.
Y por la mágica penumbra
subo temblando a despertarte
cuando un espejo me denuncia.
Y retrocedo con mis lágrimas,
Bella Durmiente de la Lluvia.

No encordarán mi pecho herido
tus venas de árida dulzura,
Desde tu sueño hacia mi sueño
desandaré la vaga ruta
con el caballo envejecido,
Bella Durmiente de la Lluvia.

Perdí mi rostro, el de tu sueño.
Quiebro el espejo que me acusa.
No quebraré la luz que ordena,
lirio por lirio, tu blancura.
Ni besaré tu boca intacta,
Bella Durmiente de la Lluvia.

¡Ah, si despiertas, amor mío,
será la noche, será nunca!
Salva con párpados lejanos
mi juventud y tu hermosura.
Sigue en tu sueño de olas frías,
Bella Durmiente de la Lluvia.

Noviembre 1963

Juvenal Ortiz Saralegui (1907-1959)

De lo que va de un hombre a él mismo!... Cuando publicó "Palacio Salvo" fue recibido por Alfredo Mario Ferreiro en "La Cruz del Sur" (Nº 22, 1929), como uno de los suyos: "Juvenal Ortiz Saralegui canta la vida tal como él la ve. Hay unos cuantos poetas que ya no cantan la vida tal como ellos la ven. Frente a este número de escritos sinceros está el grupito —tan ridículo— de los que tienen fórmula. Es decir de los que se han ido pasando unos a otros una recetita, una especie de vidrio de colorinches al través del cual ven la vida. Y la ven igualmente idiota, la ven con las mismas consonantes. (El alma siempre en calma; si hay dolor tiene que haber amor; si pasan dos o tres siglos, enseguida aparecen los vestiglos; si va de sombrilla será amarilla, irá por la orilla, se aposentará en una silla, con esterilla). La brevedad intensa de los poemas de Ortiz Saralegui es uno de los méritos de "Palacio Salvo". Y acto seguido hace Ferreiro una lista de los poemas a perdurar: "Muchachos Palermenses", "Reus Chico", "Por la Escollera", "Poema de la muchachita geométrica", etc., y que no han perdurado en nada, ni en la cabeza de su autor, porque Ortiz logró avergonzarse rápidamente de ellos.

Su evolución va precisamente a llevarle a cantar la vida tal como él no la ve, sino como la ven los poetas del Siglo de Oro: "y ando y desando árboles contigo — ¡Oh Garcilaso, para siempre amigo!" En segundo lugar no escapará al "grupito (Alfar, Aude, Cuadernos Herrera y Reissig) de los que tienen fórmula (el soneto, sobre todo el soneto). He aquí lo que dice Julio J. Casal al comentar "Retratos y Cartas de la Montaña" de Ortiz: "No creo que debamos exigir el fin del soneto pero ya es peligroso utilizar su forma, por más hermosa que éste sea. Nuestros poetas lo emplean ya

con excesiva comodidad y van cabalgando —en su lomo— todos iguales — con un mismo trote e impulsados por el recuerdo de los viejos maestros." (Alfar Nº 90).

En tercer lugar, el ojo clínico infalible de Alfredo Mario Ferreiro vio a Ortiz como poeta que tenía motor propio y no funcionaba como acoplado. Pues bueno; fue todo al revés. Además de "andar y desandar" con Garcilaso lo hacía en un mayor número de oportunidades con el poeta Casal. Aunque hay que reconocer que en las piezas básicas del grupo de la revista "Alfar" el parecido era tan íntimo que, además del literario, hasta una semejanza física podía incluirse. Por ejemplo, si ya Horacio había comprobado que la poesía posee el privilegio de impedir que estemos tristes, aquí en Casal y Juvenal lograba ella imponerse hasta llegar a una suerte de bienestar físico en estado radiante. Sí, bastaba observar —lo hemos hecho— a estos dos nobles e inolvidables amigos cuando paseaban juntos. En Casal flotaba siempre una sonrisa de indecible felicidad mañanera; y haciéndole costado, como una rosa, aparecía redonda y encendida la faz de Juvenal. Gracias a ellos, nuestra poesía pasó de pastoril a pastoral. Pero la fuerte influencia hispánica era innegable.

No sé si pertenece a Juvenal —no hubiera con todo regateado su firma— el estilo crítico usado por la revista que puede ser reflejado en esta frase: "Su poemario es un manual de lluvias". Habrá también "Cuadernos de Nubes", nada menos que en Cunha, y hasta el tango se puso a enumerar "con el lápiz del recuerdo". Toda la vida y la poesía, en fin, cabían holgadamente en una vidriera de artículos escolares.

Si en "Palacio Salvo", pese a Ferreiro, había futurismo y ultraísmo; en el mejor de los libros de Juvenal "Las Dos Niñas", se ha advertido una "desprendida españolidad, que suele darle un aire remoto". Y el mismo Carlos Martínez Moreno (Alfar Nº 84) escribe antes: "Esa adhesión a un puro acento español no es sólo formal, ya que se advierte en la visión misma de los poemas, como sucede en el bello soneto "El Molino". Pasamos ahora a leer "el bello soneto" y nos encontramos con estas imágenes: la pena es una "ondulante pestaña", la arena es un aspa roja"; después tenemos estos dos versos: "enterrando en el polvo del estío — los labios del amor de la colmena"; siguiendo con las imágenes: el molino es "pedernal de amores"

y, en fin, el llanto es "harina de las flores". No es que no podamos entender absolutamente nada; con un poco de buena voluntad y estirando los símbolos se puede comprender que este molino (el poeta) está movido por el río del llanto. Pero lo que salta a la vista es la inadecuación de las imágenes y la tortura mental que suponen.

Juvenal ha logrado su mejor poesía cuando acontecimientos dolorosos, como la pérdida de una de sus hijas o la muerte del hijo de un amigo, arrancan a su llanto y soledad esas notas que valen por sí mismas y tornan vano el aprender en otros. Es entonces cuando se libera de esos influjos entre los que peregrinó tantos años con no desmayada persistencia.

Fue director de las ediciones de poesía "Cuadernos Julio Herrera y Reissig", poesía ésta que se desenvolvió en un ámbito receptivo muy poco placable. Una lectora (Marcha Nº 728) llega a decir que "es todo completamente imposible de leer". La respuesta de Juvenal adunó al heroísmo prosecutor de los "Cuadernos" una serenidad entre irónica y paternal. Obras: Palacio Salvo (1927); Línea del Alba (1931); Flor Cerrada (1939); La Rama Ardiente (1942); Las Dos Niñas (1943); Canto a Roosevelt (1945); Retratos y Cartas de la Montaña (1952); Poesía Fiel (1953); Torre de Otoño (1957); Doce Poemas (1960).

Marisa y Silvia

Aquella niña tiembla en el desierto
perdida entre las grietas de mi canto,
mas ésta, vencedora del quebranto,
enciende la corola de lo yerto.

Si la una es ya tierra de la altura,
la otra es alto cielo que desciende;
sobre la imagen de una y otra pende
la gracia de una idéntica figura.

Crece Marisa, sombra de las aves,
en la quietud de las estatuas graves;
Silvia en su arco de luz, derrama erguida

los pasos de las dos por los jardines,
¡Si a una la mecen blancos serafines,
se alza en la otra un repicar de vida!

Piedra

Las tristes lágrimas mías
en piedras hacen señal.
Gaspar Gil Polo

En la piedra de un río tu rubor enterrado.
Allí donde tu frente quedó como la lluvia
y apenas una hoja le hace compañía.
Piedra sola, piedra mía.

Cuánto tu Dulce Soledad Sostiene

Cuánto tu dulce soledad sostiene,
lumbre de mar en arrebol de sombra;
lo que en ti con rubores se retiene
y cuánto te proclama y no te nombra.

Amor que en el mutismo se estaciona
Y que es flor de tu ser y halago mío,
sobre una paz de almendro se corona
el ardiente racimo de tu frío.

Alabada en la lluvia gota a gota
por las sorpresas que descubre el mar
desde la isla verde más remota.

Cuánto de ti no nace y ha nacido
cuánto lleno de amor no pudo amar
en misterioso velo convertido.

Los Cielos que Alivian

Estos cielos que alivian
el vuelo de los pájaros;
cielos lentos de neblina
como mis pasos.

Cielos por donde el sueño
va como la colina.
Alivio de llevarlos
para sombra del ansia.

En la noche curvada,
en el día alto,
en el alba,
estos cielos que alivian
tienen el color de los olvidados...

En la Muerte de un Joven

A la memoria del hijo del poeta
R. Alvarez Alonso.

Te dejamos en la tierra, joven de la luz verde
de los olivos,
entre tumbas sin duelo, descuidadas.
El sol quedó enterrado en los ardores
de tus pies peregrinos de veinte años.

Te dejamos en la tierra,
en la tierra que apaga los vinos,
las niñas y las guitarras.
Allí, quieto como una piedra, pequeña luz caída,
te dejamos allí, tibio capullo.

Un llanto seco sacudía la tarde
y tú sólo en la tumba, recorriendo
tu morada de olvidos sutberráneos.

Te dejamos allí,
bajo la tierra —madre sin gemidos—
oh medalla perdida en la memoria!

(*Las dos Niños*)

INDICE